



**Maruja Martínez**

**ENTRE EL AMOR Y LA FURIA  
CRÓNICAS  
Y TESTIMONIO**

Edición electrónica gratuita

2018

## ENTRE EL AMOR Y LA FURIA / MARUJA MARTÍNEZ

MARUJA MARTÍNEZ NACIÓ EL 16 DE AGOSTO DE 1947 en Jauja, en el corazón del Perú, ciudad en la que transcurrió su infancia y adolescencia. Luego realizó estudios en las Facultades de Letras y de Ciencias Sociales de la Universidad Católica.

Perteneció a la denominada «generación del 68», protagonistas de los albores de la construcción de la «nueva izquierda», que se enraizó profundamente en el movimiento popular de los setenta.

Durante largos años, su vida se distribuyó entre la militancia política y el trabajo editorial.

Desde 1987 hasta su muerte, trabajó en SUR Casa de Estudios del Socialismo, de la que fue Coordinadora Ejecutiva.

A solo siete meses de que le diagnosticaran un cáncer muy agresivo, Maruja falleció en Lima el 3 de agosto del año 2,000.

Es seguro que estas crónicas sonarán muy familiares a la generación del 68. Muchos reconocerán en ellas fragmentos de su propia historia. No es frecuente ver juntos, como en Entre el amor y la furia, en una misma perspectiva, la vocación por la veracidad con la apuesta por la esperanza.

Junto con la autora, el lector tendrá que compartir episodios de vergüenza y culpa y también de cercanía y comunicación. Muchos momentos intensos. No obstante, la autora no pretende representar ningún papel. No busca admiración ni lástima. Su presencia es casi transparente. En ningún momento se encierra en una definición. Y esta misma libertad para expresarse le permite calar hondo en sus recuerdos, logrando así una proximidad que termina por interpelar.

La edición original de este libro fue publicada por SUR en junio de 1997.

MARUJA MARTÍNEZ

ENTRE EL AMOR Y LA FURIA  
CRÓNICAS Y TESTIMONIO

NUEVA EDICIÓN, CON TEXTOS CRÍTICOS  
2018

## **Edición gratuita (16 de agosto del 2018)**

### **Condiciones de uso:**

Sí se permite:

- Leer
- Imprimir para uso personal
- Distribuir en forma electrónica en su totalidad y sin alteraciones de ningún tipo, indicando siempre el origen: [www.martinezcastilla.com](http://www.martinezcastilla.com)
- Citar partes del libro, siguiendo las reglas usuales de uso razonable en medios académicos y periodísticos, citando siempre la fuente (*Fair Use*)

No se permite:

- Distribuir solamente partes del libro
- Distribuir el libro en cualquier forma impresa
- Alterar el libro en cualquier forma o utilizando cualquier medio
- Reproducir total o parcialmente sin citar la fuente

### **DERECHOS RESERVADOS**

Primera edición:

© 1997 María Martínez Castilla

Sur Casa de Estudios del Socialismo

De esta edición:

© 2018 Zoila, Bertha y Domingo Martínez Castilla

[www.martinezcastilla.org](http://www.martinezcastilla.org)

[ciberayllu@gmail.com](mailto:ciberayllu@gmail.com)

## ACERCA DE ESTA EDICIÓN

La presente edición de *Entre el amor y la furia, Crónicas y testimonio*, de Maruja Martínez, incluye las correcciones que la propia Maruja hizo luego de la aparición del libro en 1997.

El principal, si no el único propósito de esta publicación, es darle al libro de nuestra hermana Maruja la mayor difusión posible. Hubiéramos querido lanzar simultáneamente una nueva edición impresa, pero ésta tendrá que esperar hasta otro momento.

En esta edición se ha incluido una Adenda con tres importantes y tempranos textos críticos acerca del libro, así como algunas notas que amigos suyos publicaron en su memoria en agosto del 2000.

*Zoila, Bertha y Domingo Martínez Castilla*

[www.martinezcastilla.com](http://www.martinezcastilla.com)

*A la memoria de mi madre,  
de su amor a la vida y, sobre todo,  
de su ternura.  
A mis amigos.*

## CONTENIDO

### PRESENTACIÓN

Una apuesta por la esperanza

*Gonzalo Portocarrero*

### PREFACIO

#### EL DESPERTAR

Sobre haciendas, servidumbres y otras vergüenzas / De alférez a maestro / Guerreros y poetas / El agua clara / La Primera Comunión / ¿Quieres ser mi enamorada? / El Club / Abro los ojos / La corrida de toros / Disfrutando el carnaval / Nadie llegó / En Jauja no pasa nada / Mingo escapa de casa / La laguna de Paca /

#### DESPLEGANDO LAS ALAS

El ingreso a la Católica / La Facultad de Letras / Mi barrio limeño / El padre Gutiérrez / La cena del Cardenal / El amor a los pobres / Mil novecientos sesenta y ocho

#### ROMPIENDO LAS BARRERAS

Los inicios / Ha muerto Arguedas / Adiós a Ichahuanca / La célula Atusparia / Afiches y policías / La toma de la Federación Bancaria / Ahora somos trotskistas / La Gorda /

#### LA REVOLUCIÓN A LA VUELTA DE LA ESQUINA

Secretaria en Induperú / Turcios / Los únicos marxistas del Perú / Aureliano, poeta / Miradas tristes / Yauri / «Sin director ni pie de imprenta» /

### LA REPRESIÓN

El arresto / Salve, salve / El salón de actos / De Chorrillos al Jockey Club / ¡Mamita, los chilenos! / Una revista para toda la izquierda /

### «LA ALTERNATIVA REVOLUCIONARIA»

«Sientes el dolor más que los demás» / «Mañana hay paro» / Cambio de vida / Salimos a la legalidad / El Jefe / El campamento / Polemizando en San Marcos /

### EL FOSO

«El aventurerismo sandinista» / El gurú trotskista de la cama redonda / «Hugo Blanco no es trotsko» / Mirando a Medio Oriente / Vendiendo el periódico / «Y will destroy you!» /

### EL ETERNO COMIENZO

El retorno / *País de Jauja* / El baile / Carta a Carmen / ¿Hay lugar para la esperanza? / «Recordando con ira» / Tito Flores / SUR: la amistad / El amor /

### ADENDA



## PRESENTACIÓN

### UNA APUESTA POR LA ESPERANZA

A POCO MÁS de la mitad de su vida, Maruja Martínez nos quiere confiar su historia, muy en especial lo que fueron sus muchos años de militancia política. Así, aunque su testimonio vaya continuamente más allá, fiel a este programa todo lo narrado conduce, o sigue, a ese período tan intenso que fue su militancia. Época, en un inicio, de expectativa y creciente compromiso. Después, y durante mucho tiempo, de negación de sí pero de esperanza y comunicación humana. Luego, en algún momento, el equilibrio se pierde y vienen las dudas y las desilusiones; comienza entonces el deterioro de los vínculos y la crisis de la comunidad partidaria. Finalmente se impone la renuncia y la búsqueda de nuevos Horizontes.

Después de todo lo recorrido al lector le quedará claro que, por lo típico de sus motivaciones y por su entrega sin reservas, la militancia de Maruja Martínez fue ejemplar. Más aún porque en su caso el compromiso sobrevivió a la fe. Es decir, siguió actuando pese a que no creyera. ¿Fanatismo? ¿Dependencia afectiva? ¿Simplemente inercia? En todo caso, la trayectoria es muy característica e interesante. Y la autora quiere que la sigamos hasta la posición de donde escribe. Hasta, digamos, un optimismo que trata de ser lúcido. Y para llegar a esta posición, como se verá, el viaje ha sido largo. Ha sido necesaria una lenta conquista de la libertad.

Es seguro que estas crónicas sonarán muy familiares a la generación del 68 que esperó cambios radicales que nunca se dieron. Muchos reconocerán en ellas fragmentos de su propia historia. En realidad estos relatos nos invitan a reflexionar sobre un tema central en torno al actuar de la “nueva izquierda”. En esencia: ¿por qué tan poca efectividad pese a tanta exaltación y esfuerzo? La pregunta tendrá que precisarse en muchas interrogantes. Ello nos llevaría a tratar de comprender los “ismos” de la época, sobre todo la actitud dogmática y moralista. En todo caso, creo que recién ahora, una vez cerrado este capítulo, podemos aspirar a respuestas más precisas. Y muchas de ellas están aquí, en el texto que presentamos.

Para la generación de los 60 y 70, la figura del militante encarnaba el ideal de reconciliar el deber y la felicidad. Solidarizarse con las víctimas, reparar las injusticias, así era posible romper la complicidad y liberarse de la culpa. Hacer lo que se debe. Y eso no era todo puesto que persistiendo en el desclasamiento y la renuncia, era posible acceder, además, a la sabiduría y el humor del pueblo: a lo sencillo, cálido y espontáneo.

El camino de la militancia era valorado como una posibilidad redentora, de reencuentro con la integridad y la gracia. Un sentido heroico de la vida, una combinación entre el ascetismo del santo y el activismo del héroe. La figura tenía sus claroscuros. El énfasis en la renuncia podía parecer sombrío. Pero la promesa se mantenía. En todo caso muchos acudieron al llamado. Quizá, sobre todo, gente sensible, necesitada de sentido y coherencia. Porque la apuesta era a fondo, y las exigencias eran múltiples: dejar los estudios, renunciar a las comodidades, entregar ingresos y tiempos libres, trabajar sin descanso. Se demandaba una disponibilidad total. La recompensa era el entusiasmo de saberse moralmente íntegro y, más decisivamente y acaso sin saberlo, los intercambios afectivos que se van entretejiendo en la comunidad partidaria.

Como se verá, el testimonio está organizado en forma de crónicas o relatos. La unidad de los textos no es siempre la misma. A veces la tarea es presentar a una persona: el padre, un compañero, o algún intelectual o dirigente. En otras ocasiones se trata de reconstruir un acontecimiento singular, de especial significado, como la primera comunión o los albores del amor, o más tarde, la lucha sindical, y la represión y la cárcel. Finalmente, en algunas crónicas el énfasis está puesto en la narración de lo ordinario, en el recuento de hábitos y costumbres que hacen el día a día de largos períodos de la vida. Pero aunque aborden temas muy diversos, las crónicas están agrupadas en capítulos que se suceden en un orden cronológico. Las evocaciones de la infancia se concentran en el primer capítulo. En los seis siguientes, mientras tanto, se recuenta la experiencia partidaria, la militancia en sus buenas y malas épocas, por último, en el capítulo final, El retorno a la vida, se narra el reencuentro con la amplitud del mundo, una vez que se rompieron las cadenas que la sujetaron a un compromiso cada vez más agobiante.

El temple que estas crónicas evidencian es muy peculiar. En efecto, no es frecuente ver juntos, en una misma perspectiva, la vocación por la veracidad con la apuesta por la esperanza. Alberto Flores Galindo vio este hecho con claridad. Refiriéndose a la autora le encarecía perseverar en su “sano dogmatismo”. Fórmula chocante y paradójica con la que trataba de nombrar una suerte de realismo con principios. Una posición que ciertamente no fue un punto de partida sino que representa para la autora un logro muy grande. Algo difícil y doloroso que debe anunciar una generosa madurez. Ya el lector atestiguará que la travesía ha sido larga y que han abundado angustias y desengaños. Junto con la autora tendrá que compartir episodios de vergüenza y culpa, y también de cercanía y comunicación. Muchos momentos intensos. Pero, por lo pronto, conviene resaltar que la actitud de reconciliación y búsqueda significa trascender el envanecimiento y la flagelación. La autora no pretende representar ningún papel. No quiere ser ni víctima ni heroína. No busca admiración o lástima. Su presencia es casi transparente. En ningún momento se encierra en una definición. Y esta misma libertad para expresarse le permite calar hondo en sus recuerdos. Lograr así una proximidad que termina por interpelar.

El testimonio de Maruja Martínez, lejos de ser un hecho aislado, debe ser visto como parte del proceso de revaloración de lo subjetivo, hoy tan presente en todas partes. Una de las aristas de este fenómeno es precisamente el impulso confesional. En los últimos años, como nunca antes en la historia de nuestro país, se han publicado diarios, memorias y autobiografías. Es como si el cambio de época que estamos viviendo estimulara la expectativa de una reflexión profunda sobre lo vivido para situarnos esperanzadamente en el presente. En este sentido *Entre el amor y la furia* representa un intento de arreglar cuentas con el pasado de manera de lograr la libertad que nos permita estar disponibles para el futuro.

GONZALO PORTOCARRERO

SUR CASA DE ESTUDIOS DEL SOCIALISMO

*Buscar la felicidad.  
Eso es lo que en primer lugar  
hace al humano más humano.*

N. Chernichevsky

*Imagine all the people  
sharing all the world...  
You may say I'm a dreamer  
but I'm not the only one  
I hope someday you'll join us  
and the world will be as one.*

John Lennon

## PREFACIO

A PARTIR DE una de mis breves visitas al valle del Mantaro, en un nuevo intento de reencontrarme a mí misma –esta vez con mis raíces– entrevisté a uno de los personajes más queridos de mi infancia. Ya en Lima, al pasar en limpio mis notas, choqué una y otra vez con mis propios recuerdos. El resultado, que es el relato que inicia este libro, fue publicado en *Márgenes*, la revista de Sur Casa de Estudios del Socialismo.

Durante los dos años siguientes, dediqué muchas horas a asumir ese desafío. Primero pensé escribir simplemente los recuerdos. Y cuando me pregunté por qué hacerlo, no pude responder a mi propia pregunta. Como mi cultura provinciana no incluye psicoanalistas, tal vez esto podía ser una especie de regreso a mí misma, una catarsis, o un intento de reconciliación con la propia vida.

No rencor, me dije, sino memoria. Pero conforme fui escribiendo, la frontera entre el recuerdo y las sensaciones fue tornándose tenue. Y unos fueron intercalándose con otros aun cuando entre ellos hubiera intervalos de años. De esta manera, el tiempo es apenas uno de los elementos que los unen, además de personajes, lugares, acontecimientos.

Así, todo lo que hay aquí escrito quizás no es la realidad: de ahí el título. Sólo yo soy responsable de lo que mi memoria y mis sentimientos retuvieron.

En las páginas que siguen hay muchos protagonistas: personas, o tal vez sólo imágenes. Todos han sido importantes, de todos aprendí, en uno u otro sentido. De los personajes –a veces mágicos– que poblaron mis primeros años bajo el cielo azulísimo de mis amadas Jauja y Santa Rosa de Ocopa. Y de aquellos que por muchos años me acompañaron en el sueño de la revolución, de la justicia y la solidaridad, muy pocos de los cuales aparecen en este libro.

Entre mi educación católica y la mística que caracterizó la militancia juvenil de mi generación, muchas imágenes permanecen en mi recuerdo tal como las percibí, embelleciendo a unos y repudiando tal vez exageradamente a otros. Espero ser disculpada por todos, particularmente por aquellos con quienes compartí el intenso período comprendido entre 1972 y 1985, la azarosa vida de la Liga Comunista.

He incluido cartas que escribí o que me escribieron, documentos, algunas notas de periódicos o revistas. Casi no he pedido permiso a nadie para ello, por lo que espero su indulgencia.

## AGRADECIMIENTOS

No hubiera tenido el ánimo para escribir este libro sin el afecto consistente que me ha rodeado en SUR Casa de Estudios del Socialismo, donde todos compartimos ideales y –fundamentalmente– amistad.

Con la exigencia cariñosa que fue la expresión de su consideración por los amigos, Alberto Flores Galindo ayudó a reconciliar en mí el socialismo con el afecto de los seres humanos. Debo agradecerle, de igual manera, el haberme ayudado a reencontrar al Perú como la real fuente de mis sueños.

Me habría ido muy difícil sobrevivir a estos últimos años sin gente tan extraordinaria como los compañeros de utopías de nuestra casa común, que con una paciencia que envidio me han tolerado durante todo ese tiempo. Gonzalo Portocarrero me impulsó a hurgar dentro de mí y, con cariño, fue siguiendo la evolución de lo que terminaría convirtiéndose en el presente texto. Cecilia Rivera y Carmen María Pinilla leyeron las versiones preliminares y me hicieron multitud de sugerencias. Óscar Ugarteche y Eduardo Cáceres, al tiempo que me hacían importantes observaciones, acompañaron mis angustias. Durante los últimos diez años he compartido sueños y esperanzas con ellos y con Nelson Manrique, Gustavo Buntinx, Rodrigo Montoya, Ricardo Portocarrero, Iván Hinojosa, entre otros. No habríamos podido persistir en esta aventura de locos que es SUR sin el apoyo persistente y fraterno de Gaby Quispe.

Pero hay otros amigos, que provienen de otros menesteres. Dirigentes populares y sindicales, líderes políticos, artistas: hombres y mujeres a quienes conocí en fábricas y barrios populares, en asambleas y reuniones partidarias, que testimonian con su vida que nuestro país merece el esfuerzo de ser amado. Con ellos aprendí que los mejores amigos son aquellos que persisten en los sueños. Y queda en mí la alegría permanente de que quienes compartieron conmigo estos sueños, de una u otra forma, siguen comprometidos con nuestro país. A pesar de todo.

También tengo otras deudas. Edgardo Rivera Martínez, con su sabia serenidad, me ayudó pacientemente a conocer el valor de la armonía. William Rowe, combinando el afecto, viejas ideas comunes y una exquisita sensibilidad, me ayudó a vigilar el ritmo del texto. Obviamente ni ellos ni los amigos de SUR son responsables de nada de lo aquí mostrado.

Sin la música de Daniel y Gonzalo Manrique Vallier no hubiera conseguido la paz necesaria para sacar a la luz estos recuerdos. Mis tíos, primos y sobrinos que viven en Jauja, y mis amigos de Santa Rosa de Ocopa hicieron posible un sereno reencuentro con mis raíces. También están los innumerables compañeros de lucha con quienes tuve el privilegio de compartir segmentos importantes de mi vida.

No podría dejar de mencionar a mis hermanos: Zoili estuvo conmigo en todos y cada uno de los momentos difíciles; Betty fue, durante largos años, compañía, apoyo, refugio; Mingo revisó el texto con la misma calidez y solicitud con la que en tantas ocasiones él y Corinne me acogieron en su casa y en sus vidas.

José Carlos Ballón no permitió mis vacilaciones y me animó a seguir adelante, examinó detenidamente cada conjunto, cada frase, cada idea; su inquebrantable amistad, basada en utopías y luchas comunes y mantenida a lo largo de casi tres décadas, me ayudó a reconstruir lo olvidado y a comprender que sólo vale la pena mirar hacia atrás para seguir hacia adelante.

Cuando este libro estaba en prensa, mi madre partió. De alguna forma, su publicación constituye un homenaje a ella, que fue la primera lectora conmovida de estos relatos.

## EL DESPERTAR

*Todos tenemos dos vidas:  
la verdadera, esa que soñamos en la infancia  
y seguimos soñando, adultos, en un sustrato de  
niebla,  
y la falsa, esa que vivimos en convivencia con  
los otros,  
la práctica, la útil,  
esa en que acaban por meternos en una gran  
caja*

Fernando Pessoa

## SOBRE HACIENDAS, SERVIDUMBRE Y OTRAS VERGÜENZAS\*

1917. Señor Juez de Primera Instancia: ... ante Usted parezco y digo: Que soy dueña y poseedora desde el año de mil ochocientos noventa, en que la adquirí, de la estancia de Ichaguanca compuesta de terrenos de sembrío y pastos, situada en la jurisdicción del distrito de Comas... Gerónimo Montero y su familia... ocupan como operarios una casa y terreno de sembrío y pastos extensos del valor de más de doscientos soles, teniendo a su cargo el ganado vacuno y lanar de mi propiedad para cuidarlo y pastarlo, y prestando además otros servicios en el laboreo, siembra y cosecha de terrenos destinados para provecho del dueño. Más, hace un año que Montero y su familia no cumplen bien sus obligaciones, y lejos de esto, pretenden apropiarse de la casa y terrenos que les entregara..., disponiendo como cosa propia del ganado que corre a su cargo... siendo de advertir que ha resultado deverme la considerable suma de seiscientos soles como importe del ganado que ha dispuesto abusando de la confianza depositada en él. En tal situación y no pudiendo consentir que Montero y su familia sigan ocupando por más tiempo mis propiedades, por ser una amenaza constante para mi persona e intereses... porque acrecentará más su deuda sin esperanza de ser pagada; usando de la facultad que me acuerda el artículo novecientos setenta del Código de Procedimientos Civiles... entablo demanda de desahucio contra él y sus hijos que son mayores a fin de que desocupen en el término legal las propiedades indicadas... Jauja, Octubre ocho de mil novecientos diecisiete.

... Ante este Juzgado de Paz y testigos de actuación con el oficio de fecha 30 pasado por el Señor Subprefecto de la Provincia, que pone a disposición de este Juzgado a don Gerónimo y Francisco Montero, acusados de subversivos y otras más faltas cometidas en la Hacienda «Ichaguanca», propiedad de la señora..., presentes estos y don Andrés Castro G. personero legal... el Juzgado en cumplimiento de su deber oídas las exposiciones de la parte actora, y los acusados Montero, acordaron por las reflexiones que a éstos se les hizo, en arreglar el asunto que ha originado la acusación en la forma siguiente: Primero, que la señora... suspende la acusación formulada... á condición precisa de que continúen los mencionados... conjuntamente con la esposa del primero el servicio de pastores y operarios...; cumpliendo todas las obligaciones que corresponden al desempeño de sus cargos... Segundo; que es condición obligatoria para los Montero y esposa su completa abstención de reunirse particularmente ni en ninguna otra forma con los vecinos del fundo, especialmente con los pobladores de Parco..., que han pretendido y pretenden alterar la tranquilidad en esa región hostilizando los derechos en los fundos propios de la señora... Tercero: asimismo quedan obligados a desocupar la casa que actualmente ocupan... y constituir igual en el sitio que la propietaria les designe...; reconociendo a su vez... la propiedad y dominio absoluto en el fundo referido. Cuarta: en compensación por los servicios prestados por los Montero y esposa, la propietaria les concede la facultad de sembrar en los terrenos que crea conveniente para sí propio, durante la permanencia en el fundo y que cumplan con prestar sus servicios, de acuerdo con las órdenes impartidas...; quedando sin efecto estas convenciones en el caso de incurrir en falta alguna. Quinto: quedan obligados y a estricta responsabilidad con sus personas y bienes habidos y por

---

\* Una primera versión de este relato apareció en *Márgenes* N° 10/11, SUR Casa de Estudios del Socialismo, Lima, 1993.

*haber para el cumplimiento exacto de la presente transacción: y como medida previsor para el incumplimiento de la cláusula que antecede se impone una multa de diez libras oro que serán abonadas antes de ocurrir a los Tribunales de Justicia sin perjuicio de la responsabilidad criminal y civil á que pudiera dar lugar...*

1993. Nací en Ichahuanca, en la hacienda. Vivíamos muy aparte de la casa hacienda. Éramos cinco hermanos –Julia, Honorata, Valentina...– y yo la última.

Me trajeron a Ocopa a la edad de diez años. La Mamita le había dicho a mi mamá para venirme. Yo ya vivía en la casa hacienda, y no iba a la casa donde estaban ellos. Y yo quería venirme de Ichahuanca.

*Juanita ha estado siempre en Ocopa, encargada de la antigua cocina de la casa de mi bisabuela materna, donde han transcurrido centenares de momentos felices de mi infancia: allí pasábamos semanas enteras de vacaciones, visitando a nuestra tía abuela, que vivió allí casi toda su vida.*

*A casi setenta años de la llegada de Juanita, hablo con ella en esa misma casa. He tomado sus manos entre las mías para que me cuente cómo es que llegó hasta aquí. Me ha mirado con sus ojos ancianos. Algunos de sus hijos y nietos nos acompañan. Todos tienen la piel blanca y el pelo claro de los comuneros de Ichahuanca y Challhua, dos ex-fundos –hoy comunidades campesinas, felizmente– situados cerca a Andamarca, en la parte alta de la provincia de Concepción, departamento de Junín.*

He venido con mi mamá. Eusebia Rodríguez se llamaba. Tenía diez años. Me vine a pie con mi mamá. En llamas no, porque las llamas son sólo para la carga. Llegamos en un día aquí a Santa Rosa de Ocopa. Salimos a las 5 de la mañana, y acá llegamos a las 7 de la noche. Estaba asustada porque no conocía a nadie acá cuando llegué. Mi mamá sólo se quedó un día y de ahí se volvió porque las llamas no tenían qué comer acá.

Y aquí estaba tu abuelita, y también su hermana, tu tía abuelita. Había varias muchachas: Segundina, Catalina, María.

*Mi abuelo jaujino era pierolista y, como tal, estuvo involucrado en un atentado para eliminar a Cáceres, fracasando en el intento. Huyó hacia las alturas y llegó a Andamarca, donde compraba víveres una elegante señora rubia y de ojos celestes, mi bisabuela, quien poseía dos fundos en esa zona y residía en Santa Rosa de Ocopa. Uno en la puna y otro en la ceja de selva, los había adquirido a fines del siglo pasado, con su difunto esposo. Tenía dos hijas. Mi abuelo, que era viudo, encontró en Ichahuanca un lugar de refugio... y tomó como esposa a una de las hijas de mi bisabuela. La llevó a Jauja a vivir a una hermosa casona en el jirón Bolívar. El matrimonio fue breve, pues él murió cuando la menor de las dos hijas del matrimonio –mi madre– tenía apenas seis meses. Repitiendo el destino de su madre, mi abuela se hizo cargo de los bienes del esposo, del manejo de la casa y de su propia heredad.*



Y me quedé... hasta ahora. Mamita me dijo: «Vas a estar aquí, y no vas a regresar a Ichahuanca donde tu mamá». Mi mamá no vino, ni yo tampoco fui. Cuando fui a Ichahuanca iba a la casa hacienda pero no a mi casa. Ya nunca más fui a mi casa.

*Juanita dormía al pie de la cama, sobre algunas pieles de carnero que separaban su cuerpo del suelo helado de la casa hacienda. Siempre acompañando a una de las «mamitas» –mi abuela y mi tía abuela– o a las «niñas» –mi madre y mi tía–, para cocinar en las épocas de siembra y de cosecha. De pronto ya no se sentía parte de los yanacunas. Los amaba, pero ella era «de la casa».*

También estaban las niñas. Y me acostumbré aquí. Yo era un poco más chica que ellas. De vez en cuando iba a Jauja, con tu tía abuelita.

Cuando llegué acá jugaba nomás. Estaba detrás de las niñas para poder jugar. Cuando hacíamos travesura las tres, me caía sólo a mí.

*En la casa de mi abuela en Jauja, donde vivimos, mi hermana Betty y yo estamos jugando sobre los costales de papas que han traído de Ichahuanca y que el miércoles se venderá a los mayoristas. Uno sobre otro en el patio interior de la casa, conforman escondites y recovecos donde retozamos. Aunque soy un poco crecida para mis siete años, logro esconderme en un huequito formado entre un costal y una ventana que da a la cocina. Agazapada, me prendo fuertemente del marco para no moverme. Al interior de la cocina, a Maqui le ordenan que cierre la ventana, pues el frío comienza a arreciar. El muchachón de quince años se levanta y como siempre obedece con decisión. La punta de mi dedo quedó aprisionada y aplastada. A través de mis lágrimas veo a mi abuelita dando golpes en la cabeza a Maqui con la mano cerrada. Y a Maqui sentado en un tronco –donde ellos comían– agachado, con los dientes apretados y sollozando.*

Me quisieron poner en el colegio. Pero yo no quería. El sueño me vencía para leer. «Te voy a enviar al colegio –me dijo Mamita– para que aprendas a ser gente». «Yo soy gente, entonces qué cosa soy». Cuando ella me quería enseñar me quedaba dormida. Había una señorita Rosaura, vivía en la plaza, como enfermera. «Yo no quiero leer y ellos me quieren llevar a la fuerza al colegio». «Debes aprender para vivir bien», me aconsejaba para ir al colegio, pero no he querido.

*Mi madre y mi tía comenzaron su educación en el colegio de las monjas franciscanas en Jauja. Luego las enviaron internas al Liceo Grau en Lima. Mi madre quiso ir a la Universidad, pero mi abuela no se lo permitió por el ambiente agitado y varonil de San Marcos. Se tuvo que contentar con la lectura voraz de literatura e historia. El piano alemán que mi bisabuela comprara a las monjas del antiguo colegio de Ocopa fue trasladado a Jauja y con él mi madre llenó algunas de sus horas vacías.*

*Juanita no sabe leer. Sus hijos varones sí van al colegio. Su única hija lee pero no sabe escribir. Al parecer, a las mujeres del servicio no se les obliga a estudiar, como sí se hace con ellos. Sin embargo, entre las viejas fotografías que permanecen en la casa de Ocopa encuentro recordatorios de la Primera Comuni3n de todos, hombres y mujeres.*

Una semana iría a la escuela. Me jalaban el pelo, me jalaban la oreja. «Tú no eres mi madre, para que me pegues». De ahí ya no quise volver. Seguro que eso me hacían porque no haría mis tareas.

*“Cuando la luz de la luna/ refleja en el agua dos sombras cual una/ la culpa del beso que necesitamos/ para poder contentos remar”. Hemos puesto a funcionar la vitrola y a reírnos con la voz grave y la letra de esa antiquísima canción. No sabemos si quedarnos escuchando o irnos al río a pescar bagres, con Néstor y Alejo, que tienen casi nuestra edad.*

Cuando era grande un día me creció la barriga. Ahora ya eres madre de familia, decía Mamita. Cuando eso pasó pensé seguir acá. Me gustaba estar acá, no pensé nunca volver a Ichahuanca. Entonces nació Maqui. Tendría tres años o algo así cuando lo llevaron a Jauja.

*Maqui vive con nosotros en Jauja. Dibuja bonito. Y nos arma unas casas lindas para jugar a las muñecas, con los toldos de los camiones y la infinidad de objetos que hay en los depósitos de la casa. Cada una de nosotras tiene su casa y nos visitamos. A veces él y Julio vienen a jugar con nosotros, porque –después de todo- hay catorce personas de servicio. Maqui consigue de todo. Él siempre nos protege. Todos lo conocen en Jauja porque es quien abre la puerta de la casa de «la matrona» y hace todos los mandados, incluso los del banco. Ya quiero ser grande para pedirle que me haga los dibujos en el colegio.*

Yo he ido a Jauja y estaba enferma. Me llevaron al hospital. Lloré que no, que no, que me voy a Ocopa. «Que le quite el pecho a ese niño». Y Segundina le dio leche de vaca a Maqui. Lloraba, pónganme al tren. Y me vine sola. Llegué con un poquito de mi ropa. Y Mamita: «A la cama». Segundina me dijo «Anda vete tranquila, yo veré al muchachito». Y yo pensaba, lloraba por mi hijo. Decía si Segundina se levantará a hacer calentar la leche, el agua, todos los días.

*He regresado a Ocopa después de muchos años, tal vez unos quince. Entro por la antigua puerta falsa, que hoy es la entrada de la casa de Juanita, pues mi tía abuela les dejó en herencia toda la parte de servicio de la vieja casa. Reconozco a los mayores y me presentan a los niños. Miro a todos con vergüenza, pero sólo recibo abrazos de los grandes, besos de los niños y muchas preguntas sobre la familia. Me invitan a almorzar, y de pronto estoy yo sola en la mesa, delante de un plato servido sólo para mí. A mi insistencia todos se sientan. Menos Juanita. Dice que no es correcto, que la disculpe. He tenido que disimular mis lágrimas. Pero logré que ella compartiera conmigo, mientras trato de convencerla de que todo ha cambiado.*

Y así me curé. Maqui ya estaba correteando. Yo dije «Me voy a llevar a mi hijo». Y Mamita: «Ya se ha acostumbrado aquí, para qué lo vas a llevar».

No me casé porque Mamita me dijo «Tú no te vas a casar, aquí nomás vas a estar».

*He observado las fotos del matrimonio de mis padres. La Iglesia Matriz de Jauja está tan repleta que en una de ellas se ve claramente a algunos invitados en los peldaños del púlpito. Mi madre muy bella, con su vestido de un raso que termina en una enorme y amplia cola. Mi padre guapísimo en su uniforme de gala, ambos escoltados por cuatro damas también vestidas de raso y cuatro oficiales. Algunos tíos me han contado que ese día mucha gente no fue a trabajar para ver el matrimonio de una de las señoritas más bellas, inteligentes y codiciadas de la región, a la que las malas lenguas jaujinas habían puesto el apelativo de «llamita de plata».*

Una vez me fui de la casa, me fui con Maqui. Pero al día siguiente he vuelto. Mamita Dilfe me hizo regresar, con don Juan. «Qué te falta acá para que te vayas». Porque de verdad, nada me faltaba.

*Quisiera ir al baño que queda en el fondo del jardín. Me dirijo al cuarto de Ana, la hija de Juanita, para que me acompañe en la oscuridad, pues aquí no hay luz eléctrica como en Jauja. Al acercarme me choca un fuerte olor a pañales. Toqué la puerta, y cuando me abrieron, sentí sobre mi rostro un vaho de calor y humedad que salía de la pequeña habitación donde dormían unas seis personas –varios de ellos niños–, algunas sobre el piso, otras sobre tarimas de madera, todos en colchones de paja. Nunca llegué a entrar a este ni al otro cuarto que estaba destinado al servicio.*

Nosotros no tomábamos leche, sólo café, desde chiquitos. Porque la leche la vendían. Pero como el domingo no vendían, ese día tomábamos leche.

*La olla de manjarblanco es enorme. Debe alcanzar para las humitas de dulce y para los alfajores. También para llevar a Jauja. Pregunté a mi tía abuelita por qué no daban leche a los chicos de Juanita, y a sus nietos. «Se pueden acostumbrar» me dijo y, ante mi insistencia: «No seas tonta, niñita».*

Teníamos una burra chistosa, con cría. Cuando Jerucho y Rufina traían los animales de pastar, la burra se adelantaba y se entraba por el zaguán hasta el cuarto de Mamita. Ahí le gustaba mirarse al espejo. Después se entraba al comedor y se tomaba la leche. También se robaba fruta de las tiendas. Bien chistosa era.

*«Este era un rey que tenía/ un palacio de diamantes/ una tienda hecha el día/ y un rebaño de elefantes/ un kiosko de malaquita/ y un gran manto de tisú/ y una gentil princesita/ tan bonita*

*Marujita/ tan bonita como tú». Estamos sentadas en la salita de Ocopa. Con esa ternura que siempre la desborda, mi madre nos lee el poema creo que de Rubén Darío –poniendo mi nombre en lugar de Margarita–, en la noche oscurísima, donde los lamparines apenas permiten leer. Ese día estuve mirando a Jerucho y Rufina. Él pequeño, marcado por la viruela, verdaderamente feo. Ella con un enorme bocio que le deforma el semblante. Ambos harapientos, con una pobreza que no se conoce en Jauja y que me hace pensar que son mendigos. Algunos años más tarde me enteré de que eran «nuestros» pastores en Ocopa.*

Cuando venía gente a la casa, de la puerta se tenía que volver, porque nadie entraba. Una vez vinieron unos diciendo que les mandaba Mamita. Llovía mucho. Para qué va a abrir la puerta, el cerrojo lo sacó. «He perdido un burro. Hazme alojar». Tu tía abuelita llamó a don Juan: «Juan, saca tu revólver». El hombre se fue. Eran muchos. Una vez nomás vi.

*He llegado a Ocopa a recoger las cosas de una prima de mi abuela, recién fallecida, de su antigua casa, y llevarlas a la nuestra, como había sido su voluntad. Pido la ayuda de una de las personas pudientes de Santa Rosa, que posee un camión. Cuando llegamos a la casa, antes de entrar miró el zaguán y me dijo, con inocultable orgullo: «Una vez entré en esta casa. Me invitaron a almorzar. Almorcé con la señorita Ernestina, su tía abuela, y con el Padre Guardián del convento».*

Siempre venía gente de Ichahuanca. Traían caballos y llamas. También traían al Niño una vez al año para hacer bendecir en el Convento. Venían por ocho días, y se regresaban.

*Nos llamaron a todos. Yo tendría seis o siete años. Nos dijeron que la gente de la hacienda quería saludarnos. Recuerdo estar en una fila con toda la familia. Al frente Rosendo, Julián, otros yanaconas de Ichahuanca. Se acercaron y comenzaron a besar la mano a cada una. Yo hui. Fue la única vez que vi una cosa semejante.*

## FINAL

Mi abuela murió cuando yo tenía ocho años. No hubo quien se ocupe de hacer producir los fundos que no llegué a conocer. Cuando yo tenía trece años mi madre se convirtió en maestra de escuela, y ya hacía dos que vivíamos independientemente en una casa alquilada. A los pocos años mi padre también comenzó a enseñar en el colegio secundario de Jauja. En ese entonces, los yanaconas de Ichahuanca y Challhua habían iniciado el proceso que los transformaría en comunidades campesinas, varios años antes de que la Reforma Agraria de 1969 los formalizara. Apenas saliendo de mi infancia, estos hechos ya constituían parte de mis recuerdos. Mi adolescencia transcurrió con las alegrías y las carencias de cualquier muchacha provinciana hija de maestros.

Si ahora puedo escribir estos recuerdos es gracias a mi madre quien, desde que tengo memoria, nos enseñó que la vida sólo tiene sentido si es guiada por el amor y por la propia conciencia.

Juanita vive entre La Oroya y Santa Rosa de Ocopa. Yo ya no vivo en Jauja, pero cada vez que puedo salgo hacia allá en busca de la luz y de la lluvia. Hace algunas semanas ambas nos hemos reencontrado en Ocopa pues uno de los nietos de Juanita bautiza a sus animales y hay una fiesta de Santiago. Maqui era el padrino. Fuimos a misa de siete y comimos patasca. Saqué dos mesas y las juntamos con la de ellos para que quepan los invitados. Hemos escogido el «quinto» de la coca y brindado para que los animales se multipliquen. En el patio empedrado de la casa común, hemos bailado al son del violín, la tinya y la corneta.

## DE ALFÉREZ A MAESTRO

2 DE ABRIL DE 1990. Mi padre está muriendo. Tiene muy cerca a su lecho una foto de mi madre adolescente, y en el fondo de su habitación de la clínica un enorme diploma enviado por el SUTE–Jauja. Se ha confesado y comulgado, pese a que jamás fue religioso. Durante tres semanas ha conversado diariamente con mi madre recordando insistentemente cada día de sufrimiento que él le ha causado. Es como una confesión necesaria, más urgente, más purificante que la de la Iglesia. Ella le dice que no es necesario, pero tarde tras tarde acude a la clínica a tomar la mano de su esposo y hacerle sentir que está con él, que lo acompañará hasta el final. Ante sus oídos desfilan nuevamente infidelidades, juegos de azar, humillaciones, incomprensiones, irresponsabilidades, vergüenzas, pero todo ello envuelto de un amor constante, incomprensible y enorme.

Pese a todo, el amor. Muchos años él en Jauja y ella aquí, pero ambos amándose sabiendo que esa distancia es necesaria para el reencuentro constante. Así, hasta el último día, cuando él cerró sus ojos y lo último que vio luego de mirarnos a nosotros fue el rostro de mi madre y su sonrisa. Y lo último que escuchó fue también su voz

1936. Destinado a Piura apenas salido de la Escuela Militar, el joven oficial ha ingresado al alto mundo piurano sin mucha dificultad, particularmente entre las mujeres. «El serrano», le llaman. Las fotos lo muestran rodeado de jóvenes de sociedad. Los piuranos detestan a este plebeyo impertinente.

En el mundo frívolo son comunes las apuestas. Lo retan a saltar a caballo una enorme fogata. Acepta el reto pero el caballo parece no estar de acuerdo y al llegar se desboca lanzando a mi padre a la paja humeante. Al salir del hospital no se amilana y va a celebrar su cumpleaños al Club Grau. Es ahí donde se reconcilia con los piuranos, uno de los cuales –a quien llaman «Pepita»– lo recibe con un verso jocoso:

*En este día mi alférez/ rendirte quiero homenaje  
quiero decirte lo que eres/ como a su rey hace el paje  
Eres buenmozo, no hay duda/ galán, apuesto doncel,  
las mujeres quedan mudas/ cuando montas tu corcel.  
¿Por qué en temeraria aventura/ a las llamas te lanzaste?  
¡Es hembra!, dijiste/ ¡Y a ellas te aventaste!*

1959. Ha traído sobres de semillas de gladiolos: un color diferente para cada uno de sus cuatro hijos. Nos reta a ver quién obtendría las mejores flores en el jardín de la casa que acabamos de alquilar. La casa pertenece a una de las familias notables de Jauja. Es grande: tiene dos patios además de un corral. El jardín es un espacio robado al patio empedrado exterior, frente al zaguán. Nos hemos empeñado en lograr gladiolos enormes. El tío Miguel, enterado del asunto, aparece un día en la casa con un saquillo de abono recombinado. El primer triunfo será lograr que las flores sobrepasen mi estatura, mayor que la de mis tres hermanos. En pocas semanas,

bajo el cuidado y la vigilancia de sus «dueños», el jardín luce plantas de gladiolos con veinte o treinta flores. El tacón sembrado al pie de la columna situada frente a la puerta de la sala ha comenzado a florecer enroscándose con gracia. Y mi madre plantó un rosal que luce hermoso en medio de cartuchos que crecen abundantemente.

*Nati, la cocinera, espera de pie las órdenes para el almuerzo. Mi madre da vueltas por toda la casa. No es necesaria mayor explicación: una vez más no hay un solo centavo. Mi padre no ha venido a dormir varios días. No digo nada y salgo de la casa en silencio. Voy al club de los «notables». Empujo al viejo Méndez que cuida la entrada del comedor –convertido en ilegal garito– e irrumpo. Ahí está mi padre. En la penumbra distingo un pequeño manojo de billetes delante de él. Alrededor de la mesa, caras conocidas, incluyendo al Comisario de la Policía. Los presentes miran en silencio a la niña impertinente, pero no atinan a hacer nada. Luego de coger el manojo, salgo corriendo. Mi madre me recibe el dinero adivinando su origen. Me estrecha contra su pecho: «No debiste hacer eso». Y luego: «Perdónalo».*

Me ha encargado vigilar desde la ventana de mi cuarto. En silencio, atisbo la pequeña trampa para jilgueros: un cajoncillo de madera con una tela metálica en el fondo, tres hilos muy delgados para retener las patas de la avecilla, y un palito que sostiene el artefacto. Al centro, granos de mostaza. Las avecillas caen una tras otra en la trampa. Mi padre no me permite desenredarles las patas pues hay que hacerlo muy delicadamente para no causarles daño. Ha traído dos enormes jaulas, una en forma de casa y otra en forma de iglesia, donde introduce a los cautivos. También una pequeña jaula con un canario dentro. Al escuchar al canario, los jilgueros imitan perfectamente su canto, armándose un concierto increíble. Por varios años despierto con esta música en mis oídos.

*Tengo que entregar la casa de mi adolescencia, donde papá vivió por más de treinta años. De día, con ayuda de primos y amigos, arreglo muebles, ropa, enseres. De noche, sola, sintiendo que él me cuida en esa enorme casa solitaria, entro al escritorio y comienzo a revisar papel tras papel. Ya no recordaba muchas cosas. Tantas penas en cartas y documentos. No vale la pena acumular tanta tristeza, me digo. En un sobre viejo y dobladas en ocho encuentro dos hojas de papel: el desafío a duelo, con espadas, de mi padre con un ex-diputado jaujino, quien lo ofendió en una fiesta, según recuerdo. Padrinos y artículos del código del Marqués de Cabriñana. Según las notas, papá insistió en un duelo que sería «de caballeros», hasta las últimas consecuencias. Felizmente la sangre no llegó al río. No quiero imaginar las lágrimas que de seguro mi madre derramó en abundancia.*

Un vendedor de discos toca la puerta de mi casa ofreciendo una colección de discos de música clásica. Mi padre –que no es demasiado aficionado a estas exquisiteces como mi madre–, nos sorprende una vez más: de inmediato hace un arreglo para comprarlos a crédito. Hace años –cuando tenía apenas seis– tuve unos dos meses de clases de piano, que sembraron en mí la afición a la música. Miro asombrada los discos y desde entonces, una y otra vez, hasta casi destruirlos, pongo en nuestro pequeño tocadiscos la *Polonesa* de Chopin, la quinta y la novena

sinfonías de Beethoven, el concierto para violín de Tchaikovsky y *Scherezade*. Pero... no hay un solo disco de Mozart.

*Cuando él se fue, llevamos su cuerpo al cementerio de Jauja. Lo enterramos sus hijos y sus amigos, como él había querido. Colegas y alumnos lo condujeron a que se despidiera del colegio donde pasó más de treinta años. En el cementerio, los discursos que quería. Aunque tal vez no esperó tantas lágrimas ni tanta gente disputándose un lugar para cargar su féretro.*

*Siempre me pareció que el rito de ir al cementerio era un absurdo culto a los muertos. Pero ahora, cada vez que voy a Jauja, lo primero que hago es retornar a la ancha alameda que me conducirá hacia allá, para poner en su tumba algunas rosas rojas, sentarme al frente y contarle mis penas aprovechando el silencio y la soledad para que las lágrimas puedan correr libres. Y sentir la paz que me da este lugar, paradójicamente hermoso. Y decirle «papacho», como cuando estuvo enfermo. Y termino el rito pidiéndole permiso pues le robaré algunas flores para la tía Sholi –esa anciana solitaria que nos visitaba año tras año– y para los muchachos que se sacrificaron, quién sabe inútilmente, en Molinos.*



## GUERREROS Y POETAS

TENEMOS QUE CAMBIARNOS rápidamente para acompañar a mi padre. Como todos los años, pronunciará el discurso frente al monumento de su abuelo, cuyo nombre lleva. Es casi un ritual el día de la Jura de la Bandera. A mí me da un poco de risa tanta ceremonia. Todas las autoridades y los militares con uniforme de gala forman frente al monumento y esperan el discurso. Y siempre me siento rara en todo esto.

Para preparar su discurso, se ha encerrado en su escritorio. Yo estoy dando vueltas alrededor de él, curioseando entre sus libros. Debes estar orgullosa de tus antepasados, me dice. Y para que no moleste su concentración, me pasa un ejemplar de la revista *Xauxa* en cuya portada está el retrato de Alejo Martínez, abuelo de su abuelo, es decir, mi tatarabuelo. Unos ojos muy grandes, y un gesto de cierta severidad; pienso que se parece a Paco, el mayor de los hijos de mi tío Nico. Al abrir la revista, empiezo a entender un poco mejor a papá:

*«La noticia cundió como un clarín revolucionario: acababan de desembarcar en Paracas las tropas libertadoras de San Martín. Era entonces el 7 de setiembre de 1820... Dos meses después... llegaba a Hatun Xauxa el General Álvarez de Arenales siendo recibido con un extraordinario júbilo por la población.*

*Ese mismo día, plenos de irrecusable patriotismo y alentados por la prestancia histórica y vital de Jauja, se proclamó desde los balcones del cabildo la emancipación y libertad del Perú de los dominios de España...*

*En este grupo aguerrido destacaban las figuras de Rafael Zevallos, Gregorio Suárez, Hilario Lira y de don Alejo Martínez, jaujino arrojado y valiente, este último, sobre cuya responsabilidad iba a recaer la resistencia en la región del centro a las fuerzas realistas.*

*Alejo Martínez, cuya fotografía engalana nuestra portada, era agrario acaudalado, de mirada penetrante y gran talante, nacido en Jauja en Julio de 1786. Sus padres fueron don Esteban Martínez y Francisca Lira, españoles que dejaron en Jauja a una familia de rancia estirpe y que hasta ahora conocemos. Alejo Martínez desde ese momento presta grandes servicios a la causa de la Revolución. Nombrado Capitán del Regimiento de Granaderos Cívicos y más tarde Teniente Coronel de las huestes de San Martín y Bolívar, perdió su hacienda y su casa—quinta de Jauja, y vio reducidos a los suyos a la miseria por la represalia española. Soldado veraz e inteligente, prestó magníficos servicios en la campaña revolucionaria que operó en el centro del país.*

*Declarado Prócer de la Independencia Patria, Alejo Martínez inicia en Jauja y en la familia de los Martínez una honrosa tradición militar cuyos más preclaros exponentes fueron: el Teniente Coronel don Domingo Martínez, sobreviviente de las batallas de San Francisco, Tarapacá y Arica, siendo nieto del prócer; el General Pedro Pablo Martínez, bisnieto del prócer y prestigioso militar; el Sargento Mayor Daniel Mendoza Martínez, nieto del prócer y muerto en la batalla de San Juan; el Capitán Miguel N. Martínez nieto del prócer y herido en las batallas de San Juan y Miraflores; Capitán de Infantería Remigio Martínez, nieto del prócer y muerto con su hermano Manuel Martínez en la campaña de La Breña, el Dr. Miguel*

*A. Martínez, bisnieto del prócer, magistrado destacado, escritor, jurisconsulto de vasta preparación.»*

Me quedo apabullada. Ahora entiendo por qué mi padre toma tan en serio algo que a mí me parece hartito ceremonial. De todos los mencionados apenas llegué a conocer al tío Pedro Pablo, pues cada vez que hemos ido a Lima, nos han llevado a visitarlo. Es un anciano muy formal y perfumado. En el Club de la Unión nos recibe en un enorme salón y nos hace sentar en sillones que se me ocurre fueron hechos para gigantes. Y en su casa nos muestra condecoraciones y recuerdos inacabables. Fue ministro o algo así en el gobierno de Leguía, y dicen que si no fuera por él no tendríamos Guardia Civil. Tu padre continuará mi obra –ha dicho el tío– es inteligente y muy hábil. Pero papá ya está retirado del Ejército. Y sería difícil igualar al tío. No sólo es militar: también ha escrito muchos libros. Aunque nunca logro terminar de leerlos porque son sobre historias de militares y de guerras.

En la sala de nuestra casa hay una foto donde está el tío Pedro Pablo uniformado y lleno de condecoraciones, rodeado de sobrinos también uniformados, incluyendo a mi padre y dos de sus hermanos. Y también muchos primos suyos. Tal vez pensando que estaban obligados a seguir la tradición.

Será de estos vínculos que proviene el exagerado orgullo de mi padre cuando, una tras otra, las tres hermanas hemos sido brigadieres generales en los desfiles del colegio. Y que, a pesar de que la tradición militar no me hace mucha gracia, cuando me tocó ser brigadier general, me sentí emocionada al conducir a todo el colegio frente a la tribuna oficial en la Plaza de Armas, al ritmo de la marcha de banderas; más cuando vi mi foto en *El Comercio*...

Mingo, mi hermano menor, dice que cuando sea grande quiere ser militar... pero también médico.

*1982. Le había enviado de regalo «Las guerrillas campesinas en la guerra con Chile», y estoy segura de que el libro le ha gustado pues tiene tres ingredientes: historia, guerra, sierra central. Todavía no he leído el libro ni conozco al autor, un tal Nelson Manrique, pero me han dicho que es huancaíno. Parece un libro interesante. Espero con ansia llegar ya a Jauja para que papá me cuente sus impresiones, me haga sentir una vez más ese soterrado orgullo de pertenecer a estas tierras. Pero lo veo un poco nervioso. Siéntate aquí hijita y escucha bien, me dice a la mañana siguiente cuando fui a saludarlo a su dormitorio. Sentada al borde de su cama me sorprende de ver que su expresión no se parece a la alegría desbordante que normalmente le causan nuestras visitas. Ustedes no tienen la culpa de nada, me dice, no tienen ninguna responsabilidad por lo que hayan hecho otros. Sus ojos brillan húmedos, y yo de inmediato comienzo a pensar que nuevamente él metió la pata en algo, en cómo le contaré a mi madre una nueva desventura. Escucha Maru, continúa:*

*«Otro tipo que se hizo detestable durante las desdichas de la patria –narra el comandante Salazar y Márquez– fue el jaujino Gregorio Castilla: este venal e infame asesino, se comprometió [a] matar al general Cáceres por el oro chileno. Para ejecutar su nefasto crimen, le armó una emboscada al ilustre vencido de Ayacucho que entonces encabezaba la lucha en defensa de la honra nacional, en el lugar del caserío de Tarmatambo, cuando caminaba de prisa, perseguido por los araucanos desde Junín: (...) le asestó varios tiros de*

*carabina sin hacer blanco. El general Cáceres supo de fuente fidedigna, quién había sido su pérfido victimario, ordenó su persecución y captura poco después, pero Castilla se internó en las montañas de Comas, donde permaneció mucho tiempo de incógnito, hasta que los tiempos cambiaron y la orden de captura quedó en nada».*

*Me quedo muda porque nunca supe mucho de mi abuelo materno. La cita es de un tal Ambrosio Salazar, en una publicación de 1919. Claro que nosotros no tenemos nada que ver, tranquilizo a mi padre, si él murió cuando mi mami tenía apenas seis meses. Que tu madre jamás lo sepa, me dice. Pero en relación a ustedes, sólo deben sentirse responsables por sus propios actos. Claro, le digo y le doy un beso. Mientras salgo de la habitación, hay como un terremoto de recuerdos en mi mente. Ciertamente, una de las pocas cosas que supe de mi abuelo era que conoció a mamita Dilfe en Andamarca, en las alturas de Comas. Aunque hay muchos años de incógnita, entre 1883 –el atentado– y 1912 cuando se casó con ella, todo parece coincidir. Sabíamos que doblaba en edad a mi abuela y, de hecho, la hija de su primer matrimonio era mayor que su nueva esposa. Y en la foto de su velatorio se le ve un hombre casi viejo. ¿Y qué tiene esto que ver con la foto del Club de Tiro de Jauja –una de las pocas fotos que tenemos del abuelo–, donde por muchos años los «notables» de Jauja se entrenaban en el manejo de armas? Es más o menos público que ellos eran pierolistas.*

*Además, pensándolo bien, por qué lo voy a creer, si ese texto fue escrito tres años después de que el abuelo había muerto, cuando ya no podía defenderse. Por algo nos dicen «rajatablas» a los jaujinos: es seguro que detrás de la acusación haya algún juicio o disputa por propiedades, o algo por el estilo. Sino el abuelo no habría podido vivir tantos años en Jauja ni construir la heredad que dejó a su familia.*

*Habiendo muerto el abuelo cuando mi madre apenas era una niña de pecho, ella creció con el entorno familiar materno: los Lizárraga, naturales de Concepción, y los Yáñez enraizados en Santa Rosa de Ocopa. Y respecto a nosotros, nuestras raíces persisten en esa hermosa casa blanca de Ocopa, por el lado de mi madre, y en Jauja, donde vivimos hasta terminar los estudios secundarios, y donde viven todavía varios hermanos de mi padre.*

*Por qué me voy a avergonzar, pienso. ¿Acaso tengo yo algo que ver con todo eso? Mi madre nunca permitió que nos avergonzáramos por lo que nuestros propios ojos habían visto hacer a papá. Ni tampoco por el pariente aquel que poniendo a su esposa frente a la pared la dibujaba a balazos para probar su puntería, aguzándola aún más si ella tenía en brazos a uno de sus hijos. O que la apostó en un juego de crap; felizmente el ganador fue un primo de ella que se resistió a hacer efectiva la ganancia... De todo hay, claro, en esta viña del Señor, concluyo.*

Pero también tenemos otro tipo de parientes, aunque no llevan el apellido Martínez. Como el tío Clodoaldo, cuya madre fue medio–hermana de mi abuela paterna. Es poeta y sus libros abundan en casa. Vive en Huertas, muy cerca a Jauja, en una casa pequeña y bellísima, rodeada de árboles y en la cual parece que el sol siempre tiene por dónde entrar. Hemos ido dos o tres veces a visitarlo, y cada vez me ha dado pena que el día terminara y tuviéramos que regresar. Sus poemas están llenos de palabras exóticas. Poco aficionado a la mitología, con frecuencia papá recuerda la referencia a los «ojos huelpúrgicos», cuyo significado nunca pudo averiguar. Tal vez viene de *huallpa*, dice, pero cómo va a ser bonito decirle a alguien «ojos de gallina».

*1988. Tito Flores me ha introducido a Mariátegui, entre otras cosas. Estoy fascinada leyendo los dos tomos de su correspondencia. En realidad, sólo en dos oportunidades leí con atención a Mariátegui. En VR «Ideología y política». Y en la Liga «La escena contemporánea» y «Figuras y aspectos de la escena mundial» porque quería conocer lo que Mariátegui pensaba de Trotsky, ya que los camaradas ingleses nos acusaban de no ser marxistas sino «mariateguistas». Así que ahora en realidad estoy descubriendo al otro Mariátegui: sobre el Perú.*

*Lo que no esperaba era encontrar el nombre del tío Clodoaldo entre sus correspondientes en Jauja. En casa nadie me había dicho que el tío poeta fue amigo de Mariátegui. Para mí es una especie de reivindicación personal.*

*En Jauja sigue el monumento a mi bisabuelo en la avenida Ricardo Palma. Pero he encontrado que hace unos pocos años, la avenida Roosevelt –la bella alameda que conduce al cementerio– ha sido rebautizada como «Avenida Clodoaldo Espinoza Bravo».*

## EL AGUA CLARA

SALTO DE MI PEQUEÑA silla aprovechando que no hay nadie. Ya nos hemos cansado de jugar a la casita debajo del cruce de senderos, bajo la sombra de una rosa de novia, y no quise ir con Zoili y Betty, mis hermanas mayores, a estar con los grandes. Me he quedado mirando los pequeños bordes formados por pensamientos de varios colores, que mamita Eniquita –mi tía abuela– cuida con amor. Hacia afuera, los bordes son de orejas de conejo. Y dentro del jardín hay muchas margaritas, claveles, rosas. Este sí es un jardín de verdad, pienso. El de la casa de mi abuela en Jauja, donde vivimos, no tiene tanta variedad. Y su acequia de cemento casi nunca está limpia, a diferencia de estas pequeñas acequias alegres y transparentes cuyas piedras del fondo a lo más tienen musgo. Nuestros barquitos de papel navegan raudos, sin temor podemos meter nuestras manos en el agua y a veces, a escondidas, beberla.

Es el momento de descubrir el misterio. Muy despacio salgo del jardín hacia el corredor donde almorzamos cuando no llueve. Ahí está el pequeño mueble de donde sacan el agua que sí nos permiten beber. Pero no hay cañerías y quiero saber qué es exactamente un filtro, cuál es su secreto. Me han dicho que no debo abrir la puerta porque puedo ensuciar, que lo podré hacer cuando cumpla seis años. Abro la puerta y no puedo creer lo que veo: es una enorme piedra gris, una piedra redonda y porosa, una piedra bonita. El agua gotea por abajo; en la parte superior un poco de agua permanece en una especie de hendidura parecida a la de un batán. Lentamente, cada gota cae en un porongo produciendo una música que se parece al sonido que hace las copas de cristal al chocar entre sí.

Voy corriendo a preguntar a mi madre de dónde sacaron esta piedra tan linda, tan grande, esta piedra mágica que permite que el agua la atraviese. Tu papá la compró en Piura y la trajimos desde allá para que podamos tomar agua limpia aquí en Ocopa, donde no hay agua potable. Y el tío Juanito le hizo ese mueble para protegerla.

No se parece al agua que hace mover la piedra del molino que tenemos en Álayo. Nunca nos dejan meter la mano a esa estrecha acequia perpendicular, de piedra, por donde el agua baja a una velocidad increíble hacia un canal. Se pueden romper los huesos, nos dicen. Y tenemos que creerlo, pues la enorme rueda, también de piedra, comienza a dar vueltas empujada por esta fuerza del agua. Y el agua sigue, transparente, su curso hacia el río. Nos podríamos quedar horas aquí mirando este milagro.

Pisando las hojas secas y bordeando nuevas acequias llegamos a la casa de Álayo. Cuando éramos niñas comíamos aquí, mirando hacia el jardín, dice mi madre. Hay un poyo todavía, y comenzamos a imaginar que podríamos quedarnos allí a dormir. Y despertar temprano, para pasear en la enorme carreta de madera jalada por bueyes, a la cual nunca nos dejaron subir. Sabemos que sin la vigilancia de las «mamitas», Maqui y Anita nos ayudarían a hacer realidad ese sueño, como tantos otros. Y así pensando, seguimos ahora hacia el bosquecito.

*1991. Dicen que hay sequía. El caudal del río Mantaro ha bajado enormemente y el verde de este año no será tan verde. A veces deja de llover una semana siendo época de lluvias. Pero en*

*Álamo las acequias siguen tintineando alrededor de los cercos de habas, papas y alcachofas. No rebalsan como otros años. Pero sus aguas siguen siendo transparentes y alegres.*

*El puente antiguo se cayó hace muchos años y ahora hay uno nuevo. No están los pedazos de concreto caídos en medio del río que simulaban rocas donde soñábamos con nuevas aventuras. Pero el silencio es el mismo. Roto sólo por el sonido del agua, siento que penetra en mi cerebro y que lo limpia de confusión y temores. No quiero que el ruido de mis pasos rompa este silencio. Parada, mirando el río, siento que el sol radiante y el viento tibio del mediodía serrano comienzan a hacer de mí una parte del agua, de las piedras y de los eucaliptos que bordean el río. Levanto la vista lentamente temiendo que un movimiento brusco pueda romper el encanto. Quisiera confundirme entre los diversos verdes que se sobreponen uno a otro. Ser una planta, una piedra, una gota de agua de este río. Para disfrutar de esta paz siempre, siempre.*

## LA PRIMERA COMUNIÓN

EN DICIEMBRE HARÉ la Primera Comunión, un poco tarde pues ya he cumplido nueve años. Me parece mentira que pueda recibir a Dios. Mi madre me explica de qué se trata. Ya fui declarada «soldado de Cristo» con la confirmación. Y ahora me toca un compromiso mayor: la posibilidad de recibirlo directamente. Hago demasiadas preguntas, y mi madre decide que lo mejor será una preparación por una persona especializada.

Me envía donde la señorita Victoria. Debo llevar el Catecismo. Y también un cuaderno especial para la preparación. Camino a la primera clase, me detengo en la pequeña «librería–imprensa» de don Max Pecho para comprar el cuaderno. En casa nos han dicho que no debemos comprar nada allí, pues ese señor no es bueno, es anarquista, no quiere saber nada con Dios y no va a misa. Pero a mí me gusta comprar allí porque está a la vuelta de la casa y porque casi siempre el viejito está solo y, aunque un poco seco, es amable con nosotros.

No sé por qué no es amigo de don Sixto, el sastre que tiene su taller frente a la casa. Dicen que también tiene ideas raras, que es «comunista». Con su larga barba, a mí me parece más bien un profeta bondadoso. Debe ser entretenido pues con frecuencia está rodeado de jóvenes estudiantes y también de maestros. Responde amablemente a nuestros saludos. Cuando todos nos vamos a Ocopa y la casa queda cerrada, recibe cordialmente los encargos. Tal vez no se lleva bien con don Max por esas diferencias de carácter.

La señorita Victoria es una persona delgada, huesuda y buena como el pan; es la maestra de transición en el colegio. Una de las primeras preguntas que le hago es qué es *anarquista* y qué es *comunista*, pues no entendí las explicaciones de mi madre. Ella vive en una especie de departamento en un segundo piso, compuesto por un dormitorio y una sala que nos parece enorme tal vez porque sólo está habitada por sillas y un cuadro del Corazón de Jesús. De su respuesta, sólo entendí que ellos no aman a Dios y que no están de acuerdo con el orden que Él ha puesto en el mundo. Que es mejor mantenerse lejos de ellos. Claro, en las películas que el padre Famiano pasa para los niños de la parroquia, don Camilo suele hacer quedar mal al alcalde comunista y sus amigos que no se cansan de hacer maldades contra la Iglesia.

Por lo demás, nos acoge con cariño: somos sólo tres los que haremos la Primera Comunión este 8 de diciembre, así que la preparación es casi individual. El *Catecismo* es el libro de texto para conocer lo básico: la Trinidad, la Virgen. Luego nos repasa las oraciones: el *Padrenuestro*, el *Avemaría*, el *Credo*, la *Salve* y *Bendita–sea–tu–pureza*. Trabajo inútil, ya que las monjas nos hicieron memorizar estas oraciones desde que entramos al colegio. Sólo me extraña que no nos haga cantar.

Luego, las bienaventuranzas, los pecados capitales. *Mundo*, *demonio* y *carne* son los enemigos del hombre, nos dice. Aunque no entendemos muy bien nos va entrando un cierto temor porque resulta que todo el tiempo hay que cuidarse de las tentaciones. ¿Qué es fornicar, señorita? Es lo que no puedes hacer delante de otros, me dice. Debe ser como ir al baño o algo así, pienso. Ya hablaremos de eso, agregó solemne; mañana tendremos la reunión más importante. Margarita y Pepe me miran asustados. Yo trato de mostrar seguridad.

Hoy hablaremos del pecado, nos dice. *Bueno* y *malo*, *virtud* y *pecado*, *santo* y *demonio*. Todo está así, dividido en dos, incluso el destino final: *el cielo* y *el infierno*. Además, los seres

humanos nacemos pecadores, por culpa de Eva. Pero existe la posibilidad de pagar estos pecados: la existencia del purgatorio nos otorga cierto alivio. Pienso que tal vez si no pecco mucho pueda ir al purgatorio por poco tiempo. En novenas y tarjetas de difuntos muchas veces había leído «100 días de indulgencia» o cosas así: resulta que existe la posibilidad de disminuir el tiempo de tormento. Y tal vez incluso de suprimirlo.

*¿Cuántos días de sufrimiento recibiré por aquella ocasión en que mentí a la profesora? Fue el anteaño pasado. Me había enviado a traer un mapa para enseñarnos cómo era antes el Perú. Al sacar el rollo, uno de sus extremos de madera empuja al Niño Dios de yeso que preside la oscura habitación. El Niño cae y su cabeza se despega de su cuerpo. Estoy aterrorizada y me parece que recibiré un castigo terrible por haber dañado al Niño Dios. Recojo al Niño, lo coloco en su sitio, y pongo su cabeza rota encima del cuerpo, rogando para que Él entienda que no fue intencional y que se vuelva a pegar. Retorno al salón con el mapa, pero también temblando. ¿Qué te sucede, niña? Nada, digo, horrorizada de mi propia mentira. En la tarde, llega la temida pregunta: Marujita, ¿al sacar el mapa rompiste el Niño Dios? No, señorita, vuelvo a mentir y siento que la sangre estalla en mi rostro. No te va a pasar nada, niñita, sólo dime que fuiste tú. No, señorita, yo no fui, no, no fui, le digo casi sollozando, porque sé que sigo mintiendo y que no me cree, que estoy perdida. Y no sé cómo regresar en el tiempo atrás y decirle que sí, que sí fui yo...*

Debemos confesarnos los pecados, para dar a Dios la posibilidad de perdonarnos. Y hay pecados terribles que ustedes no conocen porque son niños. Por ahora –continúa la señorita Victoria– uno de los más grandes pecados es dudar de Dios, de los sacramentos y de los misterios de la fe. Deben creer en todo lo que dice la Iglesia.

No dudar, no dudar. Ahora tengo miedo de preguntar cosas porque pueden parecer dudas, y por tanto tal vez sea pecado.

*El cuadro que se puede ver en la penumbra de la entrada de la Iglesia de Ocopa: dicen que fue pintado por el diablo. En él se puede ver claramente a las almas condenadas clamando misericordia con los brazos apuntando hacia el cielo. Seguro que ellas no conocían la posibilidad de las indulgencias. Felizmente que al escuchar cantar a los coristas me pasa el miedo. Es como escuchar cantar a miles de ángeles. Aunque un Viernes Santo me dieron ganas de llorar: no esperaba escuchar sus voces tan desgarradas, después de esas notas solemnes del enorme órgano, clamando: «Laaaaacrimoosa, diiiiies illa...». Quién inventó esa música tan triste y tan bonita, pregunté, prendiéndome del brazo de mi madre. Mozart, me respondió: la hizo antes de morir. Cómo sufriría Mozart, pensé, debe haber sido una persona muy, muy triste.*

Cristo está en la hostia –continúa la señorita Victoria–, su carne y su sangre están contenidas en ese aparente pequeño trozo de harina. En ningún caso y por ninguna razón hay que morderlo. «Una vez hubo un niño que no creyó que en la hostia estaba Dios. Dudó en el momento de comulgar y la mordió. De inmediato de la hostia comenzó a salir muchísima sangre y, en forma misteriosa, la sangre comenzó a cubrir al niño desde los pies hasta la cabeza, hasta ahogarlo. El



niño no sólo pecó por haber dudado y mordido la hostia: murió». Cada día del mes de preparación nos cuenta historias semejantes. Tenemos mucho miedo de morder la hostia. Sería como morder a Dios. Y esa es nuestra principal preocupación. Mi madre me está haciendo el vestido blanco de gasa y tul y mamita Antuquita –la tía abuela que vive en Lima– enviará la corona de rosas artificiales, y el libro y el rosario de nácar.

Nos llevan a la capilla para indicarnos dónde nos ubicaremos y qué debemos hacer. La Virgen del Carmen me mira sonriente. Debe ser porque el niño Jesús que tiene en los brazos lleva una peluca nueva fabricada precisamente con mi larga cabellera castaña. A diferencia de otras oportunidades, en este caso no me molestó que mi madre pusiera sus tijeras sobre mi pelo casi rubio, por el que muchos me dicen «gringuita».

Llegó el gran día. Felizmente que no mordí la hostia. Mi madre, de luto riguroso por la reciente muerte de mi abuela, me acompaña. También mi padre. Nos toman muchas fotos. Y yo quisiera mirar al cielo, pues estoy feliz y me parece que mi vida cambiará en adelante. Pero no puedo pues por alguna razón, cada vez que elevo mis ojos miopes, un misterioso ardor me obliga a bajarlos frente a la luz del sol, que brilla inclemente.

## ¿QUIERES SER MI ENAMORADA?

LAS VACACIONES escolares están llenas de fiestas y compromisos. Hoy hay fiesta juvenil en el Casino. Aunque recién tengo diez años, parezco mayor, así que iré con mis hermanas.

Mi madre ha revisado mi vestido celeste nuevo. Tiene una especie de pliegues al borde y unas florecitas en el cuello. Un largo cinturón de raso atado a la cintura le da cierta alegría. Pero no tengo cómo disimular la gordura. Al llegar la hora, mi madre ata mi pelo en una cola de caballo y la adorna con unas florecitas parecidas a las del vestido.

Como siempre que llegamos a las fiestas, los chicos nos rodean. Y bailamos y bailamos. Al pasar al buffet, me aborda un muchacho flaco, guapo y con anteojos. Vive en Huancayo y mis padres son amigos de los suyos, pues su papá es jaujino. Me había dado cuenta de que me estuvo observando mientras bailaba. Tiene cara de tímido, pero me había equivocado. Me dice que sabe quién soy. Luego de algunas frases formales y entre risas nerviosas me dice ¿Quieres ser mi enamorada? Tengo diez años... soy muy chica, respondo muerta de emoción.

Después sólo bailé con él el resto de la fiesta. Me cuenta que tiene catorce años, y está en tercero de media en un colegio religioso de Huancayo. Resulta que es sobrino de la tía Sholi pero, por esos parentescos «de padre» o «de madre» comunes por aquí, no es mi pariente. Fue una noche emocionada. Mis hermanas se matan de risa con mi «romance». Y a pesar del cansancio, no pude dormir, pensando en esa sonrisa de niño.

Al año siguiente, fuimos invitadas a un paseo en «Chamisería», una especie de pequeño fundo campestre en Huancayo. Es un lugar increíblemente lindo. No parece Huancayo, que es tan «moderno» y sin gracia. La casa es bonita, y está muy cerca del río, apenas a unos pocos metros. Aprovechando que todos están entretenidos comiendo, escapo del bullicio y salgo. El río es tan transparente que se puede ver nítidamente cada piedra que hay en el fondo. Me encanta caminar bordeando el río bajo la sombra de los alisos, escuchando sólo el crujir de hojas y el sonido del agua chocando con las pequeñas piedras. Encuentro un tronco donde sentarme y me dispongo a convivir un rato con el silencio.

¿Ahora ya eres grande? Una voz me hace ruborizar como una niña tonta, igual que en la fiesta de hace un año. Cuando di la vuelta, no había nadie. Las risas provienen de lo alto de un árbol, donde está Jorge Luis, sentado y sonriente. Sólo tengo once años..., atino a responder, sin saber hacia dónde huir. Él baja del árbol y yo, mirando al suelo, entre titubeos le prometo que después hablaremos y, casi corriendo, me alejo hacia la casa. Me pregunto si será pecado sentir esta emoción que me impide hablar más.

*Al año siguiente, me enamoré perdidamente de un amigo de Jorge Luis, y éste pasó a ser el amor adolescente de una de mis hermanas.*

## EL CLUB

MI HERMANA BETTY fue elegida reina de la fiesta de los cadetes del Leoncio Prado, un pretexto creado para divertirnos más en carnavales. Y Norma, una prima lejana que estudia en Lima y pasa sus vacaciones aquí, fue elegida reina de la fiesta juvenil del Club. Así que mis padres y los tíos de ella se ponen de acuerdo para hacer una recepción conjunta «retribuyendo atenciones». En casa los preparativos llevaron varios días. Mi tía nos ayudó a preparar el buffet. Tuvimos que ir a Huancayo a contratar la orquesta de Pepe Velásquez, y de paso dejamos allí varias decenas de invitaciones. Mi madre hizo vestidos nuevos para ambas. Betty, en sus quince años, como siempre está linda y radiante.

La fiesta, en el Club, por supuesto. Desde que el Lawn Tennis cerró, quedó sólo el Club para que la «gente decente» recuerde las fechas célebres: las fiestas de 28 de julio y de Año Nuevo son grandiosas. Solemos salir de allí ya de día. Aunque no dejo de sentirme algo rara cuando, con un vestido de raso o de gasa, esclava de oro y a veces estola de piel y zapatos blancos, nos cruzamos con la gente que va a misa temprano, pues la Iglesia queda en el camino entre el Club y nuestra casa.

Entre enero y abril la actividad es frenética. El 20 de enero, luego de las festividades de San Sebastián en el barrio de Yauyos, el Club hace su propio jalapato. Más tarde, en carnavales, las fiestas, infantil, juvenil y «de viejos». La reina elegida en cada una de ellas hace su propio festejo retornando atenciones. Luego cuando los padrinos de los cortamontes son socios del Club, también terminan allí, en medio de huaynos.

Además, está la fiesta de los cadetes del «Leoncio Prado», como este año, cuando Betty fue elegida reina. Y mis padres aceptaron por esta vez hacer un nuevo esfuerzo por agasajar a los amigos de sus hijas, aun cuando los recursos sean escasos, como sucede con todos los de su círculo.

*La madre Belén, directora del colegio, no lo entiende. Nos ha llamado severamente la atención porque dice que niñas como nosotras no debemos frecuentar un casino, que es un lugar de perdición, donde «abundan el juego y el licor». No entiende que allí sólo jugamos ping-pong o bailamos con nuestros amigos. Igual que el Casino Internacional de Huancayo, le digo. Pero no hay forma de que entienda. Y ha llamado a nuestros padres. Mi madre acudió y le dijo que era un club, que sólo tenía ese nombre. Y la madre Belén, que es nueva en Jauja y no nos conoce, transigió de mala gana porque le han dicho que mi madre fundó la Asociación de Ex-Alumnas del colegio y trabajó muchos años por el nuevo local. Y que es una señora decente y ejemplar. Pero yo me di cuenta que no le gustó perder y que tendré muchos problemas con ella.*

Fuimos en la tarde a ver que todo esté en orden y a recibir la vajilla del Comité de Damas. Entro al salón del fondo, donde se encuentra la mesa de ping-pong que en ocasiones como esta funge de mesa de comedor. Como me sucede con frecuencia, no resisto la tentación de aguaitar por la ventana de la puerta clausurada que da a los pasadizos de la Municipalidad. Pese a las

explicaciones de mis padres y tíos, no entiendo por qué la Municipalidad le ha cedido este local, parte de su estructura básica, a un club, a cambio de un alquiler simbólico. Esta pregunta siempre me da vueltas cuando el «viejo» Méndez se pone en la puerta a impedir la entrada de «no socios» o a pedir tarjetas de invitación cuando hay alguna reunión.

*Cuanto más planchas pasan por su eterno uniforme azul, menos puede disimular el desteñido del abrigo. La gorra casi cae a pedazos pese a sus esfuerzos. Camina arrastrando los pies de una forma curiosa, por lo que le dicen «pisahuevos». Pienso que el «viejo» Méndez es la caricatura del Club: la simulación de abundancia y «clase», para esconder la ineluctable decadencia.*

*No obstante, le tengo cariño. Si no hay gente, le pido que toque el piano sólo para mí. El viejito acepta rápidamente, y comienza uno tras otro a tocar tangos y boleros. Me siento a su lado y, fascinada, miro cómo sus manos secas y coloradas recorren el teclado. Su expresión cambia de adusta a tierna; no mira el teclado y parece que sus ojos vuelan a sabe Dios qué nostalgias. Me dan ganas de tomarlo del brazo y poner mi cabeza en su hombro. Me parece un niño que requiere ternura.*

*Es como un abuelo divertido. Chileno de nacimiento, llegó aquí muy joven –como muchos otros– para aliviar sus pulmones. Y se quedó. Es más bien gruñón, y difícilmente se le puede pescar una sonrisa, pero para nosotros siempre hay una gracia.*

Hace ya un buen tiempo que me ha comenzado a cansar este ambiente del Club, sus «exclusivismos», los aires de grandeza que intentan ocultar la inutilidad para el trabajo, las conversaciones sobre «la gente decente». No, dicen, el dinero no tiene nada que ver sino el «ser gente». Así, muchos jaujinos que lograron tener profesiones o negocios e hicieron dinero no pudieron lograr ser socios del Club. Fundaron el «Hatun Xauxa» para tener su propio Club. Al Club no entran «plebeyos», salvo por matrimonio, o por tener algún cargo importante: jueces, autoridades y, por supuesto, los administradores de los bancos.

*1969. No quiero volver a entrar al Club. No, nunca más. Aunque mi padre tenga allí sus comidas rotarias, aunque mi madre ha sido presidenta del comité de damas una y mil veces. Aunque allí pasé momentos felices de mi adolescencia, incluyendo el descubrimiento del amor. No, no volveré porque allí estaban los «señores», muchos de ellos parientes, tíos míos muy queridos, o amigos de mis padres. O mis propios padres, vistos así por «los otros». Quién sabe si a mí también me verían así en el colegio. Por esa misma razón no quise ir a la fiesta de promoción cuando terminó mi vida escolar. Es el signo de la discriminación. Pienso que sus salones, aunque viejos, son tan amplios que podrían albergar decentemente a la biblioteca municipal, y tal vez un lugar donde rescatemos la cultura, lo nuestro. Sí. Me han dicho que los diversos intentos por recuperar el local del Club para la Municipalidad han chocado con los amigos que sus miembros tienen entre los jueces de Huancayo y Lima. Ya no hay apellidos, ni nada. Jauja ya no es la pequeña ciudad señorial de los cincuenta. Pero el Club sigue ahí.*

## ABRO LOS OJOS

DICE MI MADRE que no debo leer mucho por la miopía. No sé si esto fue pretexto para no permitirme leer *Los millones del rey* y *Ana Karenina*, que esconde en su ropero. Creo que es más bien porque recién cumplí catorce.

La verdad es que no sé por qué no quiere que yo lea historias de amor. Cuando leí *Sanatorio* sí era chica, tenía diez años, y me gustó. Y había allí historias de amor entre los tuberculosos, historias muy tristes: la gente se amaba mientras esperaba el mes de setiembre, el mes de la muerte, soñando con lo que ya no podrían vivir. Aunque en ningún momento lloré, como ahora, con mis libros nuevos. Ya terminé de leer *María*, de Jorge Isaacs, entusiasmada porque la heroína lleva mi nombre, que es el de la Virgen. Igual me sucedió con *La panadera*, de Xavier de Montepin. Y con *El diario de Ana Frank*. No sé cómo hacer para que mis sentimientos no distraigan mi atención. En las últimas vacaciones leí *Crimen y castigo* de Dostoievski y algunos cuentos de Gorki reunidos en un libro llamado *Caín y Artemio*. Y ya no puedo recordar detalles de la trama de uno ni de otros. Pero sí me siguen estremeciendo el alma atormentada de Raskolnikoff, y la ternura de los pillos de los cuentos de Gorki.

Tal vez mi pésima memoria se deba a la costumbre de leer demasiadas «revistas» ilustradas o de ir al cine tres veces a la semana. Además de revistas chistosas, como *Archi* o las de Walt Disney, yo colecciono *Vidas ejemplares* y *Vidas ilustres*; Betty colecciona *Leyendas de América* y *Aventuras de la vida real*; Zoili los *Clásicos ilustrados*. En estos casos mi memoria es perfecta. Podría relatar con lujo de detalles lo que le sucedió a Wagner cuando estrenó *Tanhauser*, o las renunciadas de Santa Isabel de Hungría, o las aventuras de *La Monja Alférez*. O cada una de las conversaciones de Santa Juana de Arco con sus apariciones, o cómo San Antonio Abad bajaba de su refugio solitario a sentarse frente a la Iglesia a comer carne de cerdo en viernes sólo para provocar a los obispos.

Don Pánfilo nos guarda un ejemplar de estas revistas, y nos pasa la voz si le llega algún libro interesante. Qué pena que ya no hay *Billiken*, que aparte de historietas divertidas como «Pelopincho y Cachirula», a veces tiene cosas interesantes sobre la historia argentina, cuentos, poemas y algunos juegos y acertijos. Y nunca dejamos de tener en casa *La pequeña Lulú* e historietas de Walt Disney.

El otro proveedor de lectura es el señor Chávez, quien ya sabe que mi madre le comprará todos los libros «Tor» que lleguen a su bazar. También vende algunos libros «con figuritas», como los de Bruguera, que combinan texto con ilustraciones. Me he divertido mucho con *Un yanqui en la corte del Rey Arturo*, y con *Príncipe y mendigo*. *Mujercitas* y esas otras historias sí me aburririeron soberanamente.

Aparte de estas cosas, en la casa no hay muchos libros, y tal vez en las próximas vacaciones los termine de leer. Devoro *Selecciones*, que mi madre compra puntualmente: me gustan las anécdotas y los artículos de medicina que allí sacan. Me dan ganas de conocer Estados Unidos: me parece que allí las cosas son más sencillas, que la gente no se complica tanto la vida como aquí y, particularmente, que no existe la servidumbre. En ese país, al parecer, todos son realmente iguales.

Mis padres tienen algunas biografías, de personajes de la historia como Napoleón y Bolívar. Stephan Zweig y Emil Ludwig son autores repetidos en su pequeña biblioteca. Pero prefiero las novelas, o los cuentos como en *Las mil y una noches*.

Durante el mes de vacaciones que mis hermanos y yo pasamos en Ocopa, es usual que encontremos cosas que leer, pues en nuestro dormitorio nunca faltan los *Almanaques de Bristol, Leoplan, y Para ti*, que a veces tienen poemas y también novelas por partes. Nuestras expectativas se colmaron aquel día en que pudimos entrar a la «tienda» de la casa, cuyos mostradores y estantes están llenos de cachivaches. Entre pequeñas estatuas, angelitos, almanaques, candelabros, botellas antiguas «de bolita», y cosas por el estilo, encontramos un baúl con verdaderos tesoros. Al abrirlo, unos pequeños libros marrones con ilustraciones nos deslumbraron con sus relatos sobre la corte de María Antonieta, con sus lámparas de miles de candelabros, o la Roma Antigua y sus conquistas, o las maravillas de la cultura griega. El autor: «A. Malet». En algunos de ellos están caligrafiados los nombres de mi madre o de mi tía. Al ir más hacia el fondo, un librito que parece muy antiguo, de tapa negra: *La señorita instruida o sea Manual del bello secso, 1854* (reímos mucho con el ideal de «señorita» que nos propuso). Y tuvimos que expulsar de mala manera a una inocente arañita que había logrado introducirse en otra maravilla: *Engaños a ojos vistas y diversión de trabajos mundanos, fundada en lícitos Juegos De Manos, ¡1822!* Hay muchas cosas: historias de santos, libretas de notas de mi madre, apuntes de la «contada» de ganado de Ichahuanca y Challhua. Una tarjeta curiosa de una señora Valladares, de la familia de los grandes hacendados de Concepción, dirigiéndose a mi tía abuela como su «querida prima». Y también algunas fotografías que corremos a mostrar a mi tía abuela para que nos identifique a quienes allí aparecen.

Disfruto mucho con estos hallazgos, aunque a veces me da miedo entrar a esta «tienda» y sentir la mirada de los Cristos rotos, pequeños y grandes, que parecen vigilarme. Pero miro dentro de mí y al no encontrar pecados muy graves, pienso que Él sólo me mirará. Sí, tal vez tenga una cierta tendencia al llanto y al miedo. Cuando leí *La divina comedia*, tenía diez u once años. Uno tras otro, los versos me fueron aterrorizando. Nuevamente el pecado, y la pintura de Ocopa. Y la sentencia de la entrada al infierno, que dice que el que allí entra pierde toda esperanza. Nunca podrá ser feliz. *Nunca*. ¡Qué terrible es esta palabra! A veces lo vuelvo a leer por partes para entenderlo porque no puedo concebir que exista tanto sufrimiento, sufrimiento eterno, sin fin, para siempre.

*1963. Me extraña ver a un señor con terno entrando y saliendo de los salones del colegio. Tal vez es un amigo de las monjas, pienso. Veremos cuando llegue aquí. Es un señor de poco más de treinta años, con un maletín. La madre Amelia, a quien le han encargado acompañarle, se queda en la puerta. He venido a hablarles de la importancia de leer. Es el último año que ustedes están en el colegio, y por eso mismo quiero que me escuchen con atención. La lectura nos abre horizontes, nos ayuda a entender a las personas, a conocer a otros pueblos. Por eso hemos comenzado a publicar algunos libros que creemos que grandes y chicos deben leer, aunque no tengan dinero, libros hermosos pero también baratos. Habrán escuchado sobre algunos de ellos en las clases de literatura, pero hay otros nuevos. Esta es la primera serie y contiene cinco obras: «La serpiente de oro» de Ciro Alegría, «Collacocho» de Enrique Solari Swayne, «El pecado de Olazábal» de Luis Alberto Sánchez y «El señor Presidente» de Miguel Ángel Asturias. Mañana regresaré si alguna de ustedes quiere llevar estos libros a su casa. Apunto los nombres y el precio, y en la hora de almuerzo, emocionada, relato a mis padres el*

*asunto. Resulta que es de los Bonilla de Ataura. Tenía que ser jaujino, dice mi madre. Donde hay cultura hay jaujinos de por medio. Qué bueno hijita, aunque no me gustan mucho los autores peruanos: no entiendo por qué tienen que incluir palabras fuertes, y resentimientos. Pero vamos a comprarlos, aunque no sé si todos... Claro que compraremos, menos el de Sánchez –interrumpe mi padre–, nada de apistas en la casa. Al día siguiente, regreso feliz con cuatro pequeños libros. Estoy emocionada. Al comenzar a leer, una vez más siento que en realidad conozco poco al Perú y al devorar línea tras línea siento una especie de mezcla de alegría y desolación. No sé quién soy yo. Cuanto más leo, menos sé quién soy...*

## LA CORRIDA DE TOROS

1963. «En Acho Maruja Martínez tiró sus anteojos al coleta toledano Gregorio ‘Curro’ Sánchez y... se le rompieron»... En el tren de regreso de Lima me encontré con Mike, el columnista de «Buenos días» –la sección social de *La Voz de Huancayo*–, quien se extrañó de verme sin anteojos. Siempre está buscando pequeños datos para su columna, así que inventó esta historia que hizo reír mucho a mis amigos huancaínos. No sabíamos que te podías entusiasmar tanto en una corrida de toros, me dicen. La verdad es que un viaje en octubre para el aniversario de las franciscanas coincidió con un viaje de mi padre a una convención rotaria. Y nos llevó a Betty y a mí a Acho. Cómo iba a negarme a ir con él, aunque se tratara de una corrida de toros. Y fue una buena corrida, la mejor de la temporada, aunque apenas si pude verla a través de un pequeño trozo de luna de mis anteojos. La verdad es que en estos días en Lima yo estaba más interesada en escuchar a los niños cantores de Viena, pero a mi padre y a mí se nos «perdió» el Teatro Segura, donde se presentaban.

Este año las vacaciones de julio fueron más intensas que otros años. La única dificultad fue que tenía que verme a escondidas con Manuel, sino mis padres me matarían. Los leonciopradinos que vienen de vacaciones no son problema pues son amigos y conocen mi romance. La fiesta del club estuvo increíblemente bonita. Fui con mis padres, al igual que mis amigos. Así nuestros padres se sienten más tranquilos. Felizmente el local es grande y tiene tres salones por donde podemos bailar sin sentirnos vigilados.

No fui a la corrida de toros. Como sucede todos los años vino «El Nene»; dicen que nunca falta porque en realidad nació por aquí. Es un tipo bajo y colorado, con cara de español. Antes de comenzar la corrida saluda con su montera, y siempre hace una venia especial a mi padre. Ya es el cuarto año que no voy. Recuerdo la última vez, como si fuera ayer.

*No hay casi nadie en la barrera, pues este año los precios han subido mucho. En una que otra zona de la «barrera», algunos aprovechan los vacíos y se acomodan. De pronto siento una especie de murmullo que va creciendo. Había llegado don Pedro, uno de los pocos «ricos» de Jauja –descendiente de uno de los comerciantes europeos que llegaron a fines del siglo pasado–, hoy criador de conejos de angora de bastante éxito, un tipo simpático aunque distante. Y casualmente su asiento de barrera había sido ocupado por una de las cuatro o cinco personas que se «colaron». Boleto en mano reclama su asiento y, al parecer, el tipo no quiere moverse ya que prácticamente el resto de la barrera está libre. Don Pedro también se enterca y se arma una discusión. De pronto la plaza de toros era un griterío; la mayor parte de la gente defiende al advenedizo. Cómo grita la chusma, dice mi padre, dónde están los administradores de la plaza para poner las cosas en su sitio. El tipo no se mueve. Don Pedro da media vuelta y sale de la plaza, generando un nuevo tipo de murmullo de aprobación y algunos aplausos. Todo esto me pareció horrible. No sabía que existía tanto odio. Pienso que tal vez sólo porque don Pedro es rico, o porque es blanco. O sabe Dios por qué.*

*La corrida me parece más cruel que otras veces, y me tapo los ojos cada vez que las banderillas hieren el lomo de los toros. Pobre torito, dice la Shicu, sentada con el resto de la servidumbre de la casa en la fila detrás de nosotros. Y a mí tampoco me gusta esa sangre*



*mojando la arena de la «Talavera de la Reina». Y ya no quiero ir a más corridas de toros. Ni siquiera porque El Nene viene a Jauja.*

## DISFRUTANDO EL CARNAVAL

LAS BOMBAS DE HARINA vuelan por los aires. Es el prelude de «Comadres». Maqui nos ha enseñado a hacer bombas ajustaditas, que se revientan sin problema y bañan de harina cuando dan en el blanco. Así que en casa febrilmente hacemos las bombas. Mi madre nos ha comprado varios kilos de harina, y papel de cometa de colores. Mingo y yo cortamos el papel en cuadraditos y preparamos el engrudo. Maqui y Julio envuelven en el cabo de un mango de escoba los pedazos de papel para que el cono sea redondo y parejo. Luego, hay que esperar que se seque, llenarlo de harina y pegarlo asentando bien. Los guardamos en cajas, ordenaditos, para esperar el momento. Pero mi madre no nos ha permitido llevar las bombas a Paca, a la fiesta de comadres.

Este año mi primo Cali, que es un poco menor que Mingo, irá con nosotros. Felizmente que hemos llegado temprano y podemos ir a misa. Además de Cali, estamos mis padres, Mingo y yo, pues mis hermanas están en Lima de vacaciones. Cruzamos rápidamente la plaza de Paca, que está llena de gente. Aunque todavía nadie juega, ya se respira el jolgorio. Entramos a la pequeña iglesia oscura, donde muchas *mamachas* están rezando arrodilladas o sentadas en el suelo. Casi no hay bancas en esta pequeña iglesia, así que nos situamos a un costado. Cientos de velas iluminan la penumbra: en el piso y en esa especie de mesitas con pequeños candeleros. También en esas arañas que cuelgan del techo, cada una de las cuales alberga cuarenta o cincuenta velas. Yo me olvido de los carnavales y me acerco al Señor de Paca. No se parece a ninguna otra imagen que haya visto en Jauja, ni en Ocopa. Es una cruz, como las cruces que hay en los caminos, con el rostro del Señor bordado en tela orlada con flecos dorados. Me da nervios este rostro solo, sin cuerpo, con una expresión de dolor que conmueve.

Cuando la misa termina, comienza la odisea de salir de la iglesia. Me quedo con la mantilla puesta para ver si así no me llega algún bombazo. Tengo éxito, aunque tal vez sea porque estoy con mi madre, y mi padre está cerca esperándonos. Pero apenas salimos de la plaza, las bombas cruzan en todos los sentidos, y aunque aparentemente no van dirigidas a nosotros, terminamos ya un poco cubiertos de harina y muertos de risa.

Es como una liberación: todos tiran a todos, y a nadie le importa quién es quién. Lo increíble es que nadie se molesta. Mingo, Cali y yo tenemos ganas de jugar, pero no hemos traído «municiones». Además, ya será hora de almuerzo. Mi padre compra tamales blancos, cuyo *shaqtado*, gelatina de patita y unas colas, y nos vamos a almorzar a la orilla del riachuelo que queda cerca. Estamos alegres. Mis padres saludan a diestra y siniestra pues, al igual que nosotros, muchas familias han venido a Paca, aunque ninguna de ellas es del club. Comemos rápidamente y Mingo me comienza a hacer salpicar agua; yo hago lo mismo con Cali y mis padres comienzan a festejarnos. Terminamos en medio del riachuelo los tres, empapados de pies a cabeza. Han pasado dos horas, y comienza a hacer frío. Así que regresaremos con los zapatos en las manos. Ojalá que nadie se agripe, dice mi madre entre risas. Qué importa un resfrío si se han divertido tanto, contesta mi padre.

De regreso a casa y tiritando bajo mi ropa mojada, me pongo a pensar en estas fiestas que siempre me han gustado tanto. Los preparativos llevan varios días. Recuerdo un año en el cual hubo cuatro fiestas de disfraces: una en el Lawn Tennis, la infantil y la juvenil del club y,

finalmente, una en la casa de las Aguilar. Mi madre se pasó dos semanas preparando disfraces: tiene una paciencia increíble. A veces aprovechamos la ropa que hemos llevado en las actuaciones del colegio. Como ese hermoso disfraz de mexicana con el que bailé *El jarabe tapatío*: falda negra acampanada, con enormes águilas de escarcha dorada, el pelo recogido y adornado con flores a un lado de la cabeza, y en las manos la ancha pulsera mexicana de plata de mi madre (aunque, a decir verdad, fue como una especie de castigo utilizarlo como disfraz de carnaval, estaba gordísima). Zoili puede ponerse el vestido de tafetán rojo y encaje negro con el que hizo delirar al público bailando *La leyenda del beso* con el profesor Málaga.

La «Singer» de mi madre no deja de funcionar. A veces para hacer disfraces nuevos, a veces para arreglar otros; Betty el de ballet, Mingo irá de mago incluyendo una enorme capa negra y el tongo del abuelo; para mí ha hecho un lindísimo disfraz de húngara, prometiendo que para el próximo año me hará el de «Estados Unidos» que le he pedido, con estrellas y rayas. Ya compró dos cajas de chisquetos, varios paquetes de serpentinas y bolsitas de pica-pica.

Mi padre nos ha comprado varias «gruesas» de globos pues tenemos permiso para un gran juego de carnavales en la casa de mi abuela. Vendrán todas nuestras amigas, y también los chicos del grupo. Aunque yo soy la más chica, no me excluyen. Así que hemos comenzado los preparativos. Nadie pudo bañarse en casa hoy porque la tina estaba llena de globos que desde temprano Maqui y Julio nos han estado llenando de agua. A las dos de la tarde estamos listos. Creo que somos unas diez chicas. Dejamos una «comisión» defendiendo el baño para que los chicos no tomen nuestras «municiones». Y organizamos la estrategia para el «combate». La casa es muy grande y nos permiten jugar en el jardín, los patios y el traspatio. Mi madre y mi tía observan el juego por las ventanas, sin exponerse a que algún globazo les descomponga el rol de adultos. La servidumbre observa divertidísima, pero no interviene, salvo llenando baldes: ellas para nosotros y ellos para los chicos. Al final, hemos terminado con los globos y estamos totalmente mojados. De pronto, vemos a los chicos venir con extrañas bolsas en la mano: *mashka*, papa seca, cebada, y diversos comestibles que hay en uno de los depósitos de la casa han pasado a reemplazar a la harina que ya se terminó. Mi madre había prohibido el betún, así que –dicen ellos– no les quedó otra que agenciarse de lo que encontraron. La cosa fue tan divertida que mi madre y mi tía no se molestaron por el saqueo de los comestibles. A las tres horas, y cuando ya comienza a hacer frío, estamos agotados y divertidos. Mi madre se acerca rauda repartiendo pequeñas copas de anisado para que chicos y chicas mantengan un poco de calor en el cuerpo y no pesquen un resfrío antes de llegar a sus casas. Cuando nuestros amigos se van, pasamos rápidamente por un baño caliente, y directamente a la cama. No hacemos ningún problema de que nos obliguen a acostarnos a las siete pues estamos realmente agotadas.

Hemos dormido como unas benditas, pero nos levantamos rápido para ver el desfile presidido por el Rey Momo, en medio de personajes disfrazados y enmascarados. Los espectadores esperan escuchar los edictos del Rey Momo, que en cada esquina un encargado lee, anunciando denuncias y castigos a las autoridades. A veces no entiendo bien, por las carcajadas de la gente mayor. Y nuestros acompañantes –que tienen órdenes estrictas de mi madre– no nos dejan abalanzarnos para recoger alguno de los ejemplares que se reparten. Pero de todas maneras es divertido. Las risas de las personas se confunden. Y me doy cuenta de que en las risas no hay dejo, que todos reímos igual, que las únicas diferencias están en la edad. Que si uno cierra los ojos sólo son personas que se ríen, y no podría adivinar quiénes son

blancos y quiénes son cholitos, quiénes viven en Jauja o quiénes han venido del campo, o de Lima. Es bonito.

*Sucede igual con los Chutos el 20 de enero, en la fiesta de San Sebastián. Nadie sabe quién es quién. Máscaras y guantes impiden identificar a quien se acerca con bromas. «Niña la Marrrrrtínez, orrrrrgullosa...». Y no sabemos si se trata de nuestro primo Nico, de algunos amigos, o simplemente de muchachos que aprovechan el anonimato para acercarse a las chicas. Pero son graciosos. En cambio los «españoles» o «chonguinos» son personajes lejanos y hasta antipáticos. Realmente recuerdan a los españoles, altivos, con el cuerno colgando de un corraje de cuero y plata que le cruza sobre el pecho y un sombrero de plumas. Su ronca voz, apenas emite unos pequeños rugidos marcando el paso del baile. Las «chonguinas», aunque también son mudas, y sus máscaras son inexpresivas, eso no interesa mucho pues lo bonito de su indumentaria son esas hermosas llicllas bordadas con paisajes, costumbres o sólo flores, y la pechera con monedas de plata.*

*En la plaza de Yauyos se ha concentrado la población de Jauja. Creo que si en las tardes de esta fiesta recorriera la ciudad, la hallaría desierta. Porque esta fiesta es de todos.*

## NADIE LLEGÓ

MIS PADRES ME OFRECERON una gran fiesta por mis quince años. Nunca acabo de asombrarme por la capacidad de mi madre para hacernos felices, aun cuando la escasez material sea la constante de nuestra vida cotidiana.

Lo único malo será que Manuel está en Lima y no estará aquí ese día. Tal vez sea mejor, así me evito conflictos con toda la familia. Y con los tíos. Justamente hace apenas dos semanas mi tía Blanca me hizo una misteriosa invitación a su casa. Se sentó frente a mí y me espetó: ¿Cómo puedes hacerle esto a tus padres? ¡Con el sobrino de la carnicera! Tu madre es una santa y no resistiría una cosa así... ¡y tu papá te va a matar! No respondí. Ella no entendería. Gracias por tu preocupación, pero no es para tanto; gracias por el lonche. Le di un beso y salí. Justamente dos días después mi padre me había dicho en tono de confidencia: Por ahí andan diciendo que tienes un cierto enamorado y que te han visto con él por unas chacras. Como yo te conozco no he creído en nada de esas tonterías. Sonreí sin responder: era cierto lo del enamorado, y mentira lo de las chacras. ¿Quién no iba a saber lo de Manuel, si yo salía de casa día tras día con diversos pretextos para encontrarme con él y pasear de la mano en la Plaza de Armas, respirando el frío y buscando las más bonitas estrellas?

Pedí a mi madre tener dos reuniones: la fiesta tradicional con los amigos de Jauja y de Huancayo, y un lonche con todas las compañeras de mi salón del colegio. La fiesta se realizó el fin de semana y fue increíble. Hasta hubo orquesta. Mi madre sacó la vajilla rosada de las ocasiones especiales. Mi tía Zoili preparó alfajorcitos de piña y de zanahoria con manjar blanco, además de los sandwiches, los postres, infinidad de golosinas. La torta, también hecha en casa, simula la falda rosada y vaporosa de una muñeca envuelta en tules. Unas cuarenta personas, muchas de ellas de Huancayo, y los amigos de Jauja. No faltó ninguna de mi collera: Tere, mi tocaya Maruja, Rosi, Nora. Bailamos hasta las tres de la mañana. No creí que viniera tanta gente ni que nos divertiríamos tanto.

El día de mi cumpleaños, en el salón de clase me hicieron una pequeña actuación, aprovechando una de las tantas horas libres que tenemos en el cuarto año de Letras. Lo cierto es que ese exceso de tiempo libre nos ayuda a divertirnos mucho y la monja encargada de la disciplina del colegio a veces pierde la paciencia. Hemos logrado una gran uniformidad en la travesura: independientemente de su carácter todo el mundo es cómplice de mi tocaya cuando organiza grandes «habladeras». Muchas chicas, tal vez la mayor parte del salón, provienen de distritos aledaños, pero ya hace tiempo que se les ha quitado la timidez propia de su origen campesino. Con frecuencia, mi madre nos recuerda el esfuerzo que hacen para llegar a Jauja, diariamente, desde varios kilómetros y a veces a pie, pues nuestro colegio tiene fama de buena calidad en esa combinación de gran unidad escolar y monjas franciscanas. Además es el único –por ahora– con secundaria completa, aunque el San Vicente de las monjas de la Caridad del Sanatorio, nos alcanzará: este año tienen hasta tercero de media. Pero no me hubiera cambiado por nada de este mundo, porque aquí estudio desde los cuatro años y es como mi casa. Y tengo suerte de que me haya tocado un salón con gente buena, donde casi nunca peleamos y nos pasamos la vida tomando el pelo a las monjas, jugando a la peluquería y –muy de vez en cuando– estudiando...

Invito a todas mis compañeras de salón porque lo menos que puedo hacer es agradecerles el agasajo. Con gran paciencia mi madre prepara algunos sandwiches, refrescos y una nueva torta, calculando que de treintisiete vendrían veinte. Tengo gran ilusión pues la mayoría de ellas nunca han venido a mi casa. De alguna forma quiero mostrarles gratitud por su cariño, que me abruma, las confianzas que una y otra depositan en mí, y que siempre me elijan para los cargos estudiantiles. No fui al colegio en la tarde para tener tiempo de arreglar la sala y el comedor. No quiero que nadie esté incómoda. Les dije que vinieran a las 6 para darles tiempo a cambiarse de ropa después del clases, que termina a las 5. Mientras espero voy sacando juegos: bingo, monopolio, misterio. No sé cuál les gustará más. Todo está listo.

El tiempo transcurre, y nadie llega. Yo comienzo a sentir un frío intenso. Salgo al corredor y busco la explicación en las estrellas que iluminan el cielo. Entro a la casa, mi padre se refugia en la lectura de un periódico, y mi madre, tiernamente, acoge mis lágrimas.

Al día siguiente, cada una tenía una excusa cariñosa y diferente que darme. Recordé entonces que cuando todavía estaba en primaria, una compañera que me acompañó a casa me dijo mirando el zaguán de la casona de mi abuela, donde vivíamos: Ustedes son millonarios, ¿no?

## EN JAUJA NO PASA NADA

1963. AL CRUZAR EL PARQUE me llama la atención un señor de unos cincuenta años, que permanece sentado en una banca, con la mirada triste y perdida. Muchas personas lo miran con curiosidad, y con una mezcla de conmiseración y distancia. Es el padre del teniente Vallejos, dicen. Ha venido a conocer el lugar donde murió su hijo, a saber qué es lo que realmente sucedió.

Cierto. Casi lo había olvidado. Cómo he podido olvidar nuestra angustia si ese 29 de mayo, hace menos de un año, estuve llorando en casa porque mi madre no llegaba a almorzar. Nos habían avisado que los presos habían fugado de la cárcel, y que en su huida hubo muertos y heridos. «El 502», la escuela primaria donde mi madre es profesora de Labores, queda justo en la vía de la cárcel a la ciudad, y el temor hizo que nuestra mente imaginara lo peor para ella y las niñas del colegio. Llegó tarde y agitada. Había balas, nos dice, las niñas se asustaron pero no sucedió nada a nadie. Nosotros también nos asustamos mucho.

Asaltaron el banco. ¿Cómo estarán las chicas que trabajan en el Banco Internacional? Es increíble, dice mi padre. No puedo creer que el propio teniente encargado de vigilar la cárcel haya organizado una fuga y un asalto. Es el colmo.

En Jauja siempre hay paz y nunca sucede nada. Pero ahora algunos personas han cerrado las puertas de los zaguanes temerosas de que tal vez los fugados los agredan. Qué extraña sensación es la de caminar por las calles, frente a puertas cerradas pese a que es de día. Como si el miedo nos invadiera, como si la desconfianza nos dominara...

*«Hay muchas personas que vienen diariamente a la Iglesia, pero esas mismas ‘personas han quitado la tierra a los campesinos». Escucho orgullosa al curita que recién ha llegado a Jauja, porque es mi primo –aunque lejano– y le han encargado la misa de 6 de la tarde, a la que asiste la gente notable. «Todas esas señoritas que dan vueltas por la iglesia, tal vez deben buscar algo mejor que hacer: hay muchos niños abandonados, muchos enfermos, muchos presos...».*

*A los pocos días, en el colegio nos convocan pues quiere hacer una organización juvenil. Se trata de la jec, nos dice. Qué diferente a los otros sacerdotes que he conocido. No es distante ni ceremonioso. Ahora la Iglesia está cambiando, nos dice. La vida tiene que ser útil para la sociedad y no sólo para nosotros mismos. Así que vamos a organizar trabajo conjunto con un grupo del colegio de varones, para de alguna forma superar esa tontería de tener colegios separados para hombres y mujeres.*

*Se convierte en nuestro ídolo. Nada de beaterías ni de estampitas, dice. A Dios le gustan más las almas sanas que se preocupan por construir aquí Su reino, por amarse verdaderamente los unos a los otros.*

*Nos reunimos en su casa. El grupo del San José, el colegio de varones, es ganado rápidamente a través de un partido de básquet donde el curita les muestra que es un ser humano joven y dinámico como ellos. Hacemos conversatorios sobre diversos temas. Al principio, nos sentamos las mujeres en un lado y los hombres al frente: en el colegio nos*

*castigaban por conversar con algún chico si estábamos con el uniforme puesto. Pero el curita nos dice que somos jóvenes y que sólo las mentes sucias quieren que los jóvenes recelen unos de otros.*

*Lo quieren los pobres y los jóvenes. Pero las señoritas que frecuentan la sacristía lo miran mal. Es el demonio que va a corromper a los jóvenes. Y comienzan a buscar a los padres de varios miembros de la jec para advertirles que en la casa del curita se hacen orgías. Al enterarse, mi padre dice que expulsará a patadas a las beatas que se atrevan a acercársele con chismes. Lo cierto es que ellas buscan a los más débiles, a los más modestos o menos leídos. Y el escándalo va creciendo. Pero el curita se queda por varios años. Si todos los curas fueran así, digo, la Iglesia cambiaría. Sólo que esta gente no quiere que nada cambie. Si en Jauja nunca pasa nada...*

En el colegio San José también hay agitación. Y hay algunos rostros que echo de menos: algunos de ellos visitantes de don Sixto, muchachos de mirada inteligente, aunque nunca supe cómo se llamaban. Y al pasar por la puerta, veo señoras llorosas y maestros preocupados. Faltan varios estudiantes. Dicen que eran comunistas y que se fueron a hacer la revolución con el teniente Vallejos. Y yo no entiendo para qué exactamente es una revolución que suelta de la cárcel a los ladrones, y cómo así es que algunos estudiantes comunistas tienen que ver con ladrones...

Las monjas del colegio han prohibido hablar del asunto. La prohibición alentó los rumores y en la hora de recreo sólo juegan las niñas de primaria. En pequeños grupos, todas preguntan, especulan, intercambian información. Ahora entiendo mejor. Resulta que el teniente Vallejos también es comunista, hace tiempo que trabajan entre los estudiantes del San José. Por eso se han llevado preso a don Sixto, y a algunos profesores. Dicen que estaban formando el Ejército de Liberación Nacional, para que no haya pobres, ni injusticia.



## MINGO ESCAPA DE CASA

*1991. La sala de los Yuyash está llena, pues estrenan «Encuentro de zorros». Representando al Arguedas niño, Augusto Casafranca brinca por el escenario al ritmo de la hermosa música andina. El niño es feliz mirando correr el río, contemplando las piedras del camino, jugando con los perros. Lo veo idéntico a Mingo. Mingo en el molino de Ocopa, Mingo en Paca, en Álayo, en Huertas. Riendo feliz, trotando como un pequeño potro por ríos y chacras, tal vez montado en los pequeños caballos de la puna en Ichahuanca, tal vez dando de comer a sus palomas en la casa de Jauja, tal vez enjaezando triste los gallos de pelea de mi padre. Las lágrimas tornan borrosa la imagen de Augusto-José María.*

1964. Mi hermano desapareció de la casa. Ya había estado diciendo que no quería regresar al internado del colegio salesiano de Huancayo, donde estudia el tercero de media. Mi madre está como loca, pues Mingo tiene apenas trece años. Y también ha desaparecido Pepe, el hijo de Shima, el administrador del Club. Los conflictos se han ido repitiendo día tras día en casa y el despertar adolescente de Mingo está siendo un poco complicado. Tal vez porque es el menor y el único hombre, tal vez por la sobreprotección de mi madre, tal vez por el duro carácter de mi padre. Pero ahora no tengo tiempo de pensar en esas cosas y tengo que ayudar a encontrarlo.

Todo el mundo nos está ayudando. Pero no logramos la menor pista. Han cerrado todas las salidas de Jauja y la policía no da tregua a ningún auto que entre o salga. Ya han pasado largamente las veinticuatro horas que las leyes exigen para declarar desaparecido a alguien. Aunque en este caso, por el solo hecho de no haber dormido en la casa autoridades y amigos se movilizaron.

En medio de la búsqueda, la mamá de Pepe nos hace llamar sólo a los familiares. Es una señora nisei como su esposo, alta y guapa. Siempre está muy arreglada y maquillada, pero ahora, además, está solemne. No llora como mi madre, aunque muestra una enorme ansiedad. Entramos y nos pide cerrar la puerta. Saca una baraja de naipe español. Tratando de contener su desesperación comienza a sacar las cartas una por una. A ver, nos dice, aquí está Pepe... y aquí está Mingo. Están juntos... nuevamente están aquí, juntos. Y están cerca. ¿En Huancayo? preguntamos. No, están más cerca, muy cerca, están bien, están tranquilos. No están asustados porque están cerca. Hemos salido disparados, como iluminados, pues el colegio San José ha sido tomado por los profesores en huelga. Mi padre manda llamar a los dirigentes del sindicato y les pide buscar en el colegio. Ellos dicen que no hay estudiantes adentro. Estos dos muchachos locos pueden haberse escondido dentro sin que ustedes se den cuenta, les dice. El colegio es grande y viejo, tiene recovecos y muchos rincones donde dos menudos jovencitos pueden esconderse. Estamos seguros de que están allí. Demoran mucho, creo que más de una hora, pues la noche es de luna nueva y está muy oscuro. Pero desde ya comenzamos a sentirnos aliviados.

No hay nadie, nos dicen. Hemos buscado por cada rincón del colegio, sin dejar ningún rincón por revisar. No tenemos por qué engañarlos. Mi madre se derrumba y vuelo a casa del tío Pedro para que, como otras veces, la saque de la crisis con algunos tranquilizantes.

Esa noche no dormí. Ya no sabemos dónde buscar. Han pasado tres días sin noticias. Tal vez no debería estar interno en Huancayo, pienso. Pero mi madre quiere que crezca entre hombres y reciba una buena educación. Si se queda en Jauja no estudiará bien y estará en el billar y en las cantinas como muchos de los chicos de cuarto y quinto de media del San José. Es casi un niño. Y no es feliz, aunque con frecuencia ha estado en los primeros puestos. No sé cómo ayudar. A la mañana siguiente, salimos de nuevo a buscarlo. En el fondo, pienso, felizmente que me quedé en Jauja este año y así acompaño en los problemas.

Un nuevo mediodía, y el rito del almuerzo. Aunque hoy será en «la otra casa» —así llamamos a la casa de mi abuela, donde quedó viviendo la única hermana de mi madre— para pensar mejor juntos. Al llegar encuentro allí a Mingo. Está temblando. Mi madre abraza a Mingo y ambos lloran. Mi padre lo mira con reproche. ¿Dónde han estado, muchachitos del diantre?, les increpa. Escondidos, papi, allá arriba, le responde con un susurro. En el segundo piso del frente, en el departamento del señor Rafael. No sabemos si reír o matarlo: se habían escondido dentro de la propia casa, en cuyo «principal» vivimos y que tiene además dos departamentos cerrados que se abren sólo cuando los dueños vienen a Jauja de vacaciones.

Allí hemos dormido, en las camas. Yo tenía la plata de la pensión y con eso compramos comida. Como Pepe sabe cocinar, él preparaba arroz sancochado todos los días, arroz con sal. También terminamos de leer los «chistes» de la casa. Ya estábamos aburridos. Mi tía me encontró justamente cuando salía a comprar comida. El lunes regresaré al colegio, por favor, y estudiaré mucho... aunque ya no tengo toda la plata de la pensión... —y, mirando a mi madre— ¿le dirás a Shima que no pegue a Pepe?

*1970. Han pasado tres años desde que Mingo ingresó a Cayetano Heredia, siguiendo su deseo infantil de ser médico. Le regalamos una guitarra como premio. Fue el segundo intento, pero sacó la nota máxima en el examen psicotécnico siguiendo la tradición familiar. Hizo migas en Cayetano, tiene un grupo simpático de geniecillos como él que se reúnen en casa. Pero cada vez está de peor humor. Y creo que está faltando a clases. Se encierra en su cuarto con la guitarra horas y horas. Sospecho que algo malo le sucede. Ni siquiera quiere almorzar o comer con nosotros. Se lleva su comida al cuarto y se encierra. Ocupada por el trabajo del Partido y la oficina, recién me estoy dando cuenta de que tiene problemas.*

*Hasta que se anima a hablarme, pero fuera de casa. Me sorprende con la afirmación: No quiero estudiar Medicina. Me dan náuseas los cadáveres. No tengo buenas notas porque no me gusta. Lo que verdaderamente me gusta son los números, y también escribir. Ya averigüé en la Universidad Agraria, hay Economía. Puedo trasladarme y me reconocerán varios cursos. Ya no aguanto un solo día más en Cayetano.*

*Quieres que sea comunista como tú, me dice mi madre indignada. Seguro que tú le has metido esa idea. Qué carrera es esa de Economía, será como Sociología, carreras de comunistas. No me escucha, y no quiere escucharme. Había soñado con ver a Mingo de blanco. Le había comprado el estetoscopio y algunas herramientas básicas de cirugía, aun cuando todavía le faltaban varios años para poder usarlas. Una vez más siente que todo lo que hace por educar a sus hijos es inútil. Y no quiere hablar con nosotros. Está muy dolida. Conseguí el dinero para que Mingo se trasladara de Universidad, y cuando lo hizo mi madre no le dirigió la palabra por varios meses.*

*Llegan los primeros exámenes de Mingo, y las buenas notas, cada vez mejores. Y el buen humor. Con el tiempo y los resultados, mi madre acepta que fue lo mejor. Mingo trabaja los fines de semana en el hipódromo, y en sus horas libres corrige pruebas de libros de secundaria. En siete ciclos termina la carrera. Fue el primero de su promoción. Y en algún momento el primero de toda la Agraria. Por fin mi madre ve a uno de sus hijos con un título. Algunas lágrimas menos, tal vez. Sí.*

## LA LAGUNA DE PACA

NUNCA PUDE QUEDARME a dormir cerca de la laguna para ver si es cierto lo que cuentan. Dicen que nadie puede entrar en sus aguas heladas, pues moriría con calambre. Que en el fondo yace la ciudad que fue maldecida –reproduciendo el mito bíblico de Sodoma y Gomorra–, y que en la medianoche tañen las campanas de la Iglesia cubierta por la laguna. Sólo sé que jóvenes audaces que la desafiaron terminaron sus días en el fondo.

Es bella, bellísima. Literalmente como un espejo rodeado de verde. Patos y aves de largas patas pueblan sus orillas, confundiendo con las vacas que muchos pastores llevan a alimentar, pues está rodeada de enormes alfalfares. Siempre ir al centro de la laguna ha producido una sensación de paz. Es una laguna "viva", con truchas rosadas. Bella, misteriosa.

Hoy hemos decidido que nuestro paseo en bicicleta –usual por la avenida Ricardo Palma, o la Roosevelt camino al cementerio– vaya hacia la laguna. Son cuatro kilómetros y la pista está nuevecita, aun cuando el ripio de los bordes ha acariciado muchos codos y rodillas conocidos. Durante todo el viaje, Tere, Maruja –mi tocaya y compañera de carpeta– y yo hablamos sin parar y a gritos; hacemos carreras y piruetas y reímos todo el trayecto. Por fin llegamos. Es un lugar familiar para todas. Pero, igual, al llegar, no sé por qué, nos quedamos mudas contemplándola desde la carretera, como hipnotizadas.

Yo no pienso en nada: los rayos del sol reflejados en la laguna me deslumbran. Siento que soy libre y que soy feliz. Que no existen las discusiones en casa, ni el pecado, ni la humillación para los servidores.

Como casi siempre a esta hora del mediodía, el cielo está muy limpio: se ve más azul sobre la laguna. Algunas nubes blanquísimas se posan sobre los cerros del fondo. Y el silencio, que al parecer todas tememos romper. Siento que mi bicicleta ofende a la laguna, tan llena de naturaleza. El albergue para turistas construido en sus orillas es sobrio y parecería que sus paredes blancas hacen juego con la naturaleza que le rodea. A su costado, el enorme árbol inclinado le acompaña, complaciente.

A los quince años hay muchas cosas en qué pensar. Y la laguna me ayuda a pensar en Manuel, en mis padres, en Ocopa, en Dios. Y pienso que la sensación de libertad que me invade tal vez tiene una forma en la vida misma.

Cuando nos disponemos a regresar comienza a llover. Las tres, vamos pedaleando empapadas, y luego de breves comentarios sobre el castigo seguro por haber venido sin permiso, nadie dice una palabra. Estamos ensimismadas en nuestros propios pensamientos, sin ganas de hablar: casi avergonzadas, como si la laguna nos hubiera vuelto mayores de repente.

*1992. Después de varios años he vuelto a la añorada laguna. No he visto las aves de largas patas en sus orillas, aunque sí algunos escasos patillos. Está rodeada de restaurantes con mesas y sombrillas, donde se sirven pachamancas y truchas. Varias lanchas de motor violan sus aguas. Los colores chillones contrastan de una forma desagradable con la belleza de la laguna y sus alrededores. Me acerco a mirar el albergue para turistas, que ha sido incendiado*

*por Sendero Luminoso. Siento enorme desolación: un edificio entero, pero sin vida, con paredes ennegrecidas: estéril, vacío, solitario. Y nuestro querido árbol ha desaparecido.*

## DESPLEGANDO LAS ALAS

*Lo haremos tú y yo, nosotros lo haremos,  
tomemos la arcilla para el hombre nuevo/  
Su sangre vendrá de todas las sangres,  
rompiendo los siglos del miedo y del hambre/*

...

*Por brazo un fusil, por luz la mirada,  
y junto a la idea, una bala asomada/  
Y por corazón a ese hombre daremos  
el del guerrillero que todos sabemos...*

«Canción del hombre nuevo», de Daniel Viglietti

## EL INGRESO A LA CATÓLICA

1965. COMO MUCHAS OTRAS VECES, al pasar Chosica y al terminar la carretera central comienzo a sentir ese sopor veraniego característico que me molesta, me produce ganas de dormir y de no pensar. A pesar de que es el mediodía, el cielo está nublado, como si fuera a llover. Entre Chosica y Lima el gris se va apoderando de todo, tornando oscuro el paisaje, tiñendo de tristeza la expresión de la gente. El paisaje urbano me da la sensación de que todo aquí es provisional: las casas no tienen techo y les falta color. Hay casuchas por doquier: en los cerros, en los bordes de la carretera. Tengo mucho calor y la ropa de viaje me molesta; no veo las horas de llegar.

No he traído muchas cosas, aunque sí mucha ropa nueva, ya que en Jauja no se usan sandalias ni ropa delgada; felizmente hay algunas cosas de mis hermanas que me quedan bien pese a mi tamaño que allá me parecía enorme y que acá parece natural. He traído mi rosario de Primera Comunión y los libros del colegio para repasar. Tengo un poco de miedo. Se supone que yo era «suelta de huesos», que dirigía a mis compañeras en el colegio, y las monjas solían darme diversas responsabilidades pese a mis rebeldías. Pero allá yo era yo, acá no soy nadie.

Este temor se multiplica cuando recuerdo las angustias mensuales para pagar el colegio de mi hermano en Huancayo: no imagino cómo hará mi madre para financiar mi estadía en Lima y mis estudios, aunque estoy segura de que ella lo resolverá todo: siempre fue así y siempre será así.

Lo que me molesta terriblemente de esta ciudad es que pese a las permanentes nubes, la lluvia nunca llega. Tampoco sale el sol, aunque arrecia el calor que sólo había conocido en los veranos de playa y que ahora tengo que soportar en ese pequeño salón de la Academia. Mientras tanto, trato de ubicarme entre esta gente que no me conoce y que me trata de una forma graciosa.

La mayor parte de mis compañeros de salón viven lejos. Me cuentan que se levantan a las 6 de la mañana para llegar a clases a las 8 en punto. Me parece raro: yo creía que la gente de apellidos rancios no conoce las prisas. Los piuranos parecen más simpáticos, y hago rápidas migas con ellos. No hay nadie que, como yo, tenga las manos enrojecidas por el frío. También me doy cuenta de que los chicos hablan muy rápido y sin vocalizar. En Jauja me hacía gracia este modo de hablar de parientes y amigos que viven en Lima. Pero aquí no sé por qué me gusta sentir la diferencia de mi pronunciación: me parece más correcta y me ayuda a restar timidez. Aunque se supone que yo no debo ser tímida y hablo con todos. A medio curso llegan dos hermanas que demoraron por su viaje de vacaciones a Grecia: estamos deslumbrados. Comienzo a sentir una cierta distancia con relación a toda esta gente, y eso me molesta.

Los profesores son simpáticos: son alumnos de últimos años o recién egresados de la Universidad Católica, donde estudiaré... si ingreso. El de Historia Universal habla mucho de arte y poco del poder. El que tiene más dificultades es Enrique Bernaldes –de Economía Política– que es más bien objeto de coqueteos generalizados, pues aparte de su porte y su voz, creo que es dirigente estudiantil.

No sé dónde viviré. Mamita Antuquita, prima hermana de mi abuela, me ha dado albergue temporal en su casita de Surquillo. Ella y el tío Pepe, su hermano, viven allí desde

hace muchísimos años, tantos que compraron el terreno directamente a los Marsano. No hay agua caliente, y la ducha fría matinal me produce más calor durante las siete cuadradas que hay que caminar para tomar el colectivo de la avenida Arequipa. Prefiero caminar hasta allí y no tomar la línea 9 a la vuelta de la casa, pues nunca he tomado un ómnibus. Me dan miedo los ómnibus: me recuerdan al transporte interprovincial, lleno de bultos y empujones, que yo contemplaba mientras esperaba que el colectivo se llene en el puente de la avenida Ricardo Palma, para ir a Huancayo cada semana a visitar a mi hermano interno en el Colegio Salesiano.

Respiro aliviada: tengo un buen resultado que mostrar a mi madre. Es gracioso. Del salón del Pre-Universitario, donde estudié, sólo ingresamos cuatro a la Católica. Me parece extraño, ya que estoy acostumbrada a que clase social sea sinónimo de mejores notas y esas cosas. Fui solita a ver mis notas y no dije nada para que la gente de la federación de estudiantes no me «bautizara», pues esperaban con tijeras a que alguien diera signos de júbilo para «atacarlo» de inmediato. No sabía qué hacer de alegría. Y de orgullo, porque tal vez logre ser como Zoili, que es tan brillante. He entrado a la Iglesia de La Merced y he prometido que entraría cada vez que pasara por allí para agradecer por lo bien que me fue. Aunque, a decir verdad, si no es por mi labia de rajatabla en el oral y por mi veinte en el psicotécnico –habilidades desarrolladas, creo, por la afición geniogramística y los juegos de palabras e ingenio que son tradición familiar– no habría estado cantando victoria. Porque lo cierto es que no estudié mucho: estoy deslumbrada por lo nuevo y diferente de esta extraña ciudad. Aunque me choca que la gente no salude en la calle, que nadie sepa quién eres, que ni siquiera te miren.

En la cola de la matrícula una jovencita de piel muy blanca y de apellidos altisonantes me pidió dinero prestado pues no tenía lo suficiente. Cuando logramos matricularnos me invitó a almorzar. La acompañé a telefonar a su casa para avisar, y quedé sorprendida por los esfuerzos que ella hacía para que en su casa aceptaran poner un cubierto más. Vive cerca, en el centro de Lima y me dice que su padre es historiador (otra sorpresa: creí que los profesionales de clase media alta vivía desde Magdalena hacia el sur, cerca al mar). En casa, son raros los días que no haya alguien más a almorzar, y en vacaciones llevábamos grupos enteros a tomar lonche; pese a la escasez cotidiana, nunca faltó una sonrisa tierna de mi madre o el consabido «echaremos más agua al caldo».

En el pensionado donde mi madre me dejó hay gente de muchos lugares del país y me fascina hablar y preguntar, conocer e indagar. Es más, queda en el centro, a dos cuadradas de la Facultad de Letras donde estudiaré, y puedo ir a pie a todas partes, incluido el cine (me pregunto si podré ir al cine dos o tres veces a la semana como en Jauja...). Además, tengo que decidir yo sola lo concerniente a mi vida cotidiana: ropa, horarios, etcétera, claro que dentro de lo que me dicen que haga: de regreso a las 9 de la noche, no puedo usar pantalones y hay diversas horas de rezos y capillas, lo que me gusta pues me recuerda al colegio y no me siento tan extraña. Encuentro libros de Michel Quoist que no conocía, con reflexiones que me muestran otras dimensiones de la religión: también puede ser alegre y menos «devota». Además, el padre Lucho, capellán del pensionado, es un jesuita simpático y bromista con quien he hecho rápidas migas. Tengo nuevas amistades, y la diversidad de clases sociales de las chicas me gusta, ya que al igual que en el colegio puedo cubrir todas mis expectativas amicales. Creo que me llevo bien con todo el mundo, felizmente.

La ubicación de la «residencia» me trae algunos problemas. Muchas veces en lugar de venir directamente desde la Plaza San Martín, me he ido hacia el otro lado, cruzando el Parque Universitario, y me daba vergüenza preguntar, así que simplemente me he comprado una guía



de calles y ya me va mejor. A veces he estado dando muchas vueltas y terminado en lugares extraños. Un día subí a un ómnibus y un tipo me tocó las piernas, y otro día un personaje simpático y perfumado me ofreció trabajo porque decía que mi pelo era bonito. Ni siquiera pensé en la posibilidad porque esto fue antes del ingreso. Después de todo, sólo tengo 17 años y tendría que pedir permiso para trabajar y ahora estoy muy ocupada acostumbrándome a tantas cosas nuevas.

A lo que no me puedo acostumbrar es al cielo totalmente gris, como si fueran las 4 o 5 de la tarde y se preparara un gran chaparrón. Es el color de cada día... a veces pasan varias semanas y el sol no sale, nunca me imaginé que esto pudiera ser posible. Hasta ahora no ha llovido aunque ya comienza a hacer frío. Es gracioso, hace frío, pero la piel sigue húmeda, y se mantiene el olor del aire que yo atribuía al verano. En Jauja el aire no huele, salvo saliendo de la ciudad donde el olor es generalmente a eucalipto o a pesebre. Pero acá huele feo, es pesado, y cuando camino más de tres cuadras la piel se me cubre de un hollín como cuando soplaba la cocina de leña de Ocopa, o cuando saltaba «San Juan». Tal vez estos dolores de cabeza se deban a este olor, o tal vez a que cada día extraño más a mi madre, y al sol y el cielo azul...

*1968. Ya tengo que matricularme. Y no quiero estudiar Derecho. Tampoco ya quiero ser teresiana; si tuviera verdadera vocación, no habría tenido dos romances en las dos últimas vacaciones. No sé qué hacer. Definitivamente no quiero ser abogada: una carrera que mira al pasado, y a la cual coincidentemente han ido a parar los más recalcitrantes derechistas de Letras, aunque también uno que otro de Izquierda Universitaria. Hasta el local –la casa de Riva Agüero– es estirado, solemne, aristocrático, en medio del centro de Lima, donde pululan pobres y desempleados. No sé por qué me da la impresión de algo falso e injusto. No, no es el ambiente en que deseo transcurrir mi vida de estudiante.*

*Las únicas buenas notas que he sacado fueron en Sociología y Latín. Un amigo jaujino me dice que vaya a Ciencias Sociales, que allí son más «normales» que en el resto de la Universidad. Así que allá voy. Al ingresar al Fundo Pando, siento una especie de alivio: en Lima también hay verde y acequias –aunque sucias–, perros que retozan en la chacra y un aire que no huele a humo. No hay ninguna puerta, ni cartel, ni nada («termina la avenida Bolívar, me había dicho, y sigues de frente»). Al ingresar por el sendero de tierra afirmada me paro a respirar el aire puro y mirar a lo lejos. A la izquierda el edificio nuevo de la Facultad de Ingeniería. Al frente las casitas de Agronomía, más atrás unas casetas blancas de Artes Plásticas. Al fondo, las casetas verdes de Ciencias Sociales. Es como me indicaron. Una huaca al fondo otorga al conjunto un marco curioso.*

*Me han tomado un examen –pues nunca aprobé el curso del medioeval profesor de Historia– y no tuve dificultades, pues eran cosas de actualidad (gobernantes mujeres, problemas del Perú, etcétera). La gente de aquí es diferente: los alumnos a veces tutean a los profesores, nadie tiene que venir con terno y corbata como en Derecho, encuentro un grupo de gente cantando con una guitarra sobre el grass del jardín. Se respira la sencillez, y me siento cómoda. La única pena que tengo en estos días es que en el ir y venir para arreglar papeles y matrículas se me ha caído la bellísima cruz de madera que mi padre había tenido en su cabecera desde sus tiempos de teniente, y que puse en mi cuello el último día de vacaciones. Pero la pena se ve amenguada por la emoción de un mundo nuevo al que voy entrando.*

*Al comenzar las clases me encuentro con gente conocida (incluyendo a Enrique Bernales, que ya no me parece ni guapo ni nada, como sucedía en la Academia). Contra lo que pensaba, aquí también hay apellidos rancios. Pero el piso de cemento de las casitas prefabricadas que componen la Facultad parece igualar a las personas. Encuentro algunos conocidos, así que no me siento tan extraña. Incluso un sobrino de mi tía Cami, la que me había prometido su estudio de abogada en Huancayo. También algunos de Letras. Y Javier, el poeta cojo que no pudo soportar el ambiente de Derecho. Hay gente de la UNI: el gordo Octavio, Pepe, Beatriz –que ya es arquitecto–, y Dennis, el cantante nuevaolero quien escucha respetuoso cantar sambas argentinas, canciones de la revolución española, y tonadas chilenas.*

*Todos los cursos son interesantes. Tienen más que ver con el Perú, con los problemas que me interesan, con la historia real de las personas que conozco. De alguna manera, comienzo a entender la sorda discriminación que he percibido desde la infancia. Los libros de Ciro Alegría y López Albújar que leí comienzan a adquirir sentido. Ahora sí entiendo a Arguedas. La poesía de Vallejo aparece clara, iluminada. Dostoievsky y Tolstoi ya no me parecen sólo narradores trágicos y dolientes. La palabra «justicia» va llenándose de contenido. A veces despierto en la noche, exaltada o conmovida. ¿Cómo hacer para terminar con el sufrimiento? Yo lo he conocido, y también la escasez, las deudas, las letras protestadas. Pero a veces me avergüenzo de mi infancia feliz, caminando frente al río, jugando con la retama, disfrutando de la ternura de mi madre. Sin dinero, pero en el desayuno siempre hubo una taza de leche, carne y fruta en el almuerzo. Las preguntas que de niña hacía a mi madre y a mis tíos abuelos sobre la condición de los servidores comienzan a tener respuestas. Respuestas que laceran. No, nada de esto es justo. Ciertamente, nunca he visto en ninguna parte del valle del Mantaro cosas semejantes a los relatos terribles de los gamonales de horca y cuchillo, que se me antojaban ficticios. Empero, el problema no es sólo la carencia material: también esa sutil humillación denominada «servidumbre», o las tertulias de los «notables»: curas, propietarios –hacendados es mucho decir–, militares, jueces y vocales. Me aterra sólo pensar que a estas cosas que fueron cotidianas en mi infancia hay que agregarle un látigo, la miseria, los cepos, la tortura, la muerte.*

*Tal vez sean estos pensamientos los que hacen que no tenga muchas ganas de estudiar. Y me sienta mejor en el Centro Federado de Estudiantes, donde paso la mayor parte de las horas.*

HOY aparecieron en mi casa Pepe y Beatriz. Me dicen que el 26 de julio será aniversario de la toma del cuartel Moncada en Cuba. Que debemos hacer algo. Decidimos hacer un volante. El 26 de julio madrugamos y con la complicidad de un trabajador, logramos que a las 8 de la mañana cada estudiante halle en su carpeta una hoja llamando a imitar el ejemplo de Fidel, el Che y sus compañeros. Nadie sabe quién fue. Los chicos del salón creen que fue el «loco» Manuel, y lo felicitan. Pepe, Beatriz y yo nos miramos sonriendo. Nunca en mi vida había hecho algo así, a escondidas.

Algunas semanas más tarde, Javier, Cucho, Bertha, Manuel, Pepe, Beatriz, Javacho, Pancho «Verdura» y yo decidimos formar un movimiento. Algunos amigos de la U. Agraria nos asesoran. Discutimos mucho sobre el nombre: debe ser completo. No hemos querido llamarnos «fer» como los movimientos de San Marcos o la UNI. Queremos algo original y nuestro. Optamos por «Frente Revolucionario de Estudiantes Socialistas». Nace el fres, y

comenzamos a trabajar por arrebatar a la Democracia Cristiana –católicos trasnochados, como los vemos ahora– primero nuestro Centro Federado y después, quién sabe, la Federación de Estudiantes. La respuesta de los estudiantes es masiva, y el fres comienza a crecer no sólo en nuestra Facultad, sino en Letras, en Ciencias Económicas, hasta en Agronomía y en Derecho.

En dos o tres meses hemos organizado un trabajo de alfabetización con el método de Paulo Freire, en una vecindad de Miramar, cercana a la Universidad, a la vez que formamos círculos de estudios. Javier, Manuel –que es un pata medio místico– y Cucho –sobrino carnal de Haya de la Torre– comienzan a desafiar a los profesores con sus preguntas. Contra lo que yo podría esperar, nadie se fastidia por esto y las explicaciones suelen ser amables. Comienzo a leer sobre temas que no tienen mucho que ver con los estudios. En el Centro Federado decidimos publicar a mimeógrafo algunos textos interesantes. Nuestro pequeño local hierve de actividad. Picamos estenciles, reproducimos a mimeógrafo, compaginamos, engrampamos, distribuimos, rendimos cuentas. Pero no logramos una carátula bonita: los titulares salen torcidos y borroneados en el estencil electrónico. No tenemos buenos dibujantes como sí los hay en La Molina. Así que allá voy para que nuestra próxima edición tenga una carátula presentable. Regresé con un hermoso ejemplar de carátula, hecha en diez minutos por el flaco Tristán. El milagro se llama . Y hasta yo lo puedo hacer...

Mi trabajo del curso de Antropología sobre las clases sociales divirtió al profesor con una descripción de la decadente «aristocracia» provinciana. Me va entrando una especie de valentía, un cierto atrevimiento para desafiar todo aquello que de niña me molestaba, pero que no deseché del todo. Sumergida en una mezcla de deslumbramiento e incertidumbre, me comienzo a preguntar qué hago en este mundo... y qué debo hacer.

## LA FACULTAD DE LETRAS

YA HACE CUATRO MESES que estoy en Lima. No logro acostumbrarme a la ausencia del cielo, el sol y la lluvia. Mis chapas han desaparecido de mis mejillas, la piel y el cabello se han comenzado a oscurecer. Voy adquiriendo la palidez que tanto me gustaba ver en el rostro de mis parientes limeños, aunque en el mío ella va acompañada de una especie de tristeza visible en las fotos que me he tomado para sacar el carnet de la Biblioteca.

Las clases me aburren. Creo que el único curso simpático es el de Luis Jaime Cisneros, aunque dicen que de diez aprueba sólo uno. El profesor de Historia del Perú me marea con sus datos y minuciosidades, aún mayores que los cursos del colegio. Tiene pinta de cura franciscano sin tonsura, habla como español y no le gusta conversar con los estudiantes, ya que sale corriendo de la clase como si tuviera alguna urgencia. Su curso es horrible.

Los otros cursos no tienen chiste. En Teología no me encuentro a gusto como sería lógico; no tiene nada que ver con mis costumbres ni con las ceremonias de las teresianas. Al curso de Biología nadie va porque se aburren, dicen que están enseñando el aparato reproductor: las pocas veces que he entrado no entendí nada. Lo cierto es que en esas horas prefiero irme al Centro Federado. Cuando estaba en el colegio me bastaba escuchar la clase y estudiaba muy poco; sin embargo tenía notazas.

Bueno, no era lo que yo esperaba. Aunque ya no me siento tan extraña. En mi salón todos tienen conocidos de antes. La única persona que yo podía conocer era mi compañera de academia, pero está en el 1o. A, y yo estoy en el B. Hay grupos de gente por barrios o por colegios o por simple afinidad. Los de los colegios «grandes» se sientan en las primeras filas; qué gracioso, prefieren estar apretados siete u ocho en una banca, antes que sentarse junto a los «de atrás». Aunque entre ellos también hay gente que debe proceder de otros lugares pero que teniendo la piel un poco clara se les «arriman»; me doy cuenta por la forma cómo comen, por el color de su ropa y por su modo de hablar, a veces un poco vulgar. No me gusta esta gente. Yo recuerdo que en el colegio nos sentábamos de dos y con nuestras amigas, pero nunca tuvimos problemas en hacerlo con las chicas del campo. Creo que el racismo de allá no se parece al de acá. A mí siempre me fastidió ser blanca y alta y vestir de una forma diferente (aunque, pensándolo bien, lo he aceptado como natural). En cambio a esta gente le gusta hacer notar la diferencia, o tal vez será que yo la estoy sintiendo ahora «desde abajo». Me he ubicado al centro, ya que los «de atrás» son un poco mayores y no encuentro qué hablar con ellos.

Conocí una chica que resulta hija de jaujina, y cuyo tío vive en Jauja. Me habla de cosas raras como «la nueva Iglesia» y las «opciones». También he conversado un poco con Jorge, aunque es un poco extraño pero dice cosas interesantes. Del mismo estilo –tal vez por ser argentina– es María Amelia.

En el Centro Federado no he hecho amigos, aunque trato de ayudar en lo que puedo. El problema es que la mayoría han tenido antes alguna cosa extra aparte del colegio: asociaciones o cosas así, yo me he venido directamente, y a veces me siento como perdiendo el tiempo sólo estudiando cursos que no me gustan. En realidad, me comienzo a preguntar si de veras quiero ser abogada como es tradición de los jujinos, o si sólo me fascinó el ambiente, la presión del

estudio de la tía Cami en Huancayo, la «idea» de toda la familia de que así sería. Vamos a ver; todavía faltan dos años para terminar Letras y elegir.

Me han pasado la voz de que se va a formar un grupo llamado «Izquierda Universitaria», con los demócrata-cristianos y los comunistas, para hacer un frente contra los apristas y belaundistas en las próximas elecciones. Me doy cuenta de que los de las primeras filas del salón están en este último bloque, y que mis amigos son demócrata cristianos o comunistas. Como los apristas nunca me gustaron, me metí a la IU. Todavía hay cosas que no entiendo bien. No quise firmar un pedido de amnistía para los guerrilleros, y el compañero que recogía las firmas me miró de una forma extraña. Simplemente no entiendo por qué: ellos querían organizar levantamientos y enfrentamientos sangrientos y tomar las haciendas, tal vez de gente bastante necesitada como mi familia. Por eso no firmé.

*Querido diario: Me inscribí en el Movimiento de Izquierda Universitaria, no creas que es nada con los comunistas: la mayoría son dc, buenísima gente. La paso bien en la U. Ojalá no haya hecho mal.*

Hemos abierto un localcito en el segundo piso de una casa muy vieja en la Plaza Francia, al costado de la Facultad. Cada miembro de IU da algo de dinero al mes y así se paga. Además tiene muebles –bastante desgastados pero sirven–, y tenemos balcón hacia la calle más dos habitaciones. No hay baño, pero no se necesita porque estamos junto a la Facultad. Vamos a iniciar una campaña electoral, y nuestro candidato es un tipo brillante y que personalmente me encanta por sus modos sencillos y suaves; Javier de Belaúnde López de Romaña. Me gusta que sea de esos apellidos y no sea tonto como los de mi salón. Justamente el delegado de mi clase es uno de estos tontos y es sobrino del presidente: se llama «Joselo»; es tan tonto que se ha «compuesto» el apellido, y lo «dice» con guion; yo no voté por él sino por Jorge, pero nos ganaron. En cambio en el «A» ganó Carlos Blancas, que tuvo el primer puesto en el ingreso y que parece simpático, hemos hecho buenas migas en IU.

*Me muero por contar mis experiencias del primer semestre en la universidad. Apenas llegada a Jauja comento con mi padre las elecciones del Centro Federado. Sé que le gusta la política porque fue dirigente de la Unión Nacional Odriísta. Pero conforme vamos entrando en detalles, noto que se enfurece. Más aún, cuando le digo que simple y llanamente todas las personas son iguales, inclusive los indios. Eres comunista, me dijo. Me pareció chistoso que me dijera tal cosa. En realidad, yo pensaba que los comunistas eran una especie de demonios, como nos lo enseñaba el catecismo; las monjas nos hacían repetir que no podían ser padrinos de bautismo los «judíos, protestantes ni comunistas». Y ahora resulta que decir que las personas son iguales es cosa de comunistas...*

La campaña electoral fue intensa («...tuve una rabieta atroz en la Universidad, ¡porque nos ganaron en las elecciones de delegado! Si ahora me da risa, imagínate que ni comí y tenía náuseas de pura furia...»), escribo en mi diario). Me he dado cuenta de que no sé escribir a máquina tan bien como creía, pues cuando me ofrecí a picar estéciles, malogré varios.

Después de mis notas mediocres y de mis limitaciones en estas cosas, me doy cuenta de que tengo mucho que aprender.

Pero no sólo hay frustraciones. No sé quién ni en qué momento me comenzaron a decir «serrana» o «chola» y me encanta. Me hace sentir orgullosa y me liga permanentemente a todo lo que extraño, al verde y al azul, al río y a la retama. Nunca pensé que algún día iba a tener un apelativo semejante ni que me iba a sentir tan, pero tan bien al escucharlo.

*1968. Qué rápido han pasado estos dos años. La FEPUC ha convocado a una gran marcha contra la ipc. Será en el centro. En la Asamblea de Sociales el acuerdo de participación ha sido unánime. Sumados a los de otras facultades y a gente de otras universidades que vendrá a reforzar, somos –creo– más de mil. Avanzamos por la avenida Wilson y llegamos a la plaza Francia, frente a Letras, al grito de ¡Fuera yanquis del Perú! ¡Belaúnde, vendepatria! De pronto, llega la policía y comienza a arrojar bombas lacrimógenas. Nos lanzamos hacia la puerta de Letras. Siento la presión de fuerzas que no me dejan respirar. Trato de tomar aire, pero el gas lacrimógeno hiere mis sentidos. No recuerdo más que haber caído y cubierto mi cabeza de los pisotones, y luego, un brazo arrastrándome por el patio hacia el local del Centro Federado, que quedaba en el fondo. Cuando abro los ojos, veo que quien me ayuda a huir de los gases es Javier, este chico que de poeta pituco de Derecho terminó en Sociales, y a quien su cojera no le impide participar en estas cosas ni ser firme candidato para nuestro gremio estudiantil.*

*Los gases se han concentrado en el viejo local, rodeado de edificios. Veo a un estudiante, desesperado, trepar al tercer piso. Los gases invaden nuestros pulmones, hostilizan nuestros ojos, asedian todas las mucosas de nuestro cuerpo, queman nuestra piel. Este cielo cubierto de nubes sucias no permite que los gases se diluyan. Me parece que si esto hubiera sucedido en Jauja el viento hubiera limpiado de inmediato el aire y la visión de las estrellas sobre el cielo limpio nos hubieran hecho sentir menos humillados. Aunque, para decir verdad, al día siguiente estamos satisfechos, con nuestra «erisipela» de invierno, las anécdotas divertidas que cada uno trae, la evaluación necesaria y, sobre todo, nuestra convicción de que es lo menos que podíamos hacer en estos días aciagos para el Perú.*

## MI BARRIO LIMEÑO

1967. LA VIDA UNIVERSITARIA me aburre un poco. También terminaron por aburrirme las Teresianas. Irene, una paisana alegre y joven, me admite en su casa por una módica suma, ya que nuestros padres son amigos desde siempre.

Vive en una urbanización nueva que –según dicen– será enorme pues ocupará el terreno del antiguo hipódromo de San Felipe. Una vez más, un lugar nuevo: nuevas costumbres, nuevos lenguajes. Pero sobre todo, la rara sensación de libertad. Durante toda mi vida he estado dentro de normas impuestas por otros: primero las monjas del colegio, y luego las teresianas. Pero ahora tengo que aprender a manejar mi propia libertad. Ya tengo diecinueve años, pero todavía me gustaría tener cerca a mi madre para contarle mis incertidumbres.

Hay una gran azotea sobre el edificio. Un lugar ideal para leer. Allí me abordan dos jóvenes que viven en el mismo edificio y me invitan a participar en un grupo juvenil que están organizando en la parroquia. Feliz de romper la rutina casa-universidad, en la noche me dirijo a la vivienda del párroco, donde se llevan adelante las reuniones. Somos unos doce. Hay gente de la UNI y de San Marcos –los dos que me invitaron–, un chico muy joven de la Villareal, a quien le interesa más la música que la reflexión, y algunas chicas que son secretarias, o que estudian idiomas, relaciones públicas y esas cosas. Algunas semanas más tarde se incorporan Carlitos, Segismundo y Fina –la que conocí en la Universidad–, que viven en las casas del barrio del frente. Son diferentes: Fina me parece demasiado madura frente al resto. Segismundo me impresiona con su bondad, aunque suele parecer apurado y angustiado. Y Carlitos, pese a que todavía está en quinto de secundaria, sabe más de iglesia que todos nosotros juntos.

*Cuando mi madre decidió trasladarse a Lima me encomendó buscar casa. Y encontré un departamento en la Residencial. Idéntico al de Irene. ¿Un departamento en San Felipe? No sé si nos acostumbraremos, dice mi madre, será como vivir en una caja, sin ningún patio, ni jardín...*

Acordamos hacer un pequeño documento, una especie de declaración de principios: somos cristianos, pero pensamos que hay que pensar en algo más que en rezar y preparar la propia salvación. Nos llamaremos Asociación Universitaria Católica, *la a-u-cé*. El párroco, un anciano canadiense, al principio interviene en las reuniones, y después sólo nos presta su casa. Varios de nosotros «tundeteamos» con guitarras, así que es común terminar con música. El más entusiasta es César –tal vez por su origen paucino–, tanto que en su cumpleaños le obsequiamos una guitarra y no sé por qué pienso que terminará dedicándose más a la música que a sus estudios de Educación en la Universidad Villareal. Nuestras canciones son diversas. Fina y Carlitos nos introducen en canciones religiosas no tradicionales. Y también son comunes las de Leo Dan, pues no se requiere de buena voz: sólo basta gritar un poco, y nadie se queda callado.

*Es una vergüenza para la familia, dice mi padre. Imagínate, con el pelo largo como una mujer. Y con esa ropa estrafalaria. Pobre mi hermano: que su hijo mayor termine de hippy. Dice que viven en una casona en Barranco, todos juntos, que les gusta estar tirados en los jardines, en promiscuidad, que los niños corren calatos, sin saber quién es su padre. Por supuesto no quiso estudiar nada, sólo cantar. Se hacen llamar «El Polen». Están locos: todo lo ven flores, hasta se las ponen en la cabeza... Qué barbaridad, dice mi madre. Betty, Mingo y yo no decimos nada. Pero estamos orgullosos. Habíamos visto su foto en algún periódico, y pensamos que sería una coincidencia. Ahora sabemos que se trata del mismísimo Beto, nuestro primo hermano. Él sí pudo romper. Es libre, qué feliz debe ser, decimos. Pero nosotros no tenemos su audacia, ni su creatividad, ni su habilidad para tocar la guitarra y componer canciones...*

Resulta que Fina y Edmundo están en UNEC y Carlitos en la JEC, las organizaciones de estudiantes católicos en la universidad y los colegios secundarios. Por eso conocen muchas cosas más, y nos subyuga su convicción, su sencillez, su apego al Evangelio y su desapego a la liturgia. Ellos trabajan con unos curitas seguidores del padre Gutiérrez, mi profesor de Teología. Creo que al párroco no le gustan mucho estas ideas.

Traen algunos documentos y, luego de leerlos, Quoist me parece ingenuo. No basta mirar fuera de sí mismo. Tampoco mirar a los otros como personas individuales: somos parte de grupos mayores, y somos responsables de que nuestra vida sea útil para los demás. Estoy deslumbrada. Siento que de mi cuerpo va desprendiéndose lenta, dolorosamente, una especie de moho, de segunda piel que me aprisionaba.

*No, si bien todos son hijos de Dios, no todos son iguales, ha dicho el profesor de Religión. Dentro del hábito marrón, su larga figura parece más delgada de lo que es. Sandalias sin medias, haga frío o llueva. Siempre creí que sería santo.*

*Aunque ya vamos a terminar la secundaria, nunca antes habíamos discutido sobre clases sociales y esas cosas. El argumento final era Dios, claro. Entonces había que preguntar al padre. Fue claro. Hasta en el cielo hay jerarquías: ángeles y arcángeles, querubines y serafines. Sí, hay que respetar las jerarquías.*

Ha llegado la Semana Santa, y el párroco quiere que hagamos nuestro estreno en su joven comunidad. Nos pide que cada uno prepare una de las siete palabras del sermón de Viernes Santo. Yo elijo «Tengo sed».

La Iglesia es en realidad una pequeña caseta pre-fabricada, con piso de cemento y sillas plegables, lo que me hace sentirme cómoda. Me he puesto un falda-y-saco azul que me sirve para los compromisos. Al comenzar mi discurso observo que hay muchas señoras que no viven en la «Residencial», sino en las bonitas casas de la avenida Ortiz de Zevallos, al frente, más bien de clase media alta. Conforme voy hablando, comienzan a mirarse y a carraspear. Hablo sobre la igualdad y la sed de justicia, sobre las empleadas domésticas que comen en la cocina y a las que aunque no se maltrata físicamente, se les somete a la humillación permanente. Al salir, Fina me reprocha el que en mi casa tenga una empleada doméstica que no come en la misma mesa que nosotros. «Esa casa no es mía, sino de mi familia», respondo avergonzada.



*Por fin casi toda la familia está reunida. Es el piso trece del edificio. Pero a quién le interesa, ocupados como estamos en convertir este departamento en nuestra casa. No es fácil ubicar el piano. La mesa de mármol ligeramente apoyada en la pared de la sala, porque su hermosa base tallada no ha resistido la humedad limeña y tememos que el candelabro de bronce la traiga abajo. También trajimos una antigua alfombra de pasadizo que con unos arreglos se ve bonita bajo los muebles nuevos. Desde la ventana que rodea la sala-comedor se puede observar cómo el cielo se posa sobre el mar. Es hermoso a pesar del gris, de la neblina, de esa sensación de ruido y soledad que surge del ir y venir de autos y ómnibus en las dos avenidas cercanas...*

*Sí. Ruido y soledad. Cuando terminamos de arreglar la casa, la vida asume una rutina de estudios y trabajo. Los días de semana son agitados, y no tenemos tiempo para la nostalgia. Hasta que llega el domingo. El domingo en Lima no tiene misa de once, ni vueltas al parque con los chicos detrás, ni la matinée, el ping-pong en el club, el improvisado lonche-danzant para cerrar el día, con beatles y paulankas, y el teje y desteje de romances, mientras mis padres bromean con cuatro o cinco parejas de amigos, poniéndose al día de novedades en las respectivas familias que, además, son parientes. Tampoco hay la hora del reencuentro en la noche, en la mesa de la cena nocturna, exhaustos y relajados, en el ritual semanal de compartir las diversiones del domingo. No, aquí en Lima no hay reencuentro porque pasamos juntos todo ese día, reconociéndonos en una nueva vida. Y no sabemos si queremos salir o quedarnos en casa, en paz, en calma, sin la presión del tiempo que nunca alcanza. No está mi padre, que se quedó en Jauja. Y la familia ha crecido con el matrimonio de Zoili. Y las horas que en los días de semana separan los breves momentos matinales y nocturnos en los cuales compartimos las prisas, se nos antojan demasiado largas y agotadoras. Hay poco tiempo para el cariño, para las bromas y los juegos de palabras. Y aunque Mingo suele hallar momentos para guerras de almohadas o para reír a nuestra costa, hay poco tiempo para ser nosotros mismos. O tal vez será porque hemos comenzado a ser otros...*

El Párroco ha informado a la AUC que la Iglesia pre-fabricada a la que asistimos dará paso a un moderno conjunto que incluirá un altar móvil, salones de recepción, etc. Hemos hecho una reunión de emergencia pues nos parece un lujo innecesario en un país donde por todos lados se respira la miseria. Así se lo manifestamos. Se organiza una reunión de los fieles de la parroquia para tomar una decisión. Nosotros vivimos en los cuatro edificios de Residencial San Felipe y conocemos a la mayor parte de los vecinos. Pero a la reunión asiste mucha gente diferente: son los vecinos del barrio del frente y sus alrededores. Tuvimos fuertes cambios de palabras. Un señor de pelo y bigotes canos –que según me dicen es editorialista de *La Prensa*– dice que debemos aceptar que la gente de determinados estratos requiere ciertas comodidades. Ante mi réplica sobre Jesucristo carpintero y la igualdad ante Dios, dice que soy insolente.

Hemos decidido pronunciarnos en oposición a la construcción de ese tipo de templo. Nos reunimos en mi casa –aunque mi madre nos desaloja rápidamente acusándonos de conspirar contra la Iglesia–, y redactamos una declaración. Fina y Carlitos lograron que fuera firmada por una serie de sacerdotes, monjas, y seglares que ellos conocían. Para nuestra sorpresa, salió publicada en *Oiga*, un semanario que he visto en manos de algunos profesores de la universidad.

*El párroco rompió con nosotros. Pero la AUC siguió existiendo, y cantando en el «ágora» situada al centro de nuestros cuatro edificios, a veces recibiendo imprecaciones de los vecinos. Nunca supimos si nuestra protesta tuvo algo que ver, pero cuando se terminó de construir, el templo Santa María Madre de la Iglesia no tenía ni altar flotante, ni sala de recepciones.*

## EL PADRE GUTIÉRREZ

NOS HAN ANUNCIADO que el famoso padre Gutiérrez nos dictará el segundo curso de Teología. Esperamos emocionados pues este sacerdote católico se hizo conocido escribiendo artículos sobre la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, a la que se ha comenzado a denominar «teología de la liberación». En otras palabras rescatando al Jesús trabajador, reconociendo en los personajes del evangelio a los pobres que pululan por nuestras calles. Un santo de nuestros días.

Me lo imagino con el hábito franciscano, alto, delgado y con barba: heroico como los misioneros. Y sencillo como el San Francisco del drama de mi infancia *Francisco y el lobo*, que las monjas del colegio gustaban hacer representar.

Ya es la hora, todos estamos mirando a la puerta, murmuramos y hablamos, esperando que llegue. Muchos estudiantes de otras facultades han venido para escucharlo. Los minutos pasan, la expectativa crece y comenzamos a impacientarnos. De pronto alguien levanta la voz: «El padre Gutiérrez hace rato que entró y está esperando que nos callemos».

Nadie lo había visto entrar. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando vemos detrás del pupitre del profesor una mirada –entre divertida y adusta– que recorría el salón lleno de alumnos y curiosos. Es un hombrecillo vestido de negro, cuya postura denota una ligera cojera; bajito y con anteojos que ocultan unos ojos de pájaro, el pelo muy corto y muy lacio, la cara redonda. El voltear y el hacerse silencio fue una sola cosa.

Comienza a explicar su curso. De inmediato quedamos subyugados. La imagen mítica que yo había construido en mi mente se ve arrasada por este ser humano, tan humano. Vamos quedando como hipnotizados. Yo había pensado que comenzaría su curso con una prédica sobre la justicia, los pobres y esas cosas. Pero luego de una breve explicación nos pregunta si queremos que el curso trate sobre Sartre o sobre Marx. («*El P. Gutiérrez es macanudo, genial y, sobre todo, moderno*», escribo en mi diario). Trato de contener mi asombro. Una vez más, como varias veces desde que salí del colegio, siento que algo fundamental comienza a cambiar en mi cabeza. Que todo lo que creí antes estuvo equivocado. Nuevamente, una especie de conciencia de mi propia ingenuidad... y de mi crasa ignorancia.

## LA CENA DEL CARDENAL

NUNCA HABÍA CAMINADO tanto por San Isidro. Felizmente varios del grupo conocen el barrio. Por fin llegamos al colegio religioso donde se realizará la «cena del cardenal». A las ocho en punto estamos al frente con carteles y gritando contra la hipocresía de la cuota para los pobres. Más de la mitad del salón de primero de Ciencias Sociales de la Católica está presente. Convocados por el Cardenal, los restos de la oligarquía limeña celebran su propia generosidad con una cena.

Nos reunimos en El Olivar. Veo dos sombras demasiado claras: son los abrigos blancos de Camisi y de Susana, la enamorada del loco Manuel. La mayor parte de los asistentes pasan desapercibidos pues –estudiantes de la Católica– provienen de barrios semejantes a este. Javier y el Negro encabezan la marcha, dando un cierto toque grotesco con sus respectivas cojeras. También hay alguna gente de la Agraria que ha venido a reforzarnos, porque es nuestra primera acción.

Me asombra que no falte nadie de los esperados. Hasta gente como el «Che», que es evangelista, está ahí (tal vez sea sólo por fastidiar a la Iglesia Católica). También está Dennis, el ex-cantante nuevaolero. César, que es super-cristiano ha traído un cartel ingenuo que dice «*La Iglesia es de los pobres*». Pachi y Bertha, dos chicas muy bonitas, provenientes del Villa María College, se animaron a participar, aunque están muy asustadas. También Cucho, Java, Mito, Laura, Pancho, en fin...

El volante tuvo éxito. No podía ser más claro.

*¡ABAJO LOS PODEROSOS!*

*La burocracia eclesiástica limeña, una vez más demuestra al pueblo peruano que no está con él. La burocracia eclesiástica inexorablemente demuestra que está con los poderosos.*

*Hoy a las diez de la noche el cardenal Juan Landázuri, Arzobispo de Lima, se juntará con los integrantes de la oligarquía peruana; su objetivo es reunirlos en una comida donde los explotadores del pueblo peruano entregarán una limosna, limosna que al fin y al cabo tiene su origen en la plusvalía que han robado a sus obreros y en el descarado hurto de nuestras riquezas naturales (el petróleo...) en unión del imperialismo yanqui.*

*Con esta farsa, el susodicho clérigo, basándose en un principismo ético –la caridad– va a dejar la conciencia hipócrita de estos oligarcas explotadores, justificada y en paz.*

*Los universitarios limeños, en unión con los motores de la revolución, los obreros, hemos decidido, rotunda y valientemente parar esta gran farsa.*

*Los revolucionarios no tememos a las fuerzas represivas del Estado burgués peruano, ni a la suspensión de garantías (mecanismo burgués pseudo legal para reprimir a los revolucionarios) porque sabemos que después del sufrimiento y la persecución, veremos una humanidad donde el hombre no será objeto de explotación y de desprecio.*

*Los revolucionarios estudiantes y obreros, hacemos un llamado al pueblo peruano oprimido y hambreado por la oligarquía reaccionaria y la burocracia eclesiástica a reunirse en un mitin de protesta, a las diez de la noche, en el Colegio Maristas San Isidro, en Camino Real 610, San isidro, cubil donde se reúnen los poderosos.*

*¡CONTRA LA IGLESIA AL SERVICIO DE LOS EXPLOTADORES!, ¡CONTRA LA OLIGARQUIA REACCIONARIA Y ASESINA! ¡POR LA LIBERACION DEL PUEBLO PERUANO!*

*EL COMITÉ UNIVERSITARIO DEL FRES*

Encabezados por Javier, algunos chicos entran al colegio e irrumpen en la cena. La consigna es jalar el mantel y terminar con la farsa. Lamentablemente yo no estoy allí, pues toca a nuestro grupo bloquear las entradas. Y cumplimos con toda la energía posible. Ningún auto debe entrar. Elegantes *Mercedes* y *Volvo*, algunos con choferes negros, se ven obligados a regresar por donde habían venido. Al girar, en el claroscuro del parque podemos percibir el brillo de las joyas de las señoras que atraviesa las lunas polarizadas. Un auto insiste y se detiene. Comenzamos a golpearlo con las manos. Asoma un rostro joven y aterrorizado: «Yo vivo acá. Por favor, no vayan a malograr el carro que es de mi papá... es la primera vez que me lo presta....». A su lado, una jovencita tal vez menor que nosotros, solloza. Entre carcajadas lo dejamos pasar.

Durante cuarenta o cincuenta minutos somos dueños del elegante barrio sanisidrino. De pronto, unas sirenas comienzan a sentirse cada vez más cerca. Alguien dice: ¡A los jardines! Los policías vienen corriendo. La mayoría de nosotros coge al compañero de sexo diferente que tiene más cerca y se tira en un jardín simulando un «plancito». Otros corrieron aterrorizados.

Uno de nuestros profesores holandeses –comprensivo y paternal– llega en su auto recogiendo a los que puede para ponerlos a salvo de la policía. Conmigo suben siete a su auto. Uno de los patrulleros que llegaron se da cuenta y comienza a perseguirnos: al gringo no le queda más remedio que acelerar; luego de una breve persecución, el patrullero prefiere seguir pescando en río revuelto a quienes no han podido ponerse a buen recaudo.

Hubo varios detenidos. Al día siguiente, en la Facultad, reímos mucho escuchando a Pepe cómo es que el Che no dejó dormir a nadie –ni a los policías– en la Comisaría cantando sin parar «El Señor es mi pastor, nada me puede faltar». Felizmente que a Dennis, también detenido, no se le ocurrió cantar «Sácate los rulos» o «Se te corre la media», comentamos...

Muy solemnes hemos evaluado lo que hicimos. Y una cierta satisfacción llena el ambiente de la Asamblea. Los detenidos salieron a primera hora de la mañana por gestión de las autoridades de la universidad.

*Fue la última vez que se realizó la tradicional «cena del cardenal». Era 1968. Fue el bautizo del fres... y de nuestra generación.*

## EL AMOR A LOS POBRES

SÓLO TIENEN algunos meses de casados. Y quieren vivir su cristianismo de una forma auténtica. Poco después de que él llegara de Francia se conocieron y se enamoraron, cuando ella terminaba sus estudios de sociología. Se han mudado hace poco. Y quieren compartir su nueva casa con algunos amigos, entre ellos Fina, quien me lleva consigo. No conocía Zárate, es un barrio popular y me parece un poco triste. No hay agua potable en esta zona, así que el baño consiste en un silo idéntico al que había en la parroquia de Jauja para los niños de las clases de catecismo: un hueco con dos huellas de cemento en alto relieve. La casa es sumamente austera. Pero la sala es acogedora y alegre. Arreglada con amor. Como esta reunión. Ninguno de los asistentes se ha preocupado de vestirse con algo especial, y la música proviene de un par de guitarras. Y todos se tratan con cariño, como verdaderos hermanos. Ellos han elegido vivir así, como los pobres. Y admiro su valentía.

*1969. Decidí aceptar la invitación al campamento. He asistido algunas veces a su local. Me gustó el ambiente: chicos y chicas no tienen empacho en tomar la escoba y tener limpio el ambiente que les han asignado en lo que posiblemente fue una casa de segundo piso. Hasta las misas son simpáticas. Y he hecho migas con los curitas, que son jóvenes y sencillos, particularmente Pipo. A veces converso más de una hora con él. Es una especie de guía espiritual, aunque lo veo más como un igual, como un amigo.*

*Más interesante que el padre Lucho, el capellán de las Teresianas, que si bien me hacía reír mucho, sus temas preferidos eran Dios y la Virgen, el pecado y esas cosas, igual que en el colegio sólo que en lenguaje moderno, y a veces hasta vulgar. Las chicas se rieron, pero a mí me dio asco. No sé por qué tenía que hablar de cosas así.*

*Por el contrario, estos curas hablan de otros temas. Particularmente de los deberes hacia otros seres humanos, hacia los pobres y también hacia los que no son pobres.*

*No sé en qué momento la caridad desapareció de mis sentimientos religiosos. Cierto, la solidaridad implica una relación más cristiana con los demás. Y el Cristo carpintero se me aparece con mayor nitidez. Sí, me gusta este ambiente. Así que iré al campamento.*

*Me sorprende la cantidad de rostros conocidos, la mayor parte de ellos comunes en los mítines y las recientes movilizaciones contra la dictadura militar. Particularmente gente de San Marcos y de la UNI. Son simpáticos. Una expresión común de alegría e inocencia.*

*Debatimos sobre un texto de Quijano. Luego, se analiza experiencias. Y me siento algo así como privilegiada, pues mientras los otros relatan hechos cotidianos de la universidad, yo hablo de la Cena del Cardenal.*

*Como adoro la música, en la noche me integro muy fácilmente con los guitarreros. Me doy cuenta de que mi repertorio de sambas argentinas es muy pequeño. Y no puedo sino embelesarme al escuchar cantar a dos chicos de la UNI: «La noche me abre su manto/... de estrellas blancas/ compadre, voy a la sierra/ llevando mi muerte en ancas... Un corvo de acero blanco me cuelga al flanco/ el rifle alerta, cansado el tranco/ llevando penas y donde vaya/ con las cadenas de este destino/ sobre mi manco/ se irá el dolor...»*

*Me emociono. Claro que es la canción sobre un bandido –de hecho, se titula así–, pero tiene monte y tiene rifle. Igual que los guerrilleros. Eso hace que la canción tenga otro contenido, pienso. Y me gusta más entonces. Y porque termina hablando de amor: «... Le dice que no me busque, que se acostumbre/ que ya no existo, que aquí en la sierra/ cuando de noche la espalda en tierra/ me acuerde de ella/ con toda el alma la lloraré...»*

*Una mañana, al pasar frente a la capilla rumbo al salón de clase, veo arrodillada a Urpi –no sé si así le dicen o así se llama–, en actitud exageradamente contrita. No participa en el campamento, me informan. Sólo ha venido a hacer un retiro. No entiendo esto. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que esta gente tan alegre, preocupada por el Perú, y por el destino de otros, también se encerrara a solas con Dios, como en el colegio, o como en el pensionado de las teresianas... ¿Hablará con Dios de los pobres del Perú, de la justicia, de la dictadura militar?*

Tuve un cumpleaños peculiar. Cómo han cambiado de naturaleza las fiestas y los regalos. Nos quedamos hasta muy tarde. Recién mudados a este departamento en el décimo tercer piso en San Felipe, todavía no tenemos muchos muebles, pero mis amigos y yo nos divertimos muchísimo. Comenzamos bailando música de moda. Luego, Mingo y César, el guitarrista del barrio, comenzaron con la guitarra. Hasta hubo un contrapunto de zapateo negro entre Fina y Pepe: es extraordinario. Yo ni siquiera sabía que existía.

No puedo sino mirar con satisfacción mi pequeño estante de libros, uno de cuyos pisos luce lleno y reluciente. De alguna forma refleja mis nuevas amistades. Como el Chato –«uneco» estudiante de medicina– que me ha regalado *El coronel no tiene quien le escriba*. Pero lo que realmente me ha conmovido es ese grueso volumen que me hace sentir que algo está cambiando en mi vida: Alfredo, uno de los curitas que acabo de conocer, me regaló *El catecismo holandés*. Para no quedarse atrás Polo –mi enamorado huancaíno– al lado de unas hermosas alejandrinas me trajo *Cien años de soledad*.

*1970. He entrado por la puerta lateral de la pequeña Iglesia. Y pregunto por el padre. Ya no es un extraño como cuando lo vi por primera vez en Letras. Ahora es una persona cercana y cálida. Su habitación es como yo la imaginaba: austera. Pero también es alegre: los muebles están cubiertos con algunas mantas de colores. Siéntate, me dice. Hace tiempo que no te veo. Si, padre, mi paso por UNEC fue fugaz. Sólo quiere saber cómo estoy. Casi no habla. Más bien pregunta con respeto. Me encanta que no sermonee. Me pregunta por Turcios. Es inteligente, me dice, muy hábil. Y le hablo de él y de cómo mi vida ha cambiado en estos últimos meses. Al terminar la conversación, salgo contenta, aunque preguntándome por qué quise hablar con él y por qué él aceptó.*

*Al salir, estas calles del centro de Lima pasan ágiles debajo de mis pies. Y siento una inmensa paz.*

## MIL NOVECIENTOS SESENTIOCHO

9 DE ABRIL DE 1970. Hay una gran marcha de mineros que vienen a Lima a exigir a la dictadura militar que se respete su sindicato y que se resuelva su pliego de reclamos. Aunque los dirigentes de la CGTP están diciendo que es una marcha de apoyo a la “revolución peruana”. La inmensa mayoría de asistentes al mitin son los propios mineros. También hay muchos estudiantes y con alegría compruebo que, aunque recién han comenzado las clases, todo el FRES está presente. Ya no estoy en la universidad, así que los veo de lejos. Me he situado, con mi célula, en el contingente del Partido. La Plaza Dos de Mayo está totalmente llena de mineros.

*1957. Dice mi madre que aquí viven los mineros, que ellos producen gran parte de la riqueza del país. Miro atentamente a través de la ventana del tren. Cómo puede vivir la gente en estos lugares helados, sin verde y sin vida. A veces cubiertos con plásticos para protegerse de la lluvia y el frío. Y los niños correteando en medio de la tierra ennegrecida o al borde de lagunas muertas, sin poder revolcarse en el pasto o pescar, como nosotros.*

*Es La Oroya, nos dice. Miren la chimenea: es la más alta del mundo. ¿Y esa malla, mami? Mi madre baja los ojos, avergonzada. Los americanos viven a un lado, los mineros en el otro, y para cruzar la malla se requiere permiso de la compañía. Y cambia la conversación. Insistimos, no entendemos. Así es, hijitas. Pero también en el lado de los americanos viven algunos peruanos y menciona a algunos conocidos nuestros. Incluso pueden entrar al Inca Club, nos dice, recordando con cierto alivio.*

Me han dicho que el gobierno ha quitado la malla, y me cuesta creerlo: por mucho tiempo había sido un símbolo del poder de los yanquis y de la clara división entre los que mandan y los que obedecen. ¿Quiere decir que eso ya ha cambiado en La Oroya? No entiendo bien la ideología de la dictadura militar.

Y ahora, al ver a estos miles de mineros aquí en Lima, como que me siento más cerca de sus pieles quemadas por el sol de la sierra. Una cierta vanidad frente a mis camaradas, pues apenas comienzo a escuchar hablar a los mineros, de inmediato –casi sin darme yo cuenta– mi entonación cambia y se hace igual a la de aquellos hombres que en su mayoría provienen del valle del Mantaro, mi valle del Mantaro.

Me abro paso entre la multitud para llegar al lugar donde estará nuestro contingente. De pronto siento que una mano toca mi cuerpo con lascivia. Mi mano cruza rauda por el rostro de un minero que a pesar de la bofetada no deja de mirarme ni de sonreír. Una mezcla de rabia y tristeza al seguir caminando. Se supone que debo pasar estas cosas por alto. Me da vergüenza comentarlas. Sería como quitar heroísmo a esta jornada.

Por fin llego al lugar y me sitúo junto a Modesta, mi responsable de célula. Ciertos movimientos extraños interrumpen mis pensamientos. De pronto veo al fondo unos dedos apuntándonos. Ya había visto a algunos alumnos de la Facultad, demócrata-cristianos, y a algunos activistas del PC que conozco, recorriendo el mitin con obvios PIPS. Pero no pensé que tendríamos algo que ver, nosotros, inofensivos estudiantes que estábamos haciendo nuestros



pininos en los mítines de trabajadores. No había terminado de pensarlo cuando siento que mis brazos son atenazados y puestos hacia atrás. «¡Déjenme, c...!», grito. Y cuando se arma un pequeño tumulto, escucho «¡Son apristas, son apristas, que han venido a provocar!» No puedo creer lo que escuchan mis oídos. ¡Me acusan de aprista! Los mineros que habían rodeado el incidente se retiran pues sienten que no es un problema suyo. En un patrullero soy conducida a El Sexto, y al entrar veo en una fila a mucha gente de mi salón de Sociales y a camaradas de La Molina. Me pasa un poco el susto, aunque allí me entero de que a quien habían señalado era más bien a Modesta, “alta y con anteojos” como yo. Me ordenan sentarme en un sillón, con otra chica, creo que de La Cantuta. ¿Tú eres virgen? me pregunta. Y antes de que yo pueda dar una respuesta continúa: felizmente que no soy virgen y pude ocultar unos apuntes que tenía. Qué bueno, le digo, aunque me quedo en la luna.

Nos soltaron a las 11 de la noche, y sólo tomaron nuestro nombre. Pero al día siguiente, la Facultad hierve. Me esperan pues debo hablar en la Asamblea: yo vi quiénes de la Facultad nos estuvieron señalando. Ya va a comenzar. Pero me llaman pues algo pasa detrás del salón de primero: Cucho se ha quitado el saco de ante –casi una característica que lo hace visible en cualquier parte–, y también los anteojos. Yo le pego, me dice, lo mato. Me conmueve el gesto, pero a la vez me divierte su mirada perdida de miope, esperando que le acerquen al delator para castigarlo. Mejor vamos a la Asamblea, le persuadimos, después veremos. Comienza la Asamblea, y me llaman a hablar. Vi a Pibe, les digo, y a gente del PC. Manano quiere defenderlos, juntando a todos los DCs y buscando apoyo. Pero hasta los profesores están indignados. Muchos piden que se les expulse y nadie los defiende. Yo sólo quiero que se sepa la verdad. Y también tengo que dejar claro que la voz se me quiebra por los gritos del mitin y la enfriada en El Sexto, y no que esté a punto de llorar, como muchos comentan compasivamente. Al salir de la asamblea Manano vocifera que son calumnias. Pero nadie le presta atención. Además, el apoyo demócrata-cristiano al gobierno los torna aún más culpables.

Salimos contentos de la Asamblea: es un triunfo político contra la dictadura militar y contra lo último que va quedando de la democracia cristiana en la Universidad. El FRES se fortalece.

Nos reunimos en el Centro Federado una vez más. Hasta el año pasado permanecía allí mucho más tiempo que en clases, que cada vez me interesaban menos. Es que han sucedido muchas cosas en estos dos últimos años, desde que entramos a Ciencias Sociales.

Y no sólo en el Perú. Viene a mi mente el día en que llegó Carmen María, en agosto de 1968. Había vivido *París, mayo del 68*, y tenía mucho que contar. Decidimos reunirnos en el Centro Federado para que nos cuente lo que vivió. Hay una especie de hipnosis colectiva. Es una chica muy linda, delgada, con el pelo chiquitito, sin gota de maquillaje. Un pantalón de corduroy, una chompa oscura de cuello muy alto, y medias de lana dentro de unos zapatos con tacón mediano y grueso. Cierta encanto en esa mezcla de elegancia y descuido, una cierta bohemia que nunca había tenido cerca. (Por la mirada de los chicos, sospecho que lo que más les atrae del asunto no es precisamente la experiencia política parisina). Miles de estudiantes, nos dice, y también trabajadores, y hasta los policías. También estaban Sartre y Simone. Banderas rojas y negras. La juventud rebelde ocupó todo: las calles y también las paredes. Marx y Mao, Trotsky y Lenin. Y el Che, el Che en el corazón y el grito de cada uno. Es una revolución peculiar. Al final, creo que hasta los que fueron sólo a contemplar a Carmen María estaban emocionados por el relato. Y después de un breve silencio las preguntas comienzan a abrumar a nuestra nueva condiscípula.

Cuántas emociones. Y ya no extraño tanto la música de Los Beatles, como cuando recién vine a Lima. Y más bien me he acostumbrado a otro tipo de música: Paco Ibáñez, Los Chalchaleros, Jorge Cafrune. Atahualpa Yupanqui y Violeta Parra me subyugan.

O discos como aquel que reproduce el discurso de despedida del Che que casi desde la primera vez que escuché quedó grabado en mi memoria: “Fidel, me recuerdo ahora de aquel día, de cuando te conocía en casa de María Antonia... Otras tierras reclaman el recurso de mis modestos esfuerzos... Yo puedo hacer lo que a ti te está vedado... Renuncio a mi grado de comandante...”. Cuando lo escuché por primera vez no pude reprimir el llanto. La voz de Fidel Castro suena conmovida en el pequeño disco que me han regalado. Y también suena conmovida esa multitud que aplaude, y que llora al Che. Y en mi mente tengo fijado su rostro en esa fotografía de un viejo *Life*, yaciendo en una tarima en un remoto paraje boliviano. Su rostro con los dulces ojos abiertos, con la boca casi sonriente. Como un Cristo muerto pero alegre. Porque murió peleando por lo que creía.

No habían pasado ni dos meses de la llegada de Carmen María y nos enteramos de que en México los estudiantes también salieron a las calles, con gritos y flores. Pero México no es París, y el 2 de octubre cientos de ellos murieron en la Plaza de Tlatelolco. Sentimientos encontrados, porque también entraron otros tanques, los tanques soviéticos, en Checoslovaquia, que amenazaban a la gente que los enfrentaba con flores. Mientras el pueblo de Vietnam nos conmueve cada día, invadido, asediado, peleando a pesar del napalm. Y nosotros, pienso, nosotros qué.

Al día siguiente, cuando llegaba tranquilamente a la Facultad, me encuentro con una Asamblea General y con que se habían suspendido las clases. Un general sacó a Belaúnde del gobierno: un golpe militar. Con la historia de América Latina en nuestras cabezas, pensamos que tendremos fascismo, y que hay que hacer algo. Organizar la resistencia, decimos. Javier y Cucho se disputan los discursos radicales en la Asamblea. También uno que otro profesor. Los holandeses nos observan en silencio. Nos declaramos en asamblea permanente. Esto es fascismo, decimos. Joselo García Belaúnde es apresado y golpeado por la policía, y sentimos cierto escrúpulo de tener algo en común con la gente de la derecha: habían sido nuestros adversarios en Letras.

Sin embargo, a los pocos días el gobierno ocupa con tropas militares el campamento petrolero de Talara, y hay un júbilo nacional. Está presente el asunto de la desaparecida página once del contrato firmado con la International Petroleum Company. Si pocos meses antes nosotros mismos habíamos estado marchando en defensa de la dignidad y contra el imperialismo norteamericano. Y nada menos que una dictadura militar recupera el petróleo para el Perú. Estamos más confundidos ahora.

## ROMPIENDO LAS BARRERAS

*Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario auténtico está guiado por grandes sentimientos de amor... Quizá sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo... No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita*

Ernesto Che Guevara

## LOS INICIOS<sup>1</sup>

1969. CASI NO PUEDO RESPIRAR de la emoción. Ni siquiera llegaré a la hora. Me dijeron que tenía que ponerme un seudónimo. *Isabel*, contesté con el primer nombre que me vino a la cabeza. No quiero hacer trabajo estudiantil, quiero ir a una célula obrera. ¿Célula? Pasará todavía un tiempo para eso. Entrarás a un círculo de simpatizantes. La militancia es un camino largo..., fue la parca respuesta.

En una esquina espera impaciente una persona a quien no conozco pero que me identifica. «Apúrate, Isabel. Has llegado tarde.», me reprocha. Mientras caminamos en silencio, voy sintiendo algo raro al oírme llamada por un nombre que no es el mío. En un momento interrumpe mis divagaciones y parcamente me explica «la coartada».

Al parecer la reunión todavía no ha comenzado. Hay unas diez personas sentadas en círculo, en sillas y bancas. Siento que unos ojos verdes me observan divertidos. Es «Ojitos», mi compañera de colegio. Venía pensando que si había alguien conocido sería de la Facultad. Efectivamente, está la gorda, de mi salón de Sociales, a quien escucho llamar «María». Pero ni por asomo pensaba encontrarme con Ojitos. No es la primera vez que ella me sorprende: hace unos meses me la encontré en la primera fila del contingente de La Molina, con la banderola de la Federación de Estudiantes de la Agraria entre sus manos, en esa hermosa marcha por rentas que llenó la Plaza San Martín.

Éramos varios miles. Aunque siendo de una universidad privada no nos incumbía directamente, cómo íbamos a dejar de estar presentes.

Ahí estuvimos: no sólo el FRES sino un buen contingente de la Católica. Yo llegué tarde, y aproveché para mirar cómo centenares de estudiantes —y varias decenas de profesores— de cada universidad entraban a la plaza. Las banderolas de las respectivas federaciones al frente. Todas son rojas, con letras amarillas o blancas. Con ese rojo encendido, que refleja tan fielmente nuestros sentimientos en momentos como este. Sentados en la plaza, gritando consignas, invadidos por ese espíritu que combina la lucha, la solidaridad y la alegría de ser muchos, de ser jóvenes, de estar juntos. Más aún si entre ellos puedo reencontrarme con mi pasado, a través de Ojitos.

*1964. El colegio llegó a su fin. No iré a la Universidad pues en casa no hay dinero. Luego, aprovecho para estar bien con Dios. Un primer viernes muy temprano, regresaba de misa y me crucé con Ojitos, que también iba a la Iglesia. Me sorprendió, pues creí que ya estaría camino a la Universidad. No por gusto fue el premio de excelencia de nuestra promoción. Y presidenta de las Hijas de María. Me cuenta que le han ofrecido una beca para estudiar educación en una escuela normal que tienen las monjas del colegio, lo que me parece un crimen, dada su habilidad para las matemáticas. Pero no tiene muchas alternativas. ¿Por qué no averiguas en*

---

<sup>1</sup> Una primera versión de este relato apareció en *Márgenes* No. 15, SUR CASA DE ESTUDIOS DEL SOCIALISMO, Lima, diciembre de 1996.

*La Molina?, creo que hay internado, le digo, sin saber bien si aparte de agrónomos habrá otras carreras que den a Ojitos la posibilidad de encauzar su extraordinaria capacidad.*

Algunos de los otros asistentes a la reunión me resultan conocidos, tal vez en alguna marcha o mitin. También hay algunas personas un poco mayores, con el cansancio de la fábrica reflejado en sus rostros. La reunión es dirigida por Modesta, una muchacha de rostro familiar, a quien recuerdo fugazmente en el patio de Letras. El círculo de simpatizantes se ocupa de metalúrgicos, calzado y laboratorios, nos recuerda. No puedo evitar la emoción. Ni olvidar que justamente hoy día se casa Maruja, mi tocaya, compañera de pupitre en el colegio, y una de mis mejores amigas. Pero hubiera tenido que viajar a Jauja. Y cómo hubiera faltado a esta reunión por asistir a un matrimonio. Es como una prueba que logré pasar: no viajé y estoy aquí. Aunque recién son «simpatizante», tengo que irme acostumbrando. *«Todo militante está obligado a ser miembro de una célula, a cumplir con las tareas que ésta le asigne y con las disposiciones emanadas de los organismos superiores. No puede, por tanto, disponer inconsultamente de su tiempo y de su economía»*, dicen los Estatutos del Partido.

Pero se trata de mi mejor amiga. No dormí varios días pensando qué hacer. ¿Siempre tendré que luchar contra mis afectos personales? ¿Seré capaz o no seré capaz? El Che dice que para un revolucionario «el marco de los amigos responde estrictamente a la revolución», que «se debe tomar decisiones dolorosas». Cuando escribió esto ¿tendría algún amigo tan amigo como Maruja? ¿Tendré que seguir renunciando a mis amigos? Es una opción, claro, si a esto dedicaré mi vida. Tal vez este sea el inicio de muchas renunciaciones...

*Quería esperarte, me dicen. Decía que de todas maneras llegarías, que aunque sea tarde llegarías. Estaba segura de que no podías faltar a su matrimonio. Si tú eras su pata del alma. Sólo puedo venir a Jauja en las vacaciones de la universidad –como ahora–, no en cualquier momento, miento. Sintiendo una mezcla de valentía y pesadumbre, debo disimular. Que piensen que las cosas siguen igual. Aunque todo en Jauja me parece diferente. Tal vez porque son mis ojos los que han cambiado. Pero nadie debe darse cuenta de que ahora soy otra persona.*

*De paso aprovecharé para descansar. Parte del relajo es ir al cine, así que hacia allá me dirijo con uno de mis primos menores. Antes de la función, comienzan a sonar las notas del Himno Nacional. Los espectadores se ponen de pie. Por qué me voy a parar, pienso. Si yo creo que el proletariado no tiene patria. Eso de la patria es un invento de las clases dominantes para mantener su poder. Vienen a mi mente los versos de esa canción que me gusta tanto: «Dicen que mi patria es/ un himno y una bandera/ la patria son mis hermanos/ que están labrando la tierra...» Mi pequeño primo me mira asombrado. Y su expresión de perplejidad se transforma en susto cuando ve acercarse a un policía. Señorita, la falta de respeto a los símbolos de la patria es un delito. Póngase de pie, por favor, o la llevaré detenida. Me paro de mala gana. Después de todo, ¿en la Comisaría entenderían lo que es el internacionalismo proletario?*

«¿De dónde vienen las ideas correctas? ¿Vienen acaso del cielo? No...» La voz de Modesta suena clara al leer un pequeño libro de tapa amarilla, cuyo título *Cuatro tesis filosóficas* se me

figura demasiado ampuloso. Es claro que todas las explicaciones van dirigidas a los cuatro trabajadores presentes en la reunión. Supongo que saben que la mayor parte de nosotros hemos leído a Martha Harnecker y creen que no requerimos mayor explicación. Al final de la reunión nos reparten las tareas. Iré a volantear a una fábrica metalúrgica.

Está relativamente cerca al cementerio, en plena zona urbana, aunque hay que caminar un buen trecho entre chacras y, de hecho, al frente hay un maizal. Iré con el c. Luis, obrero de ensambladoras, quien me iniciará en la práctica del volanteo. Hemos llegado demasiado temprano; además, los trabajadores salen en ómnibus. Hay una caseta en la puerta, y el empleado nos mira con furia. Estábamos parados discutiendo sobre cómo haríamos para subir a los carros cuando vemos un patrullero asomar a unas tres cuadras. ¡Al frente!, me grita Luis. Cruzo la pista y corro hacia el maizal.

Estas plantas de maíz son altísimas, mucho más altas que las que he conocido; entre ellas busco un claro para detenerme y escuchar, sentada en cuclillas. Pero sólo hay silencio. Parece que Luis también hizo lo mismo. De pronto siento un ruido fuerte, muy fuerte y muy cerca. Y luego otro, y otro más. Ya no sé si es mi miedo, o si realmente están disparando hacia el maizal donde yo estoy. Escucho voces por uno y otro lado, pero la espesura del maizal no me permite ubicar su origen. Trato de no moverme. Pero comienzo a sentir picazones en las piernas. Las medias sólo me llegan debajo de las rodillas y mis piernas están siendo manjar de una gran cantidad de bichos. No sé por qué me andan acusando de usar minifaldas demasiado largas: ni siquiera he podido proteger mis piernas... No debo moverme, no debo moverme... Luego de una hora y media las voces ya han desaparecido. Pero no me animo a salir, aunque los bichos me empujan hacia afuera. Me entretengo mirándolos. Nunca creí que pudiera haber animales tan numerosos y enormes en una chacra: todo tipo de arañas, gusanos, cucarachas, moscas de colores. Como aquí no llueve, son sucios. Alimañas, me digo.

Ya es casi mediodía. Comienzo a moverme, aunque tengo que hacerlo lentamente pues mis piernas están adormecidas e hinchadas por las picaduras. Por fin llego al borde del maizal, en el lado opuesto al de la fábrica. Ante mi pregunta, un campesino que pasa con una carretilla –al parecer de regreso de su faena– me informa que vinieron dos patrulleros más y que efectivamente estuvieron disparando hacia el maizal. Se ha detenido simulando arreglar su carga y me habla sin mirarme, entendiendo el peligro. Pero ya se fueron –me tranquiliza– y sólo se ha quedado un policía en la puerta de la fábrica. No ha visto a Luis.

Me aconseja bordear el río hacia el lado opuesto a la pista. Así que comienzo a caminar al borde del río. Ya no recordaba el río Rímac: su suciedad me impresiona como la primera vez que lo vi. La caminata me hace pasar el susto. Siguiendo el curso del río llego a la avenida Abancay. Sentada, por fin, en el ómnibus observo que mis piernas están enrojecidas por las picaduras y cubiertas de barro. Pero ni siquiera siento frío y la sensación de la brisa golpeando mi cara me da cierta euforia. Extraña combinación de miedo y satisfacción. Tuve suerte y salí bien de esta. Me imagino cómo será mi vida en adelante y si podré dominar miedos mayores. Y me pregunto si los riesgos seguirán, como ahora, alimentando mi espíritu.

## HA MUERTO ARGUEDAS

*DICIEMBRE DE 1969.* José María Arguedas ha muerto. Hace muchos años leí *El sueño del pongo* y quedé estremecida. Y hace poco *Los ríos profundos*: me emocioné al conocer la semejanza entre mi nostalgia y la del niño aquel frente a un mundo desconocido. El libro me gustó muchísimo, aunque sentía que había demasiada tristeza. También recuerdo el reciente escándalo en el IEP, cuando prácticamente le dijeron que no sabía nada, que no era un científico social. Era profesor de los camaradas de La Molina y, aunque nunca lo conocí personalmente, sentía a través de ellos que también era mi maestro.

La directiva del Comité Regional fue que todo el Partido asista al entierro. Llego un poco tarde, y recién alcanzo el cortejo en la avenida Abancay. Hay muchísima gente. Estoy impresionada. Pero no es un cortejo común. Casi nadie viste luto y más bien muchos ojos brillan con una mirada que combina la pena con la rabia. La Internacional se turna con el violín de Máximo Damián. Y rápidamente me contagio de la triste emoción que inunda a los asistentes. Camino al cementerio, en los Barrios Altos, pasamos por el Cuartel Barbones. Desafiantes, entonamos el coro de la Internacional con el puño en alto. Nadie sabe la letra de las estrofas, salvo Valentín, un camarada de origen trotskista, cuya voz solitaria se eleva en el silencio. Nunca había escuchado este himno completo. *No más salvadores supremos/ ni Cristo, ni burgués, ni Dios/ que nosotros mismos haremos/ nuestra propia redención.* Me pregunto qué pensaría Arguedas de versos como este, mientras –con los demás– tomo aire para cantar a todo pulmón el hermoso estribillo: *¡Agrupémonos todos/ en la lucha final/ y se alcen los pueblos/ por la Internacional...!*

Banderas rojas, violines, danzantes de tijeras, charangos, la Internacional y tristes melodías andinas, algunos versos en quechua. La mayor parte somos jóvenes universitarios. También hay alguna gente madura, supongo que intelectuales. Algunos obreros. Mucha gente de la sierra, migrantes con miradas oscuras y tristes. Se parecen a los personajes de sus novelas. Rabia e impotencia porque nada hará volver al amigo perdido.

Llegamos al cementerio. Dicen que Arguedas pidió que si había discursos, que fueran sus estudiantes, sus amigos. El flaco «Manzana», presidente de la Federación de Estudiantes de la Agraria, será el encargado de despedir a su maestro. Pero no entiendo bien lo que dice, pues las lágrimas no le permiten vocalizar. Muchos estamos llorando. Y puedo ver a Chepo, el bravo agitador molinero, a «Ojos», al «Cabezón» y a otros camaradas dirigentes estudiantiles y del partido, derramar las más hermosas lágrimas que uno se pueda imaginar.

Al momento en que el féretro es introducido en el nicho, por encima del pabellón surge la figura de un indio vestido de fiesta; la miopía no me permite verlo bien, pues estoy bastante lejos. Pero escucho sus gritos en quechua. Las arengas y las despedidas militantes cesan súbitamente, respetuosas, ante este triste clamor y lo que –pese a no entenderlo– siento como una despedida sin esperanzas. Con los ojos hacia arriba, en silencio, sentimos que Arguedas es más nuestro, más peruano también. Me siento orgullosa de haber nacido en Jauja, de los llanques y la chuspa que ahora uso. En medio de la tristeza, otra emoción nueva...

Al salir del cementerio, estamos más motivados. Hay que seguir luchando. «¡Abajo la Ley Universitaria!, ¡Abajo la ley gorila!» comienzan a gritar algunos camaradas, todavía con los ojos húmedos. Y decenas de nosotros apresuramos los pasos del cementerio y subimos

rápidamente a los omnibuses de ruta. Vicky, la compañera del «Indio», abre su cartera y allí comienzan a caer libretitas de apuntes, agendas, papelitos, direcciones, algunos libros. Bajamos en la avenida Abancay y cuando ya somos unos doscientos iniciamos una marcha. Sentimos que es nuestro mejor homenaje, el más sincero. Dicen que Arguedas admiraba esta fuerza que él no tenía. Que fue una de las razones de su suicidio. Y sentimos que nuestra fuerza es también suya. Y levantamos la voz. Y queremos merecer ese pedazo de Perú que nos ha hecho conocer y amar...

*La UNI no sólo ha sido allanada, sino que ha sufrido un receso. Y se inicia una gran huelga de hambre. Los compañeros de San Fernando prestan el local. Y los de la Católica nos turnamos para atender a los huelguistas. No es un trabajo fácil, pues aparte de alcanzarles agua y abrigo, hay que vigilar que no se infiltre la policía, despistar a los familiares, y servir de intermediarios. Cuando llega el menudo presidente de la fusm, se ve abrumado por quejas de sus camaradas: Quieren encender el televisor, camarada. Han faltado el respeto al Presidente Mao... No sé cómo tienen cara de quejarse. Los otros compañeros estaban hartos de escuchar la cantaleta de las citas del Libro Rojo. Más bien querían poner música revolucionaria o ver las noticias en la televisión. Y lo cierto es que unos y otros se pasaron la noche discutiendo y no durmieron nada. Qué le vamos a hacer, me tocó un día en que todo el mundo está de mal humor.*

*Pero no tuvimos tiempo de nada. Viene la policía, ya saben que están aquí, nos avisan. Así que decidimos llevarnos a los huelguistas a la Facultad. No se atreverán a entrar a la Católica, creemos firmemente. Muy rápido hemos organizado un operativo, conseguido autos y partido raudamente. Todo salió bien. Llegamos al fundo Pando, pero los ánimos se terminaron de caldear con la tensión por la cercanía de la represión. No obstante, logramos trasladar a los huelguistas. Pero en la noche uno de ellos insiste en dormir en el jardín porque no se le dejaba recitar las citas de Mao. Y amanece casi con una neumonía. Nos vemos obligados a llamar de urgencia a Tito, que es el Secretario General del Centro de Estudiantes de Medicina. Hay que evacuarlo, dice, necesita un tratamiento. Pero el compañero se pone terco como una mula. Y tenemos que ponernos violentos.*

*Finalmente, la policía los encuentra y se los lleva primero a Lurigancho y después al Hospital de Policía. De ahí recibimos un mensaje escrito en papel higiénico: «Estamos bien, y seguiremos hasta el final. ¡Abajo la dictadura militar!». Tenemos que ir a verlos, entraremos al hospital como sea, dice Javier. Tito consigue varios guardapolvos blancos. Nos metemos en el auto de Camsi, que logra convencer a los policías que custodiaban la puerta de que es hija de un general. Pero no logramos llegar hasta la sala donde estaban porque la vigilancia es extrema. Algunos empleados civiles nos dan una mano, y transcurridas algunas horas ya tenemos un informe completo sobre cuántos están allí. Y al salir informamos que todos están bien. Y que hemos logrado algunos medios para comunicarnos con ellos.*

*Mientras tanto, seguiremos en las movilizaciones. A San Marcos se ha sumado La Cantuta. En la manifestación de la Universidad de Puno hubo un muerto. La policía entró a la Universidad Agraria. Y hasta la Católica hizo un paro de solidaridad. La policía entró, golpeó al rector y a algunos profesores. Y el propio Velasco tuvo que ir a pedir disculpas.*

*Y una enorme huelga popular en Huanta y Ayacucho remece el país. Todo comenzó con una protesta de estudiantes secundarios. Y termina con una huelga general del departamento.*



*Cuando se sabe que hay veinte muertos, al PC no se le ocurre otra cosa que decir que esto es trabajo de la CIA.*

*Pero nosotros sabemos que es nuestra lucha. Que es nuestro país. Que no aceptaremos esta ley universitaria, ni el recorte a la gratuidad de la enseñanza. Que queremos un país como el que soñó Arguedas: un país donde no haya sufrimiento, y donde todos puedan danzar con alegría...*

## ADIÓS A ICHAHUANCA

EL INGRESO AL PARTIDO me ha dado muchas sorpresas. Me informan sobre los resultados de una encuesta que hace algunas semanas se hizo entre los militantes y simpatizantes. La pregunta central es cuándo creen que comenzará la revolución en el Perú. Los más pesimistas hablan de dos años. Muchos creen que será en algunos meses. Y hay que prepararse para eso. No caer en los errores del MIR que se lanzó a la guerrilla sin tener arraigo en el pueblo y sin conocer bien el Perú.

Felizmente que nuestro Partido no es fetichista y toma lo bueno de cada corriente, según nos suele repetir el camarada Sihuar: la revolución permanente de Trotsky, la revolución cultural china, la táctica de la guerra de guerrillas de la Revolución Cubana. Todos soñamos con el momento, con el arma y la mochila: *¡Estudio/trabajo/fusil!* es uno de los lemas preferidos en marchas y mítines. *Estudiar y luchar por la liberación nacional y el socialismo* se lee en cuanta pancarta, documento o publicación producen los camaradas de las universidades. Hay que prepararse, estudiar mucho, acercarse al pueblo, para no fracasar, nos dice Maximiliano, nuestro Secretario General, quien ha escrito un pequeño folleto llamado *Estrategia y táctica*, que estudiamos con ahínco.

Las charlas que el Partido ha organizado han dado resultados más que satisfactorios. Con el apoyo de varios catedráticos, amigos del Partido, se organiza un curso de extensión social que permitirá dar un salto en la preparación del Partido. Luego de un cursillo realizado en la Pre de La Molina se organizan grupos mixtos de estudiantes para salir a diversos puntos del país, principalmente a la sierra. Uno de Cayetano, uno de La Molina o la UNI, y uno de la Católica, San Marcos o La Cantuta. El primero curará enfermos, el segundo levantará el plano físico del lugar y el tercero hará un estudio económico-social.

*«Debe ser caro sostener este departamento», me dice este antropólogo catalán traído a casa por Beatriz, ex-estudiante de arquitectura. Al parecer, él quería conversar con gente radical. No sé cómo explicar que las enormes cortinas que rodean los ventanales del amplio living-comedor de nuestro departamento en Residencial San Felipe, no tienen que ver con alguna prosperidad. Más bien creo que ocultan los esfuerzos por la lucha cotidiana. Pero no tengo por qué dar detalles de las angustias familiares de los fines de mes desde que mi madre decidió mudarse a Lima, cuando Mingo terminó el colegio y no hay a quién cuidar allá. Respondo una vez más: no es mi casa, sino la de mi familia...*

No puedo ocultar mi satisfacción, pues mi hermano asistió a los cursos y pese a no estar en el partido, saldrá hacia una pequeña comunidad de Andahuaylas. Varios de su grupo de Cayetano también parten. Yo no voy, pues creo que es preferible que él vaya y tal vez se anime a militar. Y parte con el juego de estetoscopio, pinzas y tijera que mi madre le regaló y que apenas si sabe utilizar pues recién está en Ciencias. Por supuesto, lleva su guitarra. Todos estamos emocionados, incluso los que no viajaremos. De todas maneras, sentimos un poco de temor pues –pensamos– puede ser peligroso.

Mi hermano y yo recordamos que en su juventud mi madre tuvo un admirador que ahora es general y alto funcionario del Ministerio de Agricultura. La gestión fue tan buena que varios equipos parten con una carta que «solicita» a las autoridades que den facilidades a estos jóvenes estudiantes que harán un trabajo de promoción entre los campesinos.

*Al llegar de la universidad, encontré a mi madre furiosa. La Reforma Agraria ha afectado Ichahuanca, nos dice. No les bastó con Challhua. Ahora también Ichahuanca. Casi nunca la había visto así, impotente, con lágrimas de rabia en sus ojos. Dicen que porque tiene más de tres mil hectáreas. Mingo y yo no le dijimos una sola palabra. Sólo entramos a mi dormitorio, cerramos la puerta y saltamos, abrazados. ¡Por fin! Ahora nos sentimos más libres, más legítimos. Aunque los famosos fundos eran sólo recuerdos de la infancia, eran una carga demasiado pesada para nosotros que queríamos ser revolucionarios...*

Ya han pasado casi dos meses. Mingo no fue a Jauja estas vacaciones sino a la pequeña comunidad andahuaylina que le tocó. Tampoco salieron de vacaciones Ernesto, que estuvo en Chuschi, ni Julio César, a quien le tocó Ongoy. Mi hermano extrañó la tierra, pero también está feliz por la experiencia. Y, como es usual, muestra su alegría cantando. Pero ya no *San José republicano*, *Qué culpa tiene el tomate* o *El tururururú*, o *Luis Pardo*, que son corrientes en los omnibuses universitarios. Escucha, me dice: *Ese río de Andahuaylas, casi, casi me ha llevado/ y una linda profesora, con su sueldo me ha salvado* (rasga demasiado fuerte la guitarra). Y luego *Yau, Yau, puka polleracha, imataruranki, saray ukupi... Mamay kimanmi huillay kamusaq, taytay kimanmi huillay kamusaq...* Casi apenas llegado, con el rostro tan quemado como cuando iba a Ichahuanca, todavía rodeado de mochila y cajas, prefiere cantar antes que explicarnos cómo pasó esos dos meses en una comunidad campesina. ¿Qué te parece mi quechua?, me dice: en Andarapa nadie hablaba una sola palabra de castellano, así que no tuvimos más remedio que aprender en pocos días luego de comunicarnos con la gente por señas. Luego de dos meses de hablar sólo quechua, por fin llegué a hablar de corrido.

No oculta su satisfacción, es como haberse sacado una antigua espina, la que nos hinca desde la niñez, desde Ocopa, desde Ichahuanca...

## LA CÉLULA ATUSPARIA

LA VIDA DE CÉLULA ME GUSTA. Siento que, aunque lentamente, vamos creciendo. El nombre que elegimos fue «Atusparia», en memoria del rebelde indígena. Hemos hecho ya mil actividades: un ciclo de conferencias en «El Inca», un volante que sale periódicamente y al que hemos llamado *Horma clasista*, la participación activa en marchas del Partido, a las cuales ninguno de nosotros ha faltado.

Nos reunimos en un departamento semi-ruinoso conseguido por Yomo –obrero de Bata–, en La Victoria. Suele llegar con Genaro, un moreno simpático y culto aficionado al cine. Me gusta mirar el conjunto de nuestra célula, que es realmente un crisol, como el Perú: Yomo y Genaro son mulatos, Modesta, nuestra responsable, proviene de una familia burguesa: inició sus estudios al mismo tiempo que yo, en la Facultad de Letras, y de ahí pasó a La Molina. Luego Beto, un camarada un poco pintoresco. Parece de origen urbano y humilde, pues le gusta usar ropa de colores chillones: una cafarena de un color, una camisa del color opuesto, zapatos con taquito, peinado al estilo de los cincuenta con patillas y un moñito a lo Elvis. Habla poco. Viene de las canteras de la UNI, tal vez por eso discute muy poco y es más aficionado a las cuestiones «técnicas». Dice que está preparando un manual para construir aviones. Creo que exagera. El resto: Ojitos y yo, que somos de la pequeña burguesía serrana. Y Cañari, empleado-estudiante, que estudia en la Universidad Garcilaso y trabaja en un laboratorio.

Modesta dirige las reuniones. No sólo es responsable del Comité Local 2 de Lima, sino que es hermana de nuestro Secretario General y un verdadero ejemplo para todas las mujeres del Partido. Es estudiosa, responsable, luchadora. Sólo me causa gracia que en los entrenamientos que realizamos en la playa, gana a los otros camaradas en las carreras y en las clases de karate: nadie quiere formar pareja con ella en las peleas por temor a salir magullado...

*La propia Modesta nos había dado la noticia: Cañari y yo acabamos de «ascender» a militantes, luego de un breve período de postulantes: nuestro trabajo va rindiendo frutos que se reflejan en un creciente círculo de simpatizantes, donde hay compañeros de Bata y El Inca, y algunos estudiantes.*

*Turcios, mi compañero, llegó un poco molesto a mi casa esta noche. Como no había sucedido antes, quedó en minoría en el Comité Regional, cuando Modesta propuso a Cañari y a mí como futuros militantes. Me opuse en tu caso, me dice, porque eres cristiana. Somos un partido marxista, somos materialistas, podemos ser flexibles pero sólo hasta cierto punto... (No puedo creer lo que escucho...) Si eres marxista, continúa, no puedes ser cristiana, hay una oposición total entre la concepción materialista del mundo y las creencias en un dios creador, la voluntad divina y toda esa basura idealista. Sí, Marx tenía razón: la religión es el opio del pueblo. Ya te convencerás.*

*Prefiero no armar un debate ahora, pues es seguro que él –con sus abundantes lecturas filosóficas– me dejará sin argumentos. Después de todo, creo que la religión no es exactamente una fe, sino una actitud de vida: la de buscar la justicia y la felicidad de los demás, entregar por ello la vida, como lo hizo Cristo. No importa lo que digamos, lo felices que seamos, a lo que tengamos que renunciar. Lo que importa es mejorar el mundo, construir*

*desde aquí el reino de Dios. Y Turcios no entendería nada de esto porque es super-racional. Buscaría la cita precisa en Marx o Hegel y allí terminaría el debate. Además, perdió: ya soy militante. Cambié mi seudónimo, el de militante será uno más acorde. Desde ahora seré Tania.*

Beto no podrá ir a Prensa, me dice Modesta. Tú lo reemplazarás. Me excita la posibilidad de conocer la imprenta del Partido, nuevos camaradas, parte de los secretos que sólo los iniciados conocen. El día señalado, cuál no sería mi sorpresa. Ni imprenta ni nada, se trataba de una esquina de la calle, en un auto gris. Una voz conocida me invita a entrar: hubiera esperado cualquier cosa menos encontrar allí a Cochicho, mi profesor de Demografía, además excelente cajonero y jaranista. Siguiendo las reglas del Partido, aparenta no conocerme. Aquí está el último boletín interno. Y volantes de varios comités regionales. Tienen que distribuirlos entre militantes, postulantes y simpatizantes, y asegurarse de que los lean para que estén informados sobre el trabajo del Partido. No te olvides que el boletín interno es sólo para los militantes, estamos enviando el número exacto para cada célula. Te estoy dando cincuenta ejemplares de *El proletario* para la venta en las fábricas. También diez ejemplares de *Fichas*, que es un periódico sobre temas internacionales, por si conocen intelectuales o alguien que se interese por estos temas. Tienen que retornar el dinero de inmediato para que ambos sigan saliendo. Es todo. Chau, me despidió prácticamente sacándome del auto.

Con razón me habían dicho que venga con una bolsa grande, me digo mientras cruzo el Parque de la Reserva con mi cargamento. Aunque no conocí nada de lo que esperaba, siento como una especie de íntima satisfacción. Siguen apareciendo conocidos míos, como Cochicho. Y me gustó su prudencia, y las indicaciones breves y precisas. Atendió a las cuatro células de nuestro Comité Local en menos de cinco minutos y salió volando. Sí, somos un partido revolucionario, pienso. Y estoy feliz por ello.

*Ya tengo algunos meses de militante. Modesta ya no está en nuestra célula. Ha llegado más bien «Lombriz», que proviene de la Universidad Católica, como yo. Es un camarada muy formal, extraordinariamente disciplinado. Un día me retiene después de la reunión semanal. Te corresponde iniciar el entrenamiento militar, me dice. Ya has participado en cuestiones básicas. Ahora saldrás en un campamento por tres días. Tienes que llevar higos secos, una lata de atún, galletas de soda, medio kilo de azúcar y cien gramos de caramelos de limón. No debes comentar esto absolutamente con nadie, ni siquiera con los camaradas de la célula.*

*Estoy emocionada. Por fin comienzo a prepararme de verdad. Tal vez efectivamente no estén lejanos los días en que los riesgos se conviertan en peligros.*

*Iré a Ica, a un campamento, digo a mi madre. Claro, hijita. Está tan ocupada como siempre. Sale muy temprano al colegio de Lince donde da clases. No tuvo vacaciones pues entre enero y marzo desde hace cuatro años sigue un curso de perfeccionamiento para sacar su título de profesora de primera categoría. Regresa a casa, examina el menú del día siguiente, multiplica los recursos de que dispone y ve que las cosas caminen bien en casa. Lleva chompa, hijita, que en las noches hace frío.*

*Tres días. Me dijeron que no llevara muda de ropa y que no habría ducha. Fui con mi vestimenta de todos los días: un blue-jean, el polo de manchas –que mi madre detesta porque parece desteñido–, mis llanques y una casaca para la noche. El punto de contacto es en una*

*esquina, en plena Parada. A las 7 de la noche una camioneta nos recoge: yo voy en la caseta, por ser mujer. Bueno, acepto, un poco a mi pesar. Además, parece que todo ya está dispuesto. Cuando ya estamos completos somos unos once, creo. Cierra los ojos y ponte estos esparadrapos. Yo te avisaré cuando tengas que sacártelos. Ponte la mano sobre la cara, como si estuvieras durmiendo. Así está bien. No he mirado a mi interlocutor pero su voz es firme y parece un poco mayor.*

*Cuando ha pasado algo así como una hora, el carro se detiene. ¡Descúbranse los ojos!, ¡rápido! ¡abajo! ¡Pongan sus cosas en estas mochilas! Las mochilas pesan bastante, pues contienen un galón de agua, al que debemos agregar lo que nos han pedido, además de víveres que han sido distribuidos entre todos. A mí me tocó el azúcar. ¡No se habla! ¡Ni una sola palabra! ¡Tienen que estar atentos! ¡En fila india! Tú detrás mío –me dice–, y tú al final, Patricio, dice a un camarada moreno y menudo que parece ser el segundo en el mando.*

*Comenzamos a caminar en silencio, en la oscuridad, adentrándonos por medio de unas chacras. Mis pies se reencuentran con este tipo de suelos. En mi imaginación regreso a Ocopa, al Tambo, a Huertas, a corretear entre los surcos. Claro que no es igual, pero mis pies no tropiezan, no vacilan. Cuando llegue el momento –pienso– no tendré tantas dificultades como otros para caminar por lugares similares a éste. Sólo tengo que acostumbrarme al peso de la mochila...*

*Comienzan a pasar las horas y seguimos caminando. Estoy cansadísima. Mi vientre ha comenzado a hincharse y a dolerme. Nunca me había sucedido algo así. Pero, bueno, no voy a venir a dar signos de debilidad justamente ahora. Deben ser las 3 ó 4 de la mañana y dormiremos un poco. Caigo rendida, tan rendida que no me doy cuenta de que la bolsa de azúcar que estaba dentro de mi mochila se ha roto y amanezco toda enmelada. No, no te puedes lavar, el agua es sólo para tomar, me explica el responsable.*

*Ya sentados, peinados –aunque no lavados– comenzamos a organizarnos para los tres días. Bueno, dice el responsable, distribuiremos las tareas entre los doce que estamos aquí. Tenemos lo siguiente: armamento, comida, distribución de agua, sanidad, seguridad, instructores...Ah, y todos hacen guardia. A ver, de la comida se encargará la camarada Tania. Los demás asienten con la cabeza. ¿Por qué? pregunto. Bueno, me dice uno de los camaradas, es lo más lógico, ¿no? No, le digo, no es lógico, no tiene ninguna lógica en un partido revolucionario; no tengo problema en hacerlo, pero denme una razón política para que me encargue de la comida. Se armó una pequeña discusión, que terminó cuando me dieron el encargo de resguardar el armamento...*

*No sé para qué nos enseñan a hacer molotovs, tal vez es sólo para afinar la puntería. Nosotros ya tuvimos la experiencia del icpna donde entre molotovs y focos con pintura roja asustamos a los gringos y los estudiantes de inglés. Y nadie preguntó cómo se hacían. Lo que sí resulta interesante son esas otras botellas con una combinación de químicos pegada a la superficie, que al hacer combustión con la gasolina prenden un fuego mucho más grande y duradero que el de la gasolina sola. Pero no creo que logre memorizar los ingredientes como nos lo exige el instructor, dados mis casi nulos conocimientos de química. Luego a caminar y caminar, de noche. No sé dónde estoy. Aunque nos han dicho que en caso de emergencia hay que ir hacia el lado de la carretera, pero ni siquiera sé qué carretera es...*

*No pasó nada, felizmente. Llego a casa rendida el domingo en la noche. Saludo a mi madre y bajo corriendo a ver a Turcios, que me esperaba preocupado en el estacionamiento*

*del edificio donde vivo. Se muere de risa al ver mi cuello lleno de azúcar. Después te bañas, me dice ansioso. Cuéntame cómo te fue. Claro que sé lo que hiciste el fin de semana: en el Comité Regional decidimos quiénes van. Y yo no quiero contarle detalles pues se supone que son secretos. Claro, me dice. No te preocupes. Sólo cuéntame lo que quieras.*

Me hubiera gustado estar allí. Más aún porque el protagonista fue Jorge, mi compañero de Letras, que ha escogido como seudónimo «Jacobó». Fue una situación totalmente insólita. Estaban en pleno entrenamiento cuando, a las tres de la tarde, se inició el terremoto. El pequeño grupo iba a salir en estampida, entonces Jacobó subió a una pequeña loma. Su voz se impuso sobre el resto: no en vano en pocos meses se había convertido en dirigente bancario. «Camaradas! ¡No podemos rendirnos ante las fuerzas de la naturaleza! ¡El ser humano es superior! ¡Cuando llegue el comunismo el hombre habrá desarrollado la ciencia para impedir que estas fuerzas lo destruyan!» Su arenga sonó hasta solemne en medio de la tierra que se movía. Los presentes quedaron inmóviles, aterrorizados, mientras lo escuchaban durante los breves minutos que dura el terremoto. Nadie salió corriendo. Y el entrenamiento culminó.

Ese mismo día, pude ver cómo se mecía el edificio en cuyo décimo tercer piso vivimos. Toda mi familia se aterrorizó. Pero yo mantuve la calma, subí y cerré la casa. Y luego asistí a la casa de Bibi, donde habíamos quedado en confeccionar las banderolas para la marcha de esta semana. Y en la noche fui al cine con Turcios, pues era domingo. Mi madre casi muere, pero no le hice mucho caso. Al día siguiente, cuando se supo que había miles de muertos en Huaraz, Turcios tuvo que discutir seriamente con Patricia, de su célula, quien decía que el partido debería organizar brigadas para ayudar a las víctimas. Puro cristianismo, me dice con una mirada desafiante, esperando que yo argumente lo mismo. Pero yo no pienso así. No somos la Cruz Roja, sino un partido revolucionario. Si quiere ir, que pida una licencia al partido, le respondí.

A los pocos meses Patricia se casó con otro camarada del partido, que era dirigente estudiantil de la Universidad Tecnológica. Ambos rubios, ambos bonitos. Como es amiga nuestra, accedimos a ir a conocer el departamento que sus padres les dieron como regalo de bodas. Pero no esperábamos verla –como la vimos– como una feliz ama de casa, con un delantal puesto, orgullosa de cada detalle. Y yo casi me desmayo cuando señalándome un bonito sillón me dijo: aquí se sienta Rafo cuando llega, y me encanta alcanzarle periódico, pantuflas y café. ¿Ves a lo que lleva el catolicismo? me espeta Turcios apenas terminada la visita. Y yo me siento traicionada: no entiendo cómo ellos siguen en el partido.

*Han pasado menos de seis semanas y nuevamente recibo una cita misteriosa. Nivel 2 me dicen. Llevas lo mismo que la vez pasada. Al llegar al lugar, que es muy semejante al anterior, encuentro que entre los que asisten está Chepo, aquel antiguo amigo-de-un-amigo de barrio que nunca pudo reclutarme. (Me alegra que haya alguien conocido.) Nos espera un camarada ya mayor, de unos treinta años.*

*Hemos comenzado con prácticas de tiro. Hay unas tres o cuatro armas: un fusil, una escopeta y dos revólveres. Practicaremos con todas ellas. Recuerdo entonces que cuando niña hacíamos concursos de puntería con las escopetas de perdigones de Mingo y Cali, sobre torres de latas vacías de leche. Los camaradas comienzan a mirarme con condescendencia. No te preocupes si te va mal... así es al principio. Ya me está comenzando a molestar esto de que por*

*ser mujer me traten como a una idiota. Comienza la práctica. Todos los camaradas son más o menos hábiles. Me causa gracia la pose teatral de Chepo, que apoya la pistola en el brazo, haciendo una especie de cruz que juzgo incómoda; tengo que reprimir la risa al ver que sus esfuerzos no corresponden a su puntaje...*

*Me dejan al final, para que mire bien cómo se hace y no haga el ridículo. Para mi sorpresa, los músculos de mi brazo conservan en sus reflejos mis juegos infantiles. Sólo los dos instructores logran más puntos que yo. Entonces, comienzan a cambiar sus miradas hacia mí. Creo que por fin dejan de verme como a una niña de la Católica.*

*En la noche, me despierto con una mirada sobre mi rostro. Es el responsable. Sentado en cuclillas, muy junto a mi bolsa de dormir coge delicadamente la cruz de oro que cuelga de mi cuello. Así que eres cristiana, me dice. No sé si responder o no por temor a despertar al resto. Sí, susurro. Me gustaría conversar contigo, prosigue, ¿qué vas a hacer el domingo? ¿No quisieras ir al cine? No, le digo cortante, furiosa porque no puedo levantar la voz. Y defraudada.*

*Al día siguiente, de nuevo las caminatas, pero ahora por cerros pelados y escarpados. No, esto no se parece a las chacras de mi infancia. Y comienzo a tener miedo de caer. Trepamos por lugares verticales. Y siento mis pies paralizados, que no atinan a subir y a bajar. Y no quiero mirar hacia abajo por temor a caerme. Creo que no lo lograré. Que luego no podré, cuando haya que subir cerros de verdad, con armas de verdad, con lucha de verdad...*

*Y en un entrenamiento también vacilo. Al tirar una de esas bombas en latas de leche, no me resguardo lo suficientemente rápido. Siento un brazo tirarme hacia el suelo, y un pequeño grito. Es el camarada responsable, quien al ver que yo demoré una fracción de segundo se levantó y me jaló. Pero una esquirra se alojó en su rodilla. Y recién es el segundo día. No puede caminar. Me siento culpable, infeliz. Tenemos que regresar a que te curen, le digo. De ninguna manera, camaradas, seguimos aquí hasta terminar lo que tenemos que hacer. Y cómo haremos para seguir trepando cerros con nuestro responsable herido. Siento que mis pies están todavía más torpes. A ver quiénes son los más fuertes. Chepo se ofrece. Y también otro molinero. Se turnan cargándolo en hombros, y así trepan cerros y caminan. Y los veo fuertes y valientes. Los siento solidarios y fraternos.*

*Y yo me siento cada vez peor. Y ya le perdono su invitación al cine. Le perdono porque tuve la culpa de que se le malogre la rodilla. Al regresar, él también va en la caseta de la camioneta gris, con el chofer y conmigo. Hay que buscar un médico, le digo. Es urgente. Ya, camarada, no ha pasado nada, no te preocupes. Y no olvides que no lo debes comentar con nadie. Nada de lo que ha sucedido aquí. Bueno, tengo que serenarme. Pero una cosa es que te hiera el enemigo, y otra que lo hagamos por imprudencia. Me odio, me siento una pulga, una basura. De seguro me bajarán de militante, me sancionarán. Y bien que lo merezco. Pero no sucede nada. Y nunca más vuelvo a escuchar del incidente. Pero no lo olvido. Sobre todo cuando veo al camarada con su ligera cojera. Por mi culpa.*

En realidad, el entrenamiento se había iniciado antes. Ya van dos domingos que comenzamos prácticas de sanidad. Y estoy feliz porque el lugar de destino es Chosica. Y sol. Y cielo azul. Mi célula me envió. Debemos aprender diversas habilidades. De hecho, durante dos o tres fines de semana clases sobre anticonceptivos, inyecciones, curaciones de emergencia, respiración boca a boca, tratamiento a un shock, torniquetes, contención de hemorragias. De la puerta de



una tienda hemos robado un perro para practicar la respiración artificial. Con una inyección Kaplan, el responsable, le produjo un shock. Y luego –gasa de por medio– le aplicó la respiración boca a boca. Pero el pobre can no resucitó. No puede ser, dice Kaplan, para defenderse de nuestras miradas de reproche. Haremos una autopsia. Y el perro es abierto. Miren, nos dice, cómo iba a aguantar un shock si casi no tiene pulmones. Con razón se vino con nosotros tan mansamente que hasta nos dio remordimiento: estaba recontratuberculoso...

Habíamos llegado avanzando en fila india por la carretera. Yo feliz mirando de frente hacia el sol. No me importa que luego venga la jaqueca. Tal vez logre recuperar algo de color en mi rostro. Y siento que estoy más viva que en el lúgubre gris de Lima. Y me entusiasmo tanto que estoy adelantando demasiado hasta alejarme un poco del resto. Al alcanzarme, uno de los camaradas me hace sentir todavía mejor. Viéndote a lo lejos, con tu mochila, me dice, imaginé que no estábamos aquí en la carretera central, sino en el monte, luchando, como el Che, como Tania. Sólo sonreí, pero para mis adentros recordé aquel verso de Javier Heraud y me reafirmé, nuevamente: No, no tendré miedo de morir entre pájaros y árboles...

## AFICHES Y POLICÍAS

1970. NADIE HA SENTIDO que salía, felizmente, ni cuando saqué las llaves del auto que recién hemos comprado con la herencia que nos dejó mi tía abuela. Al encender el motor recuerdo que he guardado debajo del asiento el paquete de *El proletario* que mañana debo llevar a mi círculo de trabajadores de calzado. Pero no puedo sacarlo y llevarlo a la casa pues corro el riesgo de que ahora sí el ruido despierte a alguien. Al salir, ya el portero del edificio me había mirado con intriga pues son más de las 11.

Paso al punto acordado para recoger a los camaradas. Cañari, Yomo y Genaro me esperan puntuales. Ellos hacían los carteles y yo conseguía la movilidad. Todos hemos cumplido. Hacemos algunas coordinaciones: la coartada, qué hacer en caso de emergencia, etcétera. Pero Yomo está silencioso.

Es claro que sigue molesto conmigo, pues cuando nos vimos ayer, tuvimos una fuerte discusión sobre *La confesión*, de Costa Gavras, pues en su fábrica dicen que es una película trotskista. Yo no sé bien qué es eso de «trotskista», y sólo le digo que la película me pareció buena, que no está bien que la gente diga cosas que no siente sólo para estar bien con el Partido. Tú no entiendes nada porque eres una estudiante pequeño-burguesa, me dice, sabiendo que eso es una especie de culpa que no sé ocultar, aunque ya no sea estudiante hace casi un año. En Bata-Callao, donde trabaja, los dirigentes del sindicato son del Partido Comunista, y las discusiones suelen terminar con la acusación de trotskista a Yomo. Por eso tiene cierta sensibilidad ante estas cosas.

Llegamos a la avenida Argentina. Pegamos en las primeras cuadras los carteles que propagandizan las actividades del Sindicato «El Inca», cuyo Secretario General es simpatizante del Partido. Estamos eufóricos, pues hemos logrado organizar un ciclo completo y muchos camaradas darán charlas, inclusive Maximiliano, nuestro Secretario General.

Al regresar al auto, cuando ya estamos a unos cien metros, vemos a dos policías con un perro, parados junto al auto cuyas puertas están abiertas. Quisiera que la tierra se abriera bajo mis pies. Pero el auto es mío, y tengo que pensar rapidísimo. Váyanse, digo a Yomo y Genaro y de inmediato, sin decir una palabra, ambos comienzan a caminar en sentido contrario, acelerando el paso. Cañari y yo nos tomamos de la mano y comenzamos a caminar lentamente. Los policías no dicen nada y sólo nos miran. Ya junto al auto, veo que hay varios carteles abiertos sobre los asientos. Al parecer, no han visto el paquete de *El proletario*. Sus documentos, nos dice uno de ellos. Le entrego la tarjeta de propiedad, que todavía tiene como titular al marino que nos vendió el auto. El carro es de mi papá. Tomando fuerte de la mano a mi camarada y poniendo mi cabeza sobre su hombro, explico al policía que mi padre se opone a nuestras relaciones, y que me matará si además se entera de que he sacado su carro. ¿Y esto? me dice uno de ellos. En la universidad estamos haciendo un trabajo de promoción social, le digo. Bueno, todo eso lo va a contar en la comisaría –responde–, usted no tiene brevet y el carro se queda. Jefe, ya sabe cómo son los marinos, le ruego, nos matarán porque somos menores de edad. Gran mentira, pues ya cumplí los veintiuno, aunque Cañari todavía. Al carro –reitera–, vamos a la comisaría. Subimos. Un policía va adelante conmigo y otro atrás con Cañari. El perro también va atrás, entre ellos dos. Sus jadeos, a pocos centímetros de mi cara,

me ponen todavía más nerviosa. Al llegar a la plaza Dos de Mayo, me dice, vaya hacia la derecha. Supongo que no nos llevarán a la comisaría de Monserrate, como yo creía, sino a la Prefectura. Ya no sé cómo persuadir a los policías, porque además ni siquiera tenemos dinero. Vamos por la avenida Alfonso Ugarte y seguimos de largo. Al llegar a la Plaza Bolognesi, me ordenan detener el auto. Mientras bajan me advierten: es la última vez. Y es por consideración a su papá.

Cañari y yo respiramos y recién ahora me doy cuenta que las piernas me tiemblan. Algunas cuadras más allá bajamos a tomar un emoliente que nos permitiera relajarnos un poco. Tuvimos suerte hoy.

Por otro lado, sigo preocupada por la discusión con Yomo. Es un moreno alto, con expresión de niño. Lee bastante, a pesar del poco tiempo que le dejan el trabajo en la fábrica y las tareas del Partido. Pienso que tengo que volver a conversar con él, que debe estar muy presionado por los PCs que le rodean en Bata, pues es el único camarada que tenemos en esa fábrica.

Debemos persistir, multiplicar allí las actividades para lograr una presencia menos solitaria. El aniversario de Mariátegui parece una buena ocasión, así que Cañari y yo hemos preparado un volante sobre el particular, que logramos imprimir dentro del tiempo justo para llevarlo a la fábrica, porque la salida de los viernes dura poco más de diez minutos. Al llegar, recién comienzan a salir los trabajadores. Mientras Cañari permanece en la puerta, yo me acerco a volantear a algunos que están sentados en la barra de hierro que protege la tienda adjunta a la fábrica.

Luego fuimos a la asamblea del sindicato. Pero percibo algo raro cuando alrededor de nosotros se forma un pequeño tumulto. Algo que no me gusta. Me parece que los revisionistas han urdido algo, digo a Cañari, por si acaso bota el estencil. Los obreros terminaron de salir y tomamos el primer auto que pasa: para nuestra suerte se trata de un colectivo. Ya dentro del auto respiramos aliviados, pero al llegar a la Plaza Unión y bajar del auto, cuatro personas nos rodean. Eran los mismos hombres que estaban sentados en la barra cuando llegamos, a quienes yo había repartido volantes. Tiro la bolsa, pero uno de ellos la recoge. Nos introducen en un auto patrullero que esperaba cerca de allí y fuimos conducidos a la Comisaría de Carmen de la Legua, que queda junto a una vieja iglesia. Nos separan y a mí me encierran en una habitación. Al rato viene un policía y me dice que él también tiene un hijo universitario y que comprende lo que nos está sucediendo, pero que no puede hacer nada, sino cumplir con su deber. No quiere avisar a mi familia. No quiero comprometerme, me dice.

De ahí nos llevan al Cuartel Alipio Ponce. Conforme voy entrando miro bien para memorizar todo aquello que pueda ser útil al Partido: la disposición de la entrada, cuántos soldados cuidan la puerta, las llaves de luz, etcétera. Tal vez en algún momento esta información sea vital, me digo, también para darme ánimo. Nos introducen en una oficina, donde debemos identificarnos y esas cosas. Al escribir mi nombre, el PIP no pone acento en mi apellido. Martínez es con acento, le digo. ¡El acento te lo van a poner a ti!, me responde furioso. De todas maneras, siento que es como una pequeña victoria...

Pienso que mi madre debe estar angustiada, no he podido avisarle hasta ahora. Y no hubiera querido darle esta pena. Pero son los gajes del oficio, me repito. Nos han vuelto a separar y no nos dicen nada. En la tarde nos llevan a la Prefectura. Mientras nos buscan ubicación, aprovecho para pedir al familiar de un detenido «común» que por favor avise a

Ciencias Sociales de la Universidad Católica que estoy en la Prefectura del Callao, con la esperanza de que alguno de mis ex-compañeros avisará a mi familia, pues en casa no hay teléfono.

Cañari es llevado a un calabozo. A mí me ponen en una oficina. Me preguntan si quiero ver televisión con los subalternos que descansan. No, les digo, cortante pero sin la energía que me hubiera gustado demostrar. Me dan un colchón y una frazada. Ponga un escritorio contra la puerta, como tranca, y si siente que alguien empuja, grite fuerte, me dice un oficial, que parece el jefe. Vaya moral de la represión, pienso para mis adentros. Otra pequeña victoria.

En la mañana, una máquina de escribir al frente. El gobierno del general Velasco ha reconocido a José Carlos Mariátegui como uno de los grandes pensadores del Perú, le digo. Y sólo estuvimos recordando a los trabajadores el aniversario de su muerte: eso no puede ser un delito. Pero ustedes están atacando al gobierno, me dice levantando la voz. Vaya con su cinismo al juez. Ya han interrogado a Cañari. Y nos dicen que nos llevarán al Palacio de Justicia del Callao, pues hay una denuncia de la empresa Bata porque estamos «soliviantando» a los trabajadores de su fábrica.

Al salir está allí mi madre. Contra lo que yo esperaba, no está llorando, y no oculta su furia pese a la presencia de los policías. Callo pensando que debe estar muy resentida conmigo para mostrarse así. El Palacio queda cerca, así que nos llevarán a pie, esposados. No tengo miedo, más bien un cierto coraje: quizá al pasar por la calle la gente pueda enterarse por qué estamos detenidos, y eso servirá de propaganda para el Partido. Pero el tiempo de mis cavilaciones se hace un poco largo. Fueron minutos que mi madre empleó para convencer a alguien. Y un patrullero nos traslada las pocas cuadras y sin esposas. Al parecer, en sus gestiones estuvo acompañada –además de mis hermanas– por algunos ex-compañeros de mi Facultad.

Nos llevan ante el juez. Es un señor de edad mediana, tal vez unos cincuenta años. Mira los papeles, nuestro volante, la denuncia de Bata, las manifestaciones de la policía. Cañari y yo estamos juntos, ya tranquilos, pues los policías que nos llevaron quedaron fuera del despacho. Bueno, nos dice, qué estaban haciendo. Repartiendo volantes por el aniversario de Mariátegui, doctor. Vuelve a repasar, ahora con más calma los papeles que le ha entregado la policía. No voy a perjudicar a unos muchachos que reparten volantes porque al gobierno no le gusta, nos dice. Yo soy un juez, y aquí no hay ningún delito. Váyanse a su casa tranquilos y no se metan en problemas, que estamos en tiempos difíciles. Muchas gracias, doctor. Le hemos dado la mano sin poder salir de nuestro asombro.

Al salir del Palacio, con mi madre, no puedo evitar bajar las escalinatas saltando, con los brazos abiertos, con los ojos hacia el cielo. Me he dado cuenta de que me gusta la libertad, el aire, la posibilidad de caminar por donde yo quiero. Cañari me mira divertido pero no comparte mi euforia. Sus hermanas mayores, por el contrario, me lanzan una mirada de reprobación. Su hermano es un muchacho tranquilo, pero no lo dejen andar con esa mujer que es peligrosa, les habían dicho en la prefectura. Cuando Cañari me lo contó nos reímos mucho. Y nos sentimos más amigos y más camaradas que antes pues habiendo entrado al Partido al mismo tiempo, fuimos ascendiendo, juntos, a postulantes y militantes. Y no deja de ser significativo que nuestro primer arresto en serio también haya sido común.

## LA TOMA DE LA FEDERACIÓN BANCARIA

TODO EL COMITÉ REGIONAL DE LIMA participará. Nos ha llegado una directiva. La emoción cunde entre los militantes. Jacobo, que ya es dirigente del Partido, ha sido elegido dirigente nacional bancario en una lista de izquierda. El Apra no quiere reconocer el congreso que así lo decidió. Una coalición de izquierda, con mayoría del Partido Comunista puso fin a la hegemonía aprista en ese gremio.

Turcios llegó a mi casa muy excitado. Tenía un arma en la cintura, como corresponde a cada uno de los tres responsables de Comité Local que hay en Lima. Esa noche sería la gran noche. Entre asustado y emocionado, deja su pequeño *mini minor* en el estacionamiento del edificio de Residencial San Felipe donde vivo, más cerca del local de la FEB que su casa sanisidrina. Y parte raudo. No sabemos si nos veremos después ya en el local tomado. O qué sucederá. A mí me han citado para el día siguiente.

Durante la noche tengo dificultades para dormir preocupada por Turcios y por mis camaradas. Despierto antes de que el sol salga. Respiro aliviada a las 6 de la mañana cuando siento el timbre del intercomunicador. Es Turcios. Me cuenta lo sucedido mientras le preparo un desayuno. (Le sorprende lo sabroso de los bollos y el queso fresco, que ayer llegaron a casa porque mi padre envió una encomienda.) Dice que hubo una pequeña balacera. Pero que él no tuvo que sacar el arma porque había compañeros que sabían lo que tenían que hacer. Al parecer, los apristas rodearon la Federación con una banda de «búfalos». Pero algo así como un centenar de activistas del Partido, y un pequeño grupo de la «fuerza de choque» del PCP pudieron resistir la embestida. Los «búfalos», no creían que el grupo de defensa, conformado por obreros fabriles y bisoños estudiantes, la mayor parte de las huestes de VR, serían capaces de una acción de fuerza. Lo que no entiendo es por qué el PCP, que es mayoría en la Federación Bancaria, no envió más gente.

Luego de enterarme de lo sucedido y de reponer las fuerzas, se despide y sale silenciosamente por la puerta falsa para no despertar a mi familia que duerme. Un vecino me ve despedirlo en la puerta y frunce el ceño con una mirada de reproche. Reímos del contraste entre su sospecha y la realidad.

Llego a la Federación, y me recibe el «Pato», encargado de la seguridad, ingeniero y economista graduado en Francia, cinturón negro en karate, voz cálida. De San Marcos ¿no?, me pregunta. Por favor, no me ofendas porque no tengo nada que ver con los estudiantes. En mi siguiente reunión de célula, me llega una severa llamada de atención «oficial» del CEN porque los estudiantes que presenciaron la escena me acusaron de menospreciar su trabajo.

Nos envían a la Gorda –célula metalúrgica– y a mí al Mercado de La Aurora a solicitar víveres para la olla común, acompañadas de otros dos camaradas. No esperábamos tal solidaridad. Nos faltan manos para cargar lo recogido. De regreso debemos preparar algo con todo ello. Se supone que por ser mujeres debemos saber qué hacer. Tengo poca experiencia culinaria. Pero la Gorda, pese a sus antecedentes de Villa María College, parece que fue mejor preparada para la vida. Así que bajo su dirección hemos preparado un ollón de deliciosa sopa. Armamos un pequeño fogón con ladrillos y fierros hallados en la azotea de la Federación. Los

montones de formularios y documentos que llenan los rincones de la azotea nos sirven de combustible.

Corre un viento helado. Como siempre que tengo emociones intensas, mis ojos miran hacia arriba. Por primera vez el cielo gris no me entristece. Otros compañeros van sirviendo lo que hemos preparado, y entre la sopa y el calor humano de los que compartimos la jornada, puedo mirar sin nostalgia este absurdo cielo limeño, sin azul y sin nubes.

## AHORA SOMOS TROTSKISTAS...

ESTOY EUFÓRICA. Lo que está sucediendo en Bolivia es increíble. En realidad, la clase obrera ha impuesto sus condiciones. Un verdadero movimiento proletario. Nunca he escuchado de otro movimiento similar. Y dirigido por trotskistas. Hemos publicado *Las Tesis de Pulacayo*: ya en 1946 los camaradas del Partido Obrero Revolucionario habían logrado imponer las tesis trotskistas, incluyendo el control obrero sobre las fábricas, que aquí fue uno de los puntos álgidos en la ruptura con VR.

Se ha constituido la Asamblea Nacional Popular. Inspirada en los soviets, claro. Obreros, campesinos, empleados públicos, maestros, estudiantes, amas de casa. En fin, todo el pueblo representado. Y aunque nos choca un poco la denominación de «popular», es claro que aquí sí la clase obrera es *el caudillo de la nación oprimida*. La Federación Minera expresa ese claro liderazgo proletario. Estoy feliz. Fui a mi ex-Facultad y algunos amigos me piden que les explique. Hay una conmoción general por lo que pasa en Bolivia.

Siento que este orgullo es también nuestro. ¿Acaso no pertenecemos a la misma Internacional? Si el camarada Lora también estuvo por aquí. Turcios escribe y escribe documentos para el debate. Esto es la revolución permanente, me dice. Estamos demostrando que tenemos razón. A ver si ahora nos van a decir que despreciamos al campesinado...

Pero la euforia fue breve. Una mañana de agosto el cielo parece más gris. Un golpe militar en Bolivia. Me encierro en el escritorio para poder llorar en silencio. De rabia, de impotencia. Qué estará pasando con cada uno de nuestros camaradas. Y con los dirigentes de otros partidos. Con los sueños de esos jóvenes estudiantes que salieron a las calles envueltos en banderas. Como nosotros nunca hemos podido hacerlo. Los *flash* de la radio cada diez o quince minutos me convencen de que es cierto.

Preparamos volantes para denunciar esto en todas las fábricas. Es necesario discutir la derrota. Encontrar una explicación. Buscar los culpables. El stalinismo, claro, boicoteando como siempre: ya no se les puede llamar simplemente «revisionistas». Los guerrilleros ni siquiera tuvieron un gran rol. Dicen que mientras el gran movimiento obrero se desarrollaba, algunos guerrilleros morían de hambre en la espesa selva boliviana...

En Ñaña me sale al encuentro uno de los dirigentes sindicales de la zona que quedó en VR. Y ahora qué me dices, me encara con expresión de triunfo. Por poco le pego. Disculpa, compañera, sólo lo decía por fastidiarte. Claro, es una derrota para toda la clase obrera. Está bien. Sacaremos un comunicado.

*Me muero de sueño. Ya van tres días que no pego los ojos. Qué bueno que mi familia se fue a Jauja de vacaciones, así podemos trabajar aquí con toda comodidad. Debemos terminar el documento para el Congreso de Fundación. Tenemos que hacer un programa, pero dice Turcios que eso es mucha pretensión. En realidad al Congreso debemos llevar un Proyecto, para que sea aprobado y pueda legitimar al nuevo partido.*

*Nos sentimos liberados luego de la lucha interna en VR. Nos acusaron de fraccionalismo, de querer destruir el Partido, de «entrismo» trotskista. Pero no sólo hubo*

*acusaciones, sino deserciones en ambos lados, hasta armas sobre la mesa en una reunión del Comité Ejecutivo Nacional. También una carta que el Viejo fotocopió y distribuyó, en la cual uno de los miembros del CEN confiesa, desde París, que está en crisis. Claro que la carta tiene varios años. Y Turcios está furioso porque dice que eso es puro chisme y no tiene nada que ver con las diferencias políticas. Y esto coincidió con la reunión que yo armé entre Cañari y el Viejo. Tú eres una persona honesta, me dice Cañari al día siguiente, no durarás mucho con gente como ésta. Pero yo creo que en la discusión sobre los Comités de Fábrica y la Huelga General tenemos la razón. Y eso es lo que importa... La clase obrera, ella misma, organizada, preparándose para la insurrección. La revolución ininterrumpida, dicen ellos, ustedes subestiman al campesinado. La revolución permanente, respondemos, la clase obrera como caudillo de la nación oprimida. Estas son las verdaderas diferencias. Además, desprecian la teoría. («¡Abajo el reinado de los sabios!», era la consigna final de un documento que Maximiliano, el Secretario General de VR, lanzó en medio de la lucha interna...)*

*Están entre la democracia burguesa y la revolución proletaria: al centro, por eso los hemos comenzado a denominar «centristas». Además, entre ellos hay maoístas y guerrilleros. Los maoístas siguieron la tradición de Stalin que, en último término, es la del Partido Comunista.*

*Turcios viene ahora más tarde, recién al salir de las reuniones preparatorias para el nuevo Partido. Desde mi ventana puedo ver a los camaradas en la casa vecina. También a la compañera de Jacobo, y a la Gorda; pero Turcios me dice que él no está de acuerdo en que las reuniones políticas se mezclen con relaciones personales. Sólo me llevó una vez, cuando ya todo estaba listo. Y nunca conocí al misterioso camarada francés que estuvo por aquí.*

*Y ahora ya tenemos que redactar documentos. Pareciera que mi casa ha crecido. Al Pato, Jacobo, Turcios, se ha sumado mi vecino, el profesor de La Molina. Discuten, redactan, corrigen borradores. Han traído dos máquinas de escribir. En una la compañera del Pato. En otra yo. Pensé que la Gorda también estaría, pero apenas vino una vez. El Viejo también está aunque entrando y saliendo. Café y sandwiches durante tres días. En un determinado momento, ya no hay lugar en los dormitorios, pues todos han caído rendidos. Pero yo no tengo sueño. Tal vez la emoción. O el temor de visitas inesperadas en casa. La responsabilidad por la seguridad de los camaradas. Mucha gente conoce mi casa. Pero no pasa nada. Y escribimos y escribimos. Y logramos terminar el documento. Al final, todos se van. Hemos sacado varias copias, y yo quedo con una de ellas. Orgullosa releo una y otra vez el título: «Lineamientos para un Proyecto de Programa».*

Somos unos cien. Estamos completos. Al cruzar el puente que conduce a Los Ángeles la fundación de un partido revolucionario en este lugar me parece una paradoja. Pero el Viejo la explica: un amigo mío corredor de inmuebles me ha prestado esta casa. Es una casa linda y amplia, sin muebles. Hay muchos conocidos. Pero no están Cañari, ni Ojitos, tampoco mis amigos de la Universidad, salvo la Gorda. Hemos tenido poco tiempo para leer los *Lineamientos*... El Viejo inicia la reunión, resumiendo la lucha interna, las acusaciones, los ácidos debates en el Comité Ejecutivo Nacional. Las tendencias maoístas que habían comenzado a plantearse claramente en el Partido, particularmente a través del Secretario General. Ya no era posible seguir en la mezcolanza de todas las tendencias. Sólo había un



marxismo. El trotskismo era el desarrollo más elevado. En el documento preparado podremos discutir cuáles son las diferencias de principio.

Por su importancia, la discusión teórica queda para el final, para hacerla ampliamente. Debemos resolver algunas cuestiones más sencillas. Como el nombre. Muchos queríamos Partido Obrero Revolucionario, como el boliviano. Pero resulta que antes hubo aquí un POR, nada menos que de Frías. Todo tipo de adjetivos desfilan en el debate: obrero, socialista, marxista, revolucionario. Queremos que sea completo. Aunque para nosotros está claro que dos palabras son indispensables: partido y obrero. Cuando la discusión terminó, ya casi comenzaba a oscurecer. Por fin, *Partido Obrero Marxista Revolucionario*. Sí, está todo. Es un poco largo, pero es claro y contundente. No hay confusión posible.

Luego, hay que elegir al Comité Ejecutivo Nacional. El Viejo –claro–, Jacobo, Montuno y otros camaradas de provincias. Alguien propone a Turcios. El Viejo trata de explicar que es demasiado joven, que debe madurar, que si bien es cierto es un camarada ideológicamente brillante que ha contribuido de una forma importante a la redacción del documento fundacional, todavía debe madurar para ser dirigente, adquirir experiencia en la lucha del proletariado. Se hace un breve silencio. Pide la palabra uno de los poetas que se vinieron con nosotros.

Camarada –se dirige al Viejo y habla lentamente–, no sé si usted recuerda cuando Lenin llamó a «La Pluma» a formar parte de la redacción de *Iskra*, que era la verdadera dirección política de los bolcheviques. «La Pluma» tenía veintiún años, casualmente la edad del camarada Turcios. «La Pluma», camaradas –se dirige ahora al auditorio–, era León Trotsky.

Cierto, pienso, tal vez por eso hay que perdonarle la pedantería, es joven pero brillante, ya madurará. No puedo evitar una sonrisa orgullosa. Turcios no ha hecho el más mínimo gesto. Al pasar a votación, fue abrumadoramente elegido miembro del Comité Ejecutivo Nacional del nuevo Partido.

Y ya son las once de la noche. No hemos discutido el documento de fundación, y debemos salir ya del local pues quedarnos sería peligroso. El partido revolucionario debe cuidar la seguridad de sus miembros, no exponerse. Los camaradas reagrupados sobre la base de las mismas células que tenían en VR tendrán como primera tarea el debate de *Lineamientos...* Bueno, me digo, tanto trabajar para que no se pueda discutir, qué se le va a hacer. Al subir al ómnibus, el silencio, la mayoría están un poco molestos. La compañera del Pato espera que arranque el motor para poder decir en voz alta: ¡Esto es una miegda!, ¡Un pagtido que se funda sin ideas y sin discusión, pgeocupado pog cojudeces! El Pato trata de calmarla sin éxito. ¡Sólo les integuesa el nombgue, el caggo...! Yo creo que ella no entiende bien lo que estamos haciendo, tal vez porque no es peruana. Y si no se pudo discutir, ya lo haremos en las nuevas células. Lo importante es que ya tenemos partido, y que somos trotskistas...

## LA GORDA

1971. NECESITO ROPA VIEJA –me dice la Gorda abriendo mi closet–, mañana tengo una entrevista en Moraveco para entrar a trabajar de obrera. Ustedes cada día están más locas, dice mi madre sonriendo, cuando la Gorda se le presenta con una gastada falda mía y una chompa por el estilo. Ponte otras medias, le digo, porque esas son de estudiante. Creo que yo no sería capaz de hacer estas cosas, pienso. Pero la Gorda sí. Qué lejos de su *college*, e incluso de la Facultad, donde nos conocimos y comenzamos a recorrer juntas varios trechos, incluyendo el abandono de los estudios.

En sólo tres años cómo han cambiado nuestras vidas. Pero ella sigue siendo alegre y bonita, sonriente y tierna. Tanto que a mi madre, que detesta mis actividades políticas, le encanta engreírla y prepararle golosinas cuando la Gorda viene a mi casa con ganas de comer chicharrones, o choclos y papitas con queso. Creo que a ustedes las utilizan, a las tontas como tú y Maru. Cómo es posible que chicas inteligentes estén metidas con comunistas, le dice mientras le trae una agüita de orégano...

Al igual que yo, después del FRES nunca militó en el sector estudiantil. Entró a VR y fue directo a una célula metalúrgica. Y su figura alta y bella se hizo familiar en Inresa, Metal Empresa, Moraveco, e incluso en las asambleas de la FETIMP –la federación de metalúrgicos– tal vez la base obrera más importante de la CGTP. Dejó a su familia y se fue a vivir sola, trabajando en cualquier cosa con tal de ser ella misma, de ser independiente, de vivir su propia vida. Muchos camaradas se mueren por ella, antes en VR y ahora en el POMR.

Es como una hermana para mí. Y no quisiera que nunca se sienta sola. Y cuando algún domingo llega y se instala en mi cama para que mi madre le lleve el desayuno y los periódicos, yo me siento acompañada y todos en casa sentimos como que siempre estuvo aquí. Betty no sólo la tolera, como a otros amigos míos, sino que la acoge con cariño.

Y logra entrar a Moraveco, pero dura apenas dos meses porque se niega a acceder a los requerimientos del funcionario de turno. Así que ahora intentará en Bomosa, aun cuando eso signifique cambio de célula después de tanto tiempo en metalúrgicos. Así que sale nuevamente con mi ropa vieja hacia la entrevista personal con el Jefe de Relaciones Industriales. Yo tengo mis dudas. Pero la Gorda entra a trabajar allí. Y casi llega al año, período en el cual no sólo sus dedos son presa de las veloces agujas de las máquinas industriales, sino que ella sufre el asedio del capataz cojo que la hace subir por toda plataforma posible sólo para mirarle las piernas. Y comienza a conversar con las otras obreras y a hacerse un espacio político. Hasta que un día es llamada a la oficina del Jefe de Personal. Así que usted sólo tiene quinto de media en un colegio nacional. Mmmm..., dice mirando los papeles. Primaria y secundaria: colegio Villa María, luego Villa María College, después Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica. Usted creyó que nos había engañado. Y ya había comenzado a hacer su labor de agitadora en la fábrica. Pero como ve, no somos estúpidos. Así que usted no vuelve al taller, ni quiero verla por los alrededores con volantitos ni nada. Y agradezca que no la denunció a la policía...

La Gorda se rio, qué le quedaba. Entra al taller a sacar sus cosas. Ahí está el capataz. Cojo desgraciado, no me iré sin decirle que usted es un enfermo, un maniático, y que me daba

ganas de vomitar cada vez que usted me miraba las piernas. Váyase al diablo con sus mañas... Y se despide luego de cada una de las obreras que, sentadas en sus máquinas, habían simulado que no miraban ni escuchaban mientras observaban la escena. Parece que la proletarización que el partido ha propuesto a algunos de sus miembros no es algo tan sencillo, me digo cuando ella me cuenta los detalles. A mí nunca me pidieron ir a trabajar a una fábrica. Tal vez porque sigo viviendo con mi madre y mis hermanos, y saben que no tendré el valor para eso.

Tenemos poco más de un año como partido, y ya ha comenzado una lucha interna. Rompimos. Y la Gorda se queda con ellos, los pro-franceses, los lambertistas. Yo me voy con los pro-ingleses, a quienes nos llaman «healistas», en alusión al camarada Gerry Healy, máximo dirigente del Comité Internacional de la IV Internacional. No nos despedimos, ni hablamos del asunto. De hecho, ella ya ha dejado de ir a mi casa poco a poco. Yo sabía qué fuerza la alejaba, no sólo eran las diferencias políticas sino ese compromiso sentimental que sus amigos detestamos y que nadie ha sido capaz de combatir porque el otro protagonista tiene poder. Las últimas veces que veo a la Gorda no está feliz. Todos notamos que finge. Y en sus breves visitas a mi casa conversa poco y evade toda confidencia.

No estarás creyendo esa historia, me dice. No, claro que no, le contesto desconcertada y dolida. Porque todo el mundo lo sabe y habla de ello. Haz algo, me piden. Tú eres una de las pocas amigas a las que ve. Háblale, me insisten. Pero ella está lejana. Por primera vez habíamos dejado de compartir cosas. Almuerza rápido y se va, creyendo que había preservado su secreto. Y yo me quedo sentada en la mesa sin ganas de comer y con ganas de llorar.

LA REVOLUCIÓN  
A LA VUELTA DE LA ESQUINA

*Si yo fuera objeto, sería objetivo:  
como soy sujeto, soy subjetivo.*

José Bergamín

## SECRETARIA EN INDUPERÚ

VIVIR EN LIMA tiene un costo altísimo. Las tareas del Partido no me han impedido ver claramente que estoy «parasitando» en casa. Muchos amigos hacen lo mismo: han dejado de estudiar y están «a tiempo completo»... viviendo de sus padres. Ciertamente la revolución exige sacrificarlo todo, incluso a la familia. Pero mi familia tiene demasiadas dificultades, y desde mis tiempos de estudiante he tratado de por lo menos simular cierta independencia.

El gordo Roberto, que está trabajando en una pequeña oficina científica del Estado, me ofrece un pequeño «cachuelo» de tres meses. Luego me llama nuevamente pues están abriendo una oficina en el Ministerio de Industria, donde tiene un amigo. Éste es un tipo simpático y barbado, que casualmente es hermano de una chica de San Marcos que conocí en VR. Me emplea de inmediato.

A las cuatro o cinco semanas me toman el examen formal en la Oficina de Personal del Ministerio. Un examen ridículo de aritmética y otro de ortografía, que me hacen sentir que regresé a la primaria. Luego redacción y mecanografía. Lo peor fue el de «cultura general»: unas 100 preguntas tipo capitales de países, nombres de ministros, trucos de lógica formal, calculado para dos horas y que terminé en 15 minutos. Al final, el joven «relacionador industrial» encargado de tomarme el examen, cree que me detengo porque no sé algo. ¿Alguna dificultad? me dice, condescendiente.

Mientras veo cómo corrige el examen (¡con una plantilla!) me pongo a pensar si puede haber una persona que no pase pruebas tan absurdas. Cien, cien, cien, me dice solemne. Y procede a la «entrevista personal». Al ver que tengo estudios universitarios, me pregunta qué me gusta leer. Le menciono a algunos autores de sociología. Me mira con voz solemne y me pregunta ¿Ha leído *El desafío americano*? Y ya no me aguanté las ganas de demostrar cierta suficiencia: ¿Servan Schreiber? No, le digo cortante. Se me quedó mirando entre colérico y distante. Puede retirarse, el examen ha terminado. A la semana me llegó el memorándum con la Resolución del contrato como Secretaria.

Me dicen que la oficina del Ministerio de Industria donde ingresé a trabajar se convertirá en una empresa del Estado, encargada del salto hacia la gran industria que el Perú necesita.

Indudablemente el bonapartismo velasquista –como hemos caracterizado a este gobierno– quiere hacer demagogia con estos supuestos saltos económicos. Entré como parte de un *pool* de mecanógrafas, y rápidamente –pues apenas han pasado tres meses– estoy sentada en la oficina principal, pues soy secretaria del asesor del Jefe-de-la-Oficina-yerno-del-presidente (desde inicios del gobierno militar, los «Directores» se han convertido en «Jefes»).

No fue fácil. A las antiguas secretarias del Ministerio les molestó mi forma aprensiva de trabajar. Estás haciendo méritos, me dijo una de ellas rencorosa, y yo sentí que me creían algo así como «patronal». Me hago amiga de las recién contratadas, la mayor parte de las cuales provienen de empresas privadas y trabajan con el mismo ritmo que yo, aunque ciertamente con mucha mayor habilidad. Pero las horas de almuerzo son insoportables. Las conversaciones son francamente estúpidas, desde maquillaje hasta *hot-pants*, pasando por indagaciones sobre los ingenieros recién llegados. No sé de dónde saco paciencia. Hasta que se me termina y les

pregunto si no pueden hablar de otra cosa, si no leen literatura o historia, si no han visto alguna película de Fellini, por ejemplo. Tú eres *deep*, me dice la mayor de ellas, nosotros no. *Maruja, la deep*, ríen. Para qué abrí la boca. Con el correr de las semanas, descubro que en realidad son buena gente y ellas también se dan cuenta de que yo no soy tan especial. A los dos meses me he convertido en consejera de muchas de ellas, de las del ministerio y de las nuevas.

Mi jefe es un comandante retirado de la Marina, una persona peculiar. Sesenta años, ingeniero graduado en el notable Instituto Tecnológico de Massachusetts, demócrata-cristiano; fue ministro de Agricultura durante el gobierno de Belaúnde. A los pocos meses de haber sido nombrado Presidente de Induperú, el Ministro de Industria le solicita asesoría por sus calidades técnicas y su honestidad. El comandante comienza a asistir la mitad del día al edificio de la avenida Corpac, y regresa al mediodía a nuestra oficina, en el otro extremo de San Isidro. A los pocos días me pregunta si quiero ir allá en las mañanas, pues lo consideran demasiado exigente con las secretarías que le ha puesto el ministerio. Luego, desde hace unos días me paso largas y aburridas mañanas en el Despacho Ministerial, mientras se realizan las reuniones rutinarias del ministro con sus asesores. Lo único bueno es que no marco tarjeta, aunque se me hace lejísimos el llegar hasta aquí desde mi casa. Cuando no regreso a Induperú con el Comandante, Daggy, la secretaria del asesor principal del Ministro, me consigue auto y chofer para retornar.

El Comandante no parece militar: es una persona inteligente, culta y perspicaz. Nos llevamos muy bien. Se ríe porque me niego a llevar tacitas de café, lo que no me parece un trabajo de secretaria. Y de vez en cuando me llama a conversar. Es un tipo genial. Conversamos sobre la autogestión yugoeslava, o sobre la peculiaridad de la intervención del oboe en una sinfonía, o sobre literatura. Nunca hablamos de política nacional: pareciera que el hacerlo podría degradar estas conversaciones.

Contemplando mi teléfono blanco de la red de Induperú, y al gris que es la línea directa, me pregunto qué hago aquí, organizando reuniones de directorio, respondiendo llamadas y redactando resoluciones ministeriales. Si mi vocación es la de construir una nueva sociedad «sobre las ruinas del capitalismo».

A veces, cuando no tengo mucho trabajo, avanzo algunos artículos para *Comunismo* –nuestro semanario– en esa misma máquina *IBM ejecutiva* que es lo último de lo último. También ha sucedido que me he tenido que ir a vender *Comunismo* a las 6 de la mañana, con el uniforme de la oficina, para de ahí venirme directamente.

Al cumplirse el primer año de Induperú, múltiples proyectos han comenzado a circular por mis manos. Me pregunto si tienen algún porvenir, o será simplemente una artimaña de Velasco para hacer creer que está desarrollando el país. Dicen que fabricarán máquinas-herramientas, papel de bagazo de caña de azúcar, motores y tractores diesel, en fin... Entre las celebraciones está la visita de algunos de los militares «ideólogos» de la «revolución» velasquista. Tenía ganas de conocer a Leonidas Rodríguez, uno de los más radicales. Le hice algunas preguntas un poco agresivas sobre cómo harían para impedir que los capitales transnacionales se apoderaran de lo que ellos supuestamente estaban logrando. El ascensorista me cuenta que al terminar la reunión preguntó, curioso, quién era yo, y que se asombró de que fuera una secretaria quien le incriminara en tales términos...

Algunos ingenieros comienzan a viajar a Cuba, a Checoeslovaquia, a Rumanía. Como tengo fama de «ultra», es frecuente que me traigan algún libro. La mayoría son aburridísimos

informes de los Comités Centrales stalinistas que gobiernan esos países. Pero ciertamente no puedo hacer esas aclaraciones y sólo me queda agradecer los regalos.

El gerente general tiene treinta años y una calvicie de cincuenta. Entre los profesionales, es el único que no tiene post-grado alguno. Felizmente que Yoshiyama, su Gerente de Proyectos, y Christian –de «nuestro» grupo, medio afrancesado, izquierdoso elegantísimo– lo sacan de apuros. Pero a veces no puede ocultar su falta de cultura. En la celebración del primer aniversario de Induperú, «Papparazzi» –el periodista de Relaciones Públicas– recita espléndidamente *Viva el Perú, carajo*. Todos escuchamos respetuosos y en silencio, pues la voz de Ernesto es imponente. Estamos realmente conmovidos. Y sentimos que amamos un poco más a nuestro país. Pero ante cada «carajo» unas risitas comienzan a perturbar nuestros sentimientos. Es nuestro gerente general...

*Somos ya más de cien trabajadores en Induperú, y es tiempo de organizarnos. Estamos a fines de 1972 y ya llevamos varios meses como empresa estatal. El gobierno de Velasco ha hecho una Reforma Agraria, ha expulsado a la IPC, y anuncia que intervendrá los grandes diarios. La vieja oligarquía se derrumba. Creo que hay que aprovechar y también organizarnos nosotros, aunque esto no quiere decir que yo crea en este régimen al que, en un momento, en la Liga hemos calificado de «fascista».*

*Decido compartir esta idea con José, el silencioso ingeniero recién llegado de Alemania y aficionado a Hegel, con quien hice rápidas migas. Se entusiasma y rapidísimo la idea se hace colectiva. Hasta el gerente general dice que sí, y que siendo él mismo un trabajador, le corresponde ser miembro. Aunque me pregunto si no será sólo para quedar bien con el suegro. No tiene que ser un sindicato, nos dice, pues aquí todos somos trabajadores, salvo el Directorio. Se forma entonces la Asociación de Trabajadores de Induperú. Al igual que las Comunidades Industriales, tendrá un representante en el Directorio. En la primera Asamblea se nombra una Comisión que redacte estatutos y esas cosas. Saco la segunda votación, después de don Antonio, nuestro cultivado Secretario General.*

*En las elecciones para elegir al director-trabajador, mi intensa campaña tiene resultados óptimos. Pido a Olenka que me reemplace mientras yo recorro los diez pisos del edificio convenciendo a ingenieros, secretarias y empleados para que voten por José (el Comandante me recrimina burlón: ¿Otra vez de capitulera?). La votación por José es arrasadora. Al gerente general-verno-del-general no le queda más que aceptar la derrota de su candidato. Y así nace la ATIP. No conozco de otra organización de trabajadores estatales. Y me siento orgullosa de haber participado en la fundación de esta.*

## TURCIOS

MAYO DE 1970. «*Es en los momentos más importantes de nuestras vidas cuando faltan las palabras, cuando las palabras se hacen escasas... Uno quisiera escribir páginas de páginas, o hablar horas de horas, pero siente que las palabras no son suficientes para expresar lo que uno quisiera...*

*Me has dicho que la revolución no es un concepto abstracto, que se hace para el hombre y por el hombre... Tú me has enseñado lo que es la ternura...*

*Vamos a construir el socialismo en el Perú. No somos como los demás partidos: no dependemos de nadie. Nosotros no tenemos fetiches en el extranjero...*

*¿Recuerdas el discurso de Fidel cuando lee la carta de despedida del Che, y éste renuncia a sus títulos? Tenía el título de comandante. Yo he pensado en un título para ti, al que espero que no renuncies: 'compañera'. ¿Está bien?»*

Apago la grabadora. Quisiera volver a escuchar la cinta, pero dura cuarenta minutos y llegaré tarde a mi reunión de célula. No puedo faltar pues debo informar lo que me sucedió estos tres días durante el arresto, en el cuartel y en la comisaría. Ya el primer día Turcios había presentido que algo me había sucedido, y ni él se explica por qué. Cuando regresé a casa intercambiamos cintas magnetofónicas con mutuas declaraciones de amor.

Lo cierto es que sus visitas a casa fueron pasando del dormitorio de mi hermano a la sala-comedor para hablar conmigo. Y luego comenzamos a conversar cotidianamente. ¿Cómo así es que sucedió esto? ¿Y con Turcios? Es un «supercuadro»: veinte años –dos menos que yo– y una carrera meteórica. Como los otros «cayetanos», entró al Partido luego de su viaje a la sierra en las vacaciones: las breves semanas en Chuschi fueron decisivas. En menos de seis meses está en el Comité Regional de Lima. Un año antes en su universidad se había formado un grupo de estudiantes aficionados a la literatura, la filosofía y la política, del cual forma parte mi hermano. Este último, Turcios y Errepepe se reunían en la casa a jugar ajedrez y a leer poesía o cosas locas como *Los Cuentos de Maldoror* de un uruguayo que se hace llamar el «Marqués de Lautremont». Errepepe es otro niño-genio: en cuarto de secundaria ya había leído a Hegel. También forman parte del grupo Zapatón, el cholo, Julio César y otros. Pero indudablemente Turcios es el más brillante.

En el partido es una especie de oráculo marxista. Me contaron que cuando ingresó los viejos lo acogieron con simpatía. Pero ahora lo miran con recelo por su arrogante erudición en las *Obras completas* de Lenin, y porque tiene la cita precisa para cada tema. Los jóvenes lo admiran, pero le temen pues con frecuencia los incrimina por no estudiar lo suficiente. Los miembros de los organismos a los que pertenece lo detestan no sólo por su origen social sino porque les hace sentir ignorantes. Esta pedantería me disgusta y discutimos fuertemente casi desde el momento de conocernos. Las discusiones suben de tono cuando argumenta que el socialismo no es una cuestión de ética o justicia, sino que teóricamente «corresponde» al desarrollo de las fuerzas productivas, que *El Capital* así lo demuestra.



Ya casi no se reúnen en casa porque la mayor parte de ellos han entrado al partido y están en diferentes células. Luego del viaje a las comunidades campesinas Julio César, que estuvo en Ongoy, anuncia que se retirará de la universidad, regresará allá, y trabajará en el campo; al parecer quiere transformarse en un verdadero campesino.

Turcios sigue yendo a mi casa, a seguir peleando conmigo. De pronto estamos juntos todo el tiempo, y aunque él proviene de la aristocracia trujillana, las diferencias culturales casi no se notan. Me introduce en la poesía, particularmente en Beckett y Eliot. Felices vamos al cine-club a ver *El submarino amarillo*. Se lleva *Poemas y ventanas cerradas* que Balo me regaló («Para Maruja: sonrisa siempre limpia en un cielo despejado»). Y me trae emocionado el libro que más ama: *El ruiseñor y la rosa*, con cuentos de Oscar Wilde. Y —aunque jamás canta— me sorprende enseñándome la letra completa de un vals poco común: *Mis anhelos*. Me ayuda a preparar las reuniones del círculo de trabajadores de calzado que está a mi cargo. Y yo le escucho divertida cuando me cuenta cómo en la última reunión del Comité Local nadie supo definir lo que era la plusvalía. (*Compartir, compartirlo todo*. Planeamos que cuando definamos nuestra vida viviremos en Ñaña para estar más cerca de la nueva clase obrera que florece en esa zona.)

Su mini-minor se hace familiar en el fundo Pando, donde funciona la Facultad de Ciencias Sociales, que estoy en tránsito a abandonar. Se matricula en el curso que el padre Gutiérrez dicta sobre Mariátegui. Y termina con un hermoso dieciocho puesto a un trabajo sobre la Revolución Permanente en América Latina.

Hoy vino a recogerme a las 6. Pongo mi brazo sobre su hombro y él se aferra a mi mano calle tras calle, haciendo movimientos curiosos que le permitan atender el timón y la palanca de cambios sólo con la mano derecha. Cada ciertos minutos mira hacia atrás pues el proyector que ha logrado sacar de su universidad podría caer. Enrumbamos a la UNI, donde la conferencia del c. Sihuar irá acompañada por la proyección de una película.

Luego de que Sihuar termina de hablar, las luces se apagan. Siento una mano sobre mi hombro y una cabeza canosa resalta en la penumbra: ¿Tania? ¿Así que tú eres la camarada que logró que Turcios sonriera? En un año nadie lo había visto sonreír. Creíamos que no sabía hacerlo... Quedo muda y desconcertada. Nunca creí que mis ganas de conocer a algunos de los camaradas dirigentes iba a tener esta forma tan personal, y siento una especie de frustración. Pero también me invade una infinita ternura por este sentimiento que ha cambiado mi vida, incluyendo mi vida militante.

*1973. Desde la ventana puedo ver al pequeño mini-minor dar la vuelta a la esquina. Como cada noche, espero ansiosa su llegada. Yo amo muy poco y tú amas demasiado, me dijo en la última carta de ese corto romance de algo más de tres meses. Creí que moriría con la ruptura. Pero sólo dejó de venir cuarentiocho horas. Durante tres años, día tras día y semana tras semana hemos seguido el rito del encuentro nocturno. Algún beso furtivo, o a veces nuestras manos se acercan, culpables, pues oficialmente hemos roto nuestro romance. Pero hemos seguido compartiendo una intensa militancia.*

*La música sigue siendo un vínculo entre nosotros. Escucha, me dice, este soy yo, haciendo girar un disco de Moustakis: Non, je ne suis mais seul/ avec ma solitude... O de pronto su rostro adquiere inusitada ternura ante la voz profunda de Paco Ibáñez: Andaluces de Jaééén, aceituneeros altiivos... Es común que me traiga discos, que por unos días quedan*

*en mi casa. Los domingos está conmigo desde las dos de la tarde, luego al cine-club; la jornada dominical suele terminar en la librería Época de la calle Belén. Por lo general, los días de semana llego rendida casi a la medianoche y él está en la sala. O soy yo la que espero hasta la una o dos de la mañana. Como si el no vernos un solo día implicara un pecado. «Amor neurótico» dice mi hermana mayor, estudiante de Psicología.*

*En esos tres años vivimos primero la lucha interna de VR y luego la del POMR, así como el nacimiento de la Liga Comunista. Su francés recoletano ayuda en la fundación del POMR, auspiciada por la Organisation Communiste Internationaliste, basada en París. Al año siguiente, mi rústico inglés da saltos impresionantes pues debo auxiliar en la traducción de los enormes documentos que la Socialist Labour League nos envía desde Londres. Intensas jornadas, documentos, reuniones. Tratamos de ganar a los mejores para nuestras banderas. El trotskismo y la ilusión de un mundo socialista. Mítines, marchas, comisarías y jueces. De pronto reuniones misteriosas, acusaciones mutuas. Nuevos partidos y reagrupaciones. Alejamiento de amigos muy queridos. Y permanencia de otros. Como Turcios.*

*En la Liga él escribe la mayor parte de los documentos importantes, como había sucedido en las rupturas. También artículos para Comunismo, título de la revista teórica y del semanario. Todos trabajamos febrilmente. Y Turcios también. Pero quiere que lo dejen estudiar y escribir. Puedo trabajar veinticuatro horas al día pero déjenme en paz redactar artículos y documentos, dar conferencias y clases, reclama. Pero hay que vender periódicos, ir a las fábricas. La gente de su célula de textiles se queja. Y es llamado al orden. Su origen de clase le impide ser un militante completo. No sirve para dirigente. Y comienza una sorda campaña. Es «bajado». ¿Sabes a quién me han puesto de responsable?... A Murmullo, me dice entre resentido y burlón, refiriéndose a un jovencito sanmarquino que recién comienza. Esta hostilización me recuerda a las «purgas» sobre las cuales leí mucho durante la lucha interna en VR.*

*Uno de esos días llega con una carta en inglés que me pide que le traduzca. Le quieren comprar su tesis de Bioquímica –carrera estudiada entre ruptura y ruptura– para una corporación farmacéutica. Como todas las cosas que ha hecho durante los últimos tres años, indaga por mi opinión, y finalmente decide entregar su tesis a una revista científica. A los pocos meses recibe el ofrecimiento de una beca para Estados Unidos. Un día tras otro, me va contando que ha comenzado a estudiar inglés, que ya le han dado fecha para el viaje. Que debe responder. Que no sabe qué decir, que se siente mal. Como si en cada detalle que me va contando buscara la posibilidad de volver atrás. Espera que, como tantas otras veces, yo reproche, critique, censure. Al parecer desea que yo lo retenga. Pero, tal vez buscando cómo salir de su presencia a la que amo pero que cada vez me asfixia más, por primera vez no quiero dar mi opinión.*

*Lo he estado observando estas últimas semanas: ha cambiado la forma de arreglar su pelo, y las prendas finas y sencillas van dejando lugar a ropa nueva y llamativa; también ha dejado deslizar en una conversación la presencia de una compañera de estudios con la que comienza a ir a la playa. Y esto va acompañado de una creciente agresividad hacia mí, combinada con encuentros que él y yo buscamos sin mucho disimulo. La decisión es tuya. Si quieres, vete. Y se fue.*

El 7 de mayo de 1973 fui nuevamente arrestada y estuve algunas semanas en la cárcel de mujeres de Chorrillos. Cuando la policía revisó mi casa se llevó la cinta magnetofónica que inicia este relato. En los interrogatorios nunca me preguntaron por ella pero tampoco la devolvieron. Vi a Turcios sólo unas pocas veces luego de esto, pues ese mismo año partió a los Estados Unidos. Hoy es investigador en una famosa universidad de Baltimore.

## LOS ÚNICOS MARXISTAS DEL PERÚ

1975. Frank ha estacionado su auto en el parque cercano a mi oficina. Apúrate Chola, no quiero manejar de noche. Mientras nos dirigimos a la carretera panamericana sur, pienso que enfermaré si sigo a este ritmo. Cuándo vas a dejar de trabajar, me dice, hay demasiadas tareas. Al regreso de Arequipa renunciaré, respondo. Qué locura es esta. Pedí permiso diciendo que me iba a Jauja por cuestiones familiares, y como el gerente me necesita no le queda otra cosa que tolerarme. Y llego tarde todos los días, pues de ahí salgo corriendo a las reuniones del Secretariado, y de nuevo al trabajo de prensa, y a mi célula o a alguna escuela de cuadros o conferencia, y a vender el periódico, y a conseguir dinero. Y de ahí a casa a terminar alguna traducción hasta las una o dos de la mañana. Frank interrumpe mis pensamientos. Materialismo dialéctico/ trabajo de masas/ lucha contra el revisionismo/ lucha contra el mariateguismo, comienza a repetir, sin descuidar el timón. Se lo machacaron en el último Congreso del Comité Internacional. A él y a Pizarro. Ustedes no son marxistas sino mariateguistas, les dijeron. Y vinieron compungidos. Pizarro, además, con una gran frustración, porque por fin conoció a Vanessa Redgrave, la hermosa actriz a la que había visto navegar en los verdes de *Blow-up*, que es miembro del Comité Central del WRP. Y dice que es una gringa enorme y flaca, sin ninguna gracia y más bien muy británica: excesivamente rígida en las reuniones políticas...

*Londres, 1973. V Conferencia del Comité Internacional de la IV Internacional. Healy: ¿Cuál es la unidad y contradicción de los opuestos ahora? Pasamos de los círculos de propaganda del pasado a la nueva situación de grandes luchas. Debemos ser pacientes con esta transformación de los opuestos. No podemos saltar la etapa de propaganda, debemos combinar las tareas de propaganda con las del viraje hacia afuera. Tenemos las bases teóricas para entrenar a nuestras nuevas fuerzas. La nueva unidad y conflicto gira alrededor de la transformación de nuestra práctica. La tarea de propaganda, el chequeo de nuestras tareas prácticas y de nuestro pensamiento actual debe orientarse hacia el movimiento de masas, si no la publicación de libros será solamente un instrumento de la burguesía: serán tótems y no libros. Vuestra historia comienza con el Manifiesto Comunista... Los camaradas del Perú tienen la responsabilidad de construir el movimiento en toda América Latina, tienen que hacer el balance del guerrillerismo, de sus destrucciones, de sus aventuras, de su desviacionismo, terror, revueltas campesinas. Es necesario especializar camaradas para el entrenamiento de cuadros en todas las secciones, tener un programa de reclutamiento y de entrenamiento de cuadros en todos los países... Debemos ver cada reacción ante los problemas publicando una revista teórica que incluya toda la evolución interna, y no importa cuán pequeña o mala ésta sea. El Perú debe convertirse en el centro de la construcción del partido en toda América Latina. Los camaradas del Perú estudiaron el materialismo dialéctico, pero cuando se trata de aplicarlo... no han ido más allá del nivel hegeliano. Deben llevar la dialéctica al movimiento de la clase. Hablamos de internacionalismo. Lo más internacional que tenemos es este cuerpo de conocimientos teóricos del que disponemos. El movimiento debe iniciar un programa de publicaciones, para lo que se necesita dinero.*

1972. No pude asistir a la fundación de la Liga. Pero igual estoy emocionada. Llego presurosa a la reunión ampliada que se ha convocado para el fin de semana. Las pequeñas sillas del colegio de niños que una camarada consiguió están colocadas en círculo y nos disponemos a escuchar las primeras tareas. Recién allí veo quiénes están con nosotros. Me alegra ver que muchos de mis amigos están presentes. También Yauri y otros textiles. Frank dirige la reunión. Es un tipo realmente guapo, me digo. Y extremadamente inteligente. Lo escuchamos subyugados pues él es un verdadero iniciado: durante sus años europeos estuvo en mayo del 68 y luego estuvo muy conectado con los camaradas franceses e ingleses del Comité Internacional de la IV Internacional.

Hace sólo tres años que decidí que la revolución sería mi profesión. Y este es ya el tercer partido en que milito. Pero creo que vale la pena, porque siento una cierta seguridad en que aquí el marxismo no es una palabrería hueca. Cuando salimos de VR y fundamos el POMR, encontré que el trotskismo era lo único sólido. Que es una sistematización coherente de cosas que yo tenía en duda. Recuerdo que en 1968 no quise entrar a VR pese al asedio de Chepo porque la URSS había invadido Checoslovaquia y los cubanos seguían todo lo que decía la URSS. No me gusta el autoritarismo. Ni que a nadie «le hagan» las revoluciones, como sucedió en Europa del Este. Los Consejos Obreros y la Huelga General, parte importante de nuestras propuestas, me parecen más legítimas. Además, en Cuba han reprimido a los trotskistas y dicen que hay decenas de ellos en las cárceles.

No conocía mucho a Trotsky. Ahora he leído algunas cosas y me parece un tipo sumamente inteligente y culto. En contraste con Stalin: rudo y torpe. Dicen que antes de morir Lenin rompió con Stalin y lo denunció en su Testamento. Pero nunca lo he podido leer pues es inhallable. También he leído un debate entre partidarios de Stalin y de Trotsky: por un lado Mandel y por otro un tipo llamado Krassó. Fue publicado por el FRES de la Católica.

Por otro lado, en el Programa de Transición hemos encontrado muchas respuestas a confusiones creadas por las medidas de la dictadura militar. Muchas de las cosas que ha hecho Velasco van mucho más allá del programa que teníamos en VR: prácticamente nos había dejado sin consignas. En VR decíamos «Petróleo para el Perú», y Velasco saca a la IPC a poco de haber dado el golpe militar. Decíamos que había que expropiar a los gamonales de las improductivas haciendas de la sierra, y Velasco lanza una ley de Reforma Agraria limitando toda la propiedad, incluyendo a los emporios agroindustriales de la costa.

Entonces, había que ir más adelante. Y las fábricas bullen de trabajadores que exigen línea, que quieren alternativas, que quieren caminar muy velozmente hacia el socialismo. Recuerdo que cuando comenzamos el trabajo en calzado en VR, en la fábrica «Diamante» la mayor parte eran unos viejitos apristas que ni siquiera hacían caso cuando Rumano, trepado en los hombros de Cañari agitaba nuestras consignas en la puerta de la fábrica, o tiraban con desprecio nuestros ejemplares de *Horma clasista*. Y me cuentan que ahora, cuando apenas han pasado tres años, hay una fuerte directiva trotskista cuyo Secretario General apellida Chiara, es del FIR, el partido de Hugo Blanco. Recuerdo que ellos repartían en los mismos lugares *El remache combatiente*.

¡Qué rápido han pasado estos tres años! Trabajé mucho traduciendo los documentos de la lucha interna entre la OCI francesa y la Socialist Labour League británica. Recién estábamos acostumbrándonos a ser internacionalistas, orgullosos de tener un partido mundial. Y éste se rompe. Hubo que optar. Los de la OCI, que auspiciaron al POMR, son demasiado

condescendientes con los movimientos de los países coloniales –*capitulan*, dicen los documentos de la lucha interna– pero sobre todo no son lo necesariamente firmes en el materialismo dialéctico. Me parece mentira que la ruptura se haya producido por un párrafo en una conferencia internacional juvenil, donde los franceses se negaron a incluir la lucha por el materialismo dialéctico como algo esencial. Por eso los llamamos «revisiónistas», como a los seguidores de los otros grupos que, autodenominándose trotskistas revisan la teoría, los principios.

Como sucedió en la ruptura de VR, aquí también hubo enfrentamientos. Y de pronto me encontré en una reunión presentando el documento de ruptura, pues no sé por qué razones no pudo ir nadie más. Por la dirección estaba Jacobo, mi antiguo compañero de Letras. Me reprocha fuertemente apoyar a gente como Turcios, que no quiso ir a provincias. Hago lo mejor que puedo: total, sólo tenía que dejar el documento, cumplir bien el encargo. Creo que lo hice así, pero al salir de la reunión no puedo evitar la misma pena por los camaradas que dejan de serlo para convertirse en adversarios. Sí, igual que en VR, cuando me despedí de Cañari. Además, muchos obreros se quedaron con ellos y eso me duele; aunque con nosotros, además de algunos obreros, también se vinieron los poetas.

## AURELIANO, POETA

1972. «MAÑANA ES TU CUMPLEAÑOS, Chola. Te emborrachamos. Ya hemos quedado que será en mi casa. Vamos a ver si es cierto que ninguna cantidad de licor te tumba». He reído con la ocurrencia de Aureliano y me alegra. Cargo muchas depresiones dentro de mí como para decir que no. Tal vez resulte divertido. Sólo dirá a los amigos más íntimos: su compañera Amaranta, Turcios por supuesto, los gordos Moreyra, Betsy, Marín y Paco. Arcadio, el hermano de Aureliano, también camarada y también poeta, no fue invitado porque no es mi amigo, y es seguro que será nuevo motivo de resentimiento. Pero Aureliano es implacable en su afán de darme gusto.

Sentados en el suelo, alrededor de una enorme damajuana de vino dulce, una botella de menta y algunas cervezas, cantamos al ritmo de la guitarra que el gordo Moreyra toca con maestría. Comenzamos con la *Zamba de mi esperanza*, la *Tonada de Manuel Rodríguez*, y luego vales criollos. Después regresamos a lo mismo: *Te recuerdo Amanda*. Con paciencia los asistentes escuchan primero al gordo y su compañera cantar un poema musicalizado de Vallejo, y luego *En qué nos parecemos tú y yo a la nieve* en un dudoso dúo entre el gordo y yo.

Los temas son recurrentes. Podemos dar rienda suelta a nuestras críticas a «la dirección». Aunque como es mi cumpleaños yo soy el «punto» de las bromas, que aumentan de tono conforme la damajuana es consumida. Ximena, la pequeña hija de Aureliano, nos mira divertida con sus ojos enormes y no quiere ir a dormir; prefiere estar sentada en mi falda, observando. Amaranta se mueve en el pequeño departamento tratando de atendernos lo mejor posible.

Aureliano es el centro de la diversión, el núcleo articulador. Él no deja que la «alta política» interrumpa nuestras risas y recuerdos: desde los años de VR, donde varios de nosotros comenzamos nuestra vida política, hasta la solemnidad de la actual «dirección» cuyos dos componentes han ido adquiriendo la «majestad» y el autoritarismo de dos caciques. Turcios no quiso ir, así que aprovechamos para reírnos a su costa, de su timidez y de la implacable persecución de que es objeto por parte de una camarada francesa que no logra éxito alguno.

A las tres horas, todos están totalmente borrachos... menos yo. La jaqueca ya ha comenzado y, luego de una efímera euforia al cuarto vaso de vino, sólo siento que la mitad de mi cabeza hierve. Pero la fiesta debe continuar. Hemos consumido el licor existente, y los que todavía podemos decidimos «seguirla» en La Herradura. Al llegar, a Betsy se le caen los *Comunismo* de la bolsa. Al recogerlos, trastabillando, comienza a gritar ¡Viva la IV Internacional!, ante nuestro terror, pues para nadie es un secreto que la dictadura anda buscando a los editores de ese periodicucho que tiene un éxito inusitado entre los trabajadores y los jóvenes. Tomamos algunas cervezas y ya nadie puede tenerse en pie. Los observo, envidiando su capacidad de huir de la realidad aunque sea por un momento. Estuve muy alegre, aunque no pude compartir la borrachera. Pero ahora, auestas con mi jaqueca, que ha ido aumentando en intensidad, tengo que manejar yo el auto y llevar a su casa a cada uno, pues nadie más podría hacerlo. De todas maneras fue una catarsis divertida para mí. Gracias a Aureliano.

Es raro que se mantenga en la militancia. Si es esencialmente un poeta y –según dicen los que conocen de poesía– muy bueno. Pero jamás habla de poesía conmigo. Hacemos citas

urgentes, como si tuviéramos que hablar de cosas importantes, del Partido, de la revolución, del porvenir del Perú. Pero no hablamos de poesía, ni de política. Tal vez sólo de sueños y tristezas. Tal vez yo hablo más que él. En medio de las amanecidas para la edición semanal de *Comunismo*, la preparación de inacabables documentos internos, las reuniones orgánicas, o mis tensas relaciones con Turcios, hablar con él es siempre un oasis, una experiencia refrescante.

*1974. Veo en el periódico que entre los periodistas y dirigentes políticos deportados por la dictadura de Morales Bermúdez está Aureliano. Qué daño puede hacer un poeta, me digo. No me imagino a Aureliano en un trance así. Hace meses que no lo veo. Fue expulsado del Partido –nunca supe exactamente por qué– y durante los últimos tiempos yo he estado muy ocupada en mi propio reingreso y en las luchas internas que nos abaten, amén de la represión que continuó sobre nosotros. Y dejé de verlo, pues el que sale es considerado traidor, y no se debe siquiera hablar con los traidores. No puedo buscarlo, pues eso sería una nueva acusación contra mí. Ya no es de los nuestros. Y de pronto aparece en una lista de deportados, y sale hacia México sin que yo me haya podido despedir de él. Una vez más siento esa mezcla de rabia y culpa por los amigos perdidos. No fui capaz de mantenerlos en el Partido, y no sé qué es lo que más duele: si mi propia incapacidad o la distancia que comienza a crecer entre ellos y yo.*

*Lima, 14 de setiembre de 1986. Ha pasado un mes desde que me llegó tu carta. Qué bueno fue para mí el saber que me recuerdas, y que me recuerdas bien. En todos estos años oscuros y grises, creí que no podía ya recuperar mis amigos, mis verdaderos amigos, aquellos que pusieron un alquilo de fraternidad y de ternura en mí... Te confesaré que no te imagino haciendo una tesis ni como un formal profesor en París. Es difícil. Creo que me gusta más el poeta medio irresponsable y tierno que me ayudó en mis días de depresión (no tan) juvenil. Me dices que nuestras «filosofías» son diferentes... Pero yo no pretendo ahora, como todos estos años, tener la verdad, ni mucho menos la solución a los problemas del mundo. Pero sí puedo decir que este último año he aprendido mucho, no tanto en relación a verdades ya hechas o al re-establecimiento de la historia (no te hablo de las porquerías de Healy y compañía, por supuesto), sino a la forma de pensar y ver el mundo: no de arriba hacia abajo, para justificar la supuesta «teoría» catecismesca, sino desde aquí, desde lo que requerimos hacer, desde lo que tenemos que transformar. Felizmente para mí, no he perdido mi capacidad de sentir rabia, de llorar, de indignarme. Y creo que eso me ha ayudado a sobrevivir sin mayor complejo de culpa todos estos años de «militancia» en el convento healista –sucursal del Perú–. Creo que nuestras «filosofías» serían diferentes solamente en el caso de que tú te hubieras vuelto un individualista y un escéptico total, es decir un defensor del *status quo*. Y, permíteme dudarle; sé que no eres así, sino no hubieras respondido a mi carta.*

*París, 27 de octubre de 1986. ... Te ruego que no me imagines demasiado como un formal profesor ni menos como un académico fabricante de tesis. No soy en verdad ni lo uno ni lo otro. Me parezco más, creo a aquel ‘poeta medio irresponsable y tierno’ del que hablas, aunque, creo también, nunca fui tan irresponsable y la ternura como que me la escondo cada vez más en los bolsillos (es un decir) ante un mundo que sólo conoce el lenguaje de la violencia y otro que habla más bien con el de la indiferencia: el de allá y el de aquí. Es verdad,*



*sí, que durante estos ya once años de ausencia casi permanente del Perú he encontrado ‘cosas nuevas’ –como dices–, y felizmente. En medio del dolor y el desgarramiento que han significado todas las separaciones y el permanente ‘extranjero’ que te lanzan a la cara los robóticos franceses medios, creo que he logrado sacar la cabeza del hoyo y ayudado por ideas, libros, vidas, amistades, etc., me he formado una nueva visión de la vida...*

*... Traigo a la memoria las famosas tesis del señor Marx, o más bien, la tesis número once, si no me equivoco: los filósofos han... etc. la realidad, de lo que se trata es de transformarla... No, mi querida Maruja, los tiempos han cambiado: desde el siglo pasado y bajo el influjo del barbón que mal-citaba hace un momento los hombres están tratando de transformar esta realidad: revoluciones ‘proletarias’, luchas de liberación nacional y todo tipo de menjunjes se vienen produciendo en este planeta desde hace ya más de cien años (y desde antes), ese no es el problema... el problema central en todo caso es que lo que no se ha producido es un enriquecimiento de estos movimientos por la muy rica y activa marcha del pensamiento. Son dos cosas aparte: quienes han pensado de manera creativa, valiosa, enriquecedora, lo han hecho a los márgenes de las organizaciones que se pretenden ‘vanguardias’ de estas luchas, cuando no contra ellas o expulsados de ellas. Las organizaciones (reformistas o revolucionarias, marxistas o nacionalistas de izquierda (?), leninistas, trotskistas, maoístas, castristas o lo que sea) van a cumplir ya cien años de repetir las mismas cosas, de aplicar fórmulas que no corresponden a nada, de esconder tras su fraseología huera no sólo su vacío espiritual y teórico sino su propia degradación moral y su demagogia política. Nadie ni ninguna organización está al margen de este fenómeno que pudre en permanencia lo que, queriéndose transformador, se ha convertido en reaccionario, conservador desde las raíces. De esto se salvan los individuos, algunos, muy pocos, que han sabido o han podido preservar una enorme (y para mí, loable) pureza interior. Y enténdeme bien, digo in-di-vi-duos. Entre esos te siento, te considero, te percibo a ti..., y sé que no me equivoco. Encuentro que en tu carta hablas de mi honestidad y, cosa rara, era justamente utilizando ese calificativo que pensaba valorar tu paso por organizaciones que, en general, y no sólo en el caso de Healy y cía., son verdaderas cloacas. Te me apareces como alguien que se eleva por encima de la podredumbre y que se entrega de lleno a la idea de transformar el mundo. Bello acto el tuyo pero, creo yo, equivocado...*

*Ser socialista hoy en día es como entrar a la cueva de Alí Babá: hay de todo dentro. Existen los países socialistas y allí entonces ‘socialismo’ quiere decir dictadura burocrática, capitalismo de Estado, totalitarismo, colectivización forzosa o, igualmente, relaciones privilegiadas con los EE.UU., modernización a través del capitalismo salvaje, represión, siempre represión, burocracia todopoderosa, historia falsificada. Hay partidos socialistas y allí la cosa es bárbara: hay bandas de criminales socialistas, como tranquilos defensores del status quo socialistas, grandes mafiosos politiqueros socialistas, populistas huachafos socialistas, militares vociferantes, sátrapas, notables pequeñoburgueses, racistas conocidos, ¡siete partidos socialistas en una franja costera como Chile! Y son socialistas las seis o siete internacionales trotskistas, semitrotskistas o neotrotskistas que, reuniendo cuatro gatos, se pelean entre ellas... Entonces, como los socialistas patentados son ellos, yo no soy, yo no quiero ser socialista, ¡libreme Dios de serlo! Pero... qué carajo soy, pues. No necesito definirme detrás de ninguna bandera..., puesto que ninguna es la mía; no tengo capillas ni religiones públicas sino un templo solitario en el que me recojo, sueño y reflexiono con cómplices, amigos y otros espíritus hartos de ortodoxias, doctrinas y otras cojudeces. Esto representa –no obstante la habitual soledad de cada uno–, como individuo representa, digo,*

*un río subterráneo del que ha salido, sale, está saliendo, mucho de lo más rico de estos tiempos. Adorno, Foucault, Genet, Castoriadis, Miller, Rimbaud, Péret, Artaud, Bataille, Chomski, Marcuse, Savater, aquellos anarquistas y anarcosindicalistas que realizaron el único proceso revolucionario que tiene algo que presentar de válido al tiempo presente: España del 36 al 39... Estos no tienen el poder, ni lo quieren, no están ni estuvieron en partidos, pensaron, crearon utopías, hicieron poesía a veces en el papel, a veces en su vida, se suicidaron o murieron con sida, fueron homosexuales o heterosexuales, combatieron, se indignaron, o denunciaron en permanencia, con la fuerza de su escepticismo, la estupidez humana, como es el caso de Cioran. No se sabe dónde poner a esta gente, fueron contradictorios, si a la izquierda o a la derecha, en el socialismo o fuera de él, nada de eso vale para ellos y trato, Maruja, todos los días, de que tampoco valga para mí, humilde peruano sufriente que ríe y hace reír en París y alrededores.*

*Paso a tu artículo... en lugar de llamar a los otros grupos trotskistoides a unirse para encerrarse a darse golpes en el pecho e invocar a los santos dioses del paraíso teórico lenino-trotskyista, podrías haber utilizado el aniversario del asesinato de don León... para iniciar, aunque sea tímidamente, la desmitificación del personaje, la desleninización de sus cabezas (las de ustedes), el descubrimiento de la historia verdadera. Nada de eso hay en tu artículo hecho de letras muertas, de palabras vacías, de verdades reveladas, de mentiras convertidas en historia. Hay que leer a los perdedores, hay que escuchar la versión de los vencidos, hay que desmoronar a los héroes con pies de barro. Todos los males no provienen del stalinismo, mi querida Maruja, Stalin no era más diablo que los otros diablitos bolcheviques. Y Trotsky no es la víctima en esta historia, es el verdugo al que le aplicaron sus propios métodos... La historia se repite, decía el alemán violador de su sirvienta, pero la segunda vez es una farsa. Tengamos el coraje de desenredar la farsa y exhibirla al desnudo para nuestra propia vergüenza. Estoy triste. Creí que tu crisis personal te llevaría a poner en duda las grandes verdades y, por el artículo, percibo que sólo te lleva a los golpes en el pecho... No sigamos justificando las masacres a los pueblos y a los individuos con sinceras utopías transformadoras, para mantener en sus pedestales a los líderes. Hay que transformar nuestro viaje a las profundidades de la crítica histórica e ideológica en una verdadera construcción de nuevas utopías personales y sociales. De otra manera estamos fritos y el pobre pueblo más frito aún. Querías mi opinión y está mi opinión sincera. ¿Soy un defensor del status quo? Piensa lo que creas necesario pensar, pero no vuelvas a equivocarte, por lanzarte a actuar una vez más sin saber bien qué carajos ha pasado en verdad en el mundo y en las revoluciones.*

*Lima, 9 de abril de 1987. No, Lima no es París y yo no soy poeta, sino solamente una persona vulgar, y creo que si algo he aprendido en el último año y medio, es precisamente a entender y respetar a quienes no piensan como yo, sin arrogancias. He aprendido que los errores de la gente —como los errores de los sandinistas, por ejemplo— no son la «culpa» con la que pasan al bando de «los malos», sino que son parte de un proceso personal y colectivo a la vez, individual y social a la vez, pero que no es una línea recta, sino que consiste de saltos, de retrocesos, de aciertos y errores. Entonces me parece bueno poder hablar contigo de estas cosas, aunque creo que tú esperabas de mí una renuncia formal al mundo, «a sus pompas y a sus obras», cuando lo bonito de vivir —y recién lo estoy aprendiendo— es conducir la propia libertad, desde la libertad de manejar la vida cotidiana, hasta la libertad de dudar, de cuestionar y también de no creer...*

No sabes cuánto daría por tomar un café contigo en el Tívoli de hace diez o quince años, y contarte mis cosas, ya no mis viejos dolores y angustias, sino ahora mis esperanzas y mi libertad. No cambies, por favor, aunque yo siga siendo trotskista y tú seas libertario... Espero que mi palabrería no te canse. Pero es que ahora estoy muy contenta de vivir, y animada a continuar mis trabajos sobre historia, de continuar peleando por construir algo o por lo menos por participar de la lucha revolucionaria en el Perú, de seguir recuperando mis amistades, mis afectos tiernos y viejos, y también mi propia vida...

*1994. Aureliano estuvo en Lima y nos vimos luego de más de veinte años. Se fue un poco triste porque la nostalgia crea expectativas que pocas veces resuelve la realidad. En una pequeña y bellísima reunión leyó sus poesías a dos voces, con Françoise, su compañera. Muchas ideas y muchos acontecimientos en el mundo y en nuestras propias vidas nos han cambiado. Ya no existe el Tívoli. Pero reconforta el saber que seguimos teniéndonos un enorme cariño. Que ambos amamos a nuestro país, y que seguimos soñando con la justicia.*

## MIRADAS TRISTES

1973. Me gusta caminar por el centro de Lima, sobre todo cuando estoy un poco deprimida como hoy. Aureliano y yo hemos quedado en encontrarnos a las 5. El hecho de conversar con un poeta me produce un cierto sosiego. No me molesta su largo pelo ensortijado ni sus ralos bigotes, ni su vestimenta estrambótica, raras en un militante como él. Porque además de poeta, Aureliano es como un niño bueno: transparente y tierno, recibe mis cuitas sin preguntar y sin juzgar.

El Tívoli queda demasiado cerca como para ir a sentarme allá a esperarlo las dos horas que faltan. Luego, tengo tiempo para caminar un poco, y recordar, que es como una especie de alimento.

Comenzaré por las librerías que son las que más tiempo consumen. Hace tiempo que no hago el recorrido por Azángaro, así que aprovecharé ahora, comenzando por Mejía Baca: tal vez esté el dueño y pueda escuchar alguna conversación interesante de las que suele haber allí, mientras simulo revisar libros. Luego a curiosear viejas ediciones en esas tiendas instaladas en las entradas de antiguas casonas. Me emociona recordar mis primeras compras de libros de marxismo en una de estas tiendas: eran argentinos, de editorial Claridad. A veces me encuentro cosas rarísimas, de anarquistas de los años treinta, o novelas de autores clásicos con algún huequito de polilla o las tapas desgastadas.

Luego La Familia y *Época*. Y *Cosmos*, donde suele haber algo nuevo de Marx o de Lenin (jamás de Trotsky, por supuesto). Tal vez el tiempo me alcance para ir a la librería “de los chinos” en las galerías Mogollón, aunque con frecuencia me convierto en testigo molesto de antiguos amigos que dejan allí sus publicaciones. Hace varias semanas que tampoco voy por Camaná donde también hay librerías “de viejo”, y a Horizonte, mezcla de oficina y librería en la cual hay cosas interesantes y baratas, aunque la seriedad del dueño me molesta un poco.

Estas caminatas por el centro suelen traerme recuerdos divertidos. Como cuando, estando todavía en VR, hicimos un «punto» en el cine Venecia y nos encontramos allá con un grupo del PC y otro de Patria Roja. Y todos nos miramos como si no nos conociéramos, deseando al mismo tiempo que los diez o quince minutos “de tolerancia” transcurran rápido para desaparecer.

Hasta no hace mucho traía a la plaza San Martín a mis dos sobrinos mayores, y sentados los tres en el suelo veíamos al mimo Acuña, flaquísimo y divertidísimo. Pasábamos después al Museo de Arte, o al Museo de Historia de Alfonso Ugarte. O a ver el cambio de guardia de Palacio de Gobierno, para terminar con un helado en la Botica Francesa.

Tal vez con ellos hacía el mismo recorrido que cuando niña. Pasábamos un mes de vacaciones en Lima para ir a la playa, y mi madre nos traía al centro para comprarnos ropa en *Pinocho*, o zapatos en *Montori* situada en la calle Plateros de San Pedro. Nos ponía medias y zapatos —¡en pleno verano!—, un vestido «de salir», cartera y guantes. Las sandalias son para estar en la casa o ir a la playa, nos repetía. En ocasiones pasábamos por el Club de la Unión para saludar al tío Pedro Pablo, quien de seguro nos relataba alguna hazaña y nos invitaba un dulcísimo oporto. Y al pasar por la Plaza San Martín, mi madre recordaba que cuando vivíamos

en Lima a veces a mi padre se le antojaba traernos a tomar desayuno al Crillón. Y que por ser yo la niña más pequeña, los mozos me permitían sentarme en mesas y mostradores...

Ahora el centro es más bien escenario de citas clandestinas, de mítines relámpago, de conversaciones íntimas, como con Aureliano. Ya no me pierdo como cuando vivía en la pensión de las teresianas de la avenida Uruguay, cerca de la Plaza Francia y de la Facultad de Letras. En esos tiempos a veces iba al cine Metro con alguna amiga. O a pasear al jirón de la Unión con Betty, donde uno de nuestros juegos preferidos era caminar por las galerías Boza simulando ver vitrinas con el único objetivo de observar a las decenas de señores empolvados y emperifollados que permanecen allí largas horas, en una especie de competencia de piropos ingeniosos a las jovencitas.

Con la universidad vino el cine-club: Eisenstein, Fellini, Antonioni, Visconti, Chabrol. Y también comencé a frecuentar el teatro. Realmente me gustó muchísimo. Nunca había conocido el teatro de verdad y fui deslumbrada en esos años de estudiante. Cerca de Letras funciona el TUC. Allí vi un increíble *Vietnam* en el cual los actores con vestimentas muy simples y con máscaras idénticas unas a otras lograron despertar en quienes asistíamos a la función, un claro sentimiento de indignación contra la guerra... sin pronunciar una sola palabra, sólo con el movimiento de sus cuerpos. Creo que fue en esos mismos meses cuando *Marat Sade* en el Teatro Segura me conmovió a tal punto que me produjo una jaqueca. A unas pocas cuadras, en el Campo de Marte, *Ubu Rey*, presentada por el Teatro de la Universidad de Ingeniería y dirigida por el uruguayo Atahualpa del Cioppo: un alegato contra el maldito poder. Y también fue sentada en el grass del Campo de Marte, donde escuché los primeros conciertos de la Sinfónica.

Parece mentira que por estas veredas descuidadas y sucias discurra tanta cultura. Tal vez por eso me gusta mirar hacia arriba, a los balcones, las esquinas, los “miradores”, las ventanas enrejadas... Mirar, sin que me perturben los rostros pálidos y demacrados de la gente que vive en el centro, cuyos ojos parecieran mirar a la nada, como buscando algo sin esperanza. Tal vez huyendo de ellos me introduzco en las Iglesias, para mirar los altares barrocos que se parecen tanto a los de la Iglesia de Jauja, y buscar los rostros de los Cristos caídos para poder entender en ellos ese vacío, esa tristeza.

*Llego presurosa al velatorio de la Iglesia. No hay nadie conocido. Me acerco a la viuda y me siento a su lado pues es la única persona que conozco. La banca es dura y a pesar de que ya estamos terminando la primavera, el ambiente es frío, muy frío. La anciana me toma del brazo por un momento y luego se pierde en sus propias divagaciones. Se supone que todavía debo quedarme un momento; tal vez llegue algún amigo.*

*Comienzan a llegar los conocidos de la familia, los amigos, los clientes del difunto. Son personajes curiosos. Todos pálidos y con la mirada perdida, vestidos de negro. Ellas, muy blancas y maquilladas, con el pelo casi siempre rojizo, y una delgadez impresionante. Tengo la sensación de que provienen de las casas tristes y opacas del centro de Lima. Se me antoja que pasan el día detrás de esas altas ventanas con cortinas desteñidas, mirando hacia la calle para huir de la oscuridad de esas habitaciones enormes, o esperando sabe Dios qué.*

*Ellos con corbatas delgadas sobre camisas mal planchadas. Los sacos más anchos que los hombros y de colores distintos a los pantalones. El pelo brillante y tirado para atrás,*

*haciendo resaltar gruesas cejas y ojos tristes, sobre una faz de un colorado opaco. Todos se parecen entre sí. Deben ser parientes.*

*De pronto la viuda se endereza sobre su asiento, pues alguien importante acaba de llegar. Son los del sindicato, me dice. Él los asesoraba desde que comenzaron, hace –creo– treinta años. No, no se parecen en nada a los dirigentes sindicales que conozco. En realidad, la presencia de este grupo completa el conjunto que me va pareciendo cada vez más surrealista: el que parece ser el principal dirigente es un mulato de unos cincuenta años que viste terno crema y zapatos blancos, camisa negra y corbata de colores fuertes. Los demás casi invariablemente van vestidos de colores. Saludan a la viuda con respeto y con mucha ceremonia, y luego se desplazan hacia la parte de afuera, donde toman asiento en una banca.*

*Siguen llegando los amigos y parientes. Un personaje alto y delgado, de ceño fruncido, cuyo rostro de inmediato trae a mi mente las películas de terror de mi infancia, viene empujando un pequeño y extraño carrito, donde una señora sin piernas llora. Ambos muy blancos y vestidos de negro. Ella, también con el rostro maquillado enmarcado por una cabellera rojiza. Son parte del primer conjunto, me digo. La viuda se pone de pie y luego se inclina para poder llorar en sus brazos.*

*Comienzo a sentirme aplastada por este ambiente. Todos susurran y miran compasivamente a la viuda. No hay hijos en cuyo hombro ella pueda recostar su cabeza.*

*Y el difunto sigue allí, al centro, soportando una ceremonia que ha seguido invariable: entrar, saludar a la viuda, acercarse al féretro y ponerse de pie al frente, santiguarse y retirarse. Pienso que hay aquí suficiente tristeza. Pero no porque él se ha ido, sino porque todas estas personas nacieron así: tristes, con miradas oscuras.*

## Y AURI

1989. NUNCA HUBIERA PENSADO verlo aquí, en SUR. Contemplo su rostro ajado y la misma mirada bondadosa que conozco desde hace tantos años. Hasta que me tocó: me despidieron. Me había salvado muchas veces, hasta que me tocó... No sé qué decirle. Hablaré con Mariela, a ver si su compañero te consigue un trabajo en construcción civil, le digo. Aunque dudo que con esa flacura reciente pueda resistir ese tipo de trabajo. Pregunto por Martha y los niños. Ya no son niños, compañera, me dice. Si hasta soy abuelo.

Me acusaron penalmente porque en la última huelga tiramos piedras a una camioneta que quería meter amarillos a la fábrica, y montaron un supuesto delito de daños al cuerpo y la salud porque dicen que una piedra cayó en la cabeza de un funcionario. No sabemos quién tiró la piedra. Pero usaron esto para despedirme: un juicio en el fuero laboral y otro en el penal. Me salvé del setentisiete, compañera, y de todos los otros despidos. Me dio pena porque estuve entre los que fundaron esa fábrica, y ya me había acostumbrado a ser textil. Pero sabía que esto sucedería en algún momento. Y me tengo que cuidar mucho, compañera, porque los senderistas siempre me están buscando. Y yo siempre los evado bonito, para no hacerme su enemigo. En Vitarte, Ñaña, Huascata, Puerto Nuevo, en toda la zona, tienen a varios amenazados. Y ahora que estoy sin trabajo me están presionando. Hasta ahora he podido evadir, compañera, pero necesito trabajo.

*1970. Mañana te recojo temprano, me dice Turcios. Quiero que vayas conmigo. Por fin iré a la carretera central. Allí hay varias fábricas modernas, un proletariado nuevo, diferente: Cromotex, Atlas, varias plantas de La Unión, la Cervecera. Qué bueno. Hay un campeonato de fútbol organizado por el Sindicato Atlas. El Secretario General, a quien por su barba llaman «el Che» es simpatizante del Partido. Así que hemos entrado al patio de la fábrica sin ningún problema. Sentados como espectadores, sentimos una mirada curiosa: es un tipo rubio y claramente extranjero. Pero no hace nada y nos tolera. Es el gerente, me explica un trabajador. Pero no se preocupen, al final terminará tomando con nosotros porque le gusta el trago. Turcios me comienza a presentar a los dirigentes presentes. Todos se muestran orgullosos y seguros: nos cuentan sobre su sindicato y sus últimas luchas, con entusiasmo y elocuencia. Entre ellos hay uno que rompe el modelo: un compañero más bien discreto, delgado y musculoso, pelo largo, barba rala sobre una tez clara, con fuerte acento serrano y una mirada firme. Él es Yauri, me lo presenta Turcios. Es Secretario General del Sindicato de La Unión. No sé por qué, una inmediata simpatía. Tal vez porque es serrano como yo, porque es de izquierda como yo, porque ambas cosas parecen enorgullecerle. Se lanza sobre las últimas publicaciones que he llevado y las devora rápidamente. No se ha acriollado como otros migrantes que conozco, pero me impresiona su porte erguido. ¿De dónde es usted, compañero? De Huanta, responde.*

1975. Vamos a tener el tercer Congreso de la Liga. Como suele suceder, nadie conoce el local, salvo los encargados. Estamos citados en diversos puntos. Han llegado camaradas de provincias. En total, unos sesenta o setenta delegados. Un ómnibus nos va recogiendo de

diversas esquinas del centro de Lima. De ahí, enrumbamos hacia la carretera central. Comenzamos a cantar para simular una excursión ante el chofer. Para mi sorpresa, llegamos a una cooperativa que conozco bien, cuyos miembros nunca mostraron mucha simpatía por nosotros. Claro, pienso, nosotros no, pero Yauri sí, quién podría negarle algo. La primera noche, en medio de una sesión acalorada, sonaron unos pitos. Las luces se apagaron y, en medio de la oscuridad cerrada, guardamos silencio. Una sirena y algunas luces rojas. Voces afuera. Tratamos de no hacer ningún ruido. Por algunas rendijas podemos mirar hacia afuera a algunos campesinos con poncho y sombrero hablando con los miembros de una patrulla policial. Mejor no pienso en nada, y voy repasando la coartada que hicimos al principio de la sesión. Sobre todo para explicar la presencia de Gerard, el Secretario General de la Workers League, la sección norteamericana. Es el responsable del Comité Internacional para América Latina.

Pero sólo fue un susto. La policía se fue. Y Yauri salió disparado de la sesión, para saber qué había pasado. No pasa nada, dijo al regresar. Podemos seguir, compañeros. Por dos días compartimos casa y comida con estas familias. Y el III Congreso se realizó. Y Yauri tranquilo, como siempre. Estrechando con sus dos manos las manos de los camaradas para expresarles que está orgulloso de su Partido, y del Comité Internacional de la IV Internacional.

Al observar a Yauri y a los otros camaradas proletarios que tienen ustedes, me quedé pensando en la magnitud de las tareas que todavía tenemos pendientes en los Estados Unidos, comenta Gerard. Pese a la autoridad que ejerce sobre nosotros, no puede ocultar su admiración. En la sección norteamericana la mayor parte de los camaradas proviene del medio estudiantil...

*1976. Hace tiempo que no voy por allá. Cómo desperdician al cuadro que tienen en la carretera central, me dijo hace poco un amigo del PCR. Nunca he visto a una persona que apenas tiene educación primaria sepa tanto de marxismo, me dice, pero es recontratotsko y todo el tiempo está hablando de la IV Internacional.*

*Mientras salgo de Lima por la carretera central, pienso que quisiera ver a Yauri, ojalá tenga tiempo de pasar por su casa. Tuve una reunión con gente del Sindicato Atlas. El Che ya no está; al parecer, luego de hostilizarlo haciéndolo trabajar en los calderos en el turno de noche, terminó por aceptar un cargo de empleado. Pero eso no les importa mucho ahora. Todos hablan de Cromotex. Dicen que todas las bases de la carretera central apoyaron. Y que Yauri se pasó varios días yendo de fábrica en fábrica y de poblado en poblado. Nunca se había visto una movilización semejante, que incluyó a las familias de los obreros de la zona. No sabía que era tan respetado, y tan popular. Lo ven como a un líder, pero también como a un amigo, un consejero, un igual. No podría ser un caudillo, pienso. Es demasiado limpio.*

*Lamentablemente, no lo encuentro. Está en la fábrica, en el turno de la mañana, me dice Martha, pero quédate a almorzar. Claro, Martha, respondo mientras calculo la hora en que tendré que salir para llegar a casa antes del toque de queda. Los niños van llegando del colegio y una vez más me siento bien, sentada en esta mesa. No soy algo especial, como me suele suceder en otras casas de obreros del partido. Aquí soy sólo una amiga que llegó a la hora del almuerzo.*



## «SIN DIRECTOR NI PIE DE IMPRENTA...»

HACE QUINCE MINUTOS que estoy «atracada» en esta página de *Comunismo*. No puedo acomodar textos y fotos como quisiera. Aunque hoy día he llegado de buen humor. Al pasar por el Parque Universitario vi un tumulto delante del kiosko de Carbajal. Unas veinte personas se apiñaban frente a los periódicos que se exhiben colgados al costado del kiosko. Como ando encerrada en prensa seguro que ha sucedido algo importante y yo ni siquiera me he enterado, refunfuño dentro de mí, mientras acelero el paso. Por fin puedo ver de qué se trata. Todos los ojos están sobre los tres últimos números de nuestro semanario, colocados uno debajo de otro. ¡Qué ganas de decir que mis manos tuvieron que ver con ese periodiquito! Así debe ser el orgullo que se siente por un hijo...

La diagramación se ha complicado y los retazos de un artículo sobre metalúrgicos, que con tanto cuidado había recortado, se me han confundido. Ya sucedió que, en el último número que enviamos a Inglaterra, los camaradas se quejaron porque el traductor se enredó ante un artículo «empastelado». El montajista de la imprenta me contempla comprensivo, esperando que se me ocurra una buena idea. Agachada sobre la pequeña mesa de montaje y con la cabeza entre las manos, creo que perderé la paciencia.

De pronto aparece Juanito, el barbudo hippy dueño de la imprenta. Lo vi haciendo pasar a otras personas que se dirigieron al lugar donde se guardan las piezas de la antigua tipografía. Con un movimiento rápido pone mi montaje debajo de unas micas con avisos de publicidad. El montajista me da un ligero codazo. Levanto los ojos y no puedo dejar de estremecerme. Con un *Comunismo* en la mano, los recién llegados rebuscan ansiosamente en los cajones de la antigua mesa, entre tipos que yacen por centenares desordenados por la falta de uso: Este es demasiado grande. Este otro muy ancho. No, se parece pero no es...

Se quedaron más de dos horas. Conforme transcurre el tiempo, la tensión se va aflojando y no podemos evitar el buen humor. Mientras pongo y saco pequeñas fotografías y titulares del montaje que Juanito me había puesto sobre la mesa, hasta cansarme, el montajista busca algunas frases graciosas que nos den motivo para reírnos a nuestras anchas de los policías que no se han dado cuenta de que no hay ninguna impresora tipográfica y que la Solna que tienen delante de sus narices utiliza el sistema *offset*.

*Escucha Tania, me dice Frank: el stalinismo ha saltado hasta el techo. Me enseña el último ejemplar de Unidad, órgano del Partido Comunista Peruano. Y lee: «Acaba de aparecer un folleto, muy bien editado de una supuesta 'Liga Comunista', que nadie conoce y cuyos dirigentes ni siquiera tienen seudónimos. El folleto tampoco tiene pie de imprenta, aunque se supone que debe ser editado en una magnífica rotativa offset ubicada en las cómodas y clandestinas oficinas de la CIA en el Perú». Pero eso no es todo, dice Frank. Mira. Es un pequeño folleto gris, en cuya carátula han dibujado el rostro de un hombre con unos enormes anteojos en cuyas lunas se repite «prensa reaccionaria, ultraizquierdista anticomunista, APRA, ultras, CIA». Creo que hemos dado en el blanco, seguro que las bases del PC están reaccionando ante nuestras denuncias por el apoyo de sus dirigentes a la dictadura, y la*

*dirección traidora se ha visto obligada a dar explicaciones. Y no se les ha ocurrido mejor cosa que acusarnos de agentes de la CIA, que es la acusación de moda. Escucha, me dice.*

*«Sin Director ni Pie de Imprenta. Han salido ya más de 18 números de Comunismo sin que figuren en sus ejemplares estos requisitos que, por Ley, son obligatorios. El periódico se edita en sistema off-set y no lo trabaja ninguna imprenta comercial por la sencilla razón de que ninguna va a arriesgarse a ser clausurada por incumplir esos requisitos.*

*¿Dónde se imprime Comunismo? La respuesta es simple: en una off-set clandestina que, por esa misma razón, no puede ser de una firma comercial sino de una organización política. Y no de una organización política nacional, digamos el APRA por ejemplo, pues el gobierno hace rato que les hubiera caído encima por ser una publicación ilegal. Necesariamente tiene que ser de una organización muy poderosa que cuente con los recursos monetarios, de organización y hasta de inmunidad diplomática que les permita hacer tal trabajo sin riesgos y en completa clandestinidad. ¿Quién será...?*

*El contenido de ese órgano, aunque virulento, en realidad no dedica más de un 10% de cada número a ataques al gobierno... Además, se vende públicamente en los puestos de periódicos de Lima (y principalmente en aquellos cuyos propietarios son apristas; conocemos a dos de ellos). La respuesta es la siguiente: tiene que hacerlo para evitar cualquier posible evidencia de su vinculación con la CIA...*

*¿Cuánto cuesta? ... el periódico de marras... tampoco tiene precio (¿Te olvidaste de poner el precio!, me reprocha Frank). Lo que prueba, palmariamente, que su financiación está asegurada se venda al precio que se venda, se venda o se regale. Y la financiación de un semanario de 12 páginas en off-set, del que por razones técnicas habrán de tirarse no menos de 10 mil ejemplares, no puede bajar de 15 mil soles por edición o sea 60 mil soles mensuales...*

*... eso significa que de algún lado salen mensualmente alrededor de 1,500 dólares para costearlo. Suma que... se tiene con toda puntualidad como se desprende del hecho que hasta hoy no ha fallado una sola semana en su salida...»*

*Frank no puede contener la risa. Qué más quisiéramos que sacar 10 mil ejemplares. Estos stalinistas no tienen ni idea de cómo se hace un periódico revolucionario, porque toda la vida han vivido mantenidos por la burocracia del Kremlin. Y mienten porque en todo lado nuestros camaradas tienen que pelear con ellos en las ventas cotidianas. No, prosigue Frank, ellos no saben –ni pueden saber– los sacrificios que hace la gente para venderlo y pagarlo. Mientras escucho, nuevamente me siento orgullosa de Comunismo.*

La impresión demoró mucho pues hubo que cambiar uno de los rodillos de la Solna. Marín está impaciente y viene cada media hora a ver si ya se puede llevar la edición, pues con el tiempo transcurrido ya se ha pasado el segundo punto de contacto que dio a la gente de las células para que recojan sus respectivas cuotas. Acomodamos los paquetes en el piso de atrás para poderlos sacar rápido. A las pocas cuerdas nos detiene un policía. Comienzo a pensar rápidamente lo que diremos. Marín respira hondo y saca sus documentos. Pero no los tiene que mostrar: Buenas noches, jovencito, ¿me puede llevar hasta la Plaza Bolognesi? Miro a Marín, pensando en cómo saldrá del aprieto. Disculpe, pero tengo el carro lleno, le dice, mostrándole los paquetes puestos en el piso de atrás. No importa, responde el policía, y sin esperar respuesta se dispone a entrar.

Marín levanta los hombros y sale del auto para que él pueda pasar. El policía pone los pies sobre los paquetes de Comunismo, y en esta incómoda posición viaja las diez cuadras que separan a la imprenta de su lugar de destino, en los minutos más largos que uno pueda imaginarse.

*Juanito ha conseguido un lugar donde el periódico se pueda tipear y componer, con un método moderno, mucho mejor que la tipografía. Y además nosotros mismos podemos hacerlo. El dueño del negocio me está enseñando a componer y no es muy difícil, pues el teclado se parece mucho al de una máquina de escribir. Aunque, cuando me siento ante semejante armatoste, me pone nerviosa su «autonomía» y que me «hable». Los artículos de Comunismo se «guardan» en un cassette al que le han puesto mi nombre («Tania»), para que no se confunda con otros trabajos.*

*Por ser lunes, día de cierre del periódico, hoy hemos salido entre las 2 y 3 de la mañana. Arcadio me pide una vez más que le acompañe a su casa, pues su celosa mujer no le cree que regresa a esas horas por el trabajo del partido. Accedo no sin antes pedirle que me acompañe a comer algo en la Plaza San Martín. A esas horas la plaza es hasta bonita. Hay muy poca gente y podemos pasear y confundirnos con los hippies que pululan por ahí o con los bohemios. Más de una vez nos ha sorprendido en estos paseos algún amigo de Arcadio, de salida del Wony o el Palermo, y me ha mirado con curiosidad pues conoce a su bella mujer y debe haberle extrañado verlo a esas horas con una persona como yo. Saciada el hambre con el consabido emoliente-con-pan-con-huevo, regresamos por el jirón Quilca hasta las avenidas Wilson, Uruguay y Alfonso Ugarte. Caminamos despacio, relajándonos, discutiendo de cualquier tontería tal vez buscando una catarsis. Luego, las escaleras de su casa, la puerta. Estuvo conmigo. La cara soñolienta de «la Poetisa» me mira desde la cama. Hola, Chola. Luego, Arcadio baja a acompañarme a tomar la diez, que es la única línea que trabaja toda la noche, y que me dejará a seis cuadras de mi casa.*

*Sentada en el ómnibus y muerta de sueño, recuerdo el día en que sacamos el primer número a offset. Apenas hubo uno listo, lo llevamos a Frank, uno de los dos miembros de la dirección del Partido. Nos recoge en su auto y estaciona en el primer lugar donde podemos conversar en paz. ¡Carajo!, y sus ojos se clavan, muy abiertos, en el pequeño tabloide. ¡Bacán, Chola! Y estoy feliz. Aunque no tengo muy buenas relaciones con él y con Pizarro, es el dirigente máximo, y una felicitación suya me hace sentir que estoy haciendo algo útil.*

*7 de mayo de 1973. Ya me está cansando este trabajo del periódico. La semana pasada tuvimos una reunión –es mucho llamarla así– con el responsable... en medio de la calle y a los gritos. Somos tres en el equipo: Ana, Arcadio y yo. Ana y yo hemos enviado un documento quejándonos por la falta de reuniones y de informes políticos. Y no se les ocurrió mejor cosa que enviarnos a Pizarro, el responsable, quien nos dijo que cualquier consulta la podía resolver en el momento, en la misma esquina donde hablábamos. Me puse furiosa. Quisiera matarlo, una vez más.*

*Mi lugar siempre ha estado en las fábricas. Me dijeron que justamente por mi experiencia y por ser «de confianza» me enviaban a prensa. Y ciertamente el trabajo es simpático (ya aprendí a manejar la pequeña ampliadora de Juanito, a diagramar y a tipear en las computadoras) y siento que es de gran responsabilidad. Pero luego de varios meses así, el*

aislamiento me mata. Creo que aguantaría un trabajo tan agotador si tuviéramos reuniones políticas, debates, donde yo pudiera expresar mis dudas y discrepancias. Me dicen que por la naturaleza de mi trabajo no debo ver a nadie. Y simplemente no lo resisto. Tomo una decisión. Pediré salir y regresar al trabajo en las fábricas, donde me siento cómoda y tendré oportunidad de reuniones políticas. Ya no aguanto más. Además, las jaquecas han comenzado a ser más fuertes y más frecuentes. Tal vez porque duermo poco. Casi todos los días tengo trabajo de prensa hasta la madrugada. Al día siguiente, a la oficina a trabajar de «secretaria ejecutiva» acompañando a mi jefe al despacho del Ministro de Industria, de quien es asesor. No sé si soportaré mucho en este plan. Las pocas veces que llego temprano, me pongo a leer aunque termino dormitando sobre el libro. En casa ya se acostumbraron. Justamente anoche llegué temprano, y como había tenido como tres mala-noches, me acosté a las doce. Mi madre voló a verme, creyendo que estaba enferma...

Por último, Turcios ya casi no viene. Y eso también me deprime. Me había acostumbrado a sus visitas nocturnas, a esa tortura mutua que ha durado casi tres años. Pero creo que todavía está dentro de mi corazón. No, ya no viene. *Yo amo poco y tú amas demasiado*, me retumba en la cabeza. Y no sé definir ese sentimiento de amor y rabia que me hacía agredirlo para separarme de él. Hasta que lo logré. No queríamos seguir juntos pero no nos soltábamos. Aunque seguía yendo a mi casa día tras día, él se soltó primero. Luego yo, con dolor, con verdadero desgarró. En el partido está en mal pie. Me siento mal una vez más. Tal vez mis exigencias también lo están echando fuera. Pero no lloro, sólo lo hice el día de la despedida formal, hace ya tres años. Después ya no, ya no cuando comenzó a irse, ya no cuando comencé a decir que no, ya no cuando por fin pude decirle vete.

No tengo a quién contar todas estas cosas. Me siento muy sola. Aureliano ya no está en el Partido. Ana es muy buena persona y coincidimos en muchas cosas, pero no es mi amiga, es bastante menor que yo y pertenece a un círculo de gente de la Católica que proviene de colegios y ambientes de la burguesía, que no son precisamente mis preferidos. No veo a nadie más. Y a las jaquecas se ha agregado un persistente dolor de espalda...

Sí, hoy buscaré a los camaradas y les diré que quiero salir de prensa, que ya no aguanto más. A la hora en punto tomo mi cartera y salgo disparada de la oficina. En el ascensor voy sintiendo un cierto temor a que me digan que no, voy buscando argumentos para convencerlos. Ya en la puerta, rápidamente se me acercan dos personas: ¿Maruja Martínez? Sí, les digo. En la Prefectura tienen unas preguntas que hacerle. No se preocupe, sólo se trata de una conversación. No sé qué hacer. Algunos de mis compañeros de trabajo se han dado cuenta de que algo pasa, pero no atinan a hacer nada. No quiero perder el trabajo justo ahora. Voy a avisar que llegaré tarde a mi casa, digo a los dos policías, sin darles tiempo, y regreso hacia la puerta. Felizmente Olenka salía en ese momento. Avisa en mi casa, por favor, y que limpien. Si mañana no vengo, avisa al comandante, alcanzo a decirle.

Me espera un auto. No me dejan mirar hacia atrás. Bueno, *Tania*, me dice el PIP, subrayando el seudónimo, ahora vamos a conversar en la Prefectura.

## LA REPRESIÓN

*Yo no puedo precisarlo todo,  
no puedo más que arriesgarme;  
yo no puedo recoger,  
sino tan sólo sembrar y huir;  
no puedo soportar la hora del mediodía:  
¡Una aurora, un poniente, que tal sea mi vida!*

Karl Liebknecht

## EL ARRESTO

*7 de mayo de 1973.* ¿Aló, Platino, escuchas? Vamos hacia allá. La tenemos. OK. (Qué extraño que me lleven detenida en el asiento delantero del auto, cuando lo usual es que vaya atrás...) Al llegar a la Prefectura me doy cuenta de que tenemos acompañantes: por lo menos otro auto último modelo como este y una enorme camioneta cuatro por cuatro. Me hacen entrar a un patio. ¡Está detenida, carajo! ¡Llévenla arriba!, grita un tipo gordo, colorado y con cara de furia. Claro que lo sé, aunque –a decir verdad– no había perdido la esperanza de que otra fuera la verdad.

Nadie más debe caer, me digo a mí misma, tratando de convertir este deseo en un pensamiento fijo. ¿Habrán detectado la imprenta que cuidamos tanto? ¿Cómo así es que me ubicaron? Ya me enteraré, pienso, mientras cruzo el patio de cemento. Tengo que cuidarme de que nadie más sea detenido, simplemente tengo que negar y negar. Nadie debe caer, nadie debe caer...

Me quitan la cartera y hacen un inventario de su contenido, también el reloj. Un tipo toma mis datos. Me ordenan sentarme en una silla ubicada en un ambiente muy parecido a cualquier oficina estatal de provincia: escritorios y sillas de madera repintados para ocultar el deterioro.

Comienzan a pasar las horas y ni siquiera me hablan. Tengo hambre. Sacan dinero de mi cartera y me traen unas galletas de soda y una mandarina. De pronto veo desfilar a varios camaradas de la Juventud Socialista, con las manos esposadas, entrando a empujones hacia no sé dónde. La mayor parte de ellos son estudiantes de la Universidad Católica, muchachitos de diecisiete o dieciocho años. ¿Qué ha pasado?, ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Habrán llegado a los camaradas de la dirección? Mi ánimo comienza a decaer.

A eso de la una de la mañana me quitan los anteojos y soy conducida a una habitación vacía. Entra el tipo colorado que vi al llegar a la Prefectura. ¡A ver! –me grita– ¿quién los financia? ¿quiénes son los dirigentes? ¿dónde está la imprenta? No sé de qué me habla, le digo. ¡Vas a hablar, carajo! Un violento puñetazo sobre mi cara me hace caer sobre el escritorio, que es el único mueble que hay allí y que providencialmente impide que caiga al suelo. Siento una especie de furia y me pongo de pie rápidamente, lo más erguida que puedo pues me siento mejor si mi estatura sobrepasa la suya. Lo miro de frente y no digo más.

En la noche viene una mujer a acompañarme. Trae una silla para sentarse. Teje no sé qué cosa con una lana de un espantoso color rojo chillón. Oye flaca, me dice, mejor es que digas lo que sabes, porque si no Carlitos se calienta y él te vuelve a interrogar. Si quieres yo te interrogo y no pasa nada. Di aunque sea una cosita y listo, te dejan en paz. Pero si sigues terca, sin decir nada, acá usan de todo, hasta rocoto. Y te va a doler mucho, después no puedes ni cagar. Me trae una silla. Siéntate, me dice, y trata de descansar, pero no te vayas a dormir porque si no me castigan a mí. El viejo cuento del bueno y el malo, pienso. Pero me siento porque ya tengo varias horas de pie. Estiro las piernas, nunca creí que me iba a gustar tanto hacerlo.

No siento mucho frío porque este ambiente es cerrado. Y yo estoy abrigada. Felizmente llevo puestas esas mallas marrones que son tejidas de lana. Y la falda de lanilla a cuadros «en

A» que mi madre usó en su juventud y que sin ninguna reforma está casi a la moda. Y la chompa amarilla que yo misma me tejí de lana muy gruesa para hacerlo rápidamente. Mi pelo, crecido hasta la cintura, también me abriga un poco. Lo que sí me molesta es que me hayan quitado los anteojos pues la neblina de mis malos sueños me envuelve. Pienso y pienso tratando de adivinar lo que ha pasado. La mujer sigue hablando y tejiendo sin parar. Yo soy operativa, no administrativa como muchas, pero mi esposo no es de la PIP y no le gusta que trabaje de noche. ¿Eres casada?, pregunta. No. Qué suerte, pero por eso mismo vas a tener más problemas si no hablas. ¿Eres virgen? No respondo. Huy, me dice, si eres virgen, de aquí ya no vas a salir igual. Yo sé lo que te digo. Carlitos no cree en nadie, si acá le dicen «El Loco».

Ya amanece, y ahora sí tengo frío. La ida y venida del baño me permite caminar un poco. Aunque me molesta que no me dejen cerrar la puerta. Apenas he podido mojarme la cara, pues ni siquiera hay jabón. Ni ducha, por supuesto. Ni nada de comer. Me imagino que mi madre debe estar abajo, intentando hacerme llegar desayuno y ropa limpia.

De pronto me sacan sin decirme adónde. Me alcanzan mis anteojos. Alguien camina frente a mí, las manos esposadas, los ojos en el piso. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no mostrar mi sorpresa. Es nada menos que Pizarro. ¿Lo conoce? me dice el mismo policía que me tomó los datos. No, le digo. Pero quiero mirar a Pizarro nuevamente, sí, y que me mire, para sentirme menos sola, aunque sea por algunos segundos, y aunque se trate de Pizarro. ¿Podría pasarlo de nuevo? Me parece haberlo visto en algún sitio, le digo. Vuelven a pasarlo dos veces más y luego lo hacen salir. El policía se sienta raudo en la máquina de escribir. Preguntada diga, ¿conoce a fulano de tal, a quien tiene a la vista? Sí, respondo, creo que lo he visto alguna vez en la Universidad Católica hace cuatro o cinco años. El PIP levanta la vista con furia. Recién puedo mirarlo con cierta calma. Es bastante joven, mulato, y muestra cierta altanería. Pero no es patán como «Carlitos». (Su rostro me resulta familiar, no sé dónde lo he visto antes.) ¿Cree que soy un imbécil? ¿Piensa que le voy a creer? ¡Mejor es que colabore porque sus camaradas están colaborando! Usted saca un periódico donde dicen que el Gobierno Revolucionario es una dictadura fascista, y me va a decir que no tiene nada que ver. Usted cree que se las sabe todas ¿no? Vuelve a la máquina de escribir. ¿Estuvo detenida anteriormente? No, miento nuevamente. De pronto alguien se acerca a la pequeña mesa donde tiene lugar el interrogatorio. Al escuchar su apellido descubro por qué me parecía conocido: su hermano fue una de nuestras estrellas en el mundial de México. El policía que se acercó a llamarlo se me queda mirando y me dice burlón: Nos volvemos a encontrar... ¿ahora también estabas celebrando a Mariátegui? Te encuentro en el Callao y ahora directamente en Seguridad del Estado, mmm..., estás progresando... Mi interrogador me lanza una mirada de triunfo. Y yo pongo la cara más cínica que puedo...

Me regresan a mi silla, en medio de una oficina vacía. El silencio. Y el hambre, que comienza a producirme un frío diferente, acompañado de un cierto sopor. Sólo tomo agua y agua cada vez que voy al baño. De pronto aparece «Carlitos» y se me acerca agresivamente. Así que te has puesto graciosa, me dice. Crees que somos cojudos. Yo sé cómo quitarte lo cínica. Te voy a colgar de los ejes, me dice, ahí sí te quiero ver. Y te meteré unas cositas allí donde te gusta. Este imbécil no me va a humillar, pienso. Mejor no lo escucho, como cuando tengo jaqueca y puedo huir de mi cuerpo para no sentir el dolor. A ver si puedo dejar de escucharlo. Regresa dos, tres, cuatro veces al día. Felizmente lo logro: sólo es verlo y bloquear mis oídos. Es como una película a la que le han quitado el sonido. Cuando lo siento llegar

pongo mis ojos fijos sobre la pared frente a mí y no escucho. No sé qué me dice, y no quiero saberlo. Debe ser algo tan repugnante como su rostro.

Llega la noche y nuevamente al cuarto con la mujer que habla y teje. ¿Y, flaca?, me dice, qué tal el día. Dicen que eres terca. El loco ya se está molestando. Casi no la escucho pues me muero de sueño. Cada dos o tres horas entra un tipo y me echa agua en la cara para que no me quede dormida. Sólo trato de que el agua no chorree y me humedezca la ropa pues cada vez tengo más frío. Ya casi no tengo mucha hambre. Pero sí frío, sopor y un dolorcito que me aprieta la cabeza, y los brazos y las piernas. Tengo tres días con la misma ropa y eso también me molesta. Como a las dos de la mañana llega mi interrogador, con otro policia. Tal vez porque es de noche, o sabe Dios por qué, me comienza a tutear: mira Tania, solita te estás hundiendo, porque los demás ya han hablado. Incluso los miembros del Comité Central. Mañana vas a tener sorpresas. Esa noche escucho gritos, y me pregunto quiénes serán los golpeados, los torturados, tal vez los chicos de la Católica, casi niños. Fue una noche muy larga, insoportablemente larga...

Otro amanecer y un nuevo frío. Y nuevamente el silencio. Me pregunto por qué no me han torturado. Tal vez están dejándome para el final. Me llevan a la consabida oficina vacía. Como a las once me sacan también de allí. No veo nada, les digo, no puedo caminar. Me traen mis anteojos, lo que me produce un enorme alivio. En el camino veo a dos o tres nuevas camaradas de la Juventud Socialista recién detenidos, incluido aquel hijo de embajador cuya presencia en la JS me extrañaba.

Me llevan a mirar detrás de una ventana; en una oficina un PIP interroga a un muchacho que está sentado al frente. Es «Mennen». Me tuvieron unos diez o quince minutos para que me convenza de que estaba confesando. Deben haberle puesto pentotal o alguna droga peor, me digo, pues no parece haber sido golpeado. No puedo creer que delate así, tan tranquilamente. Entre los nombres que escucho hay algunos conocidos, también descripciones físicas a falta de nombres, profesiones de otros, casas, puntos de contacto... Pobre muchacho, cómo quedará después del efecto de esas sustancias, pienso.

Mennen tiene dieciocho o diecinueve años y es el responsable de la Juventud Socialista; por su alta calificación teórica fue incluido en el Comité Central. Yo le he puesto ese apodo porque tiene cara de niño, lampiña y rosada. ¿Lo conoces?, me preguntan en el nuevo interrogatorio. No, nunca lo he visto. Así que nunca lo has visto, ¿no? ¿Y quién le dijo que su letra parecía de gallina? (*¿No puedes aprender a escribir a máquina, Mennen? Es el último artículo que recibo escrito a mano: tu letra es tan mala que parece rascado de gallina...*). No me imagino qué le pueden haber dado para sacarle hasta detalles como este. Y qué droga es esa que lo mantiene despierto y rosado. Siento odio por este aparato que se va tecnificando para convertir a las personas en zombis. Tal vez a mí me pueden dar la misma droga, pienso, estaré alerta.

Luego me conducen por unas escaleras a una especie de azotea, y me introducen a un cuarto grande, sin ventanas y con una iluminación muy pobre. Casi a rastras ponen frente a mí al camarada que hacía poco habíamos integrado al aparato de prensa. ¿Lo conoce?, me dice mi interrogador. No, nunca lo he visto, le digo mirando fijamente al camarada, tratando de darle ánimos. Pero no quiere mirarme, no quiere levantar la vista. Me dan ganas de abrazarlo, de consolarlo, de pasar mi mano por su rostro. (Habíamos viajado juntos hasta Arica con otros tres camaradas hacía sólo un mes, en un viaje organizado para relajar las tensiones). Tomándolo del



cabello le levantan la cabeza obligándole a mirarme y le hacen la misma pregunta. Sí... sí... es ella, es Tania... ¡Cómo se llama, carajo! Maruja. ¡Maruja qué, carajo! Maruja Martínez... No sé si lo han golpeado o qué le han hecho. No tiene moretones en la cara pero es un guiñapo, un trozo de persona. Su mentón cae sobre su pecho como si le pesara mucho. Ahora mismo lo veo dentro del volkswagen de Marín, en la Panamericana Sur haciéndonos reír a carcajadas con su ingenio, y resuena en mis oídos su voz demasiado solemne para la canción infantil (*Mein Hut der hat drei Ecken/ Drei Ecken Hut mein hat/ Und hätten er nichet/ Drei Ecken share er nicht mein Hut*). Ahora parece que estuviera llorando pero sin lágrimas. Quisiera consolarlo y llorar con él. Nunca lo he visto, repito, es su palabra contra la mía.

Nuevamente a la silla. Y otro día con «Carlitos» gritándome cosas al oído. Y otra noche de frío y de agua. Daría cualquier cosa por dormir. No me explico por qué no me ha comenzado una jaqueca. Creo que ya son cuatro o cinco días que estoy aquí. Tengo mucho frío. Cada vez que intento relajarme me sacuden. Si me quedo dormida me echan agua. Ya no siento mi espalda y me resulta difícil mover los brazos. Quisiera encogerme, apachurrarme sobre mí misma aunque sea en el piso, contra la pared, en un rinconcito, aunque fuera sólo un ratito...

Me traen un pequeño tazón de plástico lleno de comida. Se trata de frejoles con arroz y papa picada a la que no le han quitado la cáscara, todo revuelto, nauseabundo. Pero necesito fuerzas porque ya no aguanto las noches de los interrogatorios, el frío y el sueño. Engullo rápidamente la mezcolanza para no sentir el sabor pues se me antoja la comida que en casa de mi abuela daban a los chanchos, compuesta de sobras, cuya apariencia era idéntica a esta. Tal vez estas son sobras de lo que los policías han comido. Pero igual trato de tragarla rápido y sin pensar porque requiero energías.

Siento que la sangre circula nuevamente por mi cuerpo, y eso me ayuda a pensar. Necesito relajarme para hacer una coartada. Ya son demasiadas cosas. ¿Así que resultaste la querida del dueño de la imprenta? me preguntaron anoche en el interrogatorio. Escucha, me dice mientras lee: *Preguntado diga, ¿conoce a la persona cuya fotografía tiene a la vista?/ Sí, es la señorita Tania, a quien he visto repetidas veces en la imprenta./ ¿Ella elaboraba allí el periódico subversivo «Comunismo»?/ No sé, siendo yo sólo ayudante de maquinista no he tenido oportunidad de hablar con ella. Sólo sé que era amiga del dueño.* Otro chico golpeado. Me conmueve cómo quiso protegerme. Lo recuerdo vagamente, tal vez veinte o veintinueve años y feliz de tener un trabajo estable en la imprenta, aprendiendo los secretos de la Solna, que con habilidad opera el maestro Weston.

Justamente estuvieron buscando también a Weston, un señor mulato y amable. En una de mis idas al baño tuve que demorarme un poco para que la risa no me traicione. Y no era para menos. *Preguntado diga ¿Se llama usted Weston? Y una voz indignada: ¡Yo soy poeta y no maquinista! ¡Mi nombre no es Weston! ¡Y cómo se les ocurre que yo puedo ser un trotskista agente de la CIA! ¡Yo soy un poeta revolucionario!*

Mis cavilaciones son interrumpidas por un pequeño alboroto en el espacio contiguo, separado del mío por una especie de muro de poco más de un metro. Acaban de traer a Frank. Siento que muero. Primero Pizarro y después Frank: nuestro Comité Ejecutivo, además de los diez o doce muchachos de la Juventud Socialista que he visto entre corredores y oficinas. Está esposado a la silla. También le han quitado los anteojos y no sé si me ha visto. Pregunto a mi guardiana quién es. ¿No lo conoces? No me vengas, me dice, si es tu jefe. Es muy guapo, le digo. Dicen que habla cinco idiomas, prosigue, y que tiene pasaporte diplomático.

Parece que la llegada de Frank causó revuelo. La mujer no puede seguir hablando porque la llaman. Regresa al rato con un pollo a la brasa con papas. Tu mamá te trajo esto, me dice. Pero yo había comido con tanta avidez la mezcolanza de papas y frejoles que era incapaz de comer algo más. ¿Puedes llevarle este pollo al churro ese que dices que es mi jefe? A ver si así me da bola, le digo. Me mira con un leve asombro. Pobrecito, lo han traído anteanoche, me dice mientras mira a su alrededor. Y le alcanza el pollo. Frank no quiere recibirlo. Yo se lo estoy convidando, señor, le digo casi gritando para que me escuche y dando a mi voz el tono más coqueto que me es posible. Me mira muy serio, siguiendo el juego. Muchas gracias, me dice. Y devora el pollo en segundos.

*Acaba de llegar de Europa y estamos casi al final de la lucha interna en VR. Me habían contado que era un fulano estrambótico que caminaba por los inviernos parisinos con un enorme abrigo negro, el más viejo y sucio de la colonia peruana, cuyos bolsillos llenaba de libros y comida. Pero más bien nos impresiona por su preparación teórica y la cantidad de libros que trajo en varios baúles. Primero Francia y luego Inglaterra, durante varios años ha estado bebiendo de las fuentes de las organizaciones internacionales. Por eso pese al poco tiempo que está en el Perú participa activamente en las luchas internas primero en VR y luego en el POMR, con documentos y discusiones. Ciertamente guapo, y ciertamente coqueto. No me quiere mucho, tal vez porque no se me pasa por la mente coquetear con un camarada. Esta mujer me desespera, toda puritana, es capaz de ser virgen, comentó alguna vez.*

*Hoy recibí una llamada de unos franceses que en un pobre castellano pedían una entrevista. Los he citado en un lugar de la calle y me apresuro a llamar a Frank a su oficina. Como es usual, la secretaria me responde molesta y me comunica con él. ¿Puedes recogerme hoy? le digo por el teléfono. Claro, me dice él, con una voz melosa, como si se tratara de una rutina de intimidad inconfesable. Al mediodía me recoge y vamos al encuentro de los franceses. Frank y yo vamos adelante y ellos atrás. No es muy difícil entender la breve discusión. La cosa se puso acalorada hasta que de pronto luego de un breve silencio, uno de ellos gritó al otro: Oh, mon Dieu, ils sont healites! Frank detuvo el auto y ellos bajaron como si hubieran estado hablando con el mismo demonio. Son lambertistas –me explica Frank–, revisionistas, no valía la pena.*

El baño a donde me llevan tiene una pequeña ventana que da a la oficina donde interrogan a Frank. Yo voy tres o cuatro veces al día para escuchar lo que le preguntan, para saber si lo maltratan. Es nuestro mejor dirigente.

Vamos a ver, le dice uno de los dos o tres policías que lo interrogan. Así que usted habla inglés, francés, portugués, italiano. Alto funcionario internacional. Debe tener muy buenos contactos en el extranjero. ¿Quién los financia? Luego de un breve silencio, Frank recita sus nombres, apellidos y libreta electoral. Como en la guerra. Así, una y otra vez, luego de cada pregunta. Nombres, apellidos y libreta electoral.

Ahora sólo me queda adivinar quién será el siguiente. No he visto a Turcios entre los detenidos. Tal vez si nos hubiéramos encontrado acá hubiera renacido la ternura. Pero no quiero pensar más en él, ni en mis penas. Tengo que pensar más bien en una coartada porque ya es ridículo seguir diciendo que no tengo nada que ver. Creo que si pudiera dormir un poco, o

por lo menos relajarme, podría hilvanar mis pensamientos y no dejar ningún cabo que comprometa a nadie. Tengo que comenzar a componer al personaje que me vinculó al Partido.

Comenzaré por decir que es moreno, flaco y alto, ya que entre la gente del Partido no hay nadie así. Lo conocí en la Universidad Católica. Yo siempre he tenido ideas de izquierda y de justicia. Esta persona me preguntó si quería ayudar a sacar un periódico con ideas sociales y que lucha por la justicia. Le dije que sí. Y él fue mi único contacto. Me explicó que no vería a nadie más y por eso trabajé sola. Dejaban los artículos en mi casa en un sobre por debajo de la puerta, mientras yo estaba trabajando. No sabía que esto era ilegal, por supuesto.

Quiero hablar con el Director de Seguridad del Estado, le digo al policía que me vigila. Al día siguiente éste se presenta, feliz y sonriente. A ver, hijita, parece que por fin entraste en razón, me dice meloso. Ahora te interrogarán y debes decirlo todo que será mejor para ti. ¿Quieres dormir? Anda a mi oficina, que allí hay un diván. Que le den la ropa limpia y la frazada que le ha traído su mamá. Y también el almuerzo.

Por fin puedo cambiar de ropa. El diván de cuero es muy incómodo. No logro dormir. Y cada vez que abro los ojos mi mirada choca con las rodillas regordetas de la guardiana que me han puesto. Es una mujer excesivamente maquillada, con pestañas postizas y una minifalda altísima, zapatos de taco fuera de moda y el pelo corto, laciado y teñido de rubio. Casi no puedo relajarme, y tengo la sensación de que mi cuerpo ha olvidado las rutinas del sueño y el descanso. Trato de recordar técnicas de relajamiento, pero no logro siquiera aflojar las piernas. Pero puedo pensar mejor que en la silla con «Carlitos», y los sacudones, y el agua.

Creo que han pasado seis días desde que estoy aquí. En una de las muchas idas al baño, que me sirven para moverme un poco y también para mirar, anteayer vi que llegaron muchos detenidos de Arequipa, maestros del SUTEP según he hilvanado a partir de algunas frases escuchadas en los pasillos. Hubo allá una gran huelga. Hay mucha gente que entra y sale, los policías no logran poner orden entre ellos mismos ante tanto interrogatorio que realizar y por presiones de los familiares que los asedian con sus angustias y sus encargos.

Ya no veo a los muchachos de la JS. Más bien sí he podido ver al dueño de la imprenta, también al administrador de la oficina donde hacíamos la composición, y a uno de sus trabajadores que al verme voltea la cara con furia. Cuando por fin me interrogan y en la medida en que voy desarrollando la coartada que tan cuidadosamente elaboré, el policía encargado va disminuyendo su entusiasmo inicial. ¿Por qué sigues mintiendo?, me dice. Si ya tenemos la película completa. Sabemos que eras la encargada de la imprenta, que hacías la diagramación de *Comunismo*, que corregías los artículos. Ahora dime, dónde están sus contactos internacionales, quién les envía el dinero. Ciertamente no es la CIA la que los financia como dicen los moscovitas; ja, ja, si hay agentes de la CIA en el Perú, seremos nosotros pues, que trabajamos con ellos contra gente como ustedes. Así que dime de una vez quién les envía el dinero para sacar ese pasquín. No lo sé, yo sólo trabajaba en el periódico y nunca veía a nadie. Lo que sé es que el Comité Internacional de la IV Internacional tiene secciones en Inglaterra, Estados Unidos, Grecia y otros países, le digo tratando de recordar lo publicado. ¿Frank era el contacto internacional? No sé quién es Frank. ¡Carajo, regresamos a lo mismo! grita al tiempo de pararse bruscamente. Luego de algo más de media hora el hermano del futbolista reemplaza al anterior policía frente a la máquina de escribir. Lee lo escrito, agrega algo y luego saca el papel de la máquina y me pide firmarlo. Lo leo detenidamente. Tiene muchas faltas de

ortografía, le digo. ¡No me haga perder la paciencia, firme! Bueno, la verdad es que pusieron lo que dije, aunque en ese horrible lenguaje-de-interrogatorio.

En la noche ya no me llevan a la silla con la mujer que teje, sino a un pequeño cuarto sin ventanas, con las paredes forradas con ese cartón con huequitos que se usa en las salas de grabación para aislar el ruido. No es difícil adivinar cuál es su uso cotidiano. Aunque en este caso, hay dos bancas anchas y en una de ellas está mi frazada. En la otra está sentada una jovencita de unos diecinueve años, con una policia que la cuida. Me siento en la banca del frente y la policia que me llevó allí se sienta conmigo. Soy de Chimbote, me dice la jovencita. Estuve en la huelga de los pescadores. ¡Silencio, no puedes hablar! le dice su guardiana. Yo me mantengo en silencio. En el cuarto contiguo están los hombres que ya han sido interrogados, como nosotros. Pero ellos están encerrados, solos; no pueden dormir porque son treinta y mientras unos se sientan otros tienen que permanecer parados. Uno que otro cuenta chistes, deducimos por las carcajadas que provienen de su celda rompiendo el silencio de la noche. Por el contrario, la jovencita chimbotana y yo no podemos siquiera cambiar palabra.

Por fin pude dormir y me parece mentira; la banca es un poco dura, y aun cuando demoré en conciliar el sueño creo que dormí cuatro o cinco horas. La mañana es fría y sin oxígeno en ese cuartito. Cuando abren la puerta, la luz que entra es tenue, porque ya estamos en mayo y la oscuridad del invierno limeño comienza a mostrar su triste gris. Felizmente me han dejado mis anteojos, y así puedo sentirme mejor. Tengo los pies helados y no hay espacio para caminar. Así que iré al baño todas las veces que pueda.

A eso de las diez llega Crysa, dirigente del Frente de Defensa de una provincia del sur del país, según nos cuenta. Todavía no entiende bien por qué está aquí si allá ella defendía a la Revolución Peruana. Y justamente por esa razón la habían enviado como mediadora para que dialogara con los militares y les reabran su Escuela Normal, la única institución de enseñanza superior que tienen allá. Pero no sólo no pudo dialogar sino que al llegar al cuartel fue de inmediato detenida. La han traído con un grupo de dirigentes populares de su provincia, y también a su esposo que fue arrestado al ir a indagar por ella. Ahora ya somos tres mujeres. Pero no sabemos qué pasará con nosotros.

De pronto una de las tres policias que nos cuida nos ordena callar: viene el jefe. El Director de Seguridad del Estado se detiene en la puerta de nuestro pequeño cuarto y cruza los brazos. Nos mira una por una y dice lentamente y con sorna: pekinesa, moscovita y trotskista, mientras afuera se pelean, aquí están juntitas, aquí son todas igualitas. Crysa quiere responderle porque ella ni siquiera conoce bien las diferencias a que él se refiere. Pero yo le toco el brazo para que no pierda el tiempo en una discusión sin sentido. El tipo sale, pero se da la vuelta y me mira. Se ha preocupado por usted un general, me dice, qué buena vara. Y se va. ¿Quién es ese general?, pregunto a las policias, sin poder ocultar la vergüenza frente a mis compañeras de encierro. Caramba, me dice una de las guardianas, es el Jefe del Servicio de Inteligencia Nacional. Recién me explico por qué no me golpearon después de esa primera noche del puñetazo. Pero no tengo idea de quién lo buscó. Tal vez mi familia, tal vez mi jefe en Induperú, que es comandante de la Marina. Acuérdate que te estoy tratando bien, dice mi guardiana de ese día. Tal vez puedes hablar con el general para que asciendan a mi esposo que es capitán...

Es el Día de la Madre y habrá una concesión con los presos. Por fin podré ver a mi madre. Crysa verá a su esposo que está en la celda de hombres. La jovencita chimbotana ya no está. De Arequipa acaba de llegar Françoise, una francesa anarquista, quien se niega a ver a su

esposo –arquitecto también preso– pues ellos dicen que eso del Día de la Madre es una costumbre burguesa y, por lo tanto, reaccionaria.

Abrazo a mi madre muy fuerte. Estoy bien, le digo. Son los gajes del oficio, mamita. No he hecho nada malo y tú lo sabes. No sé qué más decirle. Estate tranquila mamita, gracias por estar aquí... Quiere llorar, como otras veces, como tantas veces. Llorar pero seguir adelante, llorar y resolverlo todo. Sólo que ahora no pudo. Tal vez por primera vez en su vida no pudo. El corazón se me encoge al verla una vez más tan valiente, y a la vez tan tierna. Perdonando. Aunque yo no creo que haya nada que perdonar. Estamos viendo lo del abogado, hijita. Me pregunto de dónde va a sacar dinero ella para enfrentar esta situación. No te preocupes mami, le digo, el Partido se encargará de todo. Aunque no sé si realmente será así.

¡Martínez, con todas sus cosas! Me despido de Crysa y de Françoise, quien recién se había incorporado al cuartito. Me llevan a una oficina. Allí están también Frank y Pizarro. Pizarro aprovecha los segundos del encuentro para hablarme: ¿Tu familia ya consiguió abogado? El nuestro es Barrantes, me informa. Me sorprende que hable de «nuestro» abogado, como si yo no fuera parte de ellos. Nos leen un pequeño documento. Nos acusan de ofensa a las Fuerzas Armadas y a los símbolos de la Patria. Van a la cárcel de Lurigancho, y también el dueño de la imprenta y el administrador de la oficina de composición. Creo que son catorce los jovencitos de la JS que han sido catalogados como cómplices y que han sido entregados a sus padres, pues la mayoría de ellos no ha cumplido los veintiuno. Y hay dos que quedaron libres y sin problemas, calificados de testigos: Mennen y el camarada que me reconoció entre sollozos sin lágrimas. No hubiera querido enterarme de la delación justamente en estos momentos, cuando me están comunicando que iré a la cárcel de mujeres de Chorrillos...

Nos sacan de la oficina y nos llevan a otro lugar, al parecer de «distribución» de los presos. Es una carceleta. Estoy un poco asustada por la incertidumbre, por el abogado, por el dinero que mi madre necesitará, por mi padre que –por vivir en Jauja– no sé si siquiera se ha enterado de esto. Un grito interrumpe mis cavilaciones. Oye, ¿estás por puta o por ladrona? No me había dado cuenta que esta habitación –si así se puede llamar– está ubicada en un sótano cuyas ventanas, al parecer, dan a un patio donde está presos los hombres que esperan su turno para salir hacia Lurigancho. Al tipo se le han unido otros que me miran con curiosidad: evidentemente, delincuentes comunes. ¡Por comunista!, respondo. La expresión cambia rápidamente. Disculpe, camarada... no sabíamos, camarada... ¡Muévete, cojudo, avisa a los camaradas que ya la han traído!, dice a uno de los curiosos. Al rato, regresan con unos plátanos. Disculpe, camarada, me dicen al tirarlos desde lo alto. Esto le envían sus camaradas y dicen que le mandan saludos.

Como a las siete de la noche el consabido ¡Martínez, con todo! En una pequeña oficina nuevamente me encuentro con Frank y Pizarro. Y también está mi madre. Al sentir su abrazo no puedo contener las lágrimas. No quisiera darle esta pena. Terminarás en Chorrillos me había dicho cientos de veces. Y ahora voy para allá. Y no está molesta conmigo. Me abraza, me acaricia el pelo y llora conmigo. Mi Maru... mi hija... como cuando era niña y tenía alguna pena... Cuídate, hijita. Busca a Barrantes, mamita, es el abogado del Partido, alcanzo a decirle, antes de que me introduzcan en una camioneta. Al salir, veo allí a Zoili, Betty y Mingo en la puerta de la Prefectura, con alguien más que no logro distinguir. No los habían dejado entrar, y no me vieron, pero están allí, acompañándome una vez más.

Sentada, junto a una jovencita acusada de prostitución, miro a través de la ventana y trato de retener todas las imágenes de Lima que no sé por cuánto tiempo no veré. Y los rostros tristes. Y la gente caminando con prisa. Veredas y pistas que no pisaré. También extrañaré el aire sucio del centro, claro que sí...

## SALVE, SALVE / CANTABAN, MARÍA

1993. ES EL DÍA DE LA PORCIÚNCULA y he decidido acompañar la procesión de la Virgen de Ocopa desde la plaza de Santa Rosa hasta el convento. Fue un impulso que no pude resistir, pues no había estado aquí el 2 de agosto desde hace –creo– más de veinte años. Quisiera cruzar el puente, cerrar los ojos y ver a los coristas parados al borde, a mamita Antuquita con su estandarte, abierta nuestra tienda de la plaza y nosotros dejando allí sacos y abrigos. Revolotear de nuevo por los juegos de azar ubicados en la pequeña feria, viendo a mi padre arrancar aplausos y risas de los curiosos, al convertir en su contrario las artimañas que sus dueños hacían para esquilmar a los ingenuos. Y comprar ollitas y pitos en forma de toro o de pato, y ver al tío Juanito mirándonos tímidamente desde sus ojos azules. Y darme un atracón de lechón y dulcecitos, tomando a escondidas chicha de jora fermentada.

Abro los ojos y estoy llorando –un padre guardián con cara de pocos amigos me mira sin entender– mientras camino al ritmo de los salve-salve-cantaban-María que toca una banda cuyos músicos están vestidos de gris. Todo el mundo canta menos yo. Se supone que soy por lo menos agnóstica. En realidad, no sé por qué lloro. Tal vez porque me conmueve la dulzura del rostro de la Virgen de Ocopa, que hoy han vestido sólo de blanco y celeste. O tal vez de pura nostalgia por la niñez perdida. O tal vez por mis muertos. A diferencia de hace veinte años, los asistentes en su mayor parte son ancianas y niños del lugar. Hay muy pocos devotos de Jauja y Huancayo, a diferencia de los años de mi infancia. Lo que se mantiene y persiste es el tono suplicante y fervoroso del *Salve-salve*. Por momentos parece casi un grito hacia el cielo azulísimo. Estoy conmovida. Pero no canto.

*1973. Me han puesto en el último lugar de una fila. Como en el colegio, donde era la más alta. Aquí por ser recién llegada. «Salve, salve, cantaban, María...» cantan las reclusas. Una señorita con cara de solterona persistente hace rezar y cantar a las treinta y tantas «internas» –como nos llaman– que conformamos el grupo. Padrenuestros, avemarías y una y otra vez salve-salve. La fulana me mira fijamente porque yo no canto ni rezo. Me asombra ver cómo mujeres mayores, muchas de ellas ancianas, entonan el cántico con expresiones entre infantiles y devotas. Me dicen que la mayoría están por aborto y las menos por vender droga al menudeo. Me han informado que es el pabellón más tranquilo y que no tendré problemas.*

*Llegué anoche, a las ocho. Me pusieron en una celda individual. Felizmente tengo una frazada –que me cobijó durante los fríos días de Seguridad del Estado– y así puedo envolverme en ella sobre el colchón de paja cuya suciedad puedo apenas ver con la luz que entra por los barrotes de una pequeña ventana en la puerta. Es fácil adivinarla, por el olor de mugre humana que se mezcla con el del desagüe del caño que completa mi celda y que me servirá de lavabo y de baño. (Esta suciedad me informa, además, que ya no hay monjas por aquí). Por fin puedo llorar. Han sido dos semanas, creo, de soportar una tensión al máximo para no meter la pata, para proteger a los camaradas, para no contradecirme en los interrogatorios. Atisbo por la ventanita que da al pasadizo y no se ve nada, sólo siento el aire helado de los primeros días del invierno. Ni una palabra, ni un susurro. Tal vez no hay nadie. Entonces doy rienda suelta a mi llanto contenido. Ahora recién libero el miedo, la culpa, la soledad, la incertidumbre, pero sobre todo la tensión, la insoportable tensión que hace que recién comience a sentir mi propio cuerpo. Mis músculos se mueven con lentitud, me duelen y*

*no puedo relajarme. Pero me siento libre para deshacerme de la necesaria coraza que me ayudó a pasar los horribles días de la Prefectura. A pesar de que casi no dormí pues los interrogatorios eran en la madrugada, no puedo conciliar el sueño. Dormito sollozando sobre la tarima inmunda. Al rato, los ruidos de la madrugada me dicen que el pabellón está lleno.*

*Pedí darme un baño pues no he podido hacerlo desde el día de la detención, y me hicieron salir temprano. La única ducha que funciona en el penal y que –para mi suerte– está en este pabellón, no tiene puerta, sólo un pedazo de plástico (por lo demás, parece que aquí el pudor no existe). El agua enjuga las lágrimas que no han cesado de correr desde la noche anterior. La siento deliciosa correr por mi cuerpo desnudo, y me quedo allí más de media hora, sintiendo cómo el agua fría refresca mi cerebro. Recién comienzo a entrar en conciencia de que aquí pasaré algún tiempo. Requiero cierta dosis de ánimo. Y pensar qué haré en este lugar espantoso. Cómo sabré de mis amigos, de los que están libres y de los que están en Lurigancho. Por lo menos estos pueden conversar, entre ellos o con el resto de gente de izquierda que abundantemente ha sido detenida estas semanas: SUTEP, Chimbote, Arequipa, Moquegua. Yo estoy aquí sola con mi alma: no hay más «políticas». Y las lágrimas de mi madre, y su mirada de ternura y de reproche no me abandonan. Como tampoco la incertidumbre.*

Ya en el patio, comienzo a sentir miedo. Pero sabía que esto en algún momento sucedería. Así que adelante. Ya estoy un poco tranquila y puedo pensar mejor. Pero tengo miedo. Lllaman al desayuno. Como soy nueva, soy objeto de curiosidad. Pero no sólo por nueva, sino porque mi indumentaria les resulta chocante. Hasta mi taza les parece extraña, pues ellas reciben el quáker en enormes tazones, como los que en casa se usan para preparar postres.

¿Qué hora tienes, flaca? Se me han acercado dos muchachas morenas muy jovencitas con miradas desafiantes. Las siete y veinte, les digo. Cuatro ojos se posan raudos en el pequeño *Silvana* de oro que mi madre me regaló cuando cumplí quince años y que he conservado desde entonces. Recién me doy cuenta de que les importaba un comino saber la hora. Pero pienso que lo peor que puedo hacer aquí es autosegregarme o mostrar temor.

Las mesas y los asientos son de cemento. Las reclusas, en grupos, conversan. Debemos ser unas ciento cincuenta o algo más. Me doy cuenta que hay diferencias. Es notoria la mayoría costeña y morena. Pero hay pequeños grupos de campesinas, la mayor parte de ellas casi ancianas, que comen con la cabeza gacha y en silencio. Sólo observo y estoy alerta, qué más puedo hacer. Por lo visto, no hay ninguna otra «política».

El quáker está apenas tibio, aguadísimo y mezclado con cocoa. Pero, bueno, lo cierto es que tengo hambre y los panes se dejan comer. Ya en el patio nuevamente me rodean las chicas morenas, pero ahora acompañadas por otras siete u ocho. ¿Por qué estás aquí, flaca? ¿drogas? Claro, creen que tengo plata... No –respondo– por comunista. ¿Qué es «comunista»? Política, les digo. Se miran entre ellas interrogándose. ¿Política, como Belaúnde? No, no, los comunistas queremos la justicia social, que no haya pobres, que todos tengan trabajo, que los niños tengan que comer, que vayan al colegio... Mis explicaciones me suenan torpes pero no encuentro otras para que me entiendan. Que nadie tenga que robar para poder comer... Salta una de ellas: ¿Y por qué no vamos a robar si es más fácil que trabajar un montón para ganar una miseria...? Sonó un timbre y debemos ir a clases. Me dirijo al salón de los telares mirando al piso y sin poder quitar de mi mente las preguntas que se agolpan en mi mente. Cuánta gente así hay en



nuestro país. Y cómo haremos la revolución si ni siquiera nos entienden, si ni siquiera conocen el concepto de justicia... Me será difícil seguir hablando con ellas, pero a la vez quisiera que me cuenten acerca de su vida, que me hablen sobre su mundo, desconocido para mí.

Otro timbre. A la hora de almuerzo, sigo sola, pero siento que las miradas de la gente han pasado de la agresividad a la curiosidad. Luego, otra vez el patio. Hay una cierta resolana y me siento a calentarme un poco. Las muchachas morenas se me acercan nuevamente. Flaca, cuéntanos cómo es eso de que todos tengan qué comer y que todos tengan trabajo. ¿Qué es eso de la «justicia social»? Me rodean abrazándose unas a otras y conformando un círculo. Es extraño, pero me siento acompañada. Bueno, un trabajo, un salario, les digo. ¿Qué es «salario»? Bueno, por ejemplo... no sé si ustedes han leído en los periódicos... Ja, ja, ja... si ninguna de nosotros ha ido al colegio, cómo vamos a saber leer. Por el tono infantil de la risa, me doy cuenta que no se burlan de mí. Y de que no sé nada de ellas, absolutamente nada.

Tal vez pueda ilustrar lo que les quiero decir tomando sus propias vidas como ejemplo. Cuántos años tienes, digo a la que parece la menor. Catorce... pero declaro dieciocho para estar aquí con mis amigas. Todas estamos aquí por «asalto a mano armada». Dile, dile por qué te dicen «Tilín», le dan palmadas toscas y cariñosas en la cabeza. Una blanca hilera de dientes se muestra detrás de una sonrisa orgullosa: Desde chiquita he sido *campana*, ¿sabes lo que es campana? Claro, respondo, recordando cuántas veces he sido campana en las pintas.... Dime, Tilín, por qué tus papás no te mandaron al colegio. Sigue la sonrisa, pero por una fracción de segundo veo pasar un fulgor de tristeza por esos ojos pícaros. Mira flaca, no sé quiénes son mi papá y mi mamá... porque yo nunca tuve papá ni mamá, sólo me acuerdo que de chiquita tenía que robar en el mercado del Callao, que me correteaban y que en la noche me metía ahí mismo a escondidas para dormir debajo de los puestos de venta. La historia me parece más interesante y me introduzco en ella. ¿Y contaste estas cosas cuando te apresaron? ¿Qué te dijeron? Qué tenía que pagar mi deuda con la sociedad. Comienza a levantar la voz, como si de pronto se hubiera convertido en adulta. ¡Qué le debo yo a la sociedad! Ni siquiera fui al colegio. La primera vez que me violaron tenía seis años. No puedo trabajar en nada porque no sé leer. Cuando salga seguiré en lo mismo. Es nuestro destino. Un silencio respetuoso ha ido rodeando sus palabras. Entonces me doy cuenta de que le había preguntado su vida para hablar sobre la justicia social. Y que todas esperan que yo les diga qué hacer, cómo salir ahorita de esto. Y no sé qué decirles. Cómo hablarles de la IV Internacional, de la lucha del proletariado, de los movimientos de liberación, de Trotsky... si ni siquiera saben bien quién es Velasco, o siquiera qué es un gobierno. Balbuceo la explicación que puedo, y un nuevo timbre, el del encierro, me salva del ridículo.

*Quisiera que todos los días fueran como este miércoles. Aunque ni siquiera pude conversar bien con tanta gente que vino a visitarme: mi madre, mis hermanas y mi tía, por supuesto, además de varias amigas de Induperú. Ya llevo aquí casi un mes. El domingo –visita de hombres– vendrá mi padre, que está en Lima por unos días.*

No sabía cómo contarle, me dice mamá. Dónde está Maruja, preguntó tu padre y, ante mi silencio comenzó a gritar: ¡Seguro que se ha ido con un hombre! ¡Qué educación le has dado! ¡Quién es ese desgraciado..., yo lo mato...! Cuando le respondí que estabas en la cárcel se derrumbó. Se puso hecho una furia y después se echó a llorar.

Llegado el domingo, veo a mi padre en el portón de ingreso. Se dirige con altivez al guardia republicano que vigila la puerta y, sin mirarlo, le muestra su viejo carnet de capitán del ejército. Parece realmente furioso. Respiro hondo porque sé que habrá tormenta. Ya me vio. Se dirige hacia mí con pasos rápidos. Me abraza muy fuerte. Sus lágrimas se confunden con las mías. Es mi hija, dice orgulloso a las personas que se encuentran cerca de nosotros. Está aquí porque en el Perú no hay justicia.

*Cada día de visita es una nueva sorpresa. La semana pasada vino la enamorada de José y me trajo un recorte del Workers Press donde se reseñaba la campaña que hacen los camaradas británicos por nuestra libertad, incluyendo una fotografía de los piquetes ante la embajada peruana en Londres. «Hands off Peruvian trotskysts!», dicen los carteles, aunque el único nombrado es Frank. Y esta semana, por primera vez, viene alguien del Partido. Me entrega una carta al tiempo que mira asombrada la cantidad de visitas que recibo. La carta es nada menos que de Pizarro, desde Lurigancho. Casi no lo puedo creer. Quisiera que la visita termine rápido para correr a mi celda y poderla leer. ¿Me estará pidiendo disculpas por tantas peleas de antes? ¿Por qué se acordaron de mí? El abogado todavía no ha venido a verme; luego, tal vez me da indicaciones sobre los asuntos legales. «Estimada camarada –comienza– Frank y yo estamos muy preocupados por ti, sobre todo porque estás sola. Pero sabemos que eres fuerte y que resistirás.... Creo que en este caso vale la pena lo que alguna vez escribió Rosa Luxemburgo, que sabía ‘elevarse como las águilas’:*

*Eso de entregarse por entero a las miserias de cada día que pasa es cosa para mí inconcebible e intolerable. Fíjate, por ejemplo con qué fría serenidad se remonta un Goethe por encima de las cosas. Y sin embargo no creas que no hubo de pasar por amargas experiencias... Yo no te pido que hagas poesías como Goethe, pero su modo de abrazar la vida –aquél universalismo de intereses, aquella armonía interior– está al alcance de cualquiera, aunque sólo sea en cuanto a aspiración. Y si me dices, acaso, que Goethe podía hacerlo porque no era un luchador político, te replicaré que precisamente un luchador es quien más tiene que esforzarse en mirar las cosas desde arriba, si no quiere dar de bruces a cada paso contra todas las pequeñeces y miserias..., siempre y cuando, naturalmente, se trate de un luchador de verdad...».*

*Una y mil veces leo esta cita de mi admirada Rosa. Y sé que no estoy sola. Y debo creer que esta carta es sincera, y que Frank y Pizarro se preocupan por mí. Sí, a pesar de todo.*

Flaca, ¿no quieres que barramos por ti? No cobramos caro. Levanto la vista del patio que debo barrer todas las mañanas. Yolanda tampoco barre, me dicen. Gracias, pero yo puedo barrer... Mientras respondo, voy recordando el asesinato del empresario, que se convirtió en escándalo. Pero en los dos días que estoy en Chorrillos no he visto a Yolanda en el comedor ni en las formaciones.

Al cumplir los siete días aquí, nos llevan al salón de actos pues dicen que pasarán una película relacionada con la higiene y la salud. Se trata de un cortometraje alemán, hecho obviamente para sociedades como las europeas, señalando las mínimas costumbres que la higiene exige. Al terminar la charla pido la palabra porque esto me parece un insulto. La película está muy bonita, digo, sólo que no entiendo para qué nos la pasan. Dicen que hay que bañarse todos los días, y en el penal sólo funcionan tres duchas para las cincuenta

internas... cuando hay agua, pues la totalidad de los tanques de los pabellones están malogrados. Dicen que hay que revisarse la dentadura cada seis meses, y cada vez que vamos al dentista aquí nos dice que no tiene ningún material y que sólo puede hacer extracciones... sin anestesia. Dicen que tenemos que cambiarnos diariamente de ropa interior, y no hay agua para lavar la ropa...

¡Buena flaca!, se levantan algunas voces, y toda la sala rompe en aplausos que me parecen sinceros. Al terminar, la doctora responsable de la película me hace llamar a su consultorio. Gracias, me dice. Usted puede decir lo que a mí no me es posible. No puedo hacer mucho más que proyectar estas películas, pero no tengo con qué curar a las internas. Por mi cuenta consigo muestras médicas y una que otra donación que llega. Aquí hay una concepción paternalista. Les gusta que los fondos vengan a través de donaciones y no pedir nada al Estado. Tenga los *diazepán* que le requisaron cuando llegó. Parece una persona sensata. Si cuando sale puede hacer algo por cambiar esta situación, le estaremos agradecidas.

*Donaciones, claro. De inmediato recuerdo a la viejita que me hizo llamar al día siguiente de haber llegado aquí. No me importa por qué te han traído aquí, me ha dicho esta anciana con mirada bondadosa y ropa muy fina. Yo quería aclararle que soy comunista, claro, sobre todo para desafiar su porte aristocrático. Pero no me dejó. Todas son como mis hijas, y las quiero igual. Hago lo que puedo por mejorar la cárcel. Y no le pido nada al Estado. Prefiero solicitarlo a las personas de buena voluntad. Como mis amigas del «Entre nous» que hacen actividades para obras de bien social. ¿Por qué no hacen reparar las bombas de agua?, le inquiero. Poco a poco, me dice. Ya hicimos la guardería para los niños, después los mayores. Dios nos seguirá ayudando. Cómo le voy a gritar, me digo, si tiene cara de santa...*

Otro día al salón de actos. El tema: las drogas. Y otra película alemana, con jóvenes rubios drogándose con LSD, heroína y marihuana. Y una voz en *off* que explica los efectos de estas sustancias en el organismo. Pobre doctora, pienso. Qué le puedo criticar. Más bien trataré de ayudar en algo en el momento de las explicaciones, al final. Bueno, dice la doctora, quisiera sus opiniones. Algunas internas piden la palabra. Las drogas hacen daño, dice una. Son malas para el cuerpo y el alma, dice otra. Malogran la familia, una tercera. De pronto, de entre el grupo de internas por narcotráfico se levanta una mano muy blanca. Es la secretaria acusada de asesinar al empresario. Bueno, dice vocalizando cada palabra y con tono magistral, siendo esta película alemana, hay que tomar en consideración que en el Perú el principal problema de drogadicción se encuentra en la sierra, donde muchos indígenas se drogan masticando la coca, que es una de las drogas más nocivas en el mundo...

Salto como una fiera. Aún no ha terminado de hablar y yo me quedo con la mano levantada para asegurarme de que la doctora me ha visto. Esta mujer no sólo es privilegiada, sino también déspota... e ignorante. Hace tiempo que buscaba una ocasión como esta. Felizmente la doctora me dio la palabra. Siento que la sangre hierve en mi cara. Tomo aire y comienzo a hablar. En primer lugar, digo, no hay que confundir la coca con la cocaína. En segundo lugar, los *campesinos*, esas personas que cultivan la tierra para que en «la costa» cada uno de nosotros podamos comer, *chacchan* la coca como sustituto energético para poder trabajar mejor, debido a que, condenados a la pobreza por este sistema capitalista, no pueden tener una alimentación adecuada. En tercer lugar, el problema de la drogadicción en sociedades

avanzadas no hace sino expresar la descomposición de esas sociedades que no pueden brindar ninguna esperanza a su juventud, que vive en el hastío buscando emociones vacías. Y en cuarto lugar, la coca es un símbolo cultural muy antiguo, desde nuestros antepasados, de los cuales nos sentimos orgullosos, que no tiene nada que ver con el narcotráfico, que es un crimen.

Le mujer me mira con odio mientras hablo. La corte de amigas que le rodean –en su mayoría acusadas de narcotráfico– no saben dónde poner los ojos. Una salva de aplausos me hace sentir, una vez más, que no estoy sola en esta cárcel, que no tengo nada que temer. Y una vez más me siento que el estar del lado de los pobres, de los humillados, me resguarda...

## EL SALÓN DE ACTOS

1973. DESDE LOS DÍAS en que compartí el pabellón de «comunes», no he salido. Una noche, cuando ya todas estábamos en nuestras celdas, fui sacada con todas mis cosas y conducida a una oficina: colchón nuevo, baño para mí sola, y hasta sábanas. Mañana protestaré porque no me gustan los privilegios. Pero no tuve oportunidad. Usted es política, no tiene por qué mezclarse con las comunes, me dijeron. Pero lo que callaron fue que permanecería encerrada. No salí al patio ni al taller ni a nada. Por qué te quejas si aquí estás mejor, me dice la empleada que me trajo el desayuno. Quiero ver a la directora. A eso de las once siento unos golpes en la ventana. Es una de las jefas del penal. Una mujer baja y regordeta a quien una vez, espantada, observé golpeando a su hijo contra la pared para que cese de llorar. Otras dos reclusas vigilan, tras de ella. Flaca, acabamos de tener una asamblea. Seguro que te han encerrado por protestar. Así que hemos decidido que, si tú quieres, la cosa se mueve para que te saquen de aquí. Todas las delegadas están de acuerdo, flaca. ¿Un motín? pregunto. Bueno, así se llama pues, me responde. La pena por motín es de doce años –pensé rápidamente– y todavía ni siquiera estoy sentenciada... Además, no sé qué es lo que está sucediendo. Gracias, le dije. Por favor diga a todas que les agradezco, pero creo que no será necesario, voy a tratar de arreglarlo. Muchas gracias de todas maneras. Avisas nomás, flaca. Y, sin sonreír, puso la palma de su mano en la ventana, y yo puse la mía contra la suya a través del vidrio.

A la semana llega Françoise, la anarquista francesa, con Puquio su pequeño hijo de dos años. También llega Crysa, la dirigente popular provinciana, con quien había compartido algunos días en Seguridad del Estado. Ya no estaré sola. Nos han ubicado en lo que alguna vez fue un salón de clase. El amplio ventanal ha sido cubierto con cartones que no impiden que el aire helado se filtre. El techo luce gris, totalmente cubierto por zancudos: nuestro primer día juntas es de catarsis, en una guerra –literalmente– a muerte contra estos insectos.

Como el encierro es la constante, salvo eventuales media-horas en el patio, hemos organizado nuestras vidas. Decidimos estudiar *La ideología alemana*. Y discutimos hasta las dos o tres de la mañana (en realidad Françoise y yo discutimos y Crysa escucha y pregunta). No quieren que nos mezclemos con el resto de las reclusas, así que nos traen el desayuno aquí mismo. Sólo tomamos el pan, pues la gente del SUTEP trae a Crysa cantidades enormes de víveres: parte del entretenimiento matinal es decidir entre las diversas clases de quesos, mermeladas o embutidos recibidos el día de visita. Luego, un poco de ejercicios para soportar el agua helada de la ducha. La rutina es arreglar el cuarto, vestir a Puquio y leer un poco. Con la guitarra que Mingo me ha traído canto en las tardes, y en las noches el niño se duerme escuchándome parafrasear a Atahualpa Yupanqui (*Duerme, duerme el Puquio/ que la mama está mirando*). Crysa y yo enseñamos a Françoise a jugar «mundo». Y ésta y yo intercambiamos clases de inglés y de francés.

Nos han informado que vendrán los cadetes de la Fuerza Aérea. La Directora llamó a nuestra puerta para anunciarnos que ese día acudiríamos al salón de actos, como signo de buena voluntad. Apenas sale, Françoise me mira con picardía y ambas preguntamos a Crysa si sabe la letra de La Internacional. Crysa ni siquiera conocía la existencia de este himno. Entonces, decidimos ensayar hasta la hora de la actuación para que ella pueda memorizar por lo menos las dos primeras estrofas.

Llega la hora. Nos llevan al salón de actos. Las amigas que compartieron conmigo los diez primeros días de cárcel en el pabellón de «comunes» me pasan la voz, algunas de ellas me abrazan. Comienza la actuación.

*1963. Es el aniversario de las franciscanas de la Inmaculada Concepción, que dirige el colegio, y en Lima se reunirán delegaciones de todo el país. Como era de esperarse, estoy incluida. Las monjas tienen varios locales en Lima: dos o tres colegios, una Escuela Normal, el reformatorio de niñas, algunos conventos y la cárcel de mujeres. A la hora de repartir alojamientos resulta que a las delegaciones de Arequipa, Camaná y Jauja nos toca la cárcel, ubicada en Chorrillos, recién construida y apenas habitada. Jolgorio general pues se avizora toda una aventura.*

*Nos habíamos imaginado que una cárcel debería ser oscura, sucia, con paredes sin pintar. Pero ésta no es así. Las monjas que la regentan la tienen limpia y con jardines, y se ve bien a pesar de que en esta ciudad no hay sol a ninguna hora del día. Tal vez tiene que ver el hecho de que hay pocas reclusas, creo que unas cincuenta. Nos reúnen en un enorme y flamante salón de clases para darnos el programa de actividades: reunión con la madre general, encuentros con estudiantes de todo el país, misas y procesiones. También algunos paseos por Lima. Decidimos divertirnos un poco y comenzamos a explorar por todo el local. No nos dejan entrar al único pabellón donde hay reclusas. Pero sí hemos organizado una actuación en el salón de actos de la cárcel, que tiene un enorme proscenio. Dos chicas de Camaná cantaron; una arequipeña bailó un pasodoble. Y nosotros, por dar la contra y pese a que por lo menos cuatro de nuestra delegación estudiamos danza española, bailamos un huayno y un huaylas. Aunque también me lancé al piano y, aunque el «Para Elisa» no me salió –no sé por qué razones– terminé tocando «Uno», aquel tango preferido de mis padres.*

Los cadetes han llevado orquesta y cantantes propios. En realidad tocan bastante bien, y la alegría va invadiendo el ambiente al ritmo de guarachas. Luego piden que las reclusas que tengan habilidades artísticas suban al proscenio. La primera fue Yolanda. Subió enfundada en un pantalón y una chompa apretadísimos –diferentes de su fina vestimenta sport de los días de visita– y cantó una samba argentina con gran habilidad. Después algunas reclusas cantaron vales. Todas recibieron de manos de los adolescentes uniformados un jabón de ínfima calidad o un peine. Luego decidimos subir nosotros. Me acerco al micrófono y –a nombre de las tres– dedico la canción a los que sufren prisión porque «la sociedad capitalista les ha conducido al delito».

«Arriiiba los pobres del muuuundo/ de pieeee los esclavos sin paaan...». El silencio invade el salón, otorgando cierta solemnidad a nuestro canto. La Directora se pone de pie y busca con la mirada a los policías. En unos segundos, tal vez diez o veinte, la gente comienza a aplaudir cada frase que entonamos con el puño en alto. Los muchachitos de la FAP nos miran espantados pero no atinan a hacer nada. Tampoco la Directora. Cuando terminamos hay un estruendo de aplausos. E incluso dos o tres flash de una cámara fotográfica. Es el investigador de guardia (¿incluirá esta foto en nuestros respectivos expedientes?). Nos quedamos paradas para esperar los regalos. Crysa devolvió su jabón en silencio; Françoise una cajita con un peine: «No recibo nada de los asesinos de Lobatón», dijo, acercándose al micrófono. Finalmente yo musité un «No quiero nada de los enemigos del pueblo». A la hora que bajamos del proscenio,

en medio de un estruendo de aplausos, uno de los muchachitos rubios nos dice desde su uniforme azul: «Yo no he matado a nadie en mi vida». En el camino de regreso a nuestros asientos, una mano firme aprieta mi brazo: es una de las jefas de las reclusas: «¡Te pasaste, flaca!»

La fiesta termina con baile general. Al ritmo de la orquesta, los cadetes se disputan a Yolanda y su pequeña corte conformada por mujeres blancas y con cabelleras rojizas. Bailan al estilo de los cincuenta, chic-to-chic. La orquesta toca *Teresa/ cuando te pones esa rosa/ en la boca...*, y es imposible no percibir la lujuria. Decidimos divertirnos un poco. Comenzamos a bailar y a sacar a bailar a las más feas y marginadas, a las ancianas harapientas, a las jóvenes carteristas negras, a las quechua-hablantes. Las jefas de bandas nos siguen y así se va incorporando todo el mundo. Formamos una ronda que fue creciendo hasta abarcar todo el salón. Las bancas siguen retrocediendo vacías. Muchas parejas saltan al centro, una tras de otra, incluyendo a lesbianas con sus parejas, a ancianas, a jóvenes mulatas. En los rincones quedan los cadetes con Yolanda y su gente, casi sin espacio para moverse. Hemos bailado, incansablemente, hasta las 8 de la noche, creo. Entonces nos regresan a nuestro encierro. La Directora nos dice que será la última vez que nos sacan, que hemos abusado de su condescendencia. Pero al abandonar el salón de actos, sudorosas, relajadas y sonrientes, sentimos que tenemos un poco más de esperanza, un poquito de fuerza para soportar juntas las ausencias, las esperas, los silencios y los quizás.

## DE CHORRILLOS AL JOCKEY CLUB

YA ME ESTOY CANSANDO DE JUGAR. Un tipo sigue todos mis pasos. Me he dedicado a visitar a todos mis parientes. Y también todas las librerías. Los tipos que me siguen son diferentes cada día. Me entretengo haciendo que me pierdan de vista. Simulo que subiré a un ómnibus y no subo. O a la inversa. Hoy me tocó uno que se sentó junto a mí en el ómnibus y se puso a leer volantes sindicales y estudiantiles, todos mezclados, me imagino que esperando que yo le busque la conversación. Como si fuera tonta. Casi todas las tardes me voy a ver librerías. Así que por lo menos se están culturizando: ¡los llevé hasta a la librería de las monjas paulinas!

Felizmente tengo amigos maravillosos. Aunque no puedo ver a todos para no «quemarlos». Por ejemplo, me gustaría visitar a Fina y agradecerle pues en cuanto me arrestaron voló a mi casa y la «limpió»; parece mentira que hayan pasado tantos años desde cuando nos conocimos en Letras, y que sigamos siendo tan amigas, pese a que nunca compartimos militancias ni nada: ella es más cristiana que marxista, y creo que mis ideas trotskistas siempre le han parecido un poco locas. Como muchas otras personas, sin intentar entenderme, está presente en los momentos difíciles, silenciosa en los fáciles.

Cuando llego a su casa, los gordos Moreyra no hacen sino poner un plato más en su mesa. Y también está Olenka, que incluso recibe las cartas que nos escriben de Inglaterra. Aunque a veces meto la pata con toda esta gente que me quiere y me ayuda. Hoy vino Minnie con una blusa de regalo. Espero que la uses, me dijo. Y yo le dije que era un poco pituca para mí, que prefería las cosas sencillas, tipo hindú. Y se la devolví pidiéndole que la cambie por otra. Después me arrepentí, aunque creo que como ella, muchos todavía no logran entender cómo soy, y siempre necesito estar reafirmandome.

He ido a muchos sitios. Incluso a Induperú, a agradecer a la gente. Pero todos están un poco asustados. La tercera vez que fui, el vigilante me pidió disculpas. No puedo dejarla entrar, señorita, usted sabe que yo la estimo mucho, pero son las órdenes que me han dado. Usted sabe que daría cualquier cosa por no hacerle esto. Usted me va a perdonar, señorita Maruja. Bueno, es casi una satisfacción que el gerente-general-yerno-del-presidente por fin se haya puesto beligerante conmigo. Durante mi visita anterior me mandó llamar. Yo también quise ser guerrillero, me dijo, quise estar en el monte. No le respondí: para qué voy a perder el tiempo explicándole que yo no quiero ser guerrillera sino ayudar a preparar la enorme insurrección que de seguro los obreros y los campesinos del Perú harán en algún momento.

También fui a mi ex-Facultad. Cuando cruzo por Arte me encuentro con aquella pintora-actriz que conocí en casa de José. Vengan, llama presurosa a sus amigas. Es ella, la chica de quien les hablé, la que estuvo en la cárcel. Su dos amigas me miran como a un fenómeno en el circo: de arriba hacia abajo, como si pudiera tener algo especial. Y parece que se sienten frustradas, no sé qué esperaban ver. En fin, las cosas que hay que aguantar por los amigos.

Ya han pasado varios meses. Parece que se cansaron de seguirme. Tengo que rehacer mi vida, buscar trabajo. Me pregunto si lo conseguiré luego de que sólo pudimos lograr una libertad provisional y carezco del «certificado de antecedentes». El juicio sigue estancado. Supuestamente tengo que ir a firmar cada mes al despacho del juez militar. Al principio fui,



pero después ya no. No pasó nada. O tal vez me buscaron en la casa donde antes vivía, pues nos hemos mudado.

*Pensé que iba a estar frente a algo así como a un Consejo de Guerra. Pero el juicio es en la Zona de Policía. Al entrar, mis anteojos y el sacón nuevo que mi madre me envió para que en la audiencia pareciera «decente» engañaron a los policías: dieron un empujón a mi bella abogada, y me hicieron pasar, invirtiendo los papeles. Conteniendo la risa tuve que decir que la reclusa era yo para evitar que continúen maltratándola. En el pasadizo me crucé con varios conocidos, pero no saludé a nadie para mantener la coartada.*

*Bueno, me dice el comandante-juez, vamos a dejarnos de cojudeces. Usted es parte de una organización subversiva, sí o no. No, respondo. Aquí no estamos jugando, señorita, me grita. Al rato, realmente harto de mi cinismo, se va. Viene otro oficial. Yo terminaré el interrogatorio, nos dice, el juez está ocupado con los otros. Es un abogado asimilado, así que es más racional. Hasta bondadoso. Cuando me ve vacilar ante una pregunta, se va a la puerta para que yo pueda hablar con mi abogada. Pero no hubo mayor complicación, lamentablemente ellos ya sabían muchas cosas, y casi no tenían mayor curiosidad por resolver.*

*Mientras esperamos que terminen los interrogatorios, uno de los abogados se sienta a mi lado. Avisa a tus camaradas, me dice, hay rumores de que habrá nuevas deportaciones. A ustedes los pueden enviar a cualquier parte, que en todo lado hay trotskistas, pero –prosigue, para mi asombro– de seguro no van a querer enviarme a Albania...*

Estoy deprimida. Desde hace cuatro años mi vida ha transcurrido entre reuniones, volanteo a las 6 de la mañana, piquetes de huelga, estudio, documentos, máquinas de escribir, mimeógrafos e imprentas. No me acostumbro a levantarme tarde y disponer de tantas horas al día. Comienzan las jaquecas... pero por falta de actividad. Envío cartas al Comité Político, busco a uno y otro camarada para que me conecte. Pero me fallan a todas las citas y recibo mensajes equívocos. Pasan los meses y cada vez las noticias son más escasas.

Hasta que un día recibo un mensaje para una cita. Al llegar, me espera una persona vestida con un impermeable y con sombrero. Con dificultad reconozco al camarada aquel que me reconoció en la buhardilla de Seguridad del Estado. Perdóname Tania. Sólo quería decirte que nunca dejaré de arrepentirme de lo que hice. Perdóname, me dice con una voz ahogada. Claro, le digo, no te preocupes. Todo está bien. Y, como ese nefasto día, nuevamente quisiera consolarlo, y llorar con él. Pero cómo voy a llorar ahora. Si ya estoy libre, aunque sea con esta libertad provisional que logramos.

El dinero producto de la colecta que realizaron mis amigos de Induperú ya se me ha agotado y debo trabajar. Se me ocurre ir al Ministerio de Trabajo a ver qué puedo encontrar. Me tomaron un examen y vieron mis papeles. Felizmente que en Induperú me hicieron un certificado bonito, como lo exigió mi ex-jefe. Y tengo otros papeles de pequeños cachuelos en la Universidad. El examen fue de lo más tonto: mecanografía... y ortografía. Allí me entero de que escribo más de 100 palabras por minuto. Luego un examen de inglés: *Do you speak and write English?*, y yo no sé por qué contesto a la señora que toma el examen: *Comme çì, comme ça, madame*. A la segunda pregunta ya no me quiso tomar más. A los tres días me llegó una

cita para presentarme nada menos que en el Jockey Club. Quién iba a imaginarlo: mi padre jugaba «la polla», y como todos los otros juegos, detesté este afán de enriquecimiento súbito; las pocas veces que tuvo éxito, éste no duró mucho, pues lo ganado fue de inmediato perdido: ganaba en la polla y perdía en el *craps*, o viceversa.

Pero, me digo, vamos a ver de qué se trata. Tomo un taxi y me dirijo a las oficinas del Jockey Club adyacentes al hipódromo. Al presentarme, resulta que el cargo era para secretaria del Presidente, nada menos que... un general.

El sueldo es bueno, para mis urgencias económicas. Me pregunto si será ético trabajar en este lugar espantoso. Pero no tengo muchas alternativas y sí muchas necesidades. Una señora me muestra los muebles antiguos para que yo escoja tal vez algún escritorio del siglo XIX o cosas así. Pido un escritorio moderno, y una máquina eléctrica. De inmediato mandaron comprar una IBM ejecutiva, idéntica a la que tenía en Induperú.

Los trabajadores me miran con curiosidad y con mucho recelo. La secretaria del Secretario General —una señora joven que usa vestidos debajo de la rodilla en estos tiempos de minifalda— me habla con brusquedad y no entiendo qué pasa. Bueno, no es la primera vez que me sucede al principio. Y me dispongo a trabajar hasta que encuentre otra cosa mejor. El horario es cómodo: hasta las dos de la tarde y hay movilidad que me deja y me recoge. Tengo la tarde libre, así que tendré tiempo para buscar otro empleo mejor.

El gerente es un tipo meloso que desde el primer día comienza a lanzar insinuaciones sobre lo bien que le caigo al general. Me produce náuseas y rápidamente lo mando al diablo. Cuando la señora de la falda larga se entera de esto y de que entré a trabajar vía Ministerio de Trabajo, hace migas conmigo y me dice que tenga cuidado.

La gente que trabaja aquí sólo habla de carreras de caballos, de studs, de horarios y de apuestas. Me siento absolutamente extraña, y me asombro de mi propia resistencia. En unas semanas habrá una carrera internacional y todos hablan de «Santorín». Cada día me parecen más estúpidos. Comienzan a insistir en que vaya al hipódromo para que entienda lo maravilloso de la hípica.

El día esperado de la carrera, «Santorín» gana. Todos felices me muestran los periódicos con las noticias sobre el éxito obtenido. En *El Comercio* la noticia ha merecido incluso una foto en primera plana. En el extremo inferior de la página, un accidente en Jauja.

*Tres jóvenes murieron en una carrera loca, en la entrada a Jauja. Uno de ellos es Lucho Ramírez, uno de los patas-de-Judas más tiernos que he conocido, amigo, hermano mío, pareja de traídas de monte, confidente de mis años adolescentes. ¿Qué me importa Santorín, ni toda esta mierda? Lucho querido, hace años que no te veo, que no sé de ti. No pudimos seguir compartiendo: yo me vine a Lima y me convertí en izquierdista desarraigada, tú te quedaste para seguir disfrutando de tu juventud, disfrutando hasta la muerte...*

Cumplo con mi trabajo lo mejor que puedo: propongo una reorganización del archivo general y también un organigrama y un manual de funciones, buscando que la gente se sienta más cómoda. El general está encantado con mi trabajo. Es un tipo alto, viejo, colorado y... fascista. Estalla una huelga de los varios sindicatos de los trabajadores. El general me encarga llamar a

la prefectura. Allí sí sentí escrúpulos. No se me ocurrió otra cosa que insistir en que los teléfonos estaban ocupados. Me mira con incredulidad y hace él mismo las llamadas. Felizmente por razones que desconozco no llega a conseguir la dotación policial para disolver los piquetes. Me alegro y lo comento con los empleados de la oficina. Todos se matan de risa porque, a la vez, son testigos del asedio del gerente.

Tuve un cierto desvanecimiento, debido a la depresión que me causa la falta de respuesta del Partido frente a mis reiteradas solicitudes de reingreso, luego de las «vacaciones» en la cárcel de Chorrillos. Me traen un vasito de vino. Justamente ayer el general me había propuesto un viaje a Chile. Respondí indignada y sus disculpas ridículas me ofendieron todavía más. Los empleados se enteran y se difunde la historia de que debido a la propuesta del viaje me desmayé de la indignación. Aunque aclaré que no soy tan frágil, el chisme voló como vuelan todos los chismes: aumentando su tamaño. Y al día siguiente, siento que los hielos grandes y pequeños se han derretido: todo el mundo me saluda con cariño.

*Trabajé tres meses y una semana: lo suficiente para cobrar una indemnización y la gratificación de Navidad. No estuvo mal pues casi doblé mi sueldo. Y jamás pisé el hipódromo. Seis años después, un 24 de junio, para mi vergüenza, la dictadura militar de Morales Bermúdez nos amnistió.*

## ¡MAMITA, LOS CHILENOS!

1974. TIENE DIECINUEVE AÑOS pero su expresión de niña la hace parecer menor. No sé ni cómo hemos podido salir, me dice. Ella y su compañero tienen nombres rusos, tradición en los viejos miembros del Partido Comunista Chileno. Ambos militan en la Juventud Comunista desde la secundaria. Él terminó sus estudios de odontología, y ella apenas había comenzado los de medicina.

No quieren ir a la casa que los refugiados chilenos tienen en el Paseo Colón. Hay muchos que aprovecharon la represión para migrar porque la situación económica era difícil. Además, siempre la gente está preguntando por lo que nos pasó. Y yo no quiero recordar, dice Miluska. Sólo quiero olvidarlo. Lo que te cuenten es poco, me dice. Y la comprendo mejor un día que al llegar a su casa siento sus gritos de dolor cuando su compañero la cura amorosamente. Casi todas las noches sueño con esas madrugadas en la DINA, de donde no sabías si saldrías alguna vez. Sí, agrega Aliosha, a veces se despierta llorando, sin poder creer que ya terminó...

Son stalinistas, me digo. Pero qué me importa. Total, si no estoy en el partido por lo menos ayudaré en algo a estos compañeros, es lo menos que puedo hacer. Los gordos Moreyra, que también estaban alejados del partido, no dudaron en acogerlos. Luego de algunos meses, Irene les da su casa de Chaclacayo.

*Cuántas veces llegué a su cálido departamento. Había vivido un año con Irene, en aquel lejano 1967, cuando todavía estaba en Letras. A veces cuidé al pequeño que tuvo por amor. Y nos hicimos muy amigas.*

*¿Puedo quedarme a dormir? Claro, Maru, estás en tu casa. Esta frase de cortesía tenía un contenido. Sin preguntas, brindándome un lugar en su casa y un plato de comida caliente, a veces hasta comprando el periódico del Partido. Iban pasando los años, y al tiempo que me acogía a su hospitalidad, vi crecer a Mike, hasta hallarlo un día estudiando Derecho. Una mujer valiente. Lo único que me pidió una vez fue un libro: «La Teología de la Liberación»...*

*Buscar refugio es parte normal de la vida militante. Estamos en permanente enfrentamiento con el Estado. Y más vale prevenir que lamentar. Incluso ahora que no estoy en el partido, tuve que mudarme. El Negro me consiguió un departamento al cual sólo tuve que llevar sábanas y mi ropa. Hasta un radio me puso. Queda cerca a la casa de Zoili así que allí desayuno y de paso veo a los bebés. Y no dejé que él me acompañara, no sé por qué insiste tanto en eso.*

*A veces voy a dormir a la casa de mi tía, aunque mis primos no comparten mis ideas. La casa de mi abuela en Jauja –donde ella vivía– era para nosotros una especie de casa alterna. O donde el gordo Gabriel. Fue militante del Partido, hoy un colaborador. En su casa me siento muy cómoda, pues él y su compañera son amigos míos desde los tiempos de VR. A veces siento como que me han adoptado. Como él es médico, cuida mi salud. Cuando me quedo a dormir en su casa preparan comida sólo para mí. Y hasta me regalan ropa. Al gordo le gusta*

*conversar de política y cantar aunque, como llego al filo de la medianoche, no son muchas las ocasiones de relajo, y eso me apena.*

*Abril de 1973. Arica es feo. Sólo me gustó la playa. Y la librería. La situación económica bajo el gobierno de Allende ha causado una devaluación de su moneda, así que nuestros soles crecen y compramos decenas de libros. Todo es muy barato. Al percibir nuestro acento peruano, en las calles nos ofrecen diverso tipo de mercancías a precios baratísimos. Evidentemente hay escasez, por ejemplo de fósforos. Los precios de mercado negro son la décima parte que los precios oficiales del Perú. Pero nosotros sólo queremos libros. En la única librería grande que encontramos abierta nos sorprende la amabilidad del dueño. Estoy vendiendo libros escolares, nos dice, así que todo lo demás está adentro. Pero si quieren, dejen aquí sus mochilas y pueden buscar. Nos introduce a la trastienda donde estanterías y pilas de libros se confunden. Hay muchos libros mexicanos y argentinos. Para mi sorpresa encuentro los dos volúmenes de la *Historia de la revolución rusa* de Trotsky, editada en Chile, por Quimantú, pese a que el gobierno de Allende tiene fuerte presencia stalinista. También unos *Escritos económicos* de Marx, y los *Gründrisse* editados por Siglo XXI, que jamás hubiera podido comprar a precios de Lima.*

*Elijo varios libros de Neruda, uno de Nicanor Parra, en fin, unos cuarenta libros en total. El librero nos recibe el dinero con una combinación de alegría y tristeza. Y yo siento que quisiera ayudar más a este pueblo que es capaz de tener libros tan baratos.*

*11 de setiembre de 1973. He corrido a la farmacia en busca de un teléfono, porque tengo que hablar con alguien. Sin partido y casi sin amigos, sólo se me ocurre llamar a Zoili. Un golpe militar en Chile. Cuando creíamos que por allí se abría la esperanza. Cuántas veces he repetido con los Quilapayún «¡No/ no/ no nos moverán!», o Violeta me ha hecho derramar lágrimas con la tierna música de este pueblo, tan alegre.*

*Cuando era niña y se percibía algún peligro, era común escuchar: «Mamita, ¡los chilenos!». Y el tío Juanito nos contaba cómo las tropas chilenas saquearon casas e iglesias en Concepción, y el heroísmo de Cáceres y su gente. Qué ajena me parece ahora esta historia. Y qué ridícula una guerra donde los soldados de los dos ejércitos se parecían tanto entre ellos. Más bien la historia de Santa María de Iquique me parece tan similar a la masacre de Malpaso. Si somos los mismos, somos América Latina. Los obreros son obreros en todas partes, y los explotadores tampoco tienen patria...*

*Por eso este golpe me duele. Y digo a Zoili entre sollozos que acabo de escuchar la noticia. Dicen que Allende se atrincheró en el Palacio de la Moneda. Hasta hace poco lo hemos estado criticando porque no es marxista. Y principalmente porque desarmó a los cordones industriales. De hecho, si la clase obrera hubiera mantenido las armas, los fascistas no hubieran hecho tan fácilmente lo que hicieron. Pero contra lo que me dice mi razón, me siento solidaria incluso con él y con la gente del Partido Socialista, aunque sean reformistas.*

*Luego en casa me pongo a pensar de quién será la culpa. De hecho los stalinistas estaban en el poder y no quisieron llevar el proceso hasta el final. Además, ellos que se reclaman herederos de la Revolución de Octubre, han hecho todo lo posible para que no haya*

*otra revolución: en Chile no fue diferente. Y sigo llorando, sintiendo nuevamente el sabor de la impotencia.*

## UNA REVISTA PARA TODA LA IZQUIERDA

ME SIENTO RARA haciendo una especie de «vida social». Después de varios años en Alemania, José no sólo ha quedado pegado a Hegel, sino que también añora esa comida fuerte. Así que nos ha invitado a comer *chucrut*. Me arrepiento luego de mi entusiasmo: la col roja y la carne de chanco no sólo no me gustan, sino que aceleran mi jaqueca. Antes de la comida nuestro amigo común, el «Super-Chang», nos había invitado a su casa, y un cariñoso trago de maracuyá inició el proceso de lucecitas y tensiones en la espalda que preceden a aquel dolor casi cotidiano.

Terminada la comida, nos fuimos a la casa de José. Somos un grupo pequeño: Lorena –la enamorada de José–, el «Super Chang» y yo. Hay cerveza que consumimos en abundancia. El licor acelera mis jaquecas y luego de un breve y alegre mareo, sólo hay dolor. Super-Chang ha caído sobre la alfombra de alpaca que José trajo de Arequipa. Lorena se fue al dormitorio, y duerme plácida y cómodamente sobre la cama. José y yo quedamos solos en la sala. Está totalmente borracho, con ganas de hacer confesiones.

Soy un pequeño burgués, y siempre seré un pequeño burgués –me mira todo lo fijamente que le permite su mirada miope y extraviada por la cantidad de tragos que tomó–; me gusta comprar discos de buena música, y tener lámparas bonitas, y tomar cerveza con mis amigos. Nunca podré ser un militante. Yo no soy como tú. No me gusta que me manden, ni que vigilen mi vida, ni tener horarios, ni nada de eso... Pero quiero hacer algo. ¡Tengo que hacer algo! Estoy asombrada. José nunca me ha negado su colaboración económica, ni su casa para las reuniones, y puntualmente compra *Comunismo*. Pero creía que lo hacía sólo porque somos amigos.

*Viéndolo así, con su vaso en la mano, recuerdo nuestro primer encuentro, recién creado Induperú. Estábamos todavía en el local del Ministerio de Industria. Cuando él llegó, todas las secretarías le pusieron el ojo. Pero él, sentado en su escritorio y con los ojos pegados a los papeles, no hablaba con nadie y parecía que no le incomodaba ese terrible ambiente donde se confundían decenas de voces y donde fue tan difícil trabajar, hasta para mí que –siendo secretaria– no tenía que pensar. Ellas decían que era «sobrado». Un buen día comenzó a dar vueltas alrededor de mi máquina de escribir, justamente cuando yo traducía un pronunciamiento del Comité Internacional. Se puso colorado y luego me invitó a almorzar. Así comenzó una grata amistad.*

*Después de eso, los Cuatrotablas y «Los caballos de los conquistadores», la ATIP, el intercambio de libros, las mutuas confidencias, su encuentro con Lorena, en fin. Ha pasado más de un año. Cuando fui detenida, por su cuenta contrató un abogado (cuya buena voluntad no fue suficiente y Barrantes se deshizo de él rápidamente). Luego, como muchos otros, tuvo que renunciar a Induperú por ser el amigo de una persona tan subversiva como yo. Recuerdo todo esto al verlo así, y me da cierta ternura. Es un hombre bueno. Muy joven y muy bueno. Tiene poco menos de treinta años, ingeniero agrónomo que fue a buscar un post-grado en Alemania, y si bien logró el cartón, también se enamoró de la filosofía, de Hegel y de Marx.*

¿Qué puedo hacer? Dime, dime qué hago. Tú eres revolucionaria, a ti te gustan las renunciadas. A mí no... ¡Ya sé! Voy a sacar una revista. Una revista para los obreros y la gente de las barriadas. Una revista de toda la izquierda, en la cual entren todos los partidos. También los trotskistas como tú. Tal vez a través de una revista todos se puedan unir y dejar de pelear. Así puedo ayudar al socialismo en el Perú. Tal vez no pueda hacer la revolución, pero puedo ayudar a que la gente escriba. Sí, sacaré una revista...

Al día siguiente, me telefona a mi casa, y me propone una conversación urgente. Encuentro un espacio entre mis actividades, y nos citamos en la esquina de Dueñas y la avenida Perú. Me recoge a la hora indicada y conversamos dentro de su auto. Ayer, en medio de la borrachera, ¿te dije algo de una revista? Asiento con la cabeza. ¿Qué te parece la idea? ¿sería posible algo así, una revista para toda la izquierda?, prosigue. Eres un iluso, algo así no funciona, porque los partidos querrán manejar la revista. No existe algo así como una posición independiente de la izquierda. Terminarán peleando más. Porque toda esa «izquierda» no son revolucionarios, sólo quieren reformar el Estado y el poder les gusta demasiado. Concilian con el enemigo y se pelean entre ellos. Será una olla de grillos, insisto. Tú eres demasiado sectaria. Pero creo que vale la pena la idea. Ya sé que a ustedes no les interesa, pero tal vez sí a otros. El problema es que no conozco gente para proponerle este proyecto. ¿Se te ocurren algunos nombres?

Es obvio que no me ha escuchado, y no quiere escucharme: está entusiasmado y alegre. Su usual parsimonia de pronto se ve quebrada por sus propias expectativas. Pienso rápidamente en gente honesta dentro de la izquierda, y que tenga cierta ilustración. Leoncio Bueno, le digo, pensando que siendo trotskista y poeta a la vez, algo podrá aportar. «¿A quién se puede entrevistar para el primer número?». Va demasiado rápido, pienso, pero sus preguntas contienen la exigencia que sólo da la confianza. Pienso en el gremio más combativo: la gente de la FETIMP, le digo, tal vez Barriga. Quizá también Víctor Cuadros, dirigente de los mineros. Y alguien de la CGTP para balancear, aunque estos stalinistas sólo dirán lo que le conviene al gobierno. Pero la CGTP es la CGTP. «¿Crees que a Damonte le interese?». Recuerdo claramente a Humberto Damonte, el editor de izquierda, cuya librería del jirón Camaná era lugar de visita obligada cuando transitaba por los medios universitarios... Sí, supongo que sí. Aunque no sé qué estará haciendo ahora, y si seguirá siendo de izquierda, le digo, con pesar, porque siento que estoy perdiendo un colaborador para la Liga. Y, como otras veces, siento ese cierto escrúpulo frente a gente candorosa que cree en una izquierda que terminará utilizando su trabajo para sus propios fines.

*La revista es lectura obligada para los activistas de izquierda, hasta para nosotros. Me parece mentira que ya hayan pasado dos años. Casi nunca nos vemos pues, mientras él lograba su sueño de sacar una revista, yo por fin he logrado reingresar al Partido.*

*No ha sido fácil. Hasta quise suicidarme. No he vuelto a ver a Turcios. Y me he enterado de que hay prohibiciones de hablar conmigo. Me han acusado de hacer un trabajo de fracción. Hasta han dicho que delaté. Varias veces he pensado que no vale la pena seguir viviendo si no es por la revolución, y que hay que poner fin a esto. Felizmente mis viejas camaradas –aquellos con quienes compartimos la militancia desde VR– me devuelven la esperanza en la vida y en el partido: además de camaradas, son mis amigos. El único que está*



*en el Comité Central y que podría pelear por mi caso es el Negro. No sé por qué no lo hace: tal vez por miedo.*

*Me habían mandado mensajes equívocos, citas vacías. Hasta me dijeron que no vaya a firmar a la Zona de Policía, y luego resulta que era la única que no lo hacía. Finalmente, a poco más de un año de mi salida de Chorrillos logré el reingreso. En mi última carta les recordaba que en mis cuatro años de militancia nunca había tenido siquiera una llamada de atención, que quería saber de qué me acusaban y que me dieran la oportunidad de defenderme. Finalmente, no sé si por cansancio o por qué, por fin recibí la comunicación de que regresaba pero... ¡como simpatizante! ¡qué increíble!*

*Aunque después de lo que soporté mientras estuve fuera, qué me importa estar de simpatizante. Comienzo a trabajar en un círculo que se ocupa del gremio de pescadores y el magisterio del Callao. No me gusta la gente que me ha tocado. El responsable es un camarada recontramiedoso y cuyo único mérito parece ser su amistad con «la dirección». También está Lucas, un tipo sabihondo y desagradable a quien le encanta el lenguaje y los temas groseros, casi tanto como armar intrigas. Cuando expulsaron a la fracción, él formaba parte de ella, también Marín, quien fue amigo mío y resultó un mitómano sin remedio; y además Mennen, nada menos que el delator.*

*Esta fracción me trajo muchos problemas. El Negro –que disfruta con los juegos de poder– estuvo en ese asunto por varios meses. Pero nuestro grupo era diferente. Aunque mi amistad con Marín condujo a equívocos. Él creyó que por ser amigo le toleraría todo. Quiso que yo hablara con Mennen. Cuando me negué dijeron que eso era moralismo cristiano. Reconocí mis escrúpulos, y aunque había tenido fe ciega en Marín y le había creído todo lo que me decía, finalmente rompimos, ruptura ayudada por una confusa aventura personal entre ambos.*

*Pero hasta Betsy había dudado de mí, y me acusaba de trabajar con la fracción. Finalmente, cuando iniciamos una lucha franca contra la dirección del Partido, se convenció finalmente de que yo no tenía nada en común con ellos. Nuestro grupo –que mayoritariamente viene de VR, es decir, los «viejos»– sí tomamos la cosa en serio: presentamos documentos alternativos para el II Comité Central. Y la fracción de Marín, Mennen y Lucas ya no está: han formado un nuevo partido.*

Cada vez veo menos a José: él metido en la revista y yo en el Partido. Pero ahora tengo que ir a verlo, pues en el postón de la última edición de su revista entre los redactores figura nada menos que «Mennen», el delator de varias decenas de camaradas en la represión de 1973 (cómo olvidar que creí que estaba drogado cuando dijo a la policía cuanta minucia recordaba sobre cada uno de nosotros). Aunque es una revista dominada por reformistas, pienso que los delatores son otra cosa. He escrito una carta y la llevo personalmente a José. Me escucha atento y no sale de su asombro. No lo puede creer. Creo que exageras, me dice. Le pido que consulte con quien fue nuestro abogado –hoy líder de la izquierda– que conoce la historia. Me cita para otro día. Y regreso. Hablé con el abogado y me dijo que había botado de una reunión a este individuo. Pero –continúa– es gente de una de las organizaciones que dirigen la revista. Y me dicen que si lo saco a él, sale también «Cocoliso», que es nuestro redactor estrella. No puedo hacer más. Sólo soy una voz, y la revista es de un frente, concluye con una voz sorda. Te lo

dije: te están utilizando. Los revolucionarios de verdad no perdonan a los delatores, le digo. Me mira en silencio sin saber qué decir, y me despide con un beso.

Mientras bajo las escaleras que conducen a la salida de la revista, me encuentro con uno de los dirigentes de ese partido, otrora compañero mío de la universidad. Sigues con tus resentimientos, me dice. Ya en la calle, pienso –con pena por José– que esta revista terminará mal. Que entre esta gente no hay sitio para las almas puras.

«LA ALTERNATIVA REVOLUCIONARIA»

*Conviene que cada palo aguante su vela.  
Yo aguantaré mi vela.  
Sería demasiado fácil olvidarme  
en qué misa he cantado y qué responso.*

Jorge Semprún

## «SIENTES EL DOLOR MÁS QUE LOS DEMÁS»

EL OLOR DEL ÓMNIBUS me ahoga. Y no hay un asiento disponible. Mi cuerpo tambalea. Un señor a mi costado me mira severo: debe pensar que he consumido alguna droga o licor. Por fin llego a la avenida La Marina. Pero cada paso es un martillo sobre mi cabeza. Casi no puedo ver, hasta la gris luz del invierno hiere mis ojos. Las tres cuadras que me separan de mi casa se me antojan kilómetros.

Al llegar, apenas si puedo subir las escaleras que conducen al segundo piso, a mi dormitorio. Betty vuela tras mío, cierra las persianas, y ordena a mis pequeños sobrinos que bajen al primer piso, para que yo pueda tener silencio y oscuridad. Pero ya es tarde: todo el lado derecho de mi cabeza está a punto de estallar: luces y dolor, náuseas y dolor, ya no siento los latidos de mi corazón, ni mi piel, el ojo de ese lado sale de su órbita empujado por miles de agujas que atraviesan mi cerebro, la lengua comienza a entumecerse. Cada sollozo es como si el cepo de dolor que rodea mi cabeza se ajustara un poco más. Una pequeña y fugaz luz me golpea: es la puerta que se abre y se cierra rápidamente; siento una mano que roza mi brazo con cariño. Pero hasta ese roce repercute en mi cabeza. Aquí están tus pastillas, Maru. Y agua. Gracias mamita, le digo. Sus susurros y los míos retumban en mis oídos como miles de gongs.

*¿Cómo hizo ella para entenderme, para aceptarme? Tal vez comenzó a hacerlo ese día que le encaré que ella tenía la culpa de que yo me hubiera vuelto comunista. ¿Acaso no me había machacado siempre que actuara de acuerdo con mi conciencia? Y tal vez pensando así también logró que los tres hermanos que compartimos con ella el mismo techo, y que somos totalmente diferentes, viviéramos en perfecta paz. Sí, yo sé lo que es la armonía. No sé cómo hizo, pero terminamos aceptándonos unos a otros y respetando nuestros modos de vivir.*

Tomo las pastillas. Intento echarme, pero hasta el contacto de mi vieja almohada de ceibo me resulta terrible. Sentada sobre la cama, con la cabeza entre las manos, decido escapar. Trato de concentrarme: va a pasar, como tuvo un principio tendrá un final. Me consuelo recordando que Zinoviev también pasó por lo mismo. Y, por lo menos hasta que se unió a Stalin, fue un gran revolucionario.

*Por qué sentiré tanto los dolores. El anteaño pasado me desmayé de dolor en Emergencia del Hospital del Empleado. Luego de la operación el médico me dijo que mi apéndice casi no tenía nada. Por qué, doctor, pregunté. Sólo levantó los hombros. Hice la misma pregunta al Chato. Es mi amigo y me dirá qué pasa conmigo, y aunque es pediatra siempre ha estado presto a ayudarme: cada vez que llevo a mis pequeños sobrinos a su consultorio, me sienta en la camilla, revisa mi boca y mis oídos, prueba mis reflejos, y revisa mi corazón y mis pulmones, aun cuando jamás se lo he pedido. Así como hay gente que nace alta o baja, gorda o flaca, tus nervios son de una determinada manera que sientes el dolor más que los demás, me dice. Y también el calor y el frío. Qué voy a hacer si me torturan, le pregunté. Te aguantas pues, Chola, qué otra cosa vas a hacer, me respondió.*

Tal vez esta jaqueca se deba a la reunión del Comité Central, que fue atroz. Los camaradas de Arequipa dijeron que mi visita había sido muy útil, y que les había servido para corregir muchas prácticas erradas. Sí, ciertamente. Cuando viajo a provincias, como que me libero: puedo trabajar bien, leer, abstraer, explicar, organizar. Durante los diez días que estuve allí hicimos una escuela de cuadros. Y otra con los camaradas de la Juventud Socialista. Estaba contentísima porque son casi veinte: sólo me extrañó que la mayoría de ellos fueran puneños, y que muchos tuvieran antecedentes maoístas. Fuimos a vender periódicos al Parque Industrial, y a Hunter, aquel pueblo joven donde tenemos un círculo de simpatizantes y un buen trabajo juvenil. También a visitar a compañeros solidarios, y logramos compromisos para que el Comité Regional tenga una pequeña economía independiente.

Conforme la reunión del CC avanza, los dos camaradas comienzan a mirarme asombrados. Porque allá me trataban con respeto, hasta con cierta deferencia. Y ven que aquí soy poco menos que el enemigo dentro de la dirección nacional. Y son obligados a pronunciarse, a decir claramente que la camarada Teresa representa a la pequeña burguesía. De la misma manera como el camarada Roca representa al sindicalismo. Ya no quiero recordar. Más bien puedo aprovechar para pensar cómo conseguir el dinero para financiar el próximo viaje a Londres... No..., tampoco quiero pensar en eso...

Me pregunto si la jaqueca habrá pasado, o si seguirá. Esperaré un poco más, no vaya a ser que todavía esté allí. Pero ya no quiero pensar en el partido. Mejor me imagino que estoy en Ocopa, pisando las hojas secas del sendero que lleva a nuestra casa de Álayo, y que sigo el curso del agua que entra al molino, y sale de él luego de haber movido sus enormes ruedas de piedra, para terminar en el río, a cuya orilla podría sentarme a mirar los pequeños peces romper el agua clara... Y, alguna vez en la vida, devolver a mi mami y a Betty tanto, tanto cariño y tolerancia. Si no fuera por ellas, no podría disfrutar de esta casa, del pan cotidiano, o de este silencio y esta oscuridad.

Me doy cuenta de que ya no lloro, y de que estoy echada, encogida sobre mi lado izquierdo, mi rostro cubierto con la sábana. El dolor profundo se fue. Pero mi corazón está como apagado, sin fuerzas, y los brazos y la espalda me duelen terriblemente: siento cada músculo, cada tendón. Y me parece que cualquier movimiento traerá nuevamente el dolor. No, ni siquiera abriré los ojos, no vaya a ser que llegue una luz y todo comience de nuevo. Sin moverme, doy la bienvenida al sueño.

## «MAÑANA HAY PARO»

18 DE JULIO DE 1977. Creo que por fin está terminando la reunión del Comité Ejecutivo. Estoy confundida y mareada. El Muerto inició la reunión imprecándome: ¿Alguna novedad, camarada Teresa? No ninguna, respondo. ¿Y no te parece importante que sabiendo que el camarada Sánchez está preparando su salida del Partido tú, en lugar de luchar políticamente para que no se vaya, estás intentando retenerlo con métodos que no tienen nada que ver con la lucha por una dirección revolucionaria? ¡No se te ocurrió mejor cosa que lavarle el pijama! Maldita sea, pienso para mis adentros, creí que nadie se había dado cuenta de que yo lo había hecho, aunque mis razones eran más bien pragmáticas: al arreglar nuestra cama en la mañana me di cuenta que el pijama estaba sucio y, aunque nunca lavo la ropa de Sánchez, no me gusta verlo así.

La reunión giró alrededor de la construcción de la dirección revolucionaria. Nuevamente la pequeña burguesía, dice el Muerto. Y nuevamente Teresa, representando esas fuerzas en el seno de esta dirección. Exige a todos y cada uno que se pronuncien claramente, y todos me condenan. Y yo veo que las horas pasan y pienso en la explicación que una vez más tendré que dar en mi célula por no asistir, ya que esta reunión que comenzó a las 8 de la mañana no termina y ya son las 4 de la tarde. Tal vez llegue a alguno de los puntos de emergencia, aunque demoraré mucho, desde San Juan hasta la avenida Argentina.

Estamos cansados pues todos comenzamos nuestro día antes de las 6 vendiendo *Comunismo* en las fábricas. Y quiero que esta tortura termine. Sí, todo Lima está lleno de volantes y carteles anunciando una gran lucha contra la dictadura militar. Pese a las citas de Lenin y de Healy sobre el materialismo dialéctico, sentimos que es más importante salir corriendo para ultimar las coordinaciones en nuestras respectivas zonas de trabajo. Pero el Muerto piensa que eso es "economicismo", y que si no se construye el Partido con verdaderos cuadros, derrotando a la pequeña burguesía infiltrada en la dirección, de nada sirve toda la gritería.

Humberto está sentado frente a mí y asiente a todo en silencio. Obrero de las Empresas Eléctricas, entrega al Partido más de la mitad de su salario. Las manos se le han comenzado a cuartear por razones que el médico dice que son nerviosas. Diez ventas de *Comunismo* al día y dieciocho los viernes, no le permiten estudiar, y el agotamiento lo vence a menudo.

A mi costado Roca, el empleado municipal que en cada reunión es el gran acusador o el gran acusado, con el ceño fruncido y ese nerviosismo que lo caracteriza. Fanático hasta en la censura y en la autoconfesión.

Disciplinado, el jefe de redacción de *Comunismo*, con su larga figura quiijotesca, prende un cigarrillo tras otro. Cada día está más flaco, pues el poco dinero que recibimos los "tiempo-completo" apenas si alcanza para comer una vez al día y financiar los diez o quince pasajes que requieren nuestras actividades. Pero él se fuma todo su salario. Sus dientes amarillentos contrastan con sus ojos verdiazules. De educación refinada, habla inglés y francés, y es uno de los grandes contribuyentes a la caja del Partido, pues su familia tiene tesoros interminables, que nosotros recibimos como una especie de "expropiación" justa. Usualmente vive en locales del Partido, se alimenta mal y sonrío muy poco.

El Negro, como siempre, fresco como una lechuga ("Zambo enigmático –le decía Pizarro– eres un gran pendejo"). No sé cómo hace para mantenerse cerca de las esferas del poder. En silencio, espera el final de la reunión calculando a quién apoyará y a quién golpeará. Extraño tipo. Cambia sus odios con gran facilidad. Pero escribe excelentes artículos y es de los pocos que realmente conoce de marxismo. Y de la historia de la IV Internacional. Excelente olfato político en el trabajo sindical. Los trabajadores lo reciben con afecto pues jamás rehúsa una cerveza. Puede volar a todas las alturas del materialismo dialéctico en las reuniones, pero siempre es capaz de aterrizar. "Por si acaso, mañana hay paro", nos recuerda cuando la reunión ya llegaba a su fin, mientras hurga en su nariz y juega con lo que de ahí saca. No puedo reprimir el asco. Tampoco puedo comprender cómo un tipo tan hábil en política tiene costumbres tan repugnantes. Felizmente no es verano, sino estaría hurgando entre los dedos de sus pies...

Como no somos muchos, en el Comité Regional de Lima se acuerda que quien no tiene base (los activistas, los dirigentes, los estudiantes) nos concentremos en San Juan de Miraflores. Hemos dormido todos en la casa de uno de los camaradas que vive en esa zona. En tres camas, cuatro personas en cada una, con las piernas colgando. A las 5 de la mañana estamos todos de pie, con nuestros volantes en la mano. Al salir a la avenida Pachacútec el espectáculo es grandioso: hay miles de personas gritando en grupos dispersos y varios cientos más bajan apresuradamente de Pamplona. Tratamos de no perdernos en la multitud. A las 7 todo el mundo se mira buscando una voz de mando. Parece que los centristas, con fuerte trabajo en esta zona, no han organizado nada. Y todos nos comienzan a mirar. Sólo se nos ocurre iniciar una marcha hacia el puente de Atocongo. La multitud comienza a gritar desordenadamente. Deben ser las 7 y media de la mañana. Es prácticamente imposible unificar las consignas pues no hay con quién coordinar.

A lo lejos vemos que se acerca un camión portatropas –un "gusano"– de la guardia de asalto. Está a unas cinco cuadras. Comenzamos a tensar fuerzas. Nuestro pequeño grupo está en las primeras filas de la marcha y comenzamos a pensar rápidamente en cómo enfrentar a la policía e impedir que haya algún disparo fatal contra la gente. De pronto vemos que el carro se detiene. Bajan los policías y comienzan a hacer maniobras extrañas. No pueden avanzar porque el motor del "gusano" parece haberse sumado al Paro Nacional: no quiere funcionar. La multitud se entusiasma y todos comenzamos a apretar el paso. Se van haciendo nítidas las figuras de los policías empujando el "gusano". Los niños se ponen por delante, muertos de risa. Y al acercarnos, el jefe del pequeño destacamento –su corta edad revela que es alférez o teniente– mira aterrorizado a la multitud y no opta más que por ordenar a los policías que saquen las armas y las tengan en ristre. Es un espectáculo increíble. Cada uno de ellos está con el arma en una mano, el escudo en la otra, y con los ojos en el cielo, sin mirar a nadie, más bien temblando porque no son más de treinta ante unas cinco o seis mil personas. No sabemos qué hacer ante una situación tan ridícula. "¡A cercarlos!", gritó alguien, así que en menos de veinte segundos están rodeados por los cuatro costados. Algunos adolescentes comienzan a traer troncos y hacer una especie de cerco a unos diez metros alrededor del "gusano". Decenas de niños se sientan en los troncos y comienzan a lanzar pequeñas piedrecillas a los policías que no atinan siquiera a bajar sus miradas literalmente perdidas en el cielo gris.

Luego de cuarenticinco minutos de burlas, la cosa se torna aburrida y decidimos seguir adelante. Dejamos a los niños a cargo del "gusano", y nos dirigimos al puente Atocongo. La marcha se había ido dispersando, y quedaban apenas unas mil personas. Grande fue nuestra

desilusión porque allí había habido un gran enfrentamiento en las primeras horas de la mañana. Ahora nos explicamos la ausencia de los centristas en la avenida Pachacútec. Bueno –dice la gente–, "fue un paseo". Todos retornan a sus casas. Y nosotros comenzamos a caminar hacia Lima, pues en la pista no hay ni una mosca que nos pueda llevar de regreso. En realidad ya es casi mediodía y recién comenzamos a sentir el cansancio. Pese a que es invierno, ni siquiera nos hemos dado cuenta de que el frío arrecia.



## CAMBIO DE VIDA

*OCTUBRE DE 1977. Te escribo a la volada. La cosa acá anda bien. La Huelga General Indefinida de la minería es todo un éxito, a pesar de todos los intentos por desbaratarla. Como sabrás, metalúrgicos y Área Ilo (SPCC) entraron el viernes pasado. Toquepala el lunes y la Refinería de Cobre (MP) el miércoles. El Paro es total. La represión sólo se ha hecho presente (hasta ayer) en Toquepala. Lo más grave de todo es la desaparición de Wilfredo. El 14 a las 11 a.m. se lo llevaron tiras de la casa de un pata y en todas partes niegan la detención. No sabemos absolutamente nada. Ya imaginarás como estoy. Lo peor es que desde hoy los despedidos no podemos estar a la luz, por la orden de detención oficial dictada, por lo de la Huelga actual.*

*Evaluamos que en Lima no se sabrá casi nada de lo que está pasando por el sur. Hay la intención de hacerlo pasar lo más desapercibido posible para evitar que la cosa prenda.*

*Allá van mis enanos, cuídenmelos mucho. Espero salir bien también de esta, y poder estar todos juntos para Navidad.*

Todavía me parece verla cuando recién se casó: diecinueve años dentro de un vestido de raso y un largo velo. Una gran fiesta en la casa de mi abuela. Su ama le trajo como regalo a los cocineros del hotel Huaychulo. Luego Lima y los niños, uno tras otro. Y ella comenzó a criarlos con amor. Y a contratar amas vestidas de impecable blanco para que los lleven a tomar aire al parque, mientras terminaba sus estudios de psicología. Pero era demasiado joven para saber lo que quería. Y la ilusión por el guapo novio se convirtió en el infierno cotidiano de las diferencias culturales. El matrimonio se deshizo y decidió liberarse, pese a los cinco niños, el mayor de los cuales tenía apenas diez años.

*Han estado siguiendo a los bebés. Para encontrarme a mí los esperan a la salida del colegio. Los han estado interrogando sin mucho disimulo. Y Claudia tiene apenas ocho años... Están muy asustados. He hablado con el director del colegio y él fue a buscar al general a su casa, y le sacó la promesa de suspender la vigilancia extrema. Con eso cesó la persecución a los niños. En Seguridad del Estado dicen que ellos no tienen nada que ver, que fue un mandato de la III Región Militar y que dada la presión recibida tuvieron que recurrir a utilizar a mis pericotes para sus fines...*

Entró a Mineroperú cuando yo salí de Induperú. Mi ex-jefe quiere ayudarme de algún modo. Y hace una notita para el general presidente de la empresa. Zoili da un examen y –no en vano fue el premio de excelencia en el colegio– es contratada de inmediato y con un sueldo mayor al que había solicitado. Se ubica rápidamente y con facilidad. Le dan un cargo en el Departamento de Personal. Allí conoce a los mineros, entre ellos al Secretario General del Sindicato de Cerro Verde. Un mulato simpático y buena gente, además de inteligente. Las entrevistas laborales se van transformando en afinidades políticas. Luego en amor. Así, en algunos meses encuentra una alternativa al matrimonio ya naufragado. Y la posibilidad de la vida que había soñado. El

mundo va cambiando de color. Y la cosa avanza volando. Bajo banderas rojas parte a provincias a construir el partido –que lamentablemente no es el mío– al cual ingresó alegremente del brazo de Wilfredo. A construir juntos una nueva vida para ellos, para los niños, para el país.

Viven en una casa mágica, tan mágica como su amor. El Partido me envió a Arequipa. Así que aproveché para estar un poco con ellos. Dormí en un segundo piso, donde sobre un colchón junto a otro duermen los niños. Wilfredo los acuesta con amor. Creo que hay pocas comodidades, pues es una casa antigua que ha sido habilitada para alquilar. Pero quién puede extrañar las comodidades, si junto a la casa hay una pradera cruzada por un riachuelo transparente, un puentecillo, todo rodeado de árboles, bajo el cielo azul.

*1978. No entiende que debe cuidarse. Con nueve meses de embarazo sale muy temprano y se queda hasta muy tarde con los mineros que han llegado en marcha a Lima. Felizmente la casa es grande y cuando tuvo que venirse a Lima para huir del asedio policial, ella y los cinco niños se pudieron acomodar perfectamente. Pero ahora vendrá el sexto. Y estoy preocupada, porque su embarazo es complicado. Uno de los dos corría peligro, le habían advertido, pues su organismo estaba muy maltratado y un embarazo no era recomendable. Pero una vez más, ella eligió el riesgo, ahora en homenaje al amor. En su partido están casi todos los médicos de izquierda que conozco, pero a ninguno de ellos parece importarle.*

*Al acercarse el día del parto, busco a dos médicos amigos de la Liga, que trabajan en el Hospital Loayza. No se necesita pagar, me dice Zapatón: el parto es gratuito por ley. No te preocupes Chola –agrega el gordo Gabriel– aunque no soy ginecólogo, yo estaré allí. Y el pequeño José Carlos nació pocos minutos después del 7 de octubre, el aniversario de Mariátegui. Wilfredo no pudo estar pues una huelga lo retenía en Arequipa. Sentada en la banca del pasadizo del hospital, me siento feliz de acompañar un evento que considero excepcional. Hubo seis médicos atendiéndola. En ninguna clínica hubiéramos logrado algo así...*

## SALIMOS A LA LEGALIDAD

1979. LA DICTADURA MILITAR anuncia que se irá. Por fin podremos sacar un periódico legal, y abrir un local. La legislación se ha suavizado muchísimo. Va a ser difícil salir de la clandestinidad a la que nos hemos acostumbrado. Tendremos que decidir quiénes serán los rostros públicos del partido. En el Secretariado decidimos que sean dos: Ríos, porque es el segundo en la línea de la dirección después del Jefe, y dirige el periódico. Y yo porque, además de ser dirigente, mucha gente me conoce, y tengo relaciones por mi antigua militancia política en VR. Además, ya fui amnistiada del juicio militar que pendía sobre mí desde 1973.

El periódico ya no se denominará *Comunismo*, es demasiado beligerante, y a veces aleja a la gente. Además, es conocido como periódico clandestino. Decidimos hacer un cambio suave, sin perder nuestra identidad internacionalista. *Prensa Obrera*. Y ya no *Liga Comunista*, sino *Liga Obrera Socialista* (LOS). Acordamos también inscribirnos en el Jurado Nacional de Elecciones, y salir firmemente hacia afuera, no perder la oportunidad de un amplio trabajo de masas.

Nos echamos a buscar un local público, adicional al local para oficina que continuará siendo clandestino. Como en anteriores oportunidades, el Negro encuentra lo adecuado: un pequeño departamentito de segundo piso en la avenida Colonial, a cinco cuadras de la Plaza Dos de Mayo. Mi nombre está en *Prensa Obrera*, y salió en algunos periódicos cuando fui la encargada de dar una conferencia de prensa anunciando la fundación de la LOS, así que también debo firmar el contrato de alquiler. Los dueños viven en el primer piso, una pareja ya mayor. Cuando dicto al señor mi nombre y apellidos, deja de escribir abruptamente. ¿Usted es de Jauja? pregunta, ¿es usted pariente de don Nicolás? Es mi abuelo, respondo. Entonces soy tu tío, hijita, me dice, permíteme que te tutee. Claro, digo. Yo soy de Huaripampa, soy sobrino de tu abuelito. Tú eres hija de Domingo, ¿no es cierto? No sé cómo reaccionar. Qué orgullo, hijita, continúa. Qué bueno que te guste trabajar por los pobres. Ahora tienes que bajar a verme de vez en cuando, hijita. Salgo de la casa con el contrato firmado, pero desconcertada. Una vez más Jauja, mi pasado, mi familia. Ni siquiera recordaba que mi abuelo tiene parientes en Huaripampa. Toda mi vida está dedicada a la revolución, pero una y otra vez, en ocasiones y lugares inesperados, mi corazón late frente a los recuerdos... Debo combatir esta nostalgia. Tenemos ahora muchas tareas. Poner este local en funcionamiento. Y comenzar con *Prensa Obrera*...

1980. *Qué maravilla tener un local para las reuniones. Sobre todo ahora que tenemos una responsabilidad tan grande: la campaña de «Seguridad y la IV Internacional» para desenmascarar a los falsos trotskistas, que concilian con la CIA y la GPU. Ha llegado un importante documento. Y, al igual que todas las secciones del Comité Internacional, cada militante debe firmar un compromiso con la campaña.*

*Votaremos punto por punto, dice el Jefe, para que cada uno tenga presente el compromiso que está asumiendo en la lucha contra el revisionismo y la GPU. Los veinticinco presentes guardamos silencio absoluto, respeto, casi reverencia. Es seguro que el documento ha sido redactado por el propio camarada Healy. En realidad la votación será una formalidad.*

*Lee el primer punto. ¡Los camaradas que estén de acuerdo! Veinticuatro manos se levantan con energía. El Jefe cuenta dos veces. ¿Hay alguien en contra? pregunta al observar que falta un voto. Sí, yo, responde Wanka, levantando la mano, casi desafiante. Miramos a Wanka con asombro y reprobación: una tras otra, todas las votaciones fueron veinticuatro a uno. Al terminar la reunión, el Jefe y su compañera miran a Wanka con furia.*

*Ya fuera del local le pregunto por qué lo hizo. ¿Acaso no estaba de acuerdo en luchar contra los agentes de la CIA y la GPU? Sí estoy de acuerdo, me dice. Pero me revientan las unanimidades. Nadie discute, nadie se opone. Creo que los camaradas ni escuchan y ya están levantando la mano para aprobar... No sé si reírme o reñirlo. Pero no puedo molestarme con él. Es un niño grande. Su compañera me sonrío, entre resignada y divertida.*

*Ya estoy escuchando lo que pasará mañana en la reunión del Secretariado. Temo que le agarren tierra. Es un camarada peculiar. Transparente y generoso, que entrega al Partido su tiempo y sus bienes. Y ella acompañándole por todos sus periplos políticos y económicos.*

Nos conocimos en una conferencia cuando ambos militábamos en el PST. La vi bonita, me dice él. Me gustó su atrevimiento, completa ella. Nos casamos a los pocos meses. Pero yo no tengo libreta electoral porque no creo en el orden burgués. Felizmente mi madre era alcaldesa. Así que nos casamos. Tampoco teníamos dinero para una fiesta. Se me ocurrió soltar al perro de la casa, que siempre está encerrado. Y regresó con un pato. Así que nuestro matrimonio se celebró con arroz con pato. No me puedo quejar...

Cuántas veces he tomado café en esta pequeña mesa redonda. Desde los lejanos tiempos de la fundación de la Liga. Sus dos pequeños hijos me llaman «tía». Y me asombra la forma cómo él concuerda su informalidad con esa absoluta ternura que ha logrado dos niños tan alegres, transparentes y cariñosos.

El POMR, PST, la Liga. Y ella con él. Cuidando la casa y los niños mientras él construye un aparato de prensa, en el cual él despliega infinita imaginación. Es una pieza clave desde que decidimos independizarnos de las imprentas comerciales, particularmente de aquella autogestionaria que fue casi un símbolo de los tiempos.

*Es una imprenta peculiar, nos dice Rodo, pues está en manos de sus treinta y pico trabajadores. Rodo es un excelente diagramador; me ha enseñado muchos trucos. Además de corregir los artículos, ya sé calcular cantidad de texto y fotos, cómo utilizar los espacios para titulares y «gorros», y también que no se debe combinar estilos de letras. Me presenta a los directivos: muchos de ellos muy jóvenes, incluido el gerente. La mayor parte de ellos son obreros gráficos, y cuando no tienen un cargo administrativo son montajistas o maquinistas.*

*La imprenta es un edificio relativamente moderno. Fue fundada principalmente para una revista. Durante el período de Velasco y luego de una huelga fue entregada a sus trabajadores. Y con «Prensa Obrera» se editan «Amauta», «Clase Obrera», «Revolución Proletaria», «Patria Roja», «El Socialista», en fin, prácticamente la totalidad de los periódicos de la izquierda. Felizmente caemos en gracia a los compañeros. Como a veces no tenemos dinero para pagar, pagamos en objetos, o nos permiten algún crédito. Los directivos jóvenes son más bien tolerantes con nosotros. Pero como somos trotskistas, los stalinistas que hay entre ellos –simpatizantes del PC o Patria Roja– nos detestan, cada vez que pueden*

*retrasan nuestro trabajo y, según nos hemos enterado, cuestionan las consideraciones de la gerencia.*

*Se acercan las elecciones generales. Así que aparte de los periódicos de izquierda, aquí se imprimen volantes, programas de partidos, propaganda de candidatos de diversos colores políticos. Se trabaja en tres turnos. Falta espacio y tiempo para satisfacer a tantos clientes, sobre todo para los pobres como nosotros. Pero los operarios nos estiman. No tenemos dinero para pagar las horas extra que hacen algunos de ellos en la madrugada. Salimos a la luz los jueves, el mismo día de Amauta. Y eso nos favorece. No te preocupes, compañera, como a veces demoran en entregar los artículos, en esos huecos voy tipeando Prensa Obrera, tráeme material entre las dos y las tres de la mañana. Pero no lo vayas a comentar. Igual los de Amauta tienen que pagar estas horas aunque yo esté esperando con los brazos cruzados.*

*¿Estás bien pagada? ¿No te discriminan? Una voz un poco meliflua ha interrumpido la revisión de los montajes de Prensa Obrera. Los montajistas levantan la vista y me hacen una seña. Bueno, sí, contesto, siguiéndole la corriente. Mira, compañera, prosigue, hay que terminar con la doble explotación. De seguro que aquí te pagan menos por ser mujer. Los dos montajistas de turno comienzan a reír en silencio.*

*Ya es hora de que las mujeres tomemos las decisiones sobre nosotras mismas: sobre nuestro trabajo y sobre nuestro cuerpo. Sí, claro, le digo, sin dejar el montaje. Y hago esfuerzos para no reír abiertamente, porque los dos «chatos» que trabajan en la sección me hacen mil muecas. ¿Tienes hijos? No me da tiempo para una respuesta. De seguro que tú sola te haces cargo de los hijos. Y que tu marido llega del trabajo a exigir ser atendido. Si los dos trabajan en la calle, los dos deben compartir las tareas del hogar. Justamente estamos organizando a la mujer trabajadora. Aquí tienes un volante para una reunión; encontrarás a muchas como tú. Y no te arrepentirás.*

*La verdad es que nunca me he sentido discriminada como mujer. Salvo por cierto asedio. Y por mi propia soledad, pese que continuamente he tenido que rechazar a camaradas incluso desde los tiempos de VR. No sé por qué luego de varios meses de trabajo común me convierto en algo especial para muchos de ellos. Y a veces esto me ha traído problemas en la actividad política. Nunca acepté estas relaciones, simplemente porque no coincidieron con el amor. Aunque más de una vez caí en aventuras estúpidas con hombres estúpidos, luego de las cuales invariablemente me he arrepentido.*

*Lo único que ha permanecido es la soledad. Dos procesos depresivos. Inocultables. Sólo fue llegar, abrazarme y ponerse a llorar: mi padre tomó entre las suyas mis manos sobre las que caen sus lágrimas. Cincuentidós kilos, ocho menos que mi peso normal. Qué te ha pasado hijita, qué es esto. Dos dientes menos, y hasta se me ha roto la prótesis. Mi familia desespera, pero saben que no aceptaré su ayuda.*

*Para eso tengo a los médicos solidarios. Pero ellos también son severos. Estás haciendo una úlcera, Chola, me dice el gordo Gabriel. Te quiero mañana en el hospital. La verdad es que entre el desayuno y la comida de la noche casi nunca como nada. Pero Ríos está mucho peor. Se mueve con dificultad y se cansa mucho. Hasta que un día se queda en la cama.*

*Uno de nuestros médicos acude al pequeño cuarto que unos compañeros le han cedido como vivienda. Lo único que tiene que hacer es fumar menos y comer: es un proceso de desnutrición. Será por eso que en más de una oportunidad los compañeros de la imprenta nos han invitado a almorzar, a Ríos o a mí, que trabajamos en el periódico cuarentiocho horas seguidas, escapando apenas unos minutos para una ducha.*

*Y entre estos ires y venires de la imprenta aprovecho para esta peligrosa aventura, o tal vez esto es el amor, con esa necesidad dolorosa de sentir que no estoy sola. Que debo seguir adelante, pese a todo. Y si todavía puedo sentir deseo es que estoy viva. Aunque no haya nada para adelante. Y aunque esté aprendiendo que en la clase obrera también hay mentiras y miserias. O tal vez necesitaba tener algo fuera del partido, sentir que de alguna manera soy libre.*

*Un día el Negro me sorprende en un local del partido donde había buscado refugio. Y para mi sorpresa no hizo de esto un tema de debate en el Comité Político. Qué tienes que decir, me encara en una reunión privada. Que no tengo vivienda propia, le digo. Que no vuelva a suceder, me ordena. Claro, respondí, qué más iba a decir.*

1985. Finalmente nuestro local público se cerró. Fue escenario de reuniones, escuelas y hasta remates pro-fondos. Su esposa me contó que poco antes de morir el tío preguntó si me iba bien en mis campañas, y pidió a su familia que votara por mí, pues creía que yo sería candidata.

Luego de los éxitos económicos, provenientes de los sucesivos procesos electorales de 1979, 1980 y 1983, la imprenta aumentó sueldos, no renovó la maquinaria, y una crisis económica comenzó a agudizarse sobre el trabajo editorial. Comenzaron a publicar revistas pornográficas o cualquier cosa que llegara. Después de fuertes conflictos internos, trabajadores de uno u otro bando renunciaban. Supe que durante sus últimos meses funcionaba con menos de diez. Finalmente, cerró. La autogestión mostró sus límites.

Prensa Obrera tuvo más de trescientas ediciones. Y también muchos amigos que nos ayudaron, pese a pagar en partes, en especies, con deudas.

## EL JEFE

LIMA, 21 DE MAYO DE 1986. «Estimados camaradas: He reflexionado mucho antes de decidirme a enviarles esta nota, no sin antes aceptar los llamados de atención de muchos de ustedes sobre mi prolongado silencio desde junio de 1985, cuando abandoné la lucha en la LC luego de trece años, de los cuales los últimos diez fui miembro del Comité Central (...) creo que es mi deber comenzar ya a romper el silencio y no seguir callando sobre puntos vitales que, desde cualquier punto de vista, deben no sólo ser correctamente esclarecidos, sino resueltos en la práctica revolucionaria de todo aquel que se reclame un combatiente honesto por los intereses históricos de la clase obrera, por la destrucción del sistema capitalista. El planteamiento de mis discrepancias, en este caso, no sólo es un derecho que reclamo, sino un deber que no quiero eludir en mi condición de ex-dirigente de la LC-LOS. Más aún cuando luego de siete meses de estallada la crisis del CI no hay ningún intento de evaluar nuestra práctica, sino más bien de encubrirla —como se ve claramente en la revista—, tratando de limpiar responsabilidades. No es casual que el único artículo sobre el «régimen interno del partido» provenga de la pluma de quien ocupara el cargo de Secretario General y que constituya un intento absolutamente idealista de combatir al healismo... en las palabras, partiendo de «la teoría que guio la práctica» ¡para no tocar la práctica material, sino en su absoluta generalidad!... En realidad, mucho se podría hablar y justificar sobre el vertiginoso ascenso de esta persona desde la Juventud Socialista hasta la Secretaría General. Sin embargo, esto es parte del liquidacionismo healista en el cual, de una u otra forma, todos los miembros de la dirección hemos estado involucrados. Tal vez sólo tendríamos que anotar que, como parte de este proceso, el Secretario General fue rentado por el CI, lo que le permitió alquilar una vivienda, tomar una empleada doméstica además, claro está, de pagar deudas de su célula y de cotizar al Partido durante algunos meses. Sin embargo, este salario también causó problemas al P., ya que cuando dejó de recibirlo, tuvimos que incluir en el Fondo Trotsky las deudas que él contrajo con la dueña de su vivienda, la empleada doméstica y un préstamo personal que se hizo de un compañero solidario. Los camaradas que estaban en la dirección en esa época pueden atestiguar la calamitosa situación económica del P. en esos momentos, en los cuales incluso el c. Ríos enfermó de desnutrición. Los comentarios huelgan (...). Sé que los defensores del encubrimiento dirán que lanzo esta carta por subjetivismo. En realidad, con este chantaje siempre se protegió a los dirigentes y se impidió cualquier cuestionamiento de su práctica. Pero creo que si alguna lección podemos sacar de la crisis del CI es la de rechazar estos métodos tan ajenos al bolchevismo. También, probablemente, dirán que esto es moralista. Pero recuerdo a los camaradas que así lo señalen, que la moral revolucionaria existe y que se mide por los intereses de la clase obrera. No se trata de la vida privada, que es cuestión de cada uno. No se trata de vacilaciones, errores, presiones. Se trata de un caso de corrupción, y exijo que se evalúe como tal. Teresa»

No presentes esta carta, me dice Emiliano. No necesitas hacerlo. Los camaradas quieren que regreses. Me han vuelto a encargar que te insista. Y el llevar esto a discusión te hará más daño a ti porque tendrás que argumentar y recordar estas cosas que han sucedido y que todos queremos olvidar. No es fácil olvidar esos años ni lo que pasó en Londres con el Jefe. Lo

llamas «corrupción»; tal vez sólo es un poco más culpable que nosotros, que endiosamos a Healy y al CI. Eres demasiado severa con él. Deberías poner tu atención en lo que ahora es importante: hay que sumar, reencontrar el camino a la revolución, mirar hacia afuera, al país, a la clase obrera, al movimiento trotskista. Hay que voltear la página y pensar en lo que podemos hacer como partido... Tal vez Emiliano tenga razón. No la enviaré. No. Por primera vez el callarme servirá para construir. Sé que así será, Emiliano, pero no regresaré mientras el Jefe permanezca allí. Discúlpame, di a los camaradas que yo también los extraño. Que me emocioné en el mitin por el Primero de Mayo, al cual había asistido llena de temores y culpas. Me sentí feliz al verme rodeada por ellos, por su afecto y su insistencia en que regrese. Ahora sí, me decían, ahora sí tienes que volver. En algún momento lo haré, les dije. Pero es mayor que mis fuerzas, aunque una vez más digan que soy una subjetiva. No puedo.

*1978. La casita de San Juan que nos sirve de local a veces se ve sacudida por el llanto de la pequeña hija de nuestro jefe.*

*Hoy no me toca cuidarla ni cambiar pañales y preparar biberones, como ayer. Es el turno del Jefe de Redacción de Comunismo. Proveniente de una familia de la alta burguesía, es más bien torpe en estos menesteres. Y la niña lloró varias veces en la reunión interrumpiendo las acostumbradas disquisiciones sobre la pequeña burguesía.*

*El Jefe todavía no es Secretario General, sino responsable de la Juventud Socialista, pero todos sabemos que representa la voz del Comité Internacional; en la realidad, la elección será sólo una formalidad... Su inteligencia y su clara capacidad teórica le han permitido escalar posiciones rápidamente en el Comité Internacional. A diferencia de otros camaradas del tercer mundo que asisten a los eventos internacionales, no es simplemente un oyente ni es enviado a la cocina. Cada viaje suyo a Londres le da un poco más de poder.*

*Y cada vez que retorna va sacando a luz facetas increíbles. Debemos comportarnos como ingleses: nunca perdemos el tiempo en saludarnos ni en hablar nada que no sea estrictamente indispensable. Debemos ser revolucionarios profesionales, como ellos. No somos amigos sino camaradas, insiste en recordarnos el Jefe, citando al camarada Healy. Como somos latinos, dice, tenemos tendencia al amiguismo, a la camarilla.*

El Jefe se quedó en Londres casi un año entero. Extremadamente joven, la primera tarea que le dieron fue sacar del camino a Pizarro, el antiguo dirigente –aunque sólo tiene veintiocho años– que asistió varias veces a los Congresos Internacionales y que no respondía como lo que de él se esperaba. Ponía mucho de su propia cosecha. Tal fue el enfrentamiento en el último congreso del CI que, ante la reunión en pleno, el c. Healy lo acusó de ser agente de la policía, aunque después le aclaró en privado que era un argumento teórico para desentrañar la naturaleza reaccionaria de sus posiciones. De todas maneras, Pizarro no es una persona de confianza: siendo parte de nosotros –los antiguos– proviene del centrismo, y está acusado de individualista, mariateguista y nacionalista pequeño burgués, pese a que entre nosotros se hizo conocido por su artículo contra Mariátegui en nuestra revista teórica. En diversas oportunidades las cartas del CI nos acusan de conciliar con él.



*Para no permitir relaciones de camarilla, comenzamos a vigilarnos mutuamente y competimos en quién hace más denuncias sobre los otros. El último fue Murmullo, sometido a investigación luego de su arresto. Dicen que delató. Decidimos que mientras se investigaba permanecería en el local del Partido, sin salir. Un día me tocó vigilarlo. Fue horrible. Estuvimos conversando, mientras a la vez yo cuidaba a la bebe del Jefe que chillaba como loca. Para aliviar ese ambiente de prisión, me puse a conversar de cualquier cosa, mientras él se movía nerviosamente por toda la habitación. Hasta que pudo acercarse a la puerta. Escapó, sabiendo que yo no podía salir tras él y abandonar a una bebe de pocos meses. Me sentía responsable. Pero felizmente, no sé por qué, los camaradas entendieron que yo no era una persona muy apropiada para guardiana, y casi no se habló más del asunto.*

Además, la lucha es básicamente contra Pizarro. Yo reviso todos los días el cuaderno de entrada y constato –no sin cierta satisfacción– cómo llega cinco o diez minutos después de las 8, que es la hora en la cual deberíamos estar en la oficina. Y me place informarlo en la reunión del Secretariado. Ya nos hemos acostumbrado a recoger denuncias de los camaradas de las células contra los dirigentes que llegan tarde, o que faltan a alguna reunión o a alguna venta del periódico. Y estas cosas son discutidas en las reuniones del Secretariado. Ya lo dice *El Programa de Transición*: «el principal problema de la revolución es el de la dirección revolucionaria», es decir, de la dirección de la Liga Comunista.

El Jefe, investido de la autoridad del CI –es delegado pleno desde hace algún tiempo– y con la presta colaboración del resto de los miembros del Comité Central, ha cumplido fielmente la tarea que le encomendó el CI: Pizarro, luego de una larga lucha en la cual todos, incluyéndolo a él mismo, reconocimos que no tiene nada en común con nosotros, es expulsado. Otros viejos camaradas –incluyéndome a mí, al Negro, a Murmullo, a Humberto– hemos estado sometidos a comisiones investigadoras. Pero demostramos el arrepentimiento suficiente y los propósitos de enmienda y, en cada oportunidad, y frente a la lucha –que invariablemente encabeza el Jefe y secunda el «Muerto»– hemos escrito cartas reconociendo nuestras responsabilidades.

Pero Pizarro no entiende razones. Es verdaderamente arrogante. Y se va, no sin antes enviar su carta de renuncia: un documento lapidario donde, uno a uno, los miembros del Comité Central somos caracterizados. Todavía me retumba en los oídos: «Teresa, elemento hostil a la teoría...», entre otras lindezas. Otros son acusados de intrigantes, de incondicionales, de pragmáticos. Hay de todo en este documento escrito en papel amarillo, que leemos en voz alta en una reunión especial. No puede merecer otra cosa que la expulsión. Porque en nuestro Partido no hay renuncias. Es una guerra declarada. Y esta expulsión es una advertencia: el que no acepta la autoridad y las directivas del CI sale del Partido, y será visto por el resto como lo que es: un desertor, pequeño burgués cobarde, enemigo de la clase obrera y de la revolución.

*Luego de Pizarro, el «Muerto» asciende a la Secretaría General, pues el Jefe es demasiado joven y todavía no tiene autoridad, particularmente sobre los viejos cuadros –los que venimos desde VR– que no somos pocos. Pero el Muerto no dura mucho y es eliminado rápidamente. El Muerto es un camarada abnegado, quién lo va a dudar. Los últimos años, él y su compañera Ana viven en locales partidarios, ubicados en zonas opuestas a sus antiguas casas miraflores: han vivido en San Juan y también en Morales Duárez, en el local de las ratas.*

*Ana es inteligente y trabajadora. Presta a buscar y conseguir colaboradores. El Muerto es muy hábil con las manos: ha construido mesas de montaje y otros muebles para nuestros locales. Pero esto no fue suficiente para ser Secretario General. Entre su incapacidad y su objetiva debilidad como dirigente, él mismo prepara su salida. Su pequeña hija de dos meses enferma gravemente y el Muerto se derrumba.*

*Luego le tocó el turno al Jefe. Su autoridad se legitima ante la quiebra de Pizarro y el Muerto. Por fin la plena autoridad del CI puede imponerse a la sección peruana, sin trabas. Los otros viejos cuadros que quedamos venimos del centrismo, por lo que no gozamos de la confianza del CI. En cambio el Jefe ha sido entrenado y formado como un cuadro dirigente trotskista. Ya el CI ha dicho en sus últimos documentos que hay que incorporar a los jóvenes, y actuamos en consecuencia. El Jefe es elegido Secretario General. A diferencia de los otros miembros de la dirección, no participa casi en ninguna actividad pública: ni ventas del periódico, ni remates, ni atención en el local público, sólo concentrado en dirigir y vigilar, en vigilar y dirigir.*

*Comienzan las escuelas de cuadros. Debemos prepararnos al más alto nivel. Habrá una escuela sobre «Materialismo y empiriocriticismo». Siempre me gustó ese libro de Lenin, así que separo una mañana para prepararme y poder participar correctamente en la escuela. Apenas me había sentado a estudiar, se me acerca el Jefe: He olvidado mi libro y tengo que preparar la clase. Lo siento, pero recién voy a leer, le digo. Eres una pequeño-burguesa incorregible. Crees que estás por encima de todo. Una vez más, sólo piensas en ti y no en el Partido. De sólo pensar en la tortura de una reunión dedicada nuevamente a este tema, no me queda otro remedio que entregárselo. Por lo demás, no tengo mucho ánimo para un pleito, pues los problemas con Sánchez, mi compañero, siguen multiplicándose bajo el techo del local interno del Partido donde vivimos, y tal vez nuestra relación no dure mucho más.*

*En la noche el Jefe da inicio a la escuela: Comenzaremos pidiendo a los miembros de dirección que realicen una exposición. ¡Camarada Teresa! Me he parado y, sin poder salir de mi asombro, balbuceo que no pude leer el libro. Me derrumbo en mi asiento, y con mi nerviosismo, comienzo a jugar con unos pequeños hilos de cuero que se han zafado de mi cartera. Además de los problemas con mi compañero, tengo que soportar esta humillación que no entiendo. Sánchez, a mi costado, ve una forma rápida de separarse de mí y no ser objeto de crítica; pide la palabra: «La camarada Teresa no está escuchando y se ha dedicado a jugar con su cartera». Toda la primera parte de la escuela se dedica a discutir cómo la pequeña burguesía desprecia la teoría.*

## EL CAMPAMENTO

ES UN CAMPAMENTO ENORME. Y el gordo Gabriel ha aceptado sin mucha insistencia ir a hacer consultas. Hemos juntado todas las muestras médicas posibles. Bueno, Cholita, me dice el gordo, ya no milito pero algo hay que hacer. No me voy a morir por pasar una mañana del domingo ayudando a los mineros. Me recoge muy temprano en su viejo Hillman. Luego pasamos por el local de la avenida Colonial para recoger las medicinas. Al llegar al estadio que sirve de base al campamento, nos esperaba una pequeña comitiva. Gracias, compañero, por venir. Aquí tenemos muchos enfermos. En el improvisado consultorio nos esperaba una enorme cola de personas de toda edad, hombres y mujeres, tal vez unos ochenta. Todos con rostros esperanzados. Y lentamente va llegando más gente. El gordo me mira espantado. Me quedo a ayudarte un rato, le digo, tú sabes que conozco de estas cosas, y puedo buscar las medicinas adecuadas. Claro, me dice, suspirando resignado. A la una de la tarde nos interrumpen para invitarnos a almorzar. Yo aprovecho para irme, pues debo preparar el editorial de *Prensa Obrera* para la reunión de mañana. A eso de las 8 de la noche recibo una llamada de Gabriel. Chola, creo que ya di mi cuota para todo el año. Acabo de llegar y todavía quedaba gente, pero ya no tenía fuerzas. Sólo quería decirte que una tercera parte de los pacientes querían un papel que dijera que por razones de salud no podían seguir asistiendo a las marchas que ellos hacen cotidianamente. No sé qué piensas, Chola –reitera temeroso–, pero a mí me llamó la atención pues creí que tenían más desarrollo político...

*Una de las mejores fotos que he tomado para Prensa Obrera en todos estos años fue en el piquete de estos mineros, frente al Ministerio de Trabajo. He tomado ya tantas fotos: piquetes de huelgas, mítines, calles desiertas en los paros nacionales, policías apaleando trabajadores, bloqueos de pistas, marchas, de todo. Pero nunca me había salido una foto tan bonita. Había acompañado la marcha de Canaria con mi cámara, y no fue difícil pedir a un grupo de mineros que posaran para la foto. Con una mano tomo la cámara. ¡Viva la lucha minera!, les grito, agitando el puño de la mano que queda libre. Veinte puños se levantan respondiendo ¡¡¡Vivaaaaa!!! Clic. Ya está, aunque una joven compañera no gritó ni levantó el puño y, por el contrario, se esmeró en mostrar la mejor de sus sonrisas al tiempo que abrazaba a su pequeño niño. Bueno, qué vamos a hacer.*

*Por fin estoy aprendiendo a manejar esta Canon semi-profesional que expropiamos a la italiana. Ella colaboró mucho con nosotros. Durante años, nos dejaba su auto cuando salía del Perú. Y nos daba dinero, su cuota de licores, su casa. Una persona solitaria. Tan solitaria, que mi madre la invitó una vez a pasar la Navidad con nosotros. Pero tan conflictiva que se peleó con cuanto amigo tuvo por aquí. Sin embargo, la toleramos porque colaboraba y, a su modo, participaba. Hasta que una vez estando ella en Europa aprovechó para asistir a una escuela del WRP. Y allí le descubrieron amistades con un amigo de un colaborador de la UNITA, que decían que trabajaba para la CIA. Los camaradas ingleses nos alertaron. Y hubo que someterla a una investigación, y había muchas cosas oscuras. Finalmente, rompimos con ella. Y no le devolvimos su cámara. Que consiga otra, dijimos. Sólo tuve una perturbación una vez cuando estando yo en el local de Marka donde me prestarían fotos para Prensa Obrera, topé*

*con ella quien, al verme, miró fijamente la cámara, como reconociéndola. Pero aguanté. Nosotros tenemos el derecho, porque somos revolucionarios. Y ella no se atrevió a nada.*

La foto está hermosa y la he puesto en el recuadro de la primera plana. Así regreso al campamento, ahora acompañada de Alex, con el periódico que muchos de ellos compran entusiasmados, a pesar de sus escasos recursos. Por qué no viene más seguido, compañera, me dicen. Hay que elevar el nivel político, discutimos en la célula. Para que puedan entender mejor lo que decimos. Así que regreso con *El Palestino* y un proyector. Al llegar al campamento, escucho en el altavoz: Ya llegó la película, compañeros, se invita a los compañeros y compañeras a ver la película que han traído los compañeros de *Prensa Obrera*. Y varias decenas de niños vienen corriendo a lograr un asiento en la tribuna. Pocos mineros y menos mujeres. Busco al Secretario de Cultura, nuestro anfitrión. Compañero, la película que hemos traído es sobre la lucha revolucionaria de los palestinos. Van a ver a Yasser Arafat hablando sobre su lucha. Me mira un poco sorprendido. Ya compañera. Y se va. A los pocos segundos, vuelvo a escuchar el altavoz: Se invita especialmente a los compañeros que se encuentran en el campamento a venir a ver la película sobre la lucha de los palestinos. Y decenas de mineros comienzan a tomar su lugar. Qué público tan diferente al que acompañó la proyección de esta película en provincias, pienso.

*La grabación de «El Palestino» ha sido un gran esfuerzo del Comité Internacional, un efectivo apoyo a las luchas de liberación nacional. Estoy feliz por el esfuerzo: quién podría ser indiferente a esas batallas cotidianas de los palestinos contra los sionistas, metro por metro, defendiendo su territorio. Vanessa Redgrave, que además de extraordinaria actriz es miembro del Comité Central del WRP, viajó a los campamentos de refugiados, y a modo de entrevistadora, protagoniza la película. El director también es del WRP. Decidimos realizar una gran proyección en Lima, y luego llevar la película a provincias. Como para otros eventos públicos, fui designada por el Comité Político para llevar la película.*

*Me dijeron que en Arequipa hable con un comerciante palestino, que él ayudaría. Cuando lo fui a buscar, resulta que era más anti-judío que palestino, al punto de tener un retrato de Hitler en su pequeña oficina. Qué espanto. En el Cusco lo hicimos en el auditorio de la Universidad, que se llenó de bote a bote. En ambos casos, la mayor parte de asistentes eran comerciantes árabes y estudiantes universitarios.*

Echo a andar el proyector tratando de abstraerme de la bulla que hacen los niños. Vanessa Redgrave aparece en la pantalla recorriendo un campamento de refugiados palestinos en el Líbano. Y comienza a hacerse el silencio. Sólo murmullos. Los murmullos aumentan, pues ven que en un sitio muy lejano hay gente como estos mineros, que viven en carpas, entre moscas, con enfermedades debidas a la falta de agua y alimento adecuado. De pronto la atención es total, y veo con satisfacción que ya hay muchos mineros mirando. Luego Arafat, y un chico de trece años describiendo una Kalashnikof. Y una pequeña escaramuza en las montañas. Y luego un médico relatando las dificultades, la falta de medicinas, los precarios hospitales. También una pequeña escuela donde los niños estudian entre mosquitos y casi sin cuadernos.

*Aunque están mejor que en «9 de marzo», aquel terreno que en San Martín de Porres ha sido ocupado como tantos otros, por pobladores de tugurios del centro de Lima, uno de los cuales—Jeremías, profesor del Callao— es miembro de mi célula. Los recién llegados, entre banderas y esteras, se han instalado precariamente.*

*Apenas hemos comenzado a asistir, y antes de que pudiéramos siquiera hacernos muy conocidos, nos avisan que en la madrugada vendrá la policía para desalojar este lugar. (Qué increíble parece que ahora estemos preparando una defensa con los mismos compañeros que hace sólo unos días, después de un «disculpe, compañera», vaciaron sobre mí dos baldes del agua que tan penosamente consiguen... por ser domingo de carnaval.) Me quedo a dormir en la casa de la hermana de Jeremías, quien también tiene un lote. En la noche, me invitan a comer, y alarmando a los presentes con la persistente tos asmática que en esos tiempos me acosa—combinación de alergia y depresión— agudizada por la humedad que ingresa fácilmente a través de las esteras. El hijo de mi anfitriona se me acerca con un frasco en la mano: Compañera, le han traído este jarabe. Al abrirlo se me ocurre oler y un fuerte hedor me hiere. Vierto un poco sobre un papel y éste se quema rápidamente. Era ácido muriático. No hice escándalo porque esta noche viene la policía, y nunca supe si eran los adversarios políticos dentro de la izquierda, o los apristas, o gente de la policía. Lo cierto es que nadie recuerda más el incidente, ocupados como estamos en organizar la defensa de la invasión.*

Después de una hora de proyección, todos están callados, incluso los niños. Quédense a comer, compañeros, nos invitan al terminar la película. Claro, digo, nos quedaremos. Mientras caminamos al comedor, se me acerca uno de los mineros. Igualito que nosotros ¿no, compañera? Eso significa el internacionalismo, le digo. Por eso somos trotskistas. La lucha de ellos también es la nuestra. Claro.

## POLEMIZANDO EN SAN MARCOS

1980. LA ÚLTIMA VEZ que un trotskista vino a San Marcos fue echado a pedradas, compañera. Por si acaso nomás le digo. El eterno Secretario de Cultura de la Federación Universitaria ha pronunciado cada palabra, como si yo no hubiera entendido el asunto. Me mira con expresión que no sé si es compasiva o complacida. Debe estar alrededor de los treinta. Yo lo recuerdo vagamente como estudiante de la UNI a inicios de los setenta. Con él a mi costado, voy enrumbando hacia el aula 1A de Letras, donde se realizará la polémica.

Creo que, teóricamente, esto es más fácil que con los revisionistas, como aquella vez que tuve que lidiar con Hugo Blanco y defender la campaña de Seguridad y la IV Internacional. Además, no puedo frustrar a los compañeros que me incluyeron aquí. Están tratando de levantar el trabajo en San Marcos. Rolando –estudiante de medicina– es el único cuadro real que tenemos en la Universidad. (¡Qué lejanos están los inicios de la Liga, cuando logramos presentar una lista a la FUSM y sacamos más de mil votos!) Dijo que invitaron a todos los partidos. Y que él reclamó porque no nos habían incluido; le miraron condescendientes respondiéndole: bueno a ver quién quiere venir. Fue corriendo al local, feliz de haber logrado que nos incluyeran. En el Secretariado me dijeron tienes que ir tú, eres el rostro público del Partido.

A la hora que nos presentan, sólo estamos un conocido dirigente de la FUSM por el Partido Comunista del Perú-Patria Roja, un estudiante que curiosamente tiene apellido inglés por el Partido Comunista Revolucionario-PCR, y yo por la Liga Comunista. Los centristas no fueron. Por tanto, esto será sólo con maoístas.

En el fondo veo la cara regordeta e infantil de Rolando, quién podría pensar que ya tiene un hijo. No sé qué hará si sucede algo, no puedo imaginármelo dando siquiera un puñetazo. Perdido entre la sala llena de pecerracos y de patria-rojas, con Alex, otro miembro de nuestra célula, que hace perfecto juego con Rolando: flaco con anteojos, y un cerquillo sobre el rostro lampiño, que acentúa su expresión de niño. Me da pena que los puedan magullar.

Mientras los organizadores anuncian sus próximas actividades, repaso lo que discutiremos. De hecho sacarán los conocidos argumentos. Los trotskistas desprecian al campesinado; respuesta: el Manifiesto Comunista y la revolución permanente. Trotsky estuvo en desacuerdo con Lenin sobre el partido, los sindicatos, sobre Brest Litovsk; respuesta: la tradición de los partidos revolucionarios desde Marx era el debate, la confrontación de ideas; sólo con Stalin se suprimieron las diferencias. Recordemos el entierro de Martov, fuerte adversario de Lenin en los tiempos del *¿Qué hacer?*: Lenin dijo que ojalá el partido hubiera tenido muchos Martov. Finalmente, debemos llegar a Stalin, la segunda guerra, etcétera.

Hablaré en segundo lugar, después del de Patria y antes del pe-ka-erre. Tengo en mis manos *El imperialismo, fase superior...* para defender el internacionalismo, y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* para sustentar la revolución permanente y responder a los electoreros.

Como era previsible, comienzan las andanadas contra el trotskismo. Yo contraataco, como si se tratara de un libreto que, de hecho, he repetido decenas de veces cuando me he chocado con maoístas en las ventas de periódicos. Leo cuidadosamente las citas de Lenin

oportunas para el caso. No hubo una sola rechifla y, como terminé con una declaración claramente anticapitalista y antiburguesa, hasta logré un aplauso cordial, aunque moderado. En la réplica, mis dos adversarios maoístas se mandan con todo: Trotsky fue colaborador del imperialismo y atacó a la Unión Soviética, en momentos difíciles. Fue colaborador de la Alemania nazi.

Era lo que esperaba, exactamente. Así que en la segunda vuelta hablo de los pactos de Yalta y Postdam con el imperialismo. Pero antes Stalin colaboró con Hitler, les digo: en 1933 no sólo firmó un pacto, sino que entrenó a oficiales nazis en territorio de la Unión Soviética. Un murmullo de protesta en la sala. Los muchachos me miran con odio. ¡Es una calumnia! ¡mentira! ¡trotskistas agentes de la CIA!, dicen, y comienzo a pensar cómo saldré de esta sala. Entonces el pe-ka-erre de apellido inglés pide la réplica. Claro, dice, el camarada Stalin, visionario de la estrategia necesaria para defender a la Unión Soviética, firmó el pacto con Hitler, y qué problema hay con eso. El murmullo cambia de tono. De la indignación al asombro y la frustración. Y yo respiro aliviada. El pe-ka-erre sigue explicando las razones por las que su camarada Stalin mantuvo ese pacto. Nunca esperé recibir tal ayuda. Al final soy aplaudida, al igual que los otros. Tal vez por confusión. Y cuando me acerco a la puerta varios estudiantes me piden la dirección del local de la Liga. Los demás salen en silencio, las consignas han enmudecido. Y mis dos camaradas y yo salimos, tranquilos y muy orondos, a tomar el ómnibus en la avenida Venezuela.

## EL FOSO

*Tú no puedes volver atrás  
porque la vida ya te empuja  
como un aullido interminable...*

*Te sentirás acorralada  
te sentirás perdida o sola  
tal vez querrás no haber nacido...*

*Nunca te entregues ni te apartes,  
junto al camino nunca digas:  
aquí estoy y aquí me quedo.*

José Agustín Goytisolo



## EL «AVENTURERISMO SANDINISTA»

*QUITO, ABRIL DE 1979. II Conferencia de América Latina.* Ha llegado el legendario Mike Banda y estoy emocionada. Es el Secretario General del WRP, la sección inglesa; él es la segunda figura del CI después del c. Healy. También vendrán algunos camaradas de Venezuela, entre ellos Frank, que ahora vive allá; también un colombiano, y nuestros anfitriones locales. Quito es una ciudad bellísima, y como no es muy grande nos dimos tiempo para dar una vueltita por el centro. Aquí sí podría vivir. Tiene techos rojos, librerías, plazas antiguas, sol radiante. Y la gente es amable, a diferencia de los guayaquileños que nos hostilizaron cuando pasamos la frontera.

Por fin conozco al camarada Banda. Es un hombre moreno y grandote, cuyo origen cingalés es evidente; sin embargo nos trata con un cierto aire de superioridad, que me molesta. Contrasta con otros revolucionarios que he conocido, particularmente latinoamericanos, que son fraternos, respetuosos. El c. Banda es esencialmente británico: frío y duro.

Hoy fue el primer día de la Conferencia. A la hora del almuerzo, estoy sentada frente a él, y observo que ha comido rápidamente; de pronto veo que se estira y se levanta la camisa para frotarse el torso desnudo y gordo. Al apartar mis ojos porque me disgusta el espectáculo, me encuentro con su guardaespaldas —un norteamericano— con los ojos fijos en la chirimoya, como hipnotizado. «Some trouble?» le pregunto. Me mira fijamente por algunas fracciones de segundo y, con voz angustiada y casi susurrando me dice «Worms...!»: el pobre creía que los gusanillos eran parte de la chirimoya y que tenía que comérselos. Rápidamente cambiamos la chirimoya, fruta que habíamos escogido para postre como algo especial para ellos, que ni siquiera la conocían. Todos los latinoamericanos presentes hemos reído con el asunto, tratando de explicarle que no comemos gusanos. El c. Banda se mantiene lejano del incidente, y de las risas por supuesto.

Al finalizar la tarde, nos concentramos a leer los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, que será el texto base de la discusión de mañana. El camarada Banda aprovecha para salir a Quito de compras. Regresa con varias máscaras. «*A present for my son* —me dice—, *he loves the masks*». Me alivia que sea un ser humano común que recuerda a sus hijos y que compra regalos para ellos. Pero en ese momento viene a mi mente el lío que se armó en una reunión del Secretariado cuando el camarada Ríos viajó a Inglaterra y compró un par de medias para completar su escasa vestimenta: originó toda una discusión por utilizar recursos del Partido para gastos personales.

*Londres, 1973. v Conferencia del Comité Internacional de la iv Internacional. Tim Wohlforth (Secretario general de la sección norteamericana). En el desarrollo de nuestro movimiento tenemos experiencias con camaradas de América Latina. Esta puede serles útil. Tuvimos que llevar una lucha continua contra un grupo radical de clase media. Siempre tuvimos que enfrentar gente extremadamente individualista y arrogante, hostil a la clase obrera. Todos adoptan esa actitud: «somos revolucionarios». Una suerte de cheguevarismo y una tremenda impaciencia en la construcción del partido. Desde los tiempos del Apra, desarrollan una suerte*

*de anarquismo que no tiene ninguna raíz en la clase obrera. Reflejan la desesperada situación de la clase media.*

La discusión de la mañana es torturante. Soy acusada de subjetivismo, para variar. De no entender a Lenin. De estar lejos del Comité Internacional. Pero eso no sería lo peor para mí.

Al día siguiente, uno de los temas es Nicaragua. Muchos de nosotros hemos vibrado al ver a esos muchachos con los pañuelos rojinegros al cuello desafiar a la guardia somocista. Y ver una revolución cercana, con música y ternura. Pero no quisimos desplegar nuestro excesivo entusiasmo, dada la discreción con que el *Newsline* trata el asunto. Tal vez hay algún problema que no conocemos. En la resolución final de la Conferencia, no deja de sorprendernos la propuesta que llama la atención sobre «el callejón sin salida del aventurerismo de los sandinistas [que es] una advertencia sombría que, de ser ignorada pone en peligro el movimiento». Es obvio que la autoridad del CI representada por el c. Banda ha dirigido la redacción final de la resolución. En claro reconocimiento de esta autoridad todos levantamos nuestra mano para aprobar que «Reconocemos los enormes peligros que surgen de la autocontemplación y del no-desarrollo de la teoría del materialismo dialéctico como guía para nuestra práctica, que este peligro surge de las presiones de clase media, particularmente en los países atrasados de América Latina, que se expresan a través del dominio del stalinismo, el revisionismo y el nacionalismo pequeño burgués sobre la clase obrera».

La lógica de los argumentos es impecable. A la hora de la votación, el chato Félix, dirigente de nuestra Juventud Socialista, me mira buscando una señal. Es obvio que está disgustado. Pero yo no hago sino levantar la mano y bajar la vista para no recibir su mirada de reproche. Desolado, él también levanta la mano...

## EL GURÚ TROTSKISTA DE LA CAMA REDONDA

*LIMA, AGOSTO DE 1985.* Algo muy grave ha sucedido en el CI, pero no te puedo contar ahora. Se va a hacer público en *Prensa Obrera*... A través del teléfono la voz de Manuela suena temblorosa y agitada, terriblemente apesadumbrada. Pienso que el CI se habría dividido. O que Healy habría muerto –anciano como es– con la lógica crisis que ello originaría. No puedes siquiera imaginarte. Ha sido algo terrible –me dice picando mi curiosidad– ...algo terrible en Inglaterra. Fuera del partido, no quiero seguir especulando. No se me ocurre mejor cosa que irme al Británico de Miraflores donde puedo encontrar diarios y tal vez alguna pista. Comienzo a hojear los periódicos de los últimos quince días. Un titular del *Guardian* me deja estupefacta: «El gurú trotskista de la cama redonda». Pero sería apenas el principio de la sorpresa. «El pequeño partido trotskista WRP, conocido por su radicalidad en los medios sindicales y por la persistencia de los piquetes de venta de su diario *Newslines*, se ha visto envuelto en un escándalo sexual. Su principal dirigente, Gerry Healy, ha sido denunciado por violación y seducción a decenas de jóvenes utilizando su autoridad... Sin embargo, es dudoso que un anciano que frisa los setenta años pueda ser protagonista de tal escándalo.»

*Londres, 1º de julio de 1985 (Carta al Comité Político del WRP) Estimados camaradas: ... debo por lo tanto decir al Comité que no puedo seguir encubriendo una situación, tanto en la oficina como en los departamentos que abren también las puertas del partido a la provocación policial; más aún cuando por 19 años yo he sido la más cercana compañera del camarada Healy y he encubierto un problema que el Comité Político debe enfrentar ya que yo no puedo hacerlo. Se trata en particular de que los departamentos son usados de una forma completamente oportunista para relaciones sexuales con camaradas empleadas por el partido en el Newslines, camaradas del Comité Internacional y otras (se nombra a 26 personas). Desde cualquier punto de vista de seguridad, una de ellas o más puede ser las bases para un chantaje policial o una real infiltración de una mujer policía. Le pido al Comité Político que dé pasos para resolver la situación... En 1964, luego de una Comisión de Control de Investigación, el camarada Healy se comprometió a cesar estas prácticas. Esto no ha sucedido y yo no puedo sentarme ante este volcán durante más tiempo. Fraternalmente, Aileen Jennings (Secretaria y compañera de Healy).*

Leo y releo. Busco otros periódicos londinenses, y todos dicen lo mismo, en grandes y pequeñas notas, en la primera plana, en la sección política o en las páginas «amarillas». Ahora puedo entender mejor muchas cosas. Siento que un peso desaparece de mi espalda. La brutalidad y la intransigencia con la gente, que siempre sentí ajenas al espíritu revolucionario y a la necesaria solidaridad entre camaradas, tenía otra cara. A muchos camaradas nos molestaba muchísimo que la autoridad de Healy, del WRP y del CI fueran utilizados para cosas tan disímiles como los asuntos políticos o la vida cotidiana. Y no podía ser de otra manera. Esto es stalinismo, me reafirmé el día que salí de la Liga. No obstante, también estoy desolada. Son muchos años. Trece desde la fundación de la Liga. Pienso en las otras secciones. El WRP se fundó, creo, en 1962. ¿Cómo estarán sus miembros, que entregaron toda su vida e incluso sus

hijos a un partido y una Internacional dirigidos por este tipo de gente? ¿Qué dirán los otros, Slaughter, Banda, North?

*Newsline, Londres, 30 de octubre de 1985: «Gerry Healy, ex-dirigente del WRP fue expulsado por repetidos ataques sexuales a miembros del partido y del Comité Internacional de la IV Internacional, señaló el secretario general del WRP, Mike Banda... y, refiriéndose a Vanessa y Corin Redgrave y al grupo que permanece con Healy, «Este grupo carece del concepto más elemental de moral revolucionaria. Ellos defienden voluntariamente las corruptas prácticas sexuales del ‘líder’, que no piensa nada más que en abusar de su autoridad política para degradar camaradas jóvenes y adultas y destruir su autoestima».*

Emiliano me pide una cita. Me han invitado a las reuniones del Comité Central. Tienes que reintegrarte tú también, me dice. Va a venir North, y creo que también Slaughter, querrán hablar contigo. Pero no puedo, no. No resistiría estar en una misma reunión con el Jefe y su mujer, que le protege. Todavía puedo ver la cara del Jefe el día de la última reunión del Comité Central.

*Mayo de 1985, reunión del Comité Central de la Liga Comunista.* Pasamos al siguiente punto, camaradas. El Congreso del Partido ha resultado un nuevo golpe a las fuerzas que quieren destruir nuestro movimiento, particularmente la pequeña burguesía y el stalinismo. Vivimos una situación revolucionaria a nivel mundial, y requerimos una dirección dispuesta a construir las fuerzas que conducirán la revolución en el Perú. Veamos la situación orgánica del Comité Central (...). Hemos estado revisando las condiciones de vida de los miembros de este Comité. Y nos hemos visto enfrentados al problema de que la camarada Teresa se niega a dejar el trabajo y pasar nuevamente a tiempo completo a las tareas partidarias, como hasta hace algunos meses. Pidió licencia para trabajar por un corto tiempo, pero ahora se niega a reintegrarse. Al parecer tiene otros intereses, pues también se ha negado a aumentar su cotización (me negué: claro, Manuela me había explicado que el Jefe necesitaba más dinero para pagar el colegio de su hija). ¿Qué tienes que decir, camarada Teresa?

Calma. Respira hondo y explica lo que te dijo el médico: para que tu cerebro no sufra daño tal vez nunca podrás dejar de tomar esas pequeñas tabletas cuyo costo equivale al salario del Partido. No puedo dejar el trabajo, con el salario que el partido da no podría vivir ni comprar las medicinas que requiero tomar permanentemente. El Jefe sabe que gracias a mi hermano había conseguido un empleo increíble: dieciséis horas a la semana, las que yo quisiera, y doscientos dólares de sueldo. Así, aseguro días libres en la oficina para el trabajo de prensa, puedo cotizar cincuenta dólares y resolver los problemas de mi supervivencia, y sobre todo de mi salud. Continúa: vives en la casa de tu familia, así que no pagas alquiler ni comida. Ha comenzado a levantar la voz. ¡Todos los camaradas a tiempo completo viven con el sueldo del partido...! ¡Se puede pedir a los médicos solidarios que te busquen las medicinas! ¡Dejas de trabajar y se acabó! No entiende, y no me va a entender. Y ya me cansé. Y no quiero seguir más. Y me exaspero. Y también comienzo a gritar. ¡Tú puedes decir eso porque tu suegra te mantiene...!, le encaro. ¡Porque tu hija va a un colegio privado y puede viajar de vacaciones fuera de Lima! ¡Porque si tienes algún problema de salud lo resuelves de inmediato! ¡Yo no puedo seguir explotando a mi madre –le dije–, ya lo hice por muchos años y no lo voy a hacer

más! Sigo levantando la voz. ¡Tú y tu familia tienen bien cubiertas las espaldas, por eso exiges a otros de esa forma! ¡Y no dejaré de trabajar...! Me parece mentira haber podido hablar así.

Pero por fin lo dije. Y miro al Jefe de frente. Y ya no me detuve...

¡No mereces estar en la dirección, esto es la pequeña burguesía, camaradas, poniendo a su familia por encima del Partido, despreciando el sacrificio de los otros camaradas! Con las palabras, por las comisuras de su boca comienza a chorrear una saliva espesa, nunca había visto a nadie así, con tal rabia. ¡Te atreves a desafiar a esta dirección...! ¡Tú no tienes nada que hacer con un partido revolucionario! ¡Propongo la suspensión de la camarada Teresa, del Comité Central y de toda responsabilidad en el Partido! Los presentes, que habían escuchado el intercambio de reproches, me miran acusadores y asombrados a la vez, en unos breves segundos de silencio. ¡Los que estén de acuerdo...! La votación fue casi unánime, con mi sola abstención. Luego, nadie dice nada. Y no podría definir mis sentimientos, estoy muy golpeada y a la vez como aliviada porque dije lo que había estado pensando por mucho tiempo. «El Blanco» rompe el silencio; me mira con desprecio: Me parece que la camarada debe retirarse de la reunión porque ya no es parte de este organismo, dice. El Jefe me mira, esperando mi reacción. Me levanto lentamente y salgo tirando la puerta. Ya afuera, me parece que el aire de esta calle de Balconcillo se ha limpiado y lo siento entrar libremente en mis pulmones, y que el cielo está más claro en esta noche de otoño. Camino despacio, tratando de sentir que mis pies realmente avanzan. Que voy hacia adelante. Que huyo expectante no sé hacia dónde. Sí. Siento que estoy saliendo y que mi espalda es diferente.

## «HUGO BLANCO NO ES TROTSKO»

*LONDRES, 12 DE OCTUBRE DE 1985. (Cliff Slaughter en el Comité Central del WRP)... Hubo una época en la que Healy llevó adelante una lucha por la continuidad de la IV Internacional y el marxismo contra el revisionismo pablista, y mostró una determinación inigualable, una resolución y sentido político de lo que debería hacerse...*

Prácticamente en todos los periódicos del CI que recibimos ha salido publicado mi artículo acusando a Hugo Blanco de ser cómplice de los agentes del FBI y la GPU que asesinaron a Trotsky. Nunca creí que algo escrito por mí sería traducido a tantos idiomas. Aprovechando que estoy sola, he puesto sobre la mesa del Comité de Redacción todos los periódicos juntos, simulando un abanico, y no puedo evitar cierta vanidad. Mi artículo está en inglés en los periódicos de los camaradas británicos, norteamericanos, canadienses y australianos; y lo han reproducido los portugueses, los griegos, los camaradas de Ceylán. Creo que es un buen golpe al revisionismo. Aunque no debo expresar esta satisfacción, pues de inmediato sería hecha trizas –y con razón– en el Comité Político. Creo que nunca he dejado de ser pequeño-burguesa...

*«Desde hace algunos meses... todos los revisionistas del trotskismo –representados en el Perú por el PRT de Hugo Blanco, el PST y el POMR– han iniciado una serie de conversaciones con el objetivo de ‘unificar a los trotskistas’.*

*Mas, ¿cuál es la base de estos llamados? Lo único que puede unir a los revisionistas es su hostilidad al trotskismo...*

*Todo aquel que se reclame trotskista debe desenmascarar la política ‘democrática’ de los revisionistas, cómplices del stalinismo. Todo aquel que se reclame trotskista debe exigir la expulsión de Hugo Blanco del PRT por su abierta defensa del doble agente Hansen.»*

Si Blanco se entera se pondrá furioso. Tal vez nunca sepa que lo escribí, sino me odiará. Ya tuvimos un primer enfrentamiento cuando el Comité Político me encomendó asistir a la conmemoración que su partido, el PRT, hizo del aniversario del asesinato de Trotsky. El pequeño local de la Plaza Dos de Mayo, llamado «Zamora Chico» estaba atiborrado de gente. Pero yo lo emplacé a que responda a las acusaciones que el Comité Internacional había hecho, con las debidas pruebas. Terminada de hacer la pregunta, varios miembros del PRT me rodean amenazantes; el camarada que me acompaña no puede evitar un cierto temblor. La mayor parte de ellos son, notoriamente, provenientes de las fábricas y, para mi suerte, respetan la regla cortés de no golpear a las mujeres. De todas maneras, recién respiramos aliviados ya fuera del local hasta donde fuimos «escortados» por unos seis revisionistas.

Sí, ustedes estaban locos, me dice Duncan. Por eso tuvimos que sacarlos, porque creíamos que eran capaces de cualquier locura. Pero no te íbamos a pegar. La clase obrera respeta a las mujeres. Yo estuve entre quienes te sacaron. Cómo íbamos a dejar que hables si

pocos días antes salías a toda página en *La Calle* bajo el titular de «Hugo Blanco no es trotsko», diciendo que ustedes son los únicos trotskistas en el Perú.

Duncan es simpático: durante muchos años fue dirigente de su sindicato y de la Federación de Calzado. «Ni Hugo Blanco, ni el PRT ni el POMR son trotskistas», dijiste, compañera. Qué locos. Quién iba a pensar que, ocho años después, terminaríamos militando en el mismo partido...

*Londres, 1973 (v Conferencia del Comité Internacional de la IV Internacional). La vida de nuestro partido es la de dar martillazos en la cabeza a los revisionistas. Los camaradas del Perú lucharon sobre el problema de Bolivia. El Perú debe convertirse en el centro de la construcción del partido en toda América Latina. ¿Cómo podemos entonces eludir la lucha a muerte contra los revisionistas?*

Nunca hubiera imaginado que la cuestión de la seguridad fuera tan importante. Sin embargo, muchos camaradas regresan de las ventas del periódico argumentando que deberíamos considerar que entre el proletariado de las avenidas Argentina y Colonial, de Vitarte y Ñaña, nadie sabe quiénes eran Hansen y Novack. Ni siquiera entienden qué quiere decir «FBI» y «GPU». Esa es la tarea de los revolucionarios, pues, explicar la importancia que estos asuntos tienen para la construcción de una dirección revolucionaria. Por eso hemos traducido cientos de páginas del *Newsline* y el *Workers Press*, con cartas, documentos, pruebas que sacan a la luz la conspiración que hubo entre la GPU y el FBI para asesinar a Trotsky con la complicidad del SWP, el partido norteamericano hermano del PRT. Frente a todas estas evidencias, es increíble que los revisionistas del PRT, del PST y del POMR insistan en no responder a nuestros emplazamientos. Y, aunque las ventas del periódico han bajado bárbaramente, no cejaremos. Sólo que la estrella roja que simboliza la campaña «Seguridad y la IV Internacional», confunde a la gente pues es igualita a la estrella del Apra.

Ciertamente, el asunto de la seguridad no es algo del pasado. En el *Newsline* han comenzado a multiplicarse noticias sobre infiltración en los locales del WRP, calumnias contra el camarada Healy, y la certeza de que el aparato policial del imperialismo está rondándonos a lo largo y ancho del mundo. Así lo hemos explicado en las últimas escuelas de cuadros, conferencias públicas y actos de masas en locales, casas de camaradas y simpatizantes, y hasta en un cine, que han sido escenario de nuestras campañas.

Llevamos varios años enfrentándonos al revisionismo. Y nuestro mayor éxito fue cuando estuvo aquí Ernest Mandel, quien funge de su principal teórico, y que sostiene que la crisis capitalista no es definitiva sino que funciona por ciclos. Los revisionistas organizaron una conferencia a la que asistieron tal vez unas doscientas o trescientas personas. Fuimos tres. Y a la hora de preguntar, el jefe de redacción de *Comunismo* le llamó «doctor Mandel», yo le dije «profesor Mandel». Pero el Negro fue el único que se atrevió a llamarlo «dirigente revisionista Ernest Mandel»... A los tres nos cortaron el sonido del micrófono cuando quisimos denunciar la complicidad de los revisionistas con el asesinato de Trotsky...

## MIRANDO A MEDIO ORIENTE

EL COLOQUIO SOBRE *EL LIBRO VERDE*

LONDRES, 12 DE OCTUBRE DE 1985. (*Cliff Slaughter en el Comité Central del WRP*)... *Le dimos la bienvenida a Gaddafi bajo el argumento de que «estaba desarrollando políticamente en la dirección del socialismo revolucionario»... En setiembre caracterizamos la revolución libia como «una parte integrante de la revolución socialista mundial». Las medidas antiburocráticas tomadas por Gaddafi fueron mostradas como prueba contra la teoría de que la revolución conduce inevitablemente a la burocracia... Healy explicó al Comité Editorial que el proceso de extinción del Estado había comenzado sobre la base de los ingresos de petróleo. El cambio de embajadas a «oficinas populares» era muestra de este proceso. Pero en realidad sólo estaba pensando en el dinero de Gaddafi.*

1981. En Caracas se realizará una reunión internacional alrededor del «Libro verde» de Gaddafi, una especie de pequeña doctrina de la revolución libia. Hace varios meses que en *Prensa Obrera* hemos estado reproduciendo declaraciones del WRP y del CI apoyando a la revolución libia. Aunque siento que se les pasa la mano. En la página central de un *Newsline* se glosó un discurso del líder libio donde lanzaba a una multitud la consigna de «¡Revolución permanente, revolución permanente!». Claro que él no lo concibe como una propuesta marxista que tiene que ver con las clases y las etapas de la revolución: era obvio que se trataba de una «licencia literaria» para acercar más el CI y sus secciones a la revolución libia.

El «Coloquio sobre el Libro Verde» se realiza por todo lo alto. El gobierno libio ha alquilado los dos hoteles Hilton que hay en Caracas, íntegros. Hemos llegado, junto con una delegación de peruanos. Hay unas dos mil personas. La mayoría son árabes y hablan un mal inglés, más o menos como el mío, así que la comprensión es más bien fácil, y en varias oportunidades sirvo de intérprete para algunos latinoamericanos.

Me esperan varias sorpresas. Yo creía que todos los que asisten a estos eventos eran revolucionarios. No obstante, en el ascensor un tipo rubio, al parecer nórdico, me invitó a la piscina. Y un periodista de los Emiratos Árabes me pide mi dirección en el Perú para enviarme una invitación a conocer su país incluyendo, obviamente, un pasaje de avión. Estoy desolada. Porque además —en sentido contrario— un amigo reciente, que vino con nosotros en la delegación peruana no quiso ayudarme a redactar un telex. Creyó que lo había invitado a mi cuarto con otras intenciones...

Al comenzar la conferencia, nos dan un maletín con varios libros y documentos sobre el *Libro Verde*, en inglés y francés pese a que el evento es aquí, en este país caribeño. Ya los leeré en Lima. Ahora quiero escuchar y conocer. En la noche me leí *El libro verde* que es muy breve. Y me pregunto por qué estas vías espontáneas hacia la democracia no pueden incorporarse al bagaje revolucionario. Por otro lado, también tengo grandes dudas. Hay demasiado dinero, y aunque siempre he pensado que la religión musulmana es mucho más avanzada que el catolicismo, por su mejor relación con la naturaleza, su fanatismo me molesta.



El aburrimiento de las reuniones se ve interrumpido por una discusión sobre la mujer. En realidad hay pocas mujeres en la reunión. Un delegado europeo se lanza a criticar el trato que se da a la mujer en Libia: particularmente a la religión musulmana que las obliga a cubrirse el rostro con un velo, y la sujeción a la vida familiar. El discurso me resulta conocido, lo he escuchado a algunas feministas en Lima. Desde mi asiento veo dos manos levantarse como impulsadas por un resorte. Son dos bellísimas muchachas libias, vestidas con sus atuendos de fiesta, y con el malhadado velo sobre el rostro, que piden la palabra. «En Libia, hace doce años, en 1969, el 99 por ciento de las mujeres y el 80 por ciento de los hombres eran analfabetos. Ahora apenas un 10 por ciento de las mujeres lo es. A diferencia de Occidente, donde la mujer es discriminada, nosotros podemos ejercer cualquier cargo y cualquier grado militar en el nuevo Estado que la revolución está construyendo. Podemos ser coroneles y generales. Sobre todo, podemos defender nuestra revolución con las armas en la mano. Y cuando tenemos hijos, no tenemos que trabajar doblemente, sino que el Estado nos paga durante seis años el mismo sueldo, hasta que nuestro hijo no necesite nuestro estrecho cuidado y amor». La enorme pantalla gigante las enfoca en *close-up*, a ellas y a las otras mujeres que estamos presentes. Su belleza y frescura contrastan con los rostros de las «occidentales» presentes; todas nosotras cansadas, con ceños fruncidos, al borde del estrés. Me entusiasmé con el contraste. Y con el discurso. Y también con la estructura del poder de las Asambleas: se parece a la concepción de los soviets. Ahora entiendo mejor por qué el CI apoya a esta revolución peculiar.

En medio de la reunión, nos reunimos los delegados del CI: el Jefe y yo del Perú, un camarada ecuatoriano y otro australiano. Sin que nadie dijera por qué –y también sin que yo preguntara– este último asume la conducción, como algo natural... Tendremos una reunión con el representante de Gaddafi. En la suite del hotel, con el jefe de la delegación libia se habló sólo generalidades. Lo único concreto fue que el Jefe, sin consultarme dio el teléfono de mi casa para que los libios pudieran comunicarse con nosotros...

De todas maneras, estoy aprendiendo muchas cosas nuevas. Particularmente sobre el mundo árabe pues, al servir como intérprete en los intermedios, intervengo en discusiones que, de hecho, son más interesantes que el evento.

Y el día de la clausura, entusiasta, me junto a los jóvenes libios y palestinos que gritan con el puño en alto *¡Al Fatah, Jamahiriya!*

## LE DÍ LA MANO A ESE ASESINO

*Londres, 12 de octubre de 1985. (Cliff Slaughter en el Comité Central del WRP)... Presumiblemente, sólo teníamos que esperar su evolución subsiguiente. Hemos apoyado la ejecución de miembros del Partido Comunista de Irak... Newslime informó que «21 conspiradores» habían sido fusilados... entre ellos había dirigentes de los sindicatos iraquíes, y uno de ellos, Talil Suwailh, había traído saludos fraternales a nuestra conferencia sindical.*

*26 de octubre de 1985 (Mike Banda, Secretario General, en la Conferencia Especial del WRP). Y fue este alejamiento de la clase obrera, tanto en los países metropolitanos como en los países coloniales lo que llevó a esta adaptación que finalmente llevó a una situación en que este partido, para su vergüenza eterna, perdonó y justificó la ejecución de comunistas iraquíes. Le dije a Healy: si estás pensando en construir una sección en Irak, ¿a dónde te dirigirías? Al dudoso Partido Baath, o al Partido Comunista que a pesar de su degeneración stalinista de*

*hecho todavía expresa y representa realmente los intereses de la clase obrera en Irak, y es uno de los partidos comunistas más viejos y con una de las tradiciones más heroicas en el Medio Oriente? No me pudo responder. Todo lo que le interesaba era saber si Tarik Aziz o Hussein le harían la siguiente donación, y de hecho en 1980 se me envió allá a que estrechara la mano a este dictador, a este asesino. No me sentí muy feliz, pero lo hice por lealtad al partido.*

Acabo de terminar de traducir una Declaración del WRP que denuncia una conspiración del stalinismo en Irak, contra la revolución antiimperialista. El final ha sido el fusilamiento de veintiún miembros del PC iraquí. En el Comité Político se discute la declaración. Todos dudamos, ya que nuestra tradición ha sido el combate al stalinismo, aunque pensando que los partidos comunistas son partidos obreros, enemigos y agentes de la burguesía, pero no son lo mismo que la burguesía. Esto ha estado claro. Es una declaración del WRP, dice el Jefe. Tenemos la obligación de publicarla, ya que somos una sección del Comité Internacional. Luego de la reunión, sólo el silencio entre nosotros, y una cierta sensación de estar metiendo la pata. Creo que incluso el Jefe lo siente así.

## VENDIENDO EL PERIÓDICO

*26 DE OCTUBRE DE 1985 (Conferencia Especial del WRP. Mike Banda, Secretario General) ... Acompañaba a esto un fraude estadístico... Se nos dijo que teníamos diez mil miembros, pero el último registro dio 3,563... Se tiene obviamente una enorme brecha entre los ingresos reales del partido y el tipo de gastos e inversiones... Lo que teníamos cada vez más era una utopía totalmente reaccionaria en lugar de socialismo científico... No lo necesitaban. Todo lo que necesitaban era obtener el dinero para autoperpetuar a esta camarilla, una jerarquía en el propio partido. Y yo fui parte de ella, no quiero negarlo... Y los teníamos por allí en sus carros, con sus pequeños comités y sus pequeños servidores, por todas partes... Era de hecho una adaptación a la aristocracia obrera y al Estado capitalista de Gran Bretaña... Pude ver este viraje: la tendencia a convertir al WRP en el centro del movimiento internacional, y a Healy en el centro del WRP. Le dije a una camarada alemana: «Yo soy el Comité Internacional», y a otro camarada «Yo soy la situación objetiva»...*

*Acá no tenemos marxismo... Todo lo que tenemos es un partido centrista, un conjunto de gritadores de consignas, vendedores de periódicos, recogedores de dinero, pero nadie entrenado en la ciencia de la práctica de la misma revolución, porque Healy no la quiere y se opone a ella.*

1974. «Nosotros pensamos que es a través de la venta del periódico que los miembros del Partido, de la Juventud Socialista y de la Alianza Sindical confrontan a la clase obrera y luchan por el desarrollo de su pensamiento. Nuestro periódico señala el camino político de la clase obrera, mientras los centristas y los sindicalistas ‘radicales’ capitulan frente a la dictadura militar. Es por ello que nuestra lucha va ganando cada vez más apoyo. Vendemos y venderemos cada vez más periódicos hasta aplastar y enterrar a todos los centristas y stalinistas.»

Han pasado dos años desde que se escribió este editorial de nuestro periódico, que en esa época se llamaba *Comunismo*. Ahora, con *Prensa Obrera*, nuevamente nuestra célula bate los récords de venta. Con el trabajo en el SIMA nuestras cifras suben. Cada sábado estamos allí a las 12. Por lo general yo vendo y «Araña» vigila. Tal vez es sólo una formalidad, pues los marineros de guardia nos observan. Es mejor que yo venda, le digo, pues siendo mujer tendré menos problemas. Las últimas semanas nos hemos visto favorecidos por la huelga del SIMA. Todas las semanas hay un artículo sobre ellos. El Secretario General nos facilita el ingreso al local que tienen en la avenida Guardia Chalaca, en el Callao. La gente se reúne allí todas las tardes. Y en las cercanías dan vueltas tanquetas de la Marina. Sabemos que nos toman fotografías, así que tratamos de no mostrar mucho nuestros rostros. Hoy hay una actuación cultural. Ha venido un poeta que tiene un nombre raro: *Jovaldo*. A la hora indicada, comienza a recitar: Un veintisiete de mayo/ a los obreros del Sima/... Sonríe pues los versos me parecen escolares. Y para mi sorpresa, un trabajador comienza a cuestionar ese estilo elemental y «tundeteado» de hacer versos. El hecho de que seamos obreros no significa que no tengamos que tener acceso a la cultura, a la literatura. Cita a Trotsky y Pannekoek. Mi asombro se combina con satisfacción. Se arma una pequeña discusión sobre la cultura proletaria. Luego me

entero de que el compañero no es trabajador del SIMA, sino un viejo cuadro sindical del Callao que está asesorando al sindicato. Unos veinte o treinta trabajadores escuchan atentos, optando por uno o por otro. Y Jovaldo nos trata con cierta distancia; de hecho, no sólo es social-realista: es maoísta. Pero de todas maneras quedamos amigos.

Cuando la huelga termina, todos los dirigentes son despedidos. Ni se acerquen al SIMA, compañeros, nos dicen. Hay órdenes de arrestar a los agitadores. Y nosotros mismos ahora trabajamos con marineros apuntándonos con sus armas. Luego, tendremos que confiar en que las ventas de los viernes tengan éxito. Desde Diamante, las fábricas textiles y de calzado situadas en la avenida Argentina, a caminar por la avenida Dueñas y los restaurantes de la avenida Perú.

Justamente luego de salir de Diamante nos sucedió algo curioso. Como todavía nos quedaban algunos ejemplares, buscamos algún lugar donde venderlos. Frente a Diamante vimos una puerta grande de donde comenzaban a salir trabajadores. Alex y yo nos apuramos para alcanzar a los que de seguro saldrían en tropel. Siguieron saliendo muy espaciadamente, y para nuestra sorpresa los que entraban –al segundo turno, pensamos– también lo hacían espaciadamente, sin apuro. Nos pica la curiosidad por saber qué tipo de fábrica es esta, que no genera apuros para entrar ni para salir. ¿Esto es una fábrica? preguntamos a un emolientero que vendía en la puerta. ¿Fábrica...? Sí, claro, responde sin mirarnos. Y curiosamente nadie ni siquiera miraba los periódicos y al pasar frente a nosotros volteaban el rostro. Por veinte minutos la cosa siguió igual. Nadie compró nada y cuando decidimos irnos, el emolientero no pudo evitar una sonrisa extraña. Claro pues, me dice el Negro cuando le cuento lo sucedido, cómo se les ocurre ir a vender periódicos a «La Nené», el prostíbulo más popular de la zona...

Meses después, nos correspondió específicamente Callao, estábamos en Bata, Martínez y Linares, Metal Empresa, Copsa, la planta 10 de Moraveco. De ahí al centro del Callao: Pilsen y toda la avenida Sáenz Peña, Dos de Mayo, Colón y Buenos Aires en cuyas cantinas terminan los viernes muchos trabajadores de las fábricas cercanas. Pero a veces tenemos que competir con unas mujeres que se pasean misteriosas por las mesas con minúsculos sobrecitos. Ellos, aún borrachos, nos miran avergonzados y esperan que nos vayamos para efectuar la transacción.

El domingo en la mañana, Ciudadela Chalaca, Villa Señor de los Milagros, Castilla, Gambetta, Dulanto... Cada semana llego a casa de Araña y, con el paso de los años, me he vuelto familiar en el pueblo joven donde vive. A partir de la venta primero de *Comunismo* y después de *Prensa Obrera*, prácticamente no hay nadie que no nos conozca. He participado en múltiples asambleas del pueblo, en reuniones de dirigentes, mirando con satisfacción cómo una joven generación va reemplazando a un conjunto de personas que habían mantenido el pueblo en condiciones deplorables por más de cuarenta años. Entre ellos hay alguno del Partido Comunista, otro del PRT, del PCR, del PSR, y Araña. Y en la casa de éste con frecuencia comparto la vida familiar. Su madre enfermiza me pide consejos, y he visto a sus hermanas convertirse de niñas de colegio en madres de familia. He sido partícipe de su mesa y su afecto. De algún modo, esto compensa la rutina dominical.

Las ventas en las mañanas son más bien monótonas. A veces Copsa o Bata, a veces Pasaje El Sol, por donde entre las 6 y las 6 y media de la mañana salen centenares de trabajadores de los barrios obreros situados a la espalda de las fábricas. Así, un día y otro. Buscando y encontrando concentraciones obreras en la zona, que nos permitan agotar la cuota

de periódicos de nuestra célula. Pero también hay deudas que pagar por periódicos no vendidos de otras semanas, o el Fondo Trotsky. Entonces se me ocurre vender en los ómnibus. Hago un esfuerzo por ejercer cierto tipo de oratoria: «Compañeros trabajadores, amas de casa, estudiantes y desempleados —comienzo mi discurso— a este gobierno no le interesa la alimentación, la educación ni la salud... Por eso no construye escuelas ni hospitales sino cárceles, como Cantogrande, con los mayores refinamientos de la crueldad. Y nos quiere hacer creer que así resolverá el problema de la delincuencia que tiene su origen en la falta de trabajo». La gente escucha y casi siempre tengo éxito.

*1979. Fui corriendo a San Fernando, pues allí han comenzado a llegar los contingentes de maestros de cada rincón del país. He tomado volantes, periódicos y la cámara fotográfica. Al llegar constato que el informe era más que cierto. Los maestros han rebasado este local de la Facultad de Medicina de San Marcos. Pequeños grupos van sumándose, al grito de ¡¡SUTEP/SUTEP!! Pienso que las ollas comunes que comienzan a instalarse para alimentarlos no serán suficientes. Doy algunas vueltas distribuyendo volantes y vendiendo el periódico, aprovechando para examinar el contexto y buscar una buena entrevista. Estoy feliz porque podré conversar con mucha gente de provincias. Cuando me acerco al primer grupo que tengo a mano, casi me desmayo. Alguien me mira fijamente, esperando mi reacción. Es Hilda. Cómo no la voy a recordar si durante dos años, en cuarto y quinto de secundaria, ella y su hermana ocuparon el pupitre situado detrás del de «las Marujas», como nos llamaban: ellas eran calladas y amables, nosotras traviesas y extrovertidas. Por unos segundos nos hemos mirado, reconociéndonos: ella dirigente sindical, yo activista política. Y un abrazo, un abrazo con muchas lágrimas muestra que, después de tantos años, ahora nos parecemos un poco.*

## «I WILL DESTROY YOU!»

*LONDRES, 12 DE OCTUBRE DE 1985. (Cliff Slaughter en el Comité Central del WRP) Pero su descenso a la especulación hegeliana... le confirmó en la convicción profundamente errónea y peligrosa pero absolutamente firme de que su juicio estaba por encima de cualquier crítica. La dialéctica de Healy ha sido cada vez más y más un instrumento para sistematizar y hacer más rígida su insensibilidad personal y su rudeza, hasta el punto del abuso y la brutalidad, en la que llegó a identificar sus propios impulsos e intereses –del tipo más bajo y sórdido– con los intereses del partido y la Internacional. Hace tiempo llegó al punto de estar absolutamente convencido de que él era tan único, tan importante, en realidad indispensable, que todo lo que otros camaradas pudieran aportar estaba subordinado a él como encarnación de la historia.*

1977. «*I will destroy you!*», ha dicho Healy a un dirigente en la última reunión internacional. El futuro Jefe lo toma en cuenta. Le recomiendan promover a los jóvenes y sacar a los viejos. Frank en realidad huyó del país después de la represión que la Liga sufrió en 1974. Luego de una estadía de varios meses en Londres, el futuro Jefe organizó la arremetida. Y todos nos empeñamos en extirpar de nuestra organización a Pizarro, el último sobreviviente de la vieja dirección. El Muerto no soportó las exigencias y, luego de una oscura y fugaz Secretaría General, salió disparado.

*Al escuchar aquel incidente de Pizarro con Healy, no pude menos que recordar aquel Congreso de la Liga, en 1974. Aparicio, miembro de la célula metalúrgica y dirigente de ensambladoras, llegó el segundo día del evento. Estaba vestido de negro, pues su padre había muerto y tuvo que viajar a Ica y enterrarlo. Y me pareció que hacía esfuerzos por concentrarse. Pero era un asunto personal que el Comité Político consideró que no justificaba la violación a la puntualidad y a la seguridad del evento. Fue duramente criticado. Incluso por Gerard, el camarada norteamericano que vino representando al Comité Internacional. A partir de ese momento, todas sus intervenciones fueron atacadas, y fue acusado de sindicalista y espontaneísta...*

Me gustaba estar en su casa, donde sólo los dormitorios estaban pintados. El asma que padece no es óbice para que sea puntual en las ventas de periódico. Y aunque su pequeño hijo también nació asmático, no lo utilizó de pretexto cuando tenía que cumplir las tareas del partido. Su compañera, una joven delgada y con enormes ojos verdes, también quería ir a vender el periódico. Las células de ambos exigen y exigen. Y el niño es motivo de discusión. Aparicio había dejado sus estudios en la UNI por el partido. Y llega a ser dirigente de la Federación Metalúrgica.

Convencido del compromiso revolucionario, lo entrega todo. En su casa nos reunimos Murmullo, Roca, el Negro, Betsy, Martha y yo, para preparar documentos, defender la línea revolucionaria. Una pequeña puerta en San Martín de Porres, escaleras de piedras, piso de tierra, paredes sin tarrajear, salvo el dormitorio. Me fascina porque siento que realmente somos

revolucionarios, somos legítimos. No estamos reunidos en cafés, ni en una casa de Miraflores, sino en la casa de un camarada, de un dirigente metalúrgico. Tampoco como aquella vez que estuvimos en un pueblo joven sentados en el asiento de un enorme auto oculto bajo plásticos y cartones: después nos enteraríamos de que era robado.

La fracción no duró mucho. Presentamos documentos al II Congreso del Partido: uno por cada uno que la dirección había propuesto. Fueron tomados con benevolencia por el Comité Político. Aparicio finalmente fue despedido del trabajo. Llevamos una campaña por su reposición. Pero la crisis de la industria ensambladora barrió no sólo con los dirigentes sino también con los sindicatos. Finalmente, enfermo, sin trabajo, y sin entender nuestras campañas internacionales, terminó saliendo del partido.

#### «PODEMOS CONTAR CONTIGO»

*Londres, 12 de octubre de 1985 (Cliff Slaughter en el Comité Central del WRP). Ocurrieron muchos enfrentamientos en el pasado... Los camaradas fueron forzados más de una vez a considerar que presionar estas diferencias más allá hubiera significado aislamiento del movimiento o una división dañina. Tuvieron que juzgar... que el único camino era encontrar alguna forma de contribuir, de alentar la corrección de errores obvios. Los camaradas aceptaban frecuentemente que persistir en sus críticas era una especie de subjetivismo...*

Ya va a comenzar la Conferencia Latinoamericana. Quito es hermoso. Hemos podido dar algunas vueltas por la ciudad. Lo tiene todo: un cielo azul, muchos árboles, iglesias antiguas, pisos de lajas, gente amable, museos y algunas librerías. Me parece raro que pudiéramos pasear. Al parecer, cuando salimos de Lima nos volvemos menos militantes y más humanos. Me siento rara recorriendo las subidas y bajadas que dan a Quito un cierto calor. El camarada Federico, nuestro anfitrión ecuatoriano, primero nos lleva a la casa de Guayasamín, y suspiro emocionada al pensar que podré ver directamente sus célebres «manos». Pero no las vi, pues estaban exponiéndose fuera del país. Pero sí vi decenas de sus trabajos que me conmueven. Las bocas clamorosas y las espaldas dolientes. No me importa si eso es social-realismo o algo parecido: a mí me gusta. Y quisiera tener los veinte dólares que cuesta cada una de las serigrafías que venderemos en el Perú para el Fondo Trotsky.

Luego Federico insiste en llevarnos a un café en lo alto de Quito. Él quiere conversar sobre la conferencia, y yo quiero mirar la ciudad desde lo alto. Después, a la casa de campo donde se realizará la reunión. El Jefe me llama antes de que ésta se inicie. Tengo confianza en ti, me dice. Tú eres el nexo entre la antigua experiencia revolucionaria y las nuevas generaciones trotskistas. Eres la continuidad. Espero que reafirmes tu entrega y compromiso con el Comité Internacional. Sé que podemos contar contigo.

#### LAS DIFERENCIAS

*Londres, 12 de octubre de 1985 (Cliff Slaughter en el Comité Central del WRP). Esto descendió por muchos, muchos años, en pura matonería y desprecio por los cuadros y por la organización partidaria. Por matonería quiero decir: abuso verbal, abuso político, abuso de*

*recursos reunidos con el sacrificio constante de cientos de camaradas, abuso sexual, abuso político, desprecio por el desarrollo de otros camaradas como comunistas, desprecio por la dignidad revolucionaria de hombres y mujeres que han venido para luchar por la revolución socialista...*

El horario de la oficina se cumple y punto, me dijo el Jefe. Hoy tampoco almorzaré, pienso para mis adentros. Me atrevo a replicarle y pedir un tiempo para ir a casa de mi madre, pero terminamos a los gritos. ¡No sales y no hay nada que discutir! me dice. En medio de la rabia me siento a escribir el artículo para *Prensa Obrera*, que termino al mediodía. Cuando salgo a la bodega de la esquina a comprar algo para entretener el estómago, me cruzo con el jefe y su mujer que regresan de almorzar, cada uno con un helado en la mano...

Al día siguiente, en la reunión del Comité Político, comienzo mi intervención con la frase más clara que encuentro: el stalinismo es, en su esencia, contrarrevolucionario. El Jefe salta como impulsado por un resorte. A ver, camarada, cómo es eso de que «sólo» su esencia es contrarrevolucionaria; en otras palabras, para ti el stalinismo no es contrarrevolucionario, sólo lo es «su esencia». Nuevamente la camarada saca a la luz sus verdaderas posiciones –prosigue, dirigiéndose ahora a la reunión–, pero no las vamos a dejar pasar de ninguna manera. Se armó una discusión intensa sobre el stalinismo. Salieron a relucir *La revolución traicionada*, el asesinato de Trotsky, la campaña de Seguridad y la IV Internacional, la GPU, etc. Yo estaba de acuerdo con todo, claro, y en esos momentos pensé que tal vez yo no había entendido bien la diferencia entre la esencia y la apariencia, entre la esencia y el fenómeno. O que los camaradas no me habían entendido a mí.

*Londres, 12 de octubre de 1985 (Cliff Slaughter en el Comité Central del WRP). Las acciones en sí mismas son indefendibles, una abominación en cualquier organización de la clase obrera... Muchas, muchas camaradas jóvenes (decenas en realidad) en años y años (en realidad, décadas) fueron abusadas sexualmente y algunas de ellas corrompidas. Esto fue hecho sistemática y regularmente... Hubo quienes resistieron, y fueron difamadas y echadas del movimiento. ¿Son éstas relaciones comunistas?... Aquellos que quieren justificar esto... o que nos acusan de elementos moralistas de clase media porque nos sentimos ultrajados por esto, no tienen nada que hacer con el marxismo. Ellos representan... la repulsiva «tolerancia» y la reducción del sexo a una mercancía que el capitalismo en decadencia ha elevado al nivel de ética.*

1974. Nuestro Comité Político se está volviendo demócrata pequeño-burgués: han puesto como consigna la Asamblea Constituyente: releemos *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* de Lenin, y *Terrorismo y comunismo* de Trotsky. Los clásicos del marxismo nos dan la razón. Pero la dirección no entiende. Cualquier contradicción es calificada como «fracción».

En realidad luego de la represión las cosas se agudizaron más. Los dirigentes y sus incondicionales comienzan a acusar a todo el mundo de haber delatado. Y así se van zanjando las diferencias políticas. Yo estuve fuera un año y en algún momento hasta pensé en el suicidio. Obtuvimos una carta que muestra cómo uno de ellos muestra que no fue tan fuerte frente a la policía. Y en una conferencia de la juventud intentamos decir que ellos, que nos acusaban, no



eran muy diferentes a su propia acusación. Paco escucha las frases arrogantes de ambos dirigentes. Qué hacemos, me dice, qué podemos hacer. Quisiera matarlos, le respondo. Luego de unos minutos me da un codazo. Ya sé, yo podría ponerles bacterias en la sopa, susurra.

Esto ya no puede continuar así. El CI debe ser informado de lo que en realidad está sucediendo en la sección peruana. Decidimos enviar a Betsy a Inglaterra. Vendimos radios, relojes, discos, juntamos dinero y ella va hacia allá. Me pusieron en la cocina, nos escribe, porque no saben que soy miembro del Comité Central. Luego supieron quién era, pero igual siguió en la cocina del Workerks Revolutionary Party. Allí conoció a un camarada español, se casó con él, y no regresó al Perú. Y nosotros seguimos soportando a los mismos dirigentes.

## LOS FONDOS

*26 de octubre de 1985 (Conferencia Especial del WRP. Mike Banda, Secretario General). En los momentos iniciales de esta lucha insistí en que debía haber una muy amplia discusión política, que se abran las cien flores. Se burlaron y me llamaron maoísta... En esos momentos había una enorme crisis financiera, y ellos querían que... obtuviéramos el dinero y nos olvidáramos de todo. Dije que no había trato. Que estaba cansado de haber estado corriendo durante los últimos treinta años para conseguir dinero, pidiendo a los camaradas que obtengan préstamos, hipotequen sus casas y cosas por el estilo. Dije: basta de esto...*

Hemos logrado llegar al tiraje de 3,000 números en nuestro periódico semanal. Pero a los pocos meses comienzan a bajar las ventas. Llega el momento en que apenas podemos distribuir 2,000 entre las células de Lima, los envíos a provincias y los kioscos. Pero el Jefe insiste en mantener el tiraje. Nos recuerda que el camarada Healy llevó una gran lucha por los 20,000 *Newsline* diarios que hoy edita el WRP. Y que respondió con coraje a las debilidades de aquellos que creían que se exageraba. Que quienes se habían opuesto eran por supuesto los intelectuales pequeño-burgueses vacilantes que no quieren dar la batalla en la clase obrera. Y en nuestro pequeño local de la avenida Colonial comienzan a acumularse semana a semana los mil ejemplares sobrantes. Hasta que ya no sabemos qué hacer con ellos. Para cumplir con el pago de las cuotas por célula algunos camaradas piden autorización para llevarse los sobrantes. Yo no digo nada pero sé perfectamente que los venden por kilos a los vendedores de un mercado...

*26 de octubre de 1985 (Conferencia Especial del WRP. Mike Banda, Secretario General). Para mí se hizo cada vez más claro que estábamos luchando contra toda una tendencia burocrática, una tendencia que de hecho había surgido a lo largo de los años. Que lo que habíamos creado en Gran Bretaña no era realmente una estructura partidaria sino un enorme aparato burocrático... cuya base era la intuición del líder individual. Que el mismo partido... estaba siendo liquidado de esta manera, y todo lo que Healy necesitaba era un aparato para obtener dinero y para usarlo con fines disciplinarios contra cualquiera que no estuviera de acuerdo o criticara a la dirección... Había una enorme cantidad de dinero en medio de esto. Un camarada me dijo ayer que en los últimos diez años habíamos invertido algo así como 700 mil libras esterlinas en todo tipo de propiedades y maquinarias, que era una inversión excesiva para un partido de nuestro tamaño. Con eso vino también la creación de todo tipo de ilusiones falsas y delirios de grandeza.*

«Tenemos que conseguir 756,238 soles para esta semana, acumulando los primeros 1'500,000 para dar el primer paso decisivo en la conquista de los 3'500,000 para el 31 de octubre... Nuestro objetivo es financiar el fortalecimiento de *Prensa Obrera*, la ampliación del trabajo nacional y el entrenamiento de nuestros cuadros juveniles, como parte de la construcción del Partido Revolucionario basado en los principios y las luchas del Trotskismo el Marxismo de hoy. Este es nuestro homenaje a León Trotsky a los 40 años de su asesinato...» Al escribir esto no puedo olvidar aquel episodio jocoso: el camarada que asistió al último Congreso Juvenil del CI casi se queda sin entrar a Londres, pues al ser requerido por su ocupación en el aeropuerto de Heathrow, declaró orgulloso: «Soy obrero eventual»...

Nos hemos puesto como objetivo que por lo menos cuatro camaradas de la Juventud Socialista asistan al Congreso Internacional en Londres. Como todos los domingos al mediodía tengo que recoger las cosas del remate. Ya me está cansando esto de ser Responsable de Economía del CC. Sobre todo cuando tenemos que conseguir tanto dinero. Felizmente que el camarada que vive en San Juan las guarda, pues sino tendría que llevarlas y traerlas una y otra vez. Principalmente ropa usada que nos dan nuestros «solidarios», pero a veces también juguetes, adornos, zapatos. Es extraordinaria la demanda de ropa para niños. El domingo pasado tuve un pleito con el cura de la Iglesia que quiso sacar a los ambulantes que están en la puerta pues dijo que no se podía hacer misa con el olor a cebollas. Pero yo vendo ropa que no huele a nada, le dije. Me habían dicho que era un cura progresista, pero igual me peleé con él.

Con frecuencia me encuentro con sorpresas en los remates. Estaba acomodando ejemplares de *Prensa Obrera* entre la ropa cuando una exclamación me interrumpe: ¡¿Qué haces aquí, chola?! Es el flaco Noé, a quien conozco desde los tiempos de VR donde ambos militamos. Era líder estudiantil de La Cantuta, ahora es dirigente del SUTEP. Rápidamente le explico por qué paso los domingos en la mañana en esta paradita ubicada en la zona alta de Ciudad de Dios, y le vendo el último número de nuestro semanario, como demostrándole que no miento. Entre comprensivo y burlón recorre con los ojos mi pequeño «puesto» sin entender bien la importancia de esta actividad.

En Navidad los remates son un éxito completo. Por lo general, en esta fecha agotamos nuestra «mercadería». En esas oportunidades siempre voy con otro camarada, y por tanto es más difícil sufrir los pequeños robos que no puedo controlar cuando estoy sola. Hemos comenzado a ir a Surquillo donde la gente tiene más posibilidades. Al regresar a almorzar a casa, mi madre me recibe muerta de risa, pues ha recibido una llamada del tío Pepito, mi tío abuelo, que vive justamente en Surquillo. ¿Qué ha pasado Asuntita, por qué no me dijiste que tenías necesidades? Sus ahijados le habían contado que me vieron en el mercado número uno vendiendo ropa usada. Tengo algunos ahorros, hijita, ¿por qué no vienes mañana?, de inmediato iré al banco. No me pasa nada, tío. Son las actividades de Maru para sacar fondos para su periódico; tú sabes que siempre está haciendo locuras, le responde entre las risas que le produce la confusión. Como resultado, desde entonces pude guardar las cosas en casa de tío Pepe. Y también siento alivio porque, una vez más, mi madre me muestra que su ternura y comprensión no tienen límites.

Ya no sé de dónde sacar dinero. Si bien mi célula es la que tiene menos deudas, como soy Responsable de Economía, tengo la tarea cotidiana de exigir a todos el cumplimiento de las cuotas del periódico. Además, debo organizar actividades para el Fondo Trotsky. Estos meses

tenemos que financiar, aparte de nuestra oficina interna y nuestro local público en la avenida Colonial, el pasaje de uno o dos delegados al Congreso del Comité Internacional. El precio del pasaje a Londres ha subido, y hay que agregar impuestos, pasaportes y etcétera. Felizmente los compañeros solidarios mantienen su cuota mensual con mucha fidelidad a la Liga y siguen nuestras consignas, aunque ya no quieren regresar a la militancia. Pero cada visita a veces lleva mucho tiempo, pues hay que llevarles el periódico, discutir con ellos, informarles lo que estamos haciendo. Y luego recibir el cheque. Pero tampoco alcanza. Los remates han comenzado a decaer pues parece que la gente retiene su ropa mucho más tiempo que antes: debe ser por la crisis. Nuestros camaradas hace mucho tiempo que entregaron al Partido radios, discos, joyas, y no hay ya qué sacarles. Recuerdo que a inicios de la Liga, en 1972, me contaron que en San Marcos les quitaron los relojes.

Y cada vez necesitamos más dinero. Sobre todo desde que hemos abierto una sección en Ecuador. Las llamadas telefónicas son frecuentes. Solicito a mi hermano una vez más su apoyo. Claro, Chola, me dice. Además tengo la facilidad de que la cargan directamente a mi cuenta del banco. Entonces el Jefe comienza a cargar sus llamadas internacionales a la cuenta telefónica de mi hermano. Al fin de mes, en silencio, mi hermano me extiende la cuenta bancaria donde por los gastos del teléfono se había quedado totalmente sin sueldo... No sé qué decirle. En la siguiente reunión planteo el problema: no se puede dejar sin sueldo a los compañeros solidarios. Pero resulta que estoy muy preocupada por la pequeña burguesía y no por la construcción del Comité Internacional. Una vez más, la abanderada de la pequeña burguesía en esta dirección. En lugar de venir a quejarte, me dice, debes conseguir el dinero que se requiere. Al cabo, el Jefe moderó la cantidad de sus llamadas internacionales.

## EL ÚLTIMO CONGRESO

*Londres, 12 de octubre de 1985 (Cliff Slaughter en el Comité Central del WRP). La discusión de las diferencias fue rechazada una y otra vez a favor de amenazas, intimidación e incluso golpes. Healy lanzó la muy dialéctica teoría de que la forma de decir algo a un anticomunista era darle un golpe en las costillas... Pero, como otros, no persistí con estas diferencias... primero, porque acepté equivocadamente el argumento de Healy de que la preservación de los cuadros construidos durante años era una prioridad. Ahora considero que esta fue una línea antiinternacionalista pragmática y característica de una mentalidad de camarilla. Segundo, yo no podía ver ninguna perspectiva de plantear estas cuestiones con alguna posibilidad de resolverlas. Yo temía que el único resultado sería una ruptura o el aislamiento.*

*Lima, abril de 1985.* El Comité Central está reunido pues mañana se iniciará el Congreso del Partido. He pasado varias noches en blanco pensando que algo anda mal. Desde que recibí algunos empujones hostiles de parte de jóvenes camaradas que habían asistido a reuniones internacionales en Londres siento que algo anda mal. Y también me molestan las burlas de los centristas en las fábricas. Me he decidido a plantear mis dudas y he preparado un documento cuestionando la consigna de «Derrocar al gobierno».

Examiné *Entre dos revoluciones*, donde Lenin fue de gran ayuda: para plantear una arremetida contra el poder por lo menos hay que contar con la mayoría de la clase obrera, con una organización firme. Y nosotros, digo, somos un pequeño puñado de revolucionarios, que

tenemos muy poca influencia en las fábricas. Creo que hay que encontrar formas más realistas de proponer la destrucción del Estado capitalista. El «derrocamiento» es una consigna táctica, que corresponde a un momento de pugna por el poder. Conforme voy leyendo el documento, el Jefe va mirándome con furia, con una expresión mezcla de rabia y satisfacción.

Por fin se desenmascaró la camarada, dice, lentamente. Ahí está la naturaleza reformista y reaccionaria de la pequeña burguesía presente en el Partido. Pero la lucha contra estas posiciones servirá para fortalecer a los cuadros, particularmente a los jóvenes. La camarada Teresa quiere preservar a la dictadura militar, al Estado burgués; quiere que el capitalismo se mantenga, que el stalinismo siga predominando en la clase obrera. Creo que cada camarada debe tomar una clara posición frente a estos ataques. Y uno tras otro, todos toman posición, la misma posición, compitiendo en dureza de calificativos, en acusaciones. Todos, menos Yauri.

Tal vez tienen razón, y estoy perdiendo el perfil revolucionario y claro que ha distinguido a la Liga en toda su existencia. Tal vez me estoy convirtiendo en reformista, y en el ala derecha del Partido. No puede ser que todos estén equivocados. La equivocada soy yo. Pero francamente no encuentro argumentos contra el documento que tanto me costó redactar. Sólo atino a decir que retiré el documento.

No camarada, me dice el Jefe subrayando sus palabras, no creas que es tan fácil. En primer lugar, lo vas a defender aquí. En segundo lugar, va a ser distribuido en el Congreso para que los delegados puedan educarse en la lucha contra la pequeña burguesía infiltrada en la dirección. Todos me miran acusadores. Noto que Yauri, que ha venido a un Comité Central después de mucho tiempo, continúa en silencio con los ojos clavados en el suelo. Yo no digo nada, no puedo decir nada pues ya no sé si siquiera estoy de acuerdo conmigo misma. Un largo silencio esperando que yo hable. Efectivamente, repito, es un ataque a las tradiciones revolucionarias del marxismo y del Comité Internacional de la IV Internacional, y expresa el temor de la pequeña burguesía a la revolución.

Llego al local donde el Congreso se iniciará en treinta minutos pues faltan algunos delegados. Encuentro a todos los presentes leyendo mi documento. Noto que Yauri no ha llegado. Al verme se me acercan un camarada de Arequipa, y algunos otros de Lima. Estoy de acuerdo contigo, tu documento es correcto, me dicen, te apoyaremos en el Congreso. No estás sola. No estoy de acuerdo con ese documento, les digo, y no lo defenderé. Me miran desconcertados, y me parece percibir una cierta desilusión en sus miradas. No quiero hablar y me alejo para meterme en mis propias divagaciones. Tengo que preparar una buena argumentación contra mi propio documento, pues sé que me lo exigirán.

Como es usual en los congresos, el informe político del Secretario General anuncia lo que sucederá, quiénes están representando el mayor peligro para el Partido, en su propio seno. Yo, como que ya me he acostumbrado a ser uno de ellos y, en este caso, lo muestro claramente a través de un documento reaccionario, pacifista, y defensor del Estado burgués. El otro es Emiliano. Su fotografía ha aparecido nada menos que en *Unidad*, el periódico del PCP en una marcha del brazo de Valentín Pacho, a quien además algunos camaradas le han visto estrechar la mano. Las dos caras de la misma moneda, dice el Jefe al final de su discurso. La camarada Teresa que defiende al Estado burgués, y el camarada Emiliano que encubre y protege al stalinismo. Ahí están, claramente, los principales peligros que se ciernen sobre el Partido y su dirección y, por tanto, sobre la revolución en el Perú. Cuando hablamos de crisis de dirección

revolucionaria estamos hablando de esto, no de algo abstracto, sino de camaradas que pese a su experiencia y responsabilidad, son instrumentos del enemigo de clase en nuestro propio seno.

Llega el momento de discutir mi documento, tomo la palabra en primer lugar para pedir al Congreso que lo rechace. Y voto en contra por supuesto. Pero muchos camaradas se abstienen y algunos votan a favor. Siento mucha rabia contra mí misma y una vergüenza infinita. Al finalizar el Congreso vuelven a incluirme en el Comité Central –aunque con muy pocos votos– porque es necesario dar la lucha contra este tipo de elementos en los más altos niveles de la dirección. Pero algo se ha roto dentro de mí, y no puedo soportar la opresión en el corazón y el dolor de espalda que no me dejaron dormir toda la noche.

## EL FIN

1985. Ya no milito, y me siento muy extraña. Pero creo que de todas maneras tengo que continuar buscando. No sé qué haré. Creo que no podría irme a otra organización. Los amigos del PUM me asedian, pero desconfío de ellos porque son reformistas y han apostado al parlamento. Pienso en Sendero, pero son maoístas, irracionales, y su estilo autoritario se parece demasiado al de la Liga. Me dicen que no aceptan críticas. Creo que saldría disparada. Así que por lo pronto seguiré cotizando a la Liga cincuenta dólares como lo hago desde hace varios meses. No sé si me estoy volviendo cínica, pero cuando me contaron que me habían expulsado, no se me ocurrió otra cosa que pedir que me dieran las acusaciones por escrito, para defenderme, tal como rezan los Estatutos, aunque no tengo la más mínima intención de regresar en el corto plazo. Dije a Manuela que si era expulsada entonces era absurdo que me siguieran exigiendo la cotización mensual. En la siguiente reunión... me «desexpulsaron».

*Al parecer, Healy murió en 1992, cercano a los ochenta años. Mike Banda regresó a Ceylán, su tierra natal, y se retiró de toda actividad política luego de intentar trabajar en el Partido Comunista británico. Tuve correspondencia con Cliff Slaughter hasta mediados de 1988. Según pude contabilizar, hasta esos momentos el WRP ya estaba dividido en ocho fracciones diferentes.*

*La Liga Comunista rompió su vinculación orgánica con una de estas fracciones en 1986, para actuar con independencia. Nos abocamos a unificar a todos los trotskistas peruanos. Disolvimos la Liga. Hablamos primero con el PST, pero ellos querían que nos uniéramos sólo con ellos. Vinieron emisarios internacionales de Inglaterra, de Francia, de Argentina, de los Estados Unidos, de diversas tendencias trotskistas internacionales, para llevarnos a sus filas. Pero el trauma había sido demasiado grande. Hablamos con todos, pero no aceptamos a nadie. Finalmente, logramos una fusión con el PRT, con quien fundamos el Comité de Unificación Socialista (CUS) y durante dos años mantuvimos la publicación de Prensa Obrera. Nosotros queríamos seguir avanzando hacia la «unidad revolucionaria de masas», mucho más allá de los pequeños grupos de trotskistas de los cuales formábamos parte. Pero ellos, por el contrario, veían al CUS como una forma de resucitar el viejo PRT. A fines de 1988 salimos del CUS y cada uno tomó su propio camino.*

*Ellos persistieron en el PRT y nosotros, los incorregibles, emprendimos una nueva búsqueda. Más viejos. Más cautelosos y quizá escépticos, pero tercamente utópicos, recuerda*

*Emiliano. El país se encontraba atravesado por una guerra que dura ya varios años, y para moralistas como nosotros, no era posible mantenerse indiferente.*

## EL ETERNO COMIENZO

*... y en las tinieblas de mi calabozo,  
sonrío a la vida.  
Yo misma busco el porqué de esta alegría,  
pero no doy con él y no tengo más remedio  
que reírme de mí misma.  
El secreto no está seguramente  
más que en la vida, tal como es...*

Rosa Luxemburgo

## EL RETORNO

HAN PASADO MÁS DE DIEZ AÑOS. Ya he perdido la cuenta. Me he decidido a regresar con la esperanza de que el sol y el cielo azul aliviarán mis jaquecas, el dolor de espalda y esa profunda tristeza que me atraviesa. De paso visitaré a mi padre, que vive solo en la antigua y amplia casa de mi adolescencia. Tengo más de treinta años, y me pregunto si resistiré el reencuentro. Año tras año estuve postergando este viaje, que ansiaba y al que temía. Estoy tan triste que me parece que no podré soportar la emoción de los recuerdos.

Son las 5 de la mañana. Desde La Oroya, estoy ya despierta: la temprana luz del sol que recién comienza a asomar me va mostrando lo verde que rodea a la carretera, donde a pesar de que la luz es tenue brillan las florecillas de la retama, aunque no hay tantas como en la margen izquierda. Como temía, las lágrimas comienzan a asediar mis ojos. Pasamos Parco. Cuando llegamos al puente Stuart siento latir mi corazón. Ya no lloro, y los recuerdos comienzan a atropellarse. Quiero gritar, no sé por qué.

De pronto surgen ante mí las *pircas*, esos pequeños muros de piedra que señalan los límites entre los pequeños cercos cultivados: es El Tambo (¿cuántas veces hemos ido allá a las chacritas que tenía mi madre?). *Bienvenidos a Jauja*: el cartel frente al aeropuerto señala el cruce entre la carretera central y la carretera Jauja-Huancayo. Sonríe con la coincidencia de que para ir a Jauja haya que voltear a la izquierda (Jauja, intelectual y culta) y a Huancayo a la derecha (dinero, dinero).

Por fin el ómnibus entra a Jauja. Un calor extraño invade mis sienes. Aunque todavía está un poco oscuro, puedo ver claramente la estación del ferrocarril, y en la avenida Ricardo Palma ahí sigue impertérrita la estatua de mi bisabuelo. Al terminar la avenida, entramos al jirón Junín, que pareciera haberse estrechado. Todo me parece más pequeño. Pero me alegra ver las tejas rojas sobre las casas blancas.

Unas pocas cuadras y estoy frente al «parque» –como siempre hemos llamado a la Plaza de Armas–, donde el ómnibus se detiene. Los demás pasajeros que bajan conmigo parten presurosos. El ómnibus también se va siguiendo su ruta hacia Huancayo. Cuando ya no hay nadie, comienzo a caminar con el maletín en la mano. Estoy absolutamente sola y un hermosísimo silencio me permite mirar en paz el azul brillante del amanecer. Camino lentamente, recorro cada trozo de vereda. Me acerco temblando a la pileta y mis manos acarician su antiguo enrejado. Con mi imaginación reproduzco la glorieta de mi infancia hace ya años destruida por un alcalde «modernizante». Todo lo demás está igual. La Iglesia se levanta imponente y hermosa tras el atrio empedrado. En las otras calles del parque siguen los balcones, aunque un poco más viejos. Y también el local del Concejo, el Club, la esquina de Balvín. Al frente, el colegio donde estudié, quebrando –con su construcción de los sesenta– la armonía arquitectónica del conjunto. Ahora sí me resulta imposible contener el llanto. Mas, a diferencia de mis llantos depresivos de los últimos meses, siento que mientras las lágrimas caen, mi espalda va aflojándose, mis músculos se relajan, mi cabeza va sintiendo un cierto alivio. Quisiera quedarme aquí parada, llorando, sin recordar a nada ni a nadie, sin pensar en reuniones, ni en ventas de periódicos, ni en comités centrales, ni en huelgas, ni en el amor recién perdido, ni en las culpas que siento por mi comprensiva familia.



El sol ya ha comenzado a salir y algunas personas comienzan a aparecer. Recién me doy cuenta que hace frío, el frío que lejos de entumecer –como en Lima– empuja al movimiento, a la vida. Siento que el sol y el frío me inundan: entran por mis venas, llegan a mi cerebro adolorido, hacen latir mi corazón con algo que se parece a la alegría... Es como un retorno a una parte de mí que creía perdida.

## PAÍS DE JAUJA (DOS CARTAS A EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ)

30 DE AGOSTO DE 1993. Gracias por su novela. Aún no he llegado siquiera a la mitad del libro, pero el escribirle es un impulso irresistible. He hecho esfuerzos por recordarlo en Jauja, pero sólo he logrado rememorar una y otra vez a don Miguelito, su hermano, pasar frente al zaguán de mi casa –me imagino que camino a sus tertulias con don Pedro Monge– y contestar nuestros formales saludos, él vestido siempre con terno y corbata, circunspecto y, para mi percepción adolescente, misteriosamente intelectual; yo seguramente leyendo en el patio o sembrando gladiolos en el jardín que daba a la calle.

Como le dije por teléfono, su libro me conmovió. Ayer decidí escribir esto mientras escuchaba el concierto de la Sinfónica donde Strauss me invadió de nostalgias...

Sólo logré tocar en el piano, –leyendo nota por nota en un libro de música para niños, y tratando de recordar la melodía– la primera parte del infantil *Para Elisa*. Me imagino que mi madre no tenía recursos para pagar, por ejemplo, a la señora Carmen Solís –la hermana de Abelardo– o a la viejita Casanova. Cuando yo tenía unos seis años contrató a don Epifanio, el organista de la Iglesia, para que nos dé clases de piano. Pero fue despedido porque, al parecer, le gustaban demasiado las niñas. Luego Lucho Vivanco también comenzó a darnos clases, pero por otras razones tampoco duró. Luego, yo no aprendí jamás a tocar el piano, y mis manos se mantuvieron torpes frente a ese instrumento fascinante.

Otrosí. Apenas podía distinguir entre una *huaylijía* y la música de una *tunantada* o de una *jija*, o un simple *palomay* escuchado tantas veces en los matrimonios. Me gustaba esta música, pero no me enseñaron a conocerla. Fue necesario que mis primos –particularmente Nico– me abrieran este mundo para que yo ya adulta –tímidamente y con mucha vergüenza– me acercara a ellas, cuando ya estaba fuera de Jauja...

Tampoco tuve mayor interés en leer a los jaujinos. A los trece años devoraba los libros de Dostoievsky y Gorki, que me fascinaban –tal vez por la educación que recibí en el colegio del Carmen–, y leía al tío Clodoaldo como algo «adicional».. No conocía la existencia de Abelardo Solís. Don Max Pecho era apenas un silencioso viejito dueño de una imprenta oscura. Y don Pedro Monge, un amable profesor del colegio San José. Los libros sobre Jauja que enviaban amigos de mis padres a la casa no me gustaban mucho, porque me parecían sobrecargados de nostalgia.

Y así podría mencionarle mil cosas. Pero al leer su libro encuentro como una recuperación de mi adolescencia. Mi adolescencia fue feliz, pero fue ajena. En su libro encuentro el otro lado de mi vida, aquel que hubiera querido vivir... ¡incluyendo a Mozart!

En este lado, el que me tocó en suerte, hubo mucho de la pequeña *élite* decadente provinciana agrupada en el «Casino Jauja» en los años cincuenta-sesenta, tan ignorante como arrogante, tan pobre como dispendiosa. ¿Por qué no pertenezco a la ciudad que usted retrata? Se lo pregunté a mi madre y no supo responder...

Viví en el lado equivocado, en el lado de los que se resistían a aceptar el mestizaje. Hoy frente a nuestro país atravesado por tantas preguntas sin respuesta, y sobre todo por una diversidad no aceptada, su libro es una afirmación de que hay un Perú posible.

En los folletos que sobre la historia de Jauja escriben Arturo Mallma y sus amigos –admirables y tercos intelectuales jaujinos– encontré también estos problemas. Dicen que prefieren celebrar la fiesta de Jauja en la fecha de la proclamación de la Independencia. Luego, se me plantea una pregunta lógica: ¿por qué son preferibles los antecesores directos de la oligarquía –los criollos– que los conquistadores españoles del siglo xvi? ¿Y por qué –como ellos afirman– la alianza de los xauxa-huancas con los españoles a principios de la conquista es considerada como «traición»? ¿Acaso no había detrás el sojuzgamiento quechua, las manos cortadas de la pampa de Maquihuayo, las décadas de opresión cultural? Luego, ¿debemos o no considerar jaujinos a los descendientes de los yauyos que fueron enviados por el Inca para espiar a nuestra etnia rebelde?

Obviamente, es difícil aceptar lo que somos aquí y ahora. Por mi trabajo en SUR, y en particular por la amistad y el aliento de Tito Flores, me acerqué a estos temas en abstracto. Hoy, en el reencuentro con Jauja, en la materialidad de sus problemas, se me plantea nuevamente la propuesta de un Perú posible. Ya no el de los setenta, el de los sueños. Sino la posibilidad de que aceptemos, repito, nuestra diversidad. Es decir, la realidad de nuestros sueños: la heterodoxia de la tradición que Tito recordaba de Mariátegui...

Es eso lo que tengo que agradecerle a su libro.

*Setiembre de 1993.* Terminé de leer *País de Jauja* (demoré demasiado para mi propia ansiedad). Y estoy más conmovida que antes. Demasiadas presencias conocidas: personajes, calles, paisaje, colores... La certeza de que ya nada es igual, y la necesidad de aceptarlo.

Y me siguió invadiendo la nostalgia. La novela es alegre, pero sobre todo es tierna. Amo a Jauja, y nunca sabía cómo expresarlo. Ahora sé que nunca lo haría adecuadamente después de leer tu libro. No se trata sólo de tu talento literario, del uso impecable del lenguaje formal, sino de esa especial sensibilidad para poder percibir la belleza de aquello que para el vulgo es un simple paisaje urbano o rural. Envidio los ojos de Claudio y quisiera que, en algún momento de mi vida, mis propias pupilas hubieran podido percibir nuestra tierra de esa forma tan hermosa.

Creo que Jauja merece ser amada –y conocida– de esa forma. No se trata sólo del cielo azul, de la fresca sombra de los eucaliptos, de los diversos verdes que alegran la vista, de las antiguas casas blancas, de los techos rojos, de la recordada glorieta del parque, de las alamedas, de los jilgueros, de la lluvia y el granizo... Se trata fundamentalmente de los seres humanos concretos. De su vida, sus alegrías cotidianas, de su música de mil matices, de los colores de su ropa, de su infinita canción a la vida... (*El mundo que tú quieres existe: sólo lo estás buscando mal.* Robo la frase de –creo– Buñuel).

De pronto, la existencia urbana y agitada vuelve a sentirse en toda su inercia, en todo su hastío. Y echo de menos los afectos de la infancia y la adolescencia que sólo conocen quienes los han recibido –y los reciben– en medio de pequeñas ciudades plácidas como la nuestra.

Creo que el «progreso» –vieja polémica– debería combinarse con esta posibilidad de crear un Perú mestizo y feliz. Mozart y la hualijía. La alegría infinita de una sonata, y también otros violines –no menos hermosos– expresando el transparente regocijo de la música andina. La utopía de la felicidad basada en la justicia y el respeto mutuo entre los seres humanos y sus

expresiones culturales. La ausencia del hambre y del poder. Ni buenos ni malos, sólo seres humanos que se entienden (o se desentienden, pero sin odio). ¿El *hombre nuevo*?

La posibilidad de crear lugares también para el buen humor y la ironía inteligente, para la amabilidad, para el amor limpio y galante, en fin, para la amistad, a la que Aristóteles reconocía como el sentimiento más elevado del que ser humano alguno puede ser capaz.

Trotsky decía en uno de sus artículos que el hombre debería dominar la ciencia y la técnica para –haciendo una metáfora– cambiar los cerros de un lado a otro si esto le producía mayor placer (también hablaba del *derecho al pan y al canto...* como *el pan y la belleza* de Mariátegui). Creo que Marx también habla de cosas similares cuando esboza su utopía donde el hombre trabajaría sólo para satisfacer sus necesidades, y el resto del tiempo le serviría para ser feliz: para el arte y la plena realización de sus aspiraciones, para disfrutar de la vida misma. Y Rosa Luxemburgo que amaba la vida «tal como es»... Creo que nuestros izquierdistas modernos nunca leyeron estas cosas porque chocaban con los pequeños mundos canibalescos y absurdos que sus ansias de poder personal han creado.

Regresando a tu novela, ella trata básicamente de la relación entre seres humanos concretos. Eso es lo que aspiro ayudar a recuperar. De ahí mis terquedades y tal vez –lo admito– un cierto romanticismo: ¿Será posible que en la ciudad actual, celeste, sin glorieta, sin *metropolitanos*, hoy pura provincia –cuya existencia ni siquiera conoce la juventud urbana limeña–, llena de *distritanos*, podamos crear por lo menos los espacios que hagan posible este sueño de recuperar a Jauja para sí misma, para que la gente que hoy vive allí aprenda a amarla como tú la amas?

Porque, después de todo: ¿qué sentido tiene la vida sino el hacer posible la esperanza? No creo más en las purificaciones: en la cultura del sufrimiento, del sacrificio, de la desconfianza. Es mejor creer en los seres humanos. Y alimentar nuestra propia existencia con lo bueno que hallamos en la de otros. Como los personajes de tu novela: el candor en lugar de la suspicacia.

Ha pasado poco menos de un mes de cuando escribí la nota anterior sobre tu novela. Apenas la había comenzado a leer y no te conocía. Nunca pensé que ella me iba a dar tantas buenas nuevas. Pero cada palabra que entonces escribí se ha visto reafirmada y a la vez totalmente insuficiente.

Nuevamente gracias, mil gracias por tu novela... y por tu inesperada (y jaujina) amistad.

## EL BAILE

1991. RODRIGO MONTOYA ha editado un libro sobre Arguedas. En el «Porras Barrenechea» están Raúl García Zárate, Flor Canelo (una mujer de una voz bellísima, de una dulzura y una fuerza increíbles), Chalena Vásquez, Edwin Montoya y «El Vaquerito» (me entero de que Arguedas conoció al Vaquerito en un tranvía). García Zárate toca *El tambobambino*, un carnaval muy extraño por lo triste, y luego el Vaquerito lo canta y toca con una guitarra de esas de doble cuerda de metal. Al final nos invitan a un club provincial. Voy de mala gana, sólo para acompañar a Cecilia que se ha puesto un poco emotiva, recordando a Tito me imagino. No pensaba terminar en una bella fiesta, pensando mucho en Jauja, en mi hermano, en lo bien que él se hubiera sentido aquí. Porque, aparte de que hay una mayoría serrana «neta», Rodrigo y un grupo de puquianos me introducen a la música de su tierra, realmente tierna. No pensaba encontrar aquí a Quico –amigo huancaíno de mis años adolescentes– con muchos tragos encima. Nos abrazamos por el gusto de encontrarnos luego de veintitantos años. Y al escuchar que nos conocemos de por allá, Flor Canelo arrancó en su pequeño *Casio* a tocar *Jauja*, *Huarancayo de mis penas*, *Picaflor tarmeño*, *Caminito de Huancayo...* Había muchos jóvenes. Y me siento feliz. En nombre de mi tierra y de mi hermano lejano bailo un huaynito, con Rodrigo, «a lo jaujino».

Hace tiempo que no bailaba. Y siento que al ritmo de la música muchas pieles salen de mí y quedo como siempre quisiera estar: sin disfraces, con mi cuerpo moviéndose por sí mismo, libre. Como cuando bailaba en las rondas, o en las fiestas infantiles. O en las «traídas de monte», o en las tantas fiestas en casas de camaradas, de compañeros, durante los últimos años de militancia.

Al final, entre risas, Cecilia tuvo que sacarme casi a jalones...

*Jauja, 1988. Este cortamonte fue un signo de los tiempos. Dos padrinos –como suele suceder ahora– contrapuestos. Uno de ellos perteneciente a los pudientes, dueño de dudosos negocios y que, durante los preparativos previos, no ha perdido ocasión de mostrar su disgusto por la presencia humilde del otro padrino, un sastre. Como es tradicional, en los toldos de los padrinos corre la cerveza y abundan los dulcecitos y las butifarras. Pero para sorpresa general, en la mesa del sastre comienzan a aparecer –además– decenas de botellas de whisky, sí, sólo «Chivas» para todo el mundo. Los «ricos» no saben cómo superar en minutos ese derroche whiskero. Nos hemos reído mucho al ver sus expresiones, mezcla de incertidumbre y furia. Pocas veces he visto a la gente disfrutar tanto de un cortamonte, antes, en y después de que el árbol caiga.*

*En tiempos de carnaval, la alegría se siente en el propio aire que respiramos. La música invade calles y plazas. Es imposible escapar del encanto de los cortamontes. Yo nunca bailo, porque mi porte largo y desgarbado no se condice con el faldellín amplio que requiere cintura fina, ni con el monillo bordado que se luce con un busto pronunciado, mis hombros cuadrados no van a la lliclla. Mi cabeza es demasiado pequeña para lucir adecuadamente el garboso sombrero blanco de anchas alas con la gruesa cinta negra de terciopelo. Así que, como cada año, no queda más que escoger los mejores cortamontes para participar en la fiesta*

*«desde afuera». No obstante, en mi adolescencia a veces he ido a la traída del monte, y me he envuelto en los juegos de cerveza, harina y serpentinas que permiten disfrutar de una especie de catarsis colectiva.*

*En ocasiones –y aprovechando la penumbra del atardecer– he accedido al brazo de algún pariente o amigo para regresar bailando hasta el centro de Jauja, o a casa de los nuevos padrinos en la «pandillada». Justamente este año lo hice del brazo de mi padre, luego del cortamonte de La Samaritana. Detrás de los nuevos padrinos y al ritmo de clarinetes y saxos decenas de danzantes –entre los cuales había muchos que como yo viven fuera de Jauja– comenzamos a entonar casi a gritos «Adiós juventud, vida pasajera, de tanto florecer, te vas marchitando...».*

*Cuando volteé a mirar, mis lágrimas no eran las únicas.*

## TITO FLORES

*Todos vivimos así. Al borde...  
 Vivir es luchar contra la muerte.  
 En ocasiones ese combate es más consciente  
 que en otras, ¿una desventaja?  
 Hay que hacer todo con convicción.  
 Mi situación personal no difiere mucho  
 de la de todos en el Perú.  
 Es un país donde todo puede ocurrir,  
 desde los extremos más opuestos.  
 Debe ser uno de los países más apasionantes...  
 No entiendo a estos peruanos que deambulan por aquí  
 y no quieren volver.*

Alberto Flores Galindo (Carta desde Nueva York, 1989)

*Querido Tito:*

*No pude menos que rememorar este tu amor al Perú cuando en la Casona de San Marcos y entre lágrimas recordábamos tu enorme y vital compromiso con nuestro país y con nuestro pueblo.*

*Ahí, junto a Cecilia, estuvimos todos tus amigos, entre ellos los de SUR. Estuvieron los «vagos», como llamabas al Comité de Redacción de nuestra revista Márgenes (Nelson, Reynaldo, Gonzalo, Gustavo, Oscar), estuvo Rodrigo admirándonos con su valor para ver que todo saliera como tú querías; Eduardo, a quien de algún modo las cúpulas partidarias nos lo arrebataron; Inés, tu amiga entrañable que compartió contigo e hizo realidad la fundación de esta Casa; Gony y Gaby con quienes trabajaste decenas de tus últimos artículos y ensayos; estuvieron también Mónica, Ricardo, Víctor y los alumnos de la Universidad Libre; Gerardo y Jorge, Humberto, Ignacio y Alfonso, y todos los que te conocieron a través de las actividades de Sur. Y estuvieron tus amigos, nuestros amigos, los Yuyash, cantando con lágrimas y flores, incapaces de contener la tristeza.*

*Y es imposible evitar rememorar estos tres años de compartir búsquedas y hallazgos, aquí en SUR, donde sin decirlo intentabas continuar el trabajo del Amauta, retomar la vía de la búsqueda de un socialismo sin calco ni copia. Creo que nunca se dijo algo de ti tan exacto como cuando Eduardo nos recordó a todos que entre la eficacia y los principios tú encontrabas el fiel de la balanza en la ética. Por ello, tu ternura con los amigos, tu generosidad con los jóvenes historiadores que buscaban ayuda, tu transparente sonrisa para aceptar a veces mezquindades y desencantos propios de estos días; a todo eso tú pusiste un eje común: la ética.*

*Y bajo tu impulso, SUR se convirtió en una rara avis donde el único interés es el del debate sobre el socialismo. Con los intelectuales en los conversatorios, con los jóvenes en los seminarios, con los trabajadores en la Universidad Libre, con la opinión pública a través de Márgenes. Cómo no recordar cuando día tras día presionabas y presionabas para que la revista saliera, para que nada fallara en la Universidad Libre, para que invitáramos a todo aquel interesado en lo que fue la pasión de tu vida: la búsqueda de un socialismo revolucionario que negara el dogmatismo, las maniobras, las pequeñas luchas hegemónicas. Y también tu tristeza frente a los crímenes de Sendero y los errores del MRTA.*

*Cómo no recordar la inauguración de la Universidad Libre donde los Yuyash te hicieron bailar, y en medio de tus pasos torpes y una alegría desbordante te me acercaste para decirme: «¡Esto es la vida!». Cómo no recordar tu emoción al entrar una y otra vez a la Federación Gráfica a hablar ante decenas de trabajadores para dar cursos de historia y alguna conferencia, en un reencuentro que tu enfermedad lamentablemente truncó.*

*Cómo olvidar tu admiración por el Che, si tú, como él, eres de alguna forma el hombre nuevo. Compartiendo cotidianamente el trabajo de SUR puedo atestiguar que jamás pude observar una mezquindad, un mal humor, un ataque personal. Sólo a veces desencanto, como cuando convocaste a algunos intelectuales jóvenes de ideas brillantes e interesados en el socialismo, que jamás volvieron cuando les dijiste que en SUR no había ni dólares ni cargos, sólo trabajo y la obligación de una cotización. O también en aquella ocasión, cuando te erigiste enorme, con tu energía y tu sonrisa, en nuestros momentos difíciles, de confusiones y malentendidos.*

*Tú sufriste este país, al igual que Arguedas, a quien dedicaste tus últimos esfuerzos. Aunque te considerabas un escéptico, creo que es difícil hallar alguien que como tú infundiera en los demás mayor optimismo y confianza en el pueblo, en los olvidados, en los provincianos, en los obreros y los campesinos, en aquellos que no llegan jamás a los titulares de los diarios.*

*Asimismo, detrás de tu permanente sonrisa, recuerdo tu pena por los amigos tuyos que se iban cambiando de barricada: se rompían algunos lazos pero nunca la amistad. Y a pesar de ello, y con los menos, te quedaste de este lado, como Rosa Luxemburgo a quien tanto admirabas.*

*También al escuchar tu mensaje final, comprendo tu empeño en que continuara mi trabajo sobre los populistas revolucionarios del siglo XIX. Retomar la dimensión ética de la revolución, aquella que el poder olvida y pisotea; retomar a Sofía Perovskaia, a Rosa Luxemburgo, al Che: la conjunción indispensable entre la palabra y la vida.*

*El socialismo no fue para ti un membrete ni un discurso. Fue una búsqueda a veces apasionada, a veces angustiante. Cuántas veces hemos conversado sobre la revolución como algo a resolverse. Cómo olvidar tu fe absoluta en la fuerza del pueblo con cuyas manos querías verse producir nuevos octubres victoriosos, pero incorporando sus etnias, sus aspiraciones, su cultura, su historia, buscando renovados contenidos a la palabra insurrección.*

*Cómo definir adecuadamente tu generosidad que te hacía sacar libros de tu casa para distribuirlos a diestra y siniestra con el fin de que fueran utilizados por otros en esta búsqueda que nunca concebiste como un trabajo personal sino como una tarea colectiva. Cómo definir al intelectual que lejos de guardar para sí sus hallazgos siempre tenía una palabra, una ayuda, un apoyo, y que en sus viajes regresaba con sobrepeso por la cantidad de libros que traía para sus amigos y alumnos, particularmente para aquellos anónimos y jóvenes.*



*Sólo queda, Tito, reconstruir sin ti la cotidianeidad de SUR, e intentar mantener tu espíritu, tu orientación de lucha, de ir siempre contra la corriente. Todos los fines de mes, cuando veo las cuentas en rojo, me acuerdo de ti y de tu angustia por nuestra precaria situación material, y de todo lo que hemos tenido que pelear para no caer en la fácil tentación de los dólares y de los «proyectos», que quitarían el espíritu voluntario del trabajo de SUR, y que hace posible que aquí las ideas no tengan ningún precio, ni en moneda ni en renombre. Confío, como tú, en la generosidad de los amigos. Y creo firmemente que si no hubiera sido así, Márgenes no sería lo que es y la Universidad Libre no se hubiera desarrollado como lo hizo.*

*Ahora Tito, sabemos que ya no eres sólo de SUR o de tus amigos, compañeros y discípulos. Ahora nos cuesta entregarte al país, al pueblo al que tanto amaste. Ya no nos perteneces, has ingresado por la puerta grande a la historia de los oprimidos de esta América Latina, con Mariátegui y el Che. Pero, sobre todo, has ingresado a sus corazones, alimentando nuestras esperanzas y convicciones en el socialismo, nuestra confianza en la capacidad transformadora del marxismo, nuestra fe en la fuerza del pueblo y en la necesidad y posibilidad de la revolución, en la cual nunca dejaste de creer.*

*Gracias, Tito, por tu amistad, por tu aliento, por tu presencia permanente en esta Casa. (Cambio, Lima, 5 de abril de 1990.)*

*Abril de 1986. Víctor Mazzi me ha citado en su casa de Chosica. Fui a pedirle libros marxistas antiguos, tal vez él tiene *Nuestras diferencias* de Plejanov, parte importante de la polémica que tuvo como resultado la ruptura de los populistas rusos y dio inicio al movimiento marxista.*

Mazzi es un tipo simpático. Sesentaitantos años. Durante cinco horas me cuenta sus aventuras como dirigente sindical, como poeta de izquierda, como militante. Y también resulta que vivió en Jauja en su juventud, trabajando en una panadería. Perseguido por varios gobiernos, no le quedan libros: todos fueron requisados por la policía en diversas oportunidades. Apenas unos cuantos ejemplares de poesía en su casa. Cuando le detallo lo que quiero, al final de la conversación, me dice: Busca a Flores Galindo, creo que trabaja en la Católica.

Tito Flores, pienso. Cuando yo me iniciaba en VR, él lo hacía en el MIR. La última vez que lo vi fue hace unos diez años, realizando mi usual tarea de venta de periódicos. Nunca he conversado con él.

Lo llamo por teléfono. Me cita a su oficina de la universidad. Está igual a cuando lo conocí: una sonrisa de niño inteligente e inocente a la vez. El mechón lacio sigue cayendo sobre su frente. Se sorprende ante mi preocupación por los populistas rusos. Pero también le interesa saber de mí, a quien recuerda perfectamente. Quiere saber si sigo siendo socialista y si creo en la revolución. Escucha atentamente mis torpes explicaciones, pues acabo de abandonar la militancia en la Liga después de doce años. Le hablo de la ética y de los populistas, y me sonrío con un cierto alivio que no llego a entender. Conforme pasan los minutos, siento que está menos distante de lo que yo creía; hay una cierta calidez, un genuino interés, un respeto hacia el otro, que me hacen sentir un extraño sosiego. De pronto mi natural actitud defensiva –desarrollada en quince años de actividad política– comienza a derrumbarse lentamente. Y me dan ganas de hablar no sólo de los populistas, sino de todo: de la izquierda, de la revolución, del poder –de la Liga no, eso no– y, al parecer, él también quisiera hablar de todo.

Cuando comienzo a explicarle mis indagaciones sobre los populistas, me comienza a dictar una larga bibliografía. Me pregunta qué he encontrado. Con un poco de reparo, saco mis fichas. Comienza a miraras una tras otra, lentamente. Levanta la mirada: «ven mañana a las once».

Al día siguiente, aparece con una enorme bolsa de libros. No tengo el libro de Venturi, me dice, que es lo mejor que hay sobre los populistas, pero hay un ejemplar en la biblioteca, en francés, ¿ lees francés? Sí, aunque lentamente, le digo. Casi sin escuchar mi respuesta, me da las indicaciones para que pueda acceder a la biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales. Me llevo los libros y al llegar a mi casa, me doy cuenta de que me los ha confiado sin preguntarme ni dónde vivía, ni mi teléfono, ni nada.

*Enero de 1991. Le alegró haberse encontrado contigo, me cuenta Cecilia, mientras ambas miramos el sucio mar de Barranco. Ha pasado casi un año desde que murió, y ambas tenemos ya un poco de fuerza para hablar de Tito. ¿Te acuerdas de Maruja Martínez?, me preguntó. Y sin esperar respuesta: ¿cree en el socialismo, y en la revolución... como la gente de los setenta! Y por algunos días estuvo hablando de ti. Estaba sorprendido de que alguien se interesara por los populistas...*

Desde ese día, todos los martes Tito y yo hablamos de los populistas, del socialismo, de la revolución, de la ética, de las posibilidades y las dificultades de la izquierda. Me comienza a presentar a sus amigos. Me habla de SUR y me muestra el proyecto del «Museo Alternativo» que estaba armando con Gustavo Buntinx. No entiendo ni una sola palabra, y me parece que son evasivas de intelectuales.

Haremos un seminario sobre Marxismo occidental, organizado por SUR, me dice. Quiere que hable sobre los populistas. Inés incluye a Rosa Luxemburgo en mi charla. Pero sólo hablaré sobre los populistas. Sobre Rosa no sé casi nada: sólo siento por ella una admiración romántica, alimentada por mi aversión a las feministas europeizadas.

Es noviembre y pese a que ya no hace frío en Lima, yo estoy temblando pues hoy hablaré en este Seminario en la Universidad de Ingeniería, a donde no he ido desde mis tiempos de estudiante.

Obsesionada por mis últimas experiencias en la Liga, centro todo alrededor de la ética. Y hablo poco sobre sus propuestas políticas, sobre la *obschina*, sobre la posibilidad de un socialismo sin pasar por el capitalismo. Tito a mi izquierda e Inés a mi derecha, con ambos me sentí un poco menos aterrorizada de hablar ante un público «intelectual» –por llamarlo de alguna manera–, y casi no levanto los ojos de mis fichas. Ante mi sorpresa, la gente escucha con mucha atención. Pasan las horas, y Tito comienza a pasarme notitas para que termine. Apenas si mencioné el tema de las relaciones entre Marx y los populistas. Tuve que terminar no sólo por las notas de Tito sino porque eran cerca de las diez de la noche, aunque nadie se había movido de su asiento.

Al día siguiente me dice que no le gustó mi charla, porque hablé mucho de la historia y poco de las ideas. Inés me defiende con pasión, como hace todo en la vida. Entre ambos me asedian para que siga trabajando y escribiendo. Me parece increíble. Nunca aprecié a los

intelectuales y siempre les he reprochado la falta de «práctica». Y ahora de pronto me encuentro a gusto con ellos.

«SOBRE LA GENERACIÓN DEL 70 Y OTRAS PERLAS»

*Junio de 1986.* Encontré tu terrible documento debajo de la puerta de mi oficina en la universidad. No puedo presentarlo a *Caminos del laberinto*. Es demasiado. A través del teléfono la voz de Tito suena entre molesta y divertida. Ven a mi oficina y hablaremos. Ya frente a Tito, espero sus argumentos, y me alisto a defender mi posición. Da pasos cortos, se sienta y se para, mientras sigue hablando. Se mueve nerviosamente con el papel en la mano, sus mejillas se han encendido. Tuve que llevar a almorzar a aquella persona que se sintió aludida con tu calificativo de «intelectual dolarizada». Es que no aguanto la frivolidad, Tito. Me indigné cuando el organizador anunció que «ahí viene lo bueno, hablarán los protagonistas...», como si anunciara a un conjunto de rock. Por eso dije que creíamos realmente en lo que decíamos, y que para muchos el mantener esos ideales significó pérdida de empleos, cárcel, crisis familiares, problemas de salud, a veces hasta la vida. Que no se trató sólo de una aventura juvenil. Pero Tito no me escucha. Está muy alterado por esto. Es que eres trotskista, me dice. Eres intransigente. Creo que hasta yo me siento ofendido. Claro que es un documento fuerte, le digo. Además, en el artículo corrijo algunas de las cosas que dije en la mesa redonda. Es que todavía creo ser revolucionaria.

Es fácil hablar desde un asiento en la universidad, pienso. Y me da todavía más rabia porque desde que salí de la Liga, hace un año, ya no tengo partido. Y es algo que todavía no puedo aceptar en mi propia vida. Si desde hace diecisiete años fui militante siempre, primero en VR, luego en el POMR y finalmente en la Liga. En el fondo, tal vez se trata de mi propia impotencia para proponer algo. Y estar rondando por ambientes académicos a falta de los sindicatos, los comités, la avenida Argentina, o cualquier barrio proletario, que por tantos años fueron los escenarios de mi vida cotidiana. Tal vez lo que pasa es que me siento mejor gritando a los intelectuales, para esconder ante mí misma que yo tampoco soy militante. Que de alguna manera soy igual que ellos. Y escribí esto con toda esa rabia contenida. Regreso a mi casa y vuelvo de nuevo mis ojos sobre el documento.

*«Hace algunos días, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica, se realizó un Conversatorio sobre los años 70. Es necesario hacer algunas precisiones sobre este período, precisiones que estuvieron ausentes del Conversatorio y que, de algún modo, quisieran responder a las preguntas y exigencias de los jóvenes estudiantes ahí presentes.*

*En primer lugar, hubiera sido bueno que los ponentes fueran más representativos de esa generación, –con la salvedad de Alberto Flores– de tal modo que la discusión hubiera sido mucho más rica.*

*Creo que los jóvenes de hoy ven a la generación del 70 como individuos que en algún momento fueron radicales y que hoy se han retirado a sus cuarteles de invierno, en los centros o en el parlamento.*

*Sin embargo, la generación del 70 fue mucho más y mucho menos que eso. Alberto Flores insistió en el Conversatorio de marras en el dogmatismo y el sectarismo con que en ese*

*período se participaba en la vida política. Sin embargo, si bien es cierto que, por ejemplo, los Congresos de la FEP siempre terminaban en el primer punto «Caracterización del país» y que muchas veces esto se decidía a balazos –es decir, si el Perú era feudal, semi-feudal o capitalista–, eso expresaba, por un lado, la exigencia de una definición política, la necesidad de una respuesta y, por otro, el que para la juventud de esa época la revolución era una realidad material en la que estaban comprometidos y no un proyecto para un futuro lejano.*

*En segundo lugar, se dijo erróneamente que eran San Marcos y la Universidad Católica los recintos en los que esta generación se acunó. Nada más falso. Los de la Católica, por ejemplo, comenzamos asistiendo marginalmente a las movilizaciones por las rentas que realizaban las universidades nacionales y en lucha contra la Ley Universitaria de Velasco. En el caso de mi promoción –primer año de Facultad en Ciencias Sociales, 1968– nuestras experiencias iniciales estuvieron guiadas por compañeros de la Agraria, de la UNI e incluso de La Cantuta.*

*Asimismo, nuestro ingreso a la vida política, es decir, a los partidos, estuvo signado también por el ingreso masivo de la clase obrera a la lucha contra el gobierno militar. En relación a este último punto, podríamos explicar el «dogmatismo y el sectarismo» como una forma de preservar la intransigencia revolucionaria de la juventud contra la izquierda tradicional -el PCP- que se había alineado con el velasquismo de una forma absolutamente servil, como lo testimonian los ejemplares de Unidad de ese período. Si realizamos una analogía histórica, los problemas que enfrenta la juventud revolucionaria de ese entonces tienen en su esencia las mismas exigencias y las mismas preguntas que la juventud de hoy. [Para poner un ejemplo, mientras el gobierno militar intervenía las universidades, acusaba de «agentes de la CIA» a maestros y mineros, el PCP lo parangoneaba con el Estado soviético de 1917 y, de esa manera le ayudaba incluso de formas policiales a reprimir a la izquierda revolucionaria, como lo experimentamos muchos al sufrir nuestros primeros arrestos en el famoso mitin minero del 9 de abril de 1970, cuando fuimos entregados a la policía acusándonos de apristas y de agentes de la CIA. Hoy en día, frente al genocidio, el estado de emergencia, la satanización de la izquierda, el ataque a sindicatos y organizaciones populares, la izquierda oficial llama a la formación de un «frente antiterrorista». Cualquier semejanza... ¿es pura casualidad?*

*En tercer lugar, como se dijo en el Conversatorio, la generación del 70 se inspiró en el movimiento de París-1968, Cuba, el Che y las guerrillas del 65. Sin embargo, también habría que decir que sufrió el impacto de la Asamblea Popular y el golpe militar en Bolivia de 1971 y, en 1973, del golpe militar de Chile y de la «vía pacífica al socialismo». Muchos de los protagonistas de ese período, que no querían que en nuestro país se repitiera esa experiencia sangrienta, hoy se sienten cómodos gozando de la democracia burguesa. Y esto no se les puede reprochar personalmente. Como decía Marx: el ser social determina la conciencia social.*

*En cuarto lugar, habría que hacer algunas precisiones sobre los «intelectuales» y la rabiosa defensa que de ellos hizo Pedraglio. El ataque a los intelectuales no proviene de su calidad de tales (¿qué habría sido de cualquier proceso revolucionario sin teóricos, sin intelectuales?), es decir, de individuos que por diversas condiciones históricas y sociales –no importa el origen– realizan su trabajo con el pensamiento, elaborando la teoría. Lo que se atacó es que el ser «intelectual» se haya transformado en un modo de vida, inclusive en un modo de vida de radicales asalariados. En realidad, hablamos desde un punto de vista de clase.*

*En un país como el nuestro, de gran miseria y desempleo, lo que criticamos es la absoluta insensibilidad de los supuestos izquierdistas quienes no vacilan en compartir y disfrutar las formas de vida de la burguesía, inclusive las más sofisticadas. Y, como resultado material y lógico, de la misma forma en que coexisten con la burguesía en la vida cotidiana, el producto de su trabajo «intelectual» va respondiendo cada vez más a este «ser social», y siendo cada vez menos combativo e incluso menos cuestionador. En otras palabras, y no puede ser de otra forma –independientemente de la conciencia que tengan de ello– van trasladándose silenciosamente a la defensa del status quo que, aunque se pinte de rosado, sigue siendo el sistema capitalista.*

*El intelectual, como tal, debiera trabajar sin descanso para responder, en su disciplina, a las preguntas que la revolución plantea. Tal vez ese sí fue un problema de la generación del 70: gran confusión teórica, gran atraso y esquematismo; repetición de frases de los clásicos del marxismo que, por lo demás, sólo conocimos a través del tamiz de la Editorial Progreso. No tuvimos mucho tiempo de pensar en lo que estábamos haciendo, es decir, toda la entrega y sacrificio, todo el activismo y la energía desplegados, no resolvieron el problema de un programa y una organización que fueran capaces de llevar a las masas a la revolución.*

*En quinto lugar, creo que es errado decir –como lo insinué en el conversatorio– que los miembros de la generación del 70, si hoy tuviesen veinte años serían de SL. Creo que eso es desconocer el rol de las clases como actor y producto histórico, y reemplazar el análisis materialista por una especie de autocomplacencia personal y subjetiva, donde el sujeto se ve a sí mismo como un ser ahistórico, cuya voluntad y conciencia serían independientes de la realidad material y estarían determinadas simplemente por los propios impulsos y deseos. Esta posición fue llevada hasta su extremo más arrogante cuando, frente a las agresivas preguntas de los jóvenes estudiantes, uno de los ponentes respondió con altanería que «nosotros nunca hubiéramos dejado que la derecha gane la Federación de Estudiantes» (aludiendo a los resultados electorales de las elecciones de la FEPUC, donde ganó la coalición derechista denominada FIDES). En realidad, echó a los jóvenes la «culpa» de un hecho social sin molestarse en analizar aunque fuera mínimamente sus raíces y procesos. Es como echar sobre la clase obrera la «culpa» de los triunfos electorales de Belaúnde y Alan García, ocultando el hecho de que, ante las masas, el mejor propagandista que tuvo la democracia burguesa fue justamente la izquierda tradicional, donde muchos ex-revolucionarios de la generación del 70 son dirigentes. ¡Como si los éxitos o fracasos electorales fueran simplemente fruto de méritos personales de supuestos «héroes»!.*

*La generación del 70 pertenecía básicamente a la juventud estudiantil de la pequeña burguesía y a diversos sectores de la vanguardia obrera. El movimiento de SL surgió más bien de la frustración de sectores urbano-marginales y campesinos frente a la izquierda tradicional que no pudo establecer una continuidad entre 1968-70, y 1978-86.*

*En sexto lugar, creo que fue un aporte al conversatorio el planteamiento que hizo Alberto Flores sobre la importancia de 1978. En realidad, esta fue una fecha clave en la cual se abrieron todas las limitaciones de nuestra generación, muchos de cuyos miembros ya se habían convertido en dirigentes de prácticamente todos los partidos de izquierda y de las mayores organizaciones gremiales de obreros, campesinos y capas medias.*

*Los despidos masivos de 1977 y la convocatoria a la Asamblea Constituyente plantearon la fragilidad teórica y política de los radicales del 70 cuyo activismo ya se había*

*comenzado a agotar. No pudimos responder a la burguesía desde nuestro terreno, desde todo lo conquistado –sindicatos, organizaciones barriales, frentes de defensa, organizaciones campesinas, etc.– y un gran número se pasó con todos sus bártulos al terreno del enemigo de clase, a la conquista de votos y curules. Y vino el triste espectáculo de ver a casi todos los Secretarios Generales, de «constituyentes» y luego de diputados y senadores, abandonando totalmente la lucha de las masas y conduciendo en los últimos siete u ocho años a una enorme desmovilización y desengaño de amplios sectores populares. Este proceso condujo, finalmente a la polarización de éstos, que se fueron tanto hacia SL como hacia las ilusiones en la democracia burguesa, que la misma izquierda tradicional había sembrado.*

*Obviamente, fueron las capas más pauperizadas y desesperadas las que fueron hacia SL que, en ese sentido, con todos sus errores y deformaciones, tomó las banderas que habíamos agitado hace diez o veinte años, en suma, las banderas de la destrucción del sistema capitalista y de su Estado.*

*Efectivamente, fue este un período crucial. A aquellos que se negaban a dejar la lucha en el campo y en las fábricas –que muchas veces había dado frutos luego de largos y arduos años de trabajo– se les acusó de «economicistas» llamándolos a ser «políticos», es decir, a ingresar al terreno de las campañas y los votos. Muchos de estos compañeros que seguían pensando correctamente que política revolucionaria era igual a lucha por el poder, pensaron que habían sido engañados o que estaban vencidos y se apartaron del camino, regresaron a las universidades, terminaron su carrera y se ofrecieron a ser compañeros de viaje de la Izquierda Unida.*

*Otros se incorporaron alegremente al carro electoral y aceptaron todo lo que la burguesía les ofrecía, es decir, convertirse en una oposición lo suficientemente «democrática» como para que no perturbara la paz del santo recinto parlamentario.*

*Otros fueron a Europa y regresaron –ya recuperados– a transformarse en pensadores asalariados, organizaron centros, instituciones y peñas de sabor izquierdista. Y un último grupo, finalmente, mantuvo su vieja fe en el socialismo, y fuera de la izquierda oficial, se convirtió en una izquierda marginal y crítica, desde pequeños grupos trotskistas, maoístas y mariateguistas, hasta guerrilleros como MRTA y SL.*

*Sin embargo, el espíritu de secta en que hemos sido educados sigue impidiendo que estos sectores se transformen en una alternativa, que algunos éxitos sindicales se expresen en un efectivo trabajo de masas hacia la revolución. Esto se refleja tanto en las interminables discusiones sobre «hegemonías» como en el prácticamente nulo desarrollo del marxismo como una teoría para guiar la práctica revolucionaria.*

*Es que el principal problema está aún por resolverse: la estructuración de un movimiento de masas alrededor de un programa revolucionario que responda a todos y cada uno de los problemas que enfrentan en nuestro país el proletariado, el campesinado y las masas explotadas, donde la revolución no sea sólo un sentimiento ni sólo un frío cálculo histórico, sino el fruto del desarrollo del marxismo en nuestro país, tan complejo.*

*Al igual que en los años 70, el capitalismo debe ser destruido por medio de una revolución; al igual que en los años 70 el socialismo y el derrocamiento del imperialismo siguen estando vigentes. Muchos del 70 seguimos creyendo en la fuerza histórica de la clase obrera y de las masas explotadas. Tenemos a Nicaragua, tenemos a los movimientos de liberación nacional. Si bien nuestra práctica puede cambiar de forma, el contenido ha de*

*seguir siendo el mismo. Si algo podemos hacer por la revolución es desarrollar el marxismo en nuestro país, rescatar a Marx, Engels y Lenin de los cenáculos intelectuales y recuperarlos para las clases revolucionarias, de la única forma en que es posible hacerlo, a través de una práctica revolucionaria entre las masas, de una lucha diaria y sistemática, en la teoría, en la práctica, en la política cotidiana y sindical, con las armas de la crítica y con la crítica de las armas.*

*Esa es nuestra fe y esa es nuestra esperanza.»*

No sé con quién conversar esto. Nacho se había negado a asistir conmigo al conversatorio. Compañero ocasional de trabajo, por momentos compartimos algunos recuerdos, incluyendo su abnegado y luego frustrado paso por VR. Estudiante de Economía, dejó la Universidad Católica para ir a Arequipa a construir células obreras en el Parque Industrial. Fue acusado de economicista porque sus habilidades para la campaña electoral fueron mucho menores que su asesoramiento en los sindicatos. Tomó sus pertenencias y se regresó a Lima. Terminó de estudiar y se dedicó al agro. Ya no milita, pero conmigo siempre hay un gesto de solidaridad y cariño. Creo que hasta le causa gracia que yo siga teniendo las ideas que tengo. Y cuando quiero hablar con él de política su respuesta es casi invariable: Tal vez hago algo más sobre el Perú buscando formas para mejorar la vida del campesino, para que el campo produzca mejor, ya no quiero más iglesias, ni catecismos...

No, me había dicho, no quiero recordar nada de eso, cuando quise convencerlo para que me acompañe al conversatorio. Qué vamos a hacer allí. Por qué vas si dices que los intelectuales son los doble-vida, insiste. Y cuando le enseño lo que escribí después: No estoy de acuerdo con nada de lo que dices aquí, me reprocha. Creo que exageras todo, creo que eres sectaria. Que sigues creyendo que ustedes, los trotskistas, son los buenos, los inocentes, los únicos revolucionarios... Y coincido con Tito en que todo eso que dices del PC tiene más que ver con los pequeños odios trotskistas que con la realidad. Y qué tiene de malo ganar en dólares, ¿acaso todos los que ganamos en dólares nos hemos vendido? Prefiero ganar en dólares en un proyecto financiado por universidades norteamericanas o por ONGs, que me permita hacer algo útil por el país. Hay muchos asesinos que ganan en soles, y también muchos corruptos. En todo caso, ¿quién juzga a quién? No sé qué decirle. Claro que sé que hay muchos corruptos, corruptos de dinero y corruptos de poder. Si no lo sabré...

Además, no tengo partido. No sé por qué estoy yendo a la Católica. La verdad es que me da un poco de vergüenza acercarme a la gente sin un volante, sin un periódico, sin nada que decir.

*Emiliano me ha ido a buscar nuevamente. No entiende estas preocupaciones que yo tengo ahora. Tienes que volver, me dice. Lo importante son las perspectivas que se están abriendo para nosotros. Estamos conversando con el PST, y están animados a unificarse con nosotros. Cochero está entusiasmado... Pero no quiero, no quiero convivir con gente que es la antípoda del revolucionario: no quiero ver al Jefe –que por supuesto ya no es jefe–, ni a su mujer. Y Emiliano insiste. No pierdas tu tiempo, me dice. Tienes que aportar a la unidad de los trotskistas. No iré, no iré mientras esté allí el Jefe, le digo.*

*18 de junio de 1986.* Muy temprano debo devolver a Nacho la llave de la oficina. La voz del noticiero radial, en el microbús camino a la oficina suena alarmada: hubo una rebelión de senderistas en las cárceles. Hay muchos muertos. Si, ya lo sé, me dice Nacho. Vamos a buscar algún kiosko de periódicos que esté abierto –y, casi sin transición–, me gusta caminar bajo la llovizna de Lima. Por primera vez a mí también me gusta, tal vez será la tensión que ha subido la temperatura de mi cuerpo, pues no tengo frío. Los han matado, me dice Nacho. Pero ellos querían que les hagan esto para ser héroes. ¿No te das cuenta que lo habían planificado así? No estarás de acuerdo con que los hayan matado, le digo. Claro que no, pero no son los mártires que crees. Ellos acaban de fabricar mártires, lo planificaron así. Y su plan salió. Cómo se te ocurre decir eso cuando el Estado asesina a presos políticos, replico. Compramos *Amauta* y prefiero no pelear con Nacho. Qué pena estar en desacuerdo. Es claro que él ya no podría estar en un proyecto revolucionario. Tal vez está demasiado frustrado por su experiencia...

Por la noche las informaciones de los noticieros de la televisión son todavía difusas: hubo matanzas en las cárceles de Lurigancho y Chorrillos. No quieren hablar de El Frontón. Sólo se ve todo bombardeado, como luego de una guerra. Y sangre, y muerte, y destrucción. No puedo dormir. Y yo qué, preocupada por lo que pasó hace tantos años. Y no puedo evitar que mis lágrimas escapen por borbotones. Y así pasan las horas, yo sentada en mi cama sollozando, sintiéndome también culpable de esos muertos, aunque sean senderistas, aunque sean revolucionarios equivocados. Quiero que amanezca. Buscaré a Emiliano. Esto cambia las cosas, puedo ver más claro. Qué Jefe ni qué ocho cuartos. No, ya no me importa que esté allí.

Emiliano me mira asombrado y contento. Sabía que regresarías, me dice. Sí, vuelvo al Partido, le digo, cuándo puedo tener una reunión.



## ¿HAY LUGAR PARA LA ESPERANZA?

HIJO DE UNA FAMILIA NORTEAMERICANA ADINERADA, hace algunos años viajó de vacaciones a Costa Rica y Ecuador: regresó fascinado por América Latina, donde la miseria y la alegría se combinan de una forma tan especial. Tino se radicaliza: quiere cambiar el mundo. Acaba de terminar sus estudios de economía en California, era tablista en las playas de Los Ángeles, ese lugar clásico de *beach boys* y cultura gringa.

Se enamora de Dolores, la hija de una antropóloga norteamericana que trabajó muchos años en Huancayo. Tino llega a esta ciudad, y comienza a hacer una especie de trabajo voluntario. No fue difícil convencerlo para que prolongara su estadía en el Perú e hiciera sus pininos de economista agrario. Necesito un asistente en el Perú, para trabajar en Aramachay y Quicha Chico, cerca a Jauja, donde nací –le propone mi hermano–, estarán felices de tenerte allá. La oferta era lo que esperaba. Podría quedarme un par de años. Me gusta trabajar en el campo y entiendo de computadoras, responde.

Hacía pocos meses se había casado en un matrimonio masivo, en Huancayo y mereció una foto en la primera plana del *Correo* de esa ciudad. Cuando Tino comenzó a trabajar, el vientre de Dolores ya había comenzado a crecer. Él pensó que por fin podía hacer algo útil con su vida. Ayudar con lo que había aprendido a esos campesinos que, según le han contado, están ávidos de convertir a sus comunidades en SAIS tecnificadas y con alta productividad. El frío no le asusta y parte feliz. Él y Gustavo Rojas, un peruano, viven en Aramachay, yendo los fines de semana a Huancayo, donde Tino dejó a Dolores.

Mi hermano nunca pensó que en pocas semanas este horizonte de amor y trabajo se convertiría en un terrible torbellino para su recién contratado asistente.

*Columbia, 5 de julio de 1988. «El trabajo que se hace en las comunidades merece el respeto de todos los que desean el desarrollo de los más pobres entre los pobres del Perú. Y si a uno lo van a matar simplemente porque es gringo o porque está con un gringo, tengo todo el derecho a no aceptar... Entiendo lo que es una guerra, pero no acepto el racismo, convencional o al revés, el asesinato en nombre de los prejuicios, venga de quien venga...»*

*No he recibido aún los periódicos dando cuenta de la muerte de Tino. Supongo que los intelectuales peruanos no han visto la necesidad de pronunciarse porque «se trataba de un gringo de AID» o algo por el estilo. Diles, cuando los veas, que Tino era un asistente de investigación que estaba en el Perú porque se enamoró de una peruana, y que decidió trabajar en el campo porque tenía algo que en el Perú escasea: honestidad y entrega, a pesar del miedo. Y Gustavo Rojas era una rara avis de esas que, con un título profesional en el bolsillo, optó por el trabajo en el campo-campo, no en el campo a medias, de una semana aquí y otra allá, que nos caracteriza a la mayor parte de los investigadores. Gustavo no llegó a recibir su primer sueldo. Y probablemente también tenía miedo.*

*Esto del miedo no es una figura literaria. Veinte horas antes de que fuera muerto, llamé a Tino para ver cómo iban las cosas. Además del informe rutinario, me dijo que estaba algo asustado de lo caliente que se estaba poniendo Huancayo. Le pregunté si había tenido alguna*

*advertencia en la comunidad, y me dijo que no, que más le preocupaba Huancayo que Aramachay, y que se sentía ‘como un target’, y que, estando Dolores encinta, preferían venir a los EE.UU. para tener al niño y hacer el postgrado, con el compromiso de hacer la tesis en el proyecto. Me dijo que iba a trabajar hasta el 31 de julio... Lo que le dije –que no me hacía muy feliz con la noticia pero que yo comprendía muy bien sus razones– me retumba en la cabeza como una de las cosas más estúpidas que he dicho en mi vida. Al día siguiente lo mataron, sin ‘juicio popular’: parar el carro, pedir papeles, ordenar tenderse al suelo y meter dos balazos en cada cabeza, cada bala de diferente arma, en una especie de rito incomprensible. Y Gustavo murió probablemente porque estaba con Tino en ese momento. ‘Así mueren los agentes del imperialismo’, escribieron en un letrero que le colgaron al cuello.*

*Por supuesto, para no quedarse atrás, después vendría la policía a arrestar creo que a cuarenta campesinos para ‘interrogarlos’ con los métodos a los que, dolorosamente, nos tienen acostumbrados. Habiendo dedicado una buena parte de mi vida a entender a esos campesinos, cuyos nombres y casas conozco, que permitieron que nos inmiscuyamos en sus vidas para entender cómo producen papas, carneros, chuño; para entender cómo es la vida misma en el campo; para preparar el terreno del difícil desarrollo tecnológico andino con recursos andinos y conocimiento andino; para ver cómo el mercado capitalista ha afectado la tierra y el campo; habiendo estado tan cerca de ellos para ver este desenlace, me entristece mucho. Y creo que sí hay lugar para la tristeza en un país en el que unos y otros cultivan el odio hasta la irracionalidad; y en el que los demás ‘analizan’ la guerra, critican ‘objetivamente’ a unos y otros, o simplemente esperan que las cosas se calmen.»*

*Lima, 2 de noviembre de 1988. «No espero que esta carta dé algunas respuestas a todas estas cosas, pero sí que desde el Perú y viviendo de tan cerca una guerra con todos sus absurdos, las reflexiones puedan dar algunos elementos más válidos para evaluar lo que está sucediendo aquí. Y cuando digo aquí, me refiero a algo muy concreto: a decenas y centenares de hombres y mujeres, con iguales o mayores esperanzas que cada uno de nosotros, que son empujados a optar, cuya voluntad es pisoteada y cuya vida es destruida; desde la supresión de su libertad de vivir en la tierra que eligieron, de amar sus eucaliptos, de permitir que sus hijos retocen por los cerros, de gozar del silencio absoluto, de alimentarse cotidianamente con lo que sus manos producen... hasta la supresión de su propia vida, a manos de unos o de otros, en una guerra que no entienden y de la que no son ni quieren ser parte. Es esto lo que está sucediendo. Creo que cada uno de los pobladores de las zonas declaradas en emergencia, y que están migrando por bandadas a Lima, a Arequipa, a Huancayo, a Ica, etc., deben haber hecho las mismas reflexiones que haces en tu carta: ‘no quiero’ hacer lo que no es mi vocación, no quiero vivir como otros dicen que viva, no quiero ‘acomodarme’ a lo que otros deciden por mí... Entonces me pregunto qué es lo que vale la pena hacer en el Perú. Y en estos momentos escucho una entrevista radial a Tito Flores, donde dice ‘Este es un país donde todavía hay lugar para la esperanza...’, y en esto coincide enormemente con lo que estoy pensando en este momento. Creo que lo que hay –fuera de la lucha de clases y los lugares comunes– también es una lucha entre aquellos que están destruyendo el país y aquellos que todavía guardamos ese lugar para la esperanza.»*

*Columbia, 14 de junio de 1989. «Quiero aquí reflexionar un poco. Quiero mucho a mi país. Pienso con nostalgia la tremenda paz y placer que me daba el caminar por la puna, manejando solo por Pasco, por Pampa Galeras, por Nuñoa, enamorado de la puna. O el simplemente caminar entre Ocopa y Álayo. O el aventurarme por Carhuacayán en Junín o por Porcón en Cajamarca. Casi siempre solo. Y si alguien me acompañaba, optando por el silencio y mirando por las ventanas, parando de vez en cuando para tomar una foto o conversar con un campesino. Emocionándome hasta las lágrimas al encontrar una familia de vicuñas o de tarucas, sorprendidas, y yo tratando de explicarles que sólo quiero verlas, que no se vayan. Solo. Probablemente nunca pueda volver a hacer eso en el Perú. ¡Todo ha cambiado tanto! Esos momentos se han ido, con las vicuñas y las tarucas, pero las imágenes y el cariño están acá adentro.»*

## «RECORDANDO CON IRA»

1983. ¡¡¡MUERTE A PERCOVIICHO!!! ¡¡¡Mueerteeeeeee!! Una carcajada sigue al grito fúnebre. Yo tampoco puedo contener la risa, pese al cansancio y los graves momentos, pues la huelga ya ha sobrepasado el mes. Y aquí hay miles de trabajadores de todos los ministerios, las municipalidades y las universidades, incluyendo a los catedráticos. El edificio del Centro Cívico, donde funciona el despacho del Primer Ministro, está totalmente rodeado. No sé a quién se le ocurrió esta consigna. Hay mucha gente de provincias, que vinieron en marcha de sacrificio, y que son aún más radicales: ¡¡¡Ni un paso atrás!!!, grita el dirigente. Y la masa responde ¡¡¡Ni-pa-ra-to-mar-im-pul-so!!!!. Con este tipo de consignas los dirigentes logran que la gente se quede en el piquete. Están aquí desde las 9 de la mañana, y ya son más de las 7 de la noche y, como van las cosas, quedarán hasta la medianoche. La comisión está dialogando con el Primer Ministro.

El Partido me ha enviado para apoyar a Emiliano, quien hace poco reinició su colaboración con nosotros. Aunque según las directivas del CI ni él ni Sánchez pueden ocupar cargos: tienen que reeducarse. Así que es una especie de semi-militante, a pesar de que siempre fue un cuadro importante de la Liga. Dirigente de los docentes universitarios, en esta huelga preside la Comisión de Organización del Comité de Lucha, nombre oficial de las luchas callejeras. Es curioso: tuvo que salir del partido para ingresar a la enseñanza universitaria, convertirse en líder sindical y lograr uno de los más importantes lugares reales que el partido tiene en los gremios. Y la CITE no es cualquier gremio, es uno de los más grandes del país, tal vez sólo menor a los que agrupan a maestros y mineros. Pero Emiliano todavía es reticente a traer gente a nuestras filas. Luego, yo tengo que estar aquí. Ahí viene tu comisaria, le dicen riendo cuando me ven llegar.

Pese al carácter clandestino de la asamblea que decidió el ultimátum, pude estar allí. Los ánimos son beligerantes. Aquellos que proponen dar una tregua y suspender momentáneamente la huelga son pifiados estruendosamente. El gordo Delgado no pierde oportunidad para hacer su trabajo político: en cualquier descanso siempre está conversando. No sé por qué Emiliano no hace lo mismo aprovechando su cargo y su ascendiente. Delgado es antiguo senderista, más maoísta que «gonzalista»; tal vez por eso le gusta el trabajo de masas. Pero es un senderista atípico: amable aunque parco. La gente lo trata bien, quizá porque es humilde, y no está recitando consignas idiotas como es clásico en ellos. Más bien es bastante sencillo. No sólo no es agresivo con nosotros, pese a que somos trotskistas, sino que el trato es más bien fluido dentro del gremio. Y es amigo de Emiliano. Después de todo, formamos parte del mismo «frente clasista» claramente distinguido de los reformistas de IU.

*Un día me dijeron que el gordo Delgado desapareció. Lo esperaron camino a su trabajo en la Aduana del Callao. Dicen que fue la Marina, pero los testigos no quieren declarar por miedo. Su esposa y sus niños quedaron, como las familias de muchos otros desaparecidos, sin entender lo sucedido. Y solos, muy solos.*

En la dirigencia de la CITE hay gente de todos los partidos de izquierda. Y hasta del Apra. Hay algunos que realmente me han llamado la atención. Como Javier Alarcón.

Su expresión clásica es la de una sonrisa, y en ella se puede leer una mano extendida. En las asambleas buscando el consenso, el acuerdo. Desaparece del mapa cuando los insultos comienzan a menudear. Y su voz se siente más firme y hermosa cuando es necesario tomar una decisión. Ese perfil moreno, menudo, no corresponde a la autoridad y el afecto que despierta. Qué lejos de la arrogancia de la mayoría de los dirigentes sindicales, siempre tratando de hacer notar su autoridad.

De dónde salió, pregunto a Emiliano. ¿No lo recuerdas? Hace veinte años, cuando nosotros estábamos en VR, él era del movimiento socialcristiano en la UNI. Después se fue a Japón a hacer un post-grado. No lo puedo creer. Es realmente atípico, como Emiliano. Un sindicalero inteligente y calificado en su profesión. Se radicalizó, entró al MIR y ahora es dirigente nacional de la UDP, me dice.

*Cambio, 27 de diciembre de 1990. «Como muchos de sus amigos y compañeros, me resisto a aceptar la idea de que él no está entre nosotros. No importa que ya no le escuchemos, no era por algún verbo florido que se sentía su presencia; en realidad, era él quien pacientemente solía escucharnos a todos. Esta era una cualidad sumamente extraña en un dirigente de nuestro medio. Me explico: en la vida política nacional hay demasiada retórica. La gran mayoría de líderes sindicales y políticos se hacen conocidos y hasta célebres por su capacidad oratoria. En un medio así, los demagogos son moneda corriente, aunque devaluada... en realidad no sirven para hacer avanzar a las masas a la revolución, pues su consistencia es equivalente a la de una pompa de jabón...*

*Javier Alarcón era exactamente lo opuesto a ese estilo dirigencial tan frecuente en los caudillos sindicales y políticos de nuestro medio. Su personalidad era sobria, sensata y organizadora. No era estridente... siendo un dirigente sindical y político de izquierda radical, en su voz de mando traslucía siempre cordialidad y consenso, cualidades completamente opuestas al tradicional caudillo izquierdista de arrogantes poses populistas... Con una modestia y desprendimiento que pocas veces he visto, Javier siempre se diluyó en las sombras de un liderazgo colectivo...*

*Cuando lo conocí, a principios de la década de los ochenta, siendo ya dirigente de la FENDUP y la UDP, la modestia, tolerancia y moderación con que conducía al movimiento gremial me resultaban verdaderamente chocantes. Yo asociaba este estilo más con la 'blandura' y la 'vacilación' que con la idea unilateral que muchos teníamos de la 'firmeza revolucionaria'. Engañosa apariencia. Tuvieron que pasar algunos años para que recién pudiera apreciar los sólidos frutos de tal estilo de conducción, tanto en el movimiento sindical como en el movimiento político...*

*Todo esto lo pude vivir y apreciar directamente. Javier se comportó como un verdadero artífice del trabajo de Frente Único, método que le permitió hilvanar complejos y dispersos movimientos reales en el seno de las masas para conducirlos a batallas campales contra el enemigo. Lo vi tejer paciente y cuidadosamente el movimiento triestamental universitario contra la política antiuniversitaria del segundo belaudismo en los años 82 y 83, y luego hacer avanzar esta lucha a un nuevo nivel, jugando un papel decisivo en la recomposición de la unidad del movimiento estatal de la cite, en los años 84 y 85, y luego avanzar a un nuevo nivel*

*en su esfuerzo titánico por revitalizar el cnul y la realización de Asambleas Nacionales Populares, que durante estos años organizaron diversos paros nacionales unitarios contra la política económica de Ulloa y Rodríguez Pastor.*

*(...) su militancia política y sindical no le reportaba ningún beneficio personal ni familiar. Por el contrario, lejos de dicha militancia hubiera sido –sin lugar a dudas– un exitoso profesional liberal en la rama de la ingeniería civil, en la solicitada especialidad de construcciones antisísmicas en la que era docto y, de haberlo apetecido, habría también logrado una brillante carrera académica y científica, como lo certificaban sus estudios de post-grado en la Universidad de Tokio. Sin embargo, ganado por la causa popular, sólo preservó de todo ello la poco remunerada vocación de docente universitario en la UNI, una vez más como vocación y no como carrera personal, vocación que compartió con su militancia sindical y política.*

*Recuerdo claramente que, con ocasión de una discrepancia entre él y yo me dijo: Tú has estudiado filosofía y eso te ha acostumbrado siempre a comenzar con el debate de las ideas, pero esto no funciona en la construcción del movimiento sindical y popular en los comienzos de cada avance centralizador de sus luchas: es como querer comenzar a construir un edificio por la azotea. Por el contrario yo estudié ingeniería y me he acostumbrado a comenzar siempre por los cimientos: de ello depende la solidez de todo aquello que construyamos. Si comenzamos debatiendo nuestras diferencias ideológicas y políticas, iremos de división en división, como advertía Mariátegui. Me acusas de conciliador, pero no debes ser impaciente ni excesivamente intolerante. Para construir hay que comenzar por la base, por la unidad en la lucha y la organización centralizada de las masas; con ello damos terrenalidad en la práctica al debate ideológico y político. De lo contrario, nos vamos a las nubes y ese no es un buen cimiento. Recuerda a Marx, es el ser social el que determina la conciencia: los sectarios siempre quieren comenzar a la inversa.»*

«Recordando con ira» es el título de este artículo. Yo no hubiera podido escribir algo así, pues sé que su autor lo hizo con un nudo en la garganta. Había que conocerlo en todas esas jornadas allí relatadas. Yo sólo estuve cerca de él por un par de años, aunque este artículo lo retrata tal como yo lo vi. No, no puedo escribir, sólo llorar. Porque ya no sentiré su brazo fraterno sobre mis hombros aliviando mis rabietas. Ni estaremos los tres buscando un chifa a las doce de la noche después de una tediosa reunión o asamblea, sólo para que él nos haga sentir que todos los esfuerzos son válidos, necesarios, posibles. Hay que tener paciencia, nos decía una y otra vez. Entender a otros. No es nada fácil unificar millares de voluntades muy diversas.

Tenía nuestra misma edad. Y había comenzado como nosotros, hace veinte años. Era otro «sesentaiocho». Apostó su vida por un proyecto revolucionario de masas. Y perdió. Uno más de los centenares de desaparecidos. Cómo no va a regresar, me digo. Cómo así he perdido al amigo, al compañero. Dicen que iba a la sierra central como parte de su trabajo político. Su rastro se perdió en el camino. Sus amigos no tenemos fuerzas para llegar a la verdad. Lo cierto es que pasan los meses y ya no está. Y sus dos pequeñas hijas crecerán sin su ternura. La mayor tiene apenas siete años. Nos odiaba porque sentía que siempre la alejábamos de su padre: conmigo llegó hasta las patadas.

*Emiliano no quiso ir a su casa. Recordando a Javier, y viendo cómo está ahora el mundo, haber sobrevivido parece un castigo, me dice. ¿Te das cuenta de la magnitud de lo que quisimos hacer? Por eso fuimos tan amigos, porque los tres éramos idealistas y románticos incorregibles, como él... ¿Recuerdas que durante la huelga de la CITE me insististe en que él debería ser nuestro principal objetivo de reclutamiento? Y finalmente él nos reclutó a nosotros... y a toda la Liga. Pero eso tampoco funcionó...*

*Qué duro es cruzar por estos jardines que separan la pista del edificio donde vivía Javier. No puedo evitar mirar hacia arriba, hacia la ventana desde donde él esperaba que yo llegara en las múltiples veces que tuvimos que reunirnos en su casa para hacer algún documento o simplemente para conversar.*

*Debo ver a las niñas, saber cómo están, ver en qué puedo ayudar. De seguro la aversión hacia mí será mayor, pues ya saben que su padre no volverá. Quisiera que el ascensor demore más. Tengo miedo de enfrentarme a esas dos pequeñas, no sé cómo consolarlas. Al llegar, la mayor de ellas me abre la puerta. Al verla, la cargo en vilo, como si abrazarla fuera un juego, temiendo el rechazo. Me mira y con lentitud, detenidamente, se me abraza muy fuerte y se queda en silencio, con su carita pegada a mi cuello. No llora, ni dice nada. El breve silencio me parece eterno. Es ella misma quien lo rompe. Quédate, me susurra al oído con una voz ronca. Claro, me quedaré un rato contigo, respondo. No, te vas a ir y no vas a regresar, me dice entre molesta y triste, sin mencionar a Javier. Y tuve que quedarme con ella, llevarla a que se lave los dientes, ponerle el pijama, y, aguantando las lágrimas, contarle cuentos hasta que se quedara dormida, y no me viera salir.*

## CARTA A CARMEN

Querida Carmen:

He pensado mucho en nuestra conversación, en tus lágrimas y en tus reflexiones. «*Doy la vida por mis hijos*», me dijiste, tal vez sin darte cuenta de que la vida es la de hoy, la de cada minuto. No la preparación para la muerte. No el tormento, el «valle de lágrimas» –invento de conciencias medioevales–, la culpa, la resignación. Efectivamente, tus hijos requieren la vida: *tu vida*. («Vivir es *luchar* contra la muerte», me escribió Tito Flores una vez). Y vida es sinónimo de alegría y esperanza. Vale la pena vivir, aun cuando el mundo esté tan mal. Justamente porque existen la injusticia, el egoísmo, el maltrato cotidiano, es que nuestra existencia ha de ser de una forma diferente.

Tal vez la pregunta es –te reitero– cuál es el sentido de la propia vida. Luego de muchos años de «sufrir la vida», me di cuenta que nada quedaba en el mundo que la justificara ante los demás; que vivir así no servía para nada ni a nadie, y que en lugar de «purificarme», sólo preocupaba a otros e incluso les hacía daño.

El aprender a disfrutar nos puede permitir ayudar a otros a ser felices. (Compartir, ser solidarios, decíamos a fines de los 60). Ayudar a otros a que expulsen el dolor. Aceptemos que podemos hacer sólo lo que podemos: no más. Que si la izquierda fracasó, hay que buscar otros caminos para hacer que las brechas hacia un mundo mejor se vayan cerrando. Tener paciencia con la propia impaciencia. Cerrarse ante el dolor y el sufrimiento, con todas las fuerzas: expulsar la resignación.

Cuando te comiences a ocupar un poco de ti y menos de los demás puedes abrir las puertas al ingreso feliz de otros en tu corazón. Entiendo así eso de «limpios de corazón»: un corazón sin tormentos, sin angustias, sin suspicacias, donde hay lugar para el tránsito de los otros, un lugar que se va estirando conforme tú vas amándote a tí misma.

Si algo sale mal, si algo no funciona, buscar las salidas sin angustia. Y si no hay salida, sabemos que lo único que es irremediable es la muerte. La vida es una sola, y es breve. Cada minuto ha de ser justificado, disfrutado, vivido.

La cultura de la «madre sacrificada» es una de las cosas con las que terminaremos en la nueva sociedad, estoy segura, aun cuando no llegue a verla. Pero tenemos que abrir el camino hacia eso. No esperar conmiseración sino aliento para seguir viviendo, para seguir peleando. Es posible, siempre es posible comenzar de nuevo. La vida tiene que estar hecha de alegrías, y no de sufrimientos. Me dices que desde los tiempos de militancia tus días pasaron entre casa, comida y curaciones: eso no es la vida, son cosas que uno tiene que hacer dándoles el pequeño lugar de la cotidianeidad. Pero no tienen nada que hacer con el corazón, con la justicia.

Tú crees en el reino de Dios, ¿por qué lo pones como un objetivo lejano y no –como creímos los cristianos de hace treinta años– que hay que ayudar a Dios un poquito? ¿O es que la promesa del reino de Dios es la continuación del sufrimiento? ¿Por qué tienes miedo de tí misma, de tus potencialidades, de tu capacidad de trabajar y amar? ¿Por qué tienes miedo a ser feliz?



Pienso en tus hijos. Son maravillosos, y tú has tenido que ver con que sean así, a pesar de tu sufrimiento. ¿Cómo puedes no disfrutarlos? Chicos inteligentes, honestos, sanos, en un mundo –y un país– donde la abrumadora mayoría de jóvenes son presa del desencanto, de la violencia, de las drogas. No importa que dejen la ropa en el suelo: en algún momento aprenderán a recogerla; es parte de su maduración como personas.

La casa y la comida no son el objetivo de la vida: son sólo un medio para vivir mejor. No te acepto que ellas sean tus preocupaciones y tu pensamiento. Si en tu corazón han ido ganando terreno el sufrimiento y la tristeza, es porque en tu cabeza estas pequeñas tonterías han ido copando el lugar de tu profesión y tus aspiraciones como profesional y como mujer.

Seguro que hay muchas cosas que te gusta hacer y que no haces porque has perdido el instinto de la búsqueda de la propia felicidad. Busca en ti misma, pelea y rompe con la tristeza, recupérate. La única ventaja que tienes es que el sufrimiento te ha dado fuerza: aprovéchala ahora en su contra. Todavía hay muchas batallas que ganar, y hay muchos que necesitan de tu alegría, de tu capacidad profesional, y de tu amistad, incluyendo tus amigos, los actuales, y aquellos que de seguro has dejado de ver pero que se alegrarán mucho de tu regreso al mundo.

Tuvimos una juventud privilegiada, que muchas generaciones no van a tener la suerte de vivir. Y no fue mérito personal nuestro: en realidad la historia nos ayudó con Vietnam, con mayo del 68, con las rebeliones estudiantiles norteamericanas, con el Che.

Quisimos cambiar el mundo, *tomar el cielo por asalto*, ¿recuerdas? Fueron sentimientos comunes en nuestra generación. Generación de sueños y utopías. De solidaridad. De pasiones y aventuras. La vida en juego cada minuto, cada segundo.

Ahora tenemos que pensar en el largo plazo. Y vivir sin esa gran pasión. Sin apostar la vida. Estarás de acuerdo conmigo en que es difícil describir cómo fue de abrasadora esta pasión. Mayor que el amor, mayor que cualquier sentimiento o afecto. Era la pasión por cambiar el mundo. La indignación hecha fuerza cada día. Para soportarlo todo.

¿Se trataba tal vez de una gran fantasía para convertirnos en héroes y ocultarnos frente a nuestros propios demonios, nuestras limitaciones, nuestros miedos? Es posible. Pero, como sabes, en esos años nadie pensaba en el psicoanálisis. Sólo pensábamos en la revolución.

Hay que aceptar que, en las nuevas condiciones, hemos de buscar nuevas formas para seguir viviendo con la misma pasión y la misma esperanza. Y que los jóvenes de hoy *no pueden* hacer lo mismo porque les ha tocado vivir la caída del Muro, el neoliberalismo, la post-modernidad, el reino de la ignorancia. Ellos darán forma a sus propios sueños, no a los nuestros.

Que los años no nos vuelvan grises y rutinarios. Nuestra generación ha vivido demasiadas cosas buenas. En nuestro recuerdo hemos de rescatarlas y sepultar las pequeñeces. Ahora ya no podemos soñar con ser héroes, como en esos años, pero tampoco reemplazar el sentido épico de la vida por la rutina embrutecedora.

Me preguntarás por qué te digo todo esto. Tal vez será sólo porque eres mi amiga, y porque quiero compartir de algún modo las posibilidades de vida que se me han abierto. Tal vez esta sea la forma de retornar en algo el haber podido convertir esta última década de frustración política en una posibilidad para el futuro.

## SUR: LA AMISTAD

«Para Maruja, que se parece a muchos de los personajes de este libro», escribió en la dedicatoria del ejemplar de *Buscando un Inca* que me regaló. Qué imagen tiene Tito de mí y por qué, no lo sé. Lo menos que puedo hacer frente a tal homenaje es leerlo, aunque después de tantos años de leer sólo literatura marxista me cuesta mucho concentrarme en temas que me parecen demasiado académicos.

Sin embargo, esta lectura es diferente a lo que esperaba. Qué difícil me resulta la abstracción. Finalmente, me rindo, y permito que una palabra tras otra me desgaren. Como muchas veces, siento que estoy dividida en dos: el socialismo y el mundo andino, la tradición y la modernidad –frase en boga–, ayer y hoy. No puedo controlar esta enorme emoción, hasta algunas lágrimas. Un deseo imperioso de recuperar al Perú, de retornar sobre mis pasos. Con gran vergüenza pues, si pongo en un platillo de una balanza los eventos de la revolución rusa, y en el otro la historia del Perú, podría colmar en el primero todo tipo de detalles sobre Rusia entre 1905 y 1940; y tendría muy poco que poner en el otro platillo: apenas cuestiones elementales.

Esta angustia por mi identidad, descubro, no es sólo mía. Pero qué hice yo todos estos años sin intentar resolverla. Dónde estuve, en qué socialismo pensé, en qué modernidad.

Comento con Tito mis angustias. Y comienzo a asediarlo. Me abre su biblioteca. Aunque él está interesado en mis estudios sobre los populistas, luego de hablar con él siento la necesidad de retornar a Arguedas, de leer a Mariátegui, de entender a Túpac Amaru, de hallar conexiones entre el marxismo y nuestro país. De mirar la historia con otros ojos. Me lee los artículos que va escribiendo. Y me abruma con libros, no sólo sobre el Perú sino también sobre América Latina y hasta sobre los palestinos. En nuestras conversaciones retorna una y otra vez el Che, Nicaragua, Cuba, la Intifada. Y una Navidad me sorprende con las *Memorias de Adriano*. Cada libro que proviene de sus manos es un nuevo descubrimiento. Qué alegría.

*Viajará a España por un semestre. Antes de partir me pide frecuentar Sur. Inés es una persona extraordinaria y rápidamente hacemos migas. En agosto, Tito está de regreso en Lima. A los tres meses me dice: Inés dice que vengas a trabajar a Sur, pero yo no estoy de acuerdo; eres demasiado intolerante. Contra lo que él espera, acepto. Estoy un poco cansada de la inestabilidad, y como se trata sólo de medio tiempo, podré buscar otros ingresos que me permitan completar el modesto sueldo que me ofrecen.*

*No tuve problemas de adaptación. Aunque creo que todos están un poco locos. Porque hay que estar locos para fundar una «casa del socialismo» en estos tiempos cuando todo parece desbaratarse. Hay de todo. Justamente aquí he conocido a Nelson Manrique, cuyo nombre apenas recordaba por aquel famoso libro sobre las guerrillas campesinas en el valle del Mantaro. Y resulta que aquel misterioso «Sebastián Gris» cuyos artículos sobre arte siempre me intrigaban, es un loco simpático llamado Gustavo Buntinx.*

*Debemos abrir un área de derechos humanos, me dice Tito. Pareces cristiano, respondo. Eso es pura pequeña burguesía. Me mira incrédulo. Si los derechos son violados,*

*matan a la gente, la desaparecen, responde. Me recuerdas a Bertrand Russell, replicó, lo importante es el sistema en su conjunto. Lo importante es la revolución. Me parece que los derechos humanos son parte de eso, retruca. Ay, Tito, le digo, tus amigos del PUM influyen demasiado sobre ti.*

La Universidad Libre es un éxito completo: el local de la Federación Gráfica rebosa de asistentes. Sentimos que es una reedición de las Universidades Populares de Mariátegui: Intelectuales y obreros aprendiendo unos de otros. Para la inauguración invitamos a Javier Mariátegui, hijo del Amauta, y también a don Julio Portocarrero, uno de los pocos sobrevivientes de esos tiempos.

Estoy contentísima. Y semana tras semana Víctor, Ricardo y yo, que conformamos el Área de Universidad Libre de SUR, vamos conociéndonos a través de estos irs y venires a ese local, por muchos años escenario de centenares de reuniones sindicales, en muchas de las cuales he estado presente. Víctor es economista, y Ricardo está terminando sus estudios de Historia en la Universidad Católica. Gony, la secretaria de SUR, ya no se da abasto. Así que un buen día Víctor llega con una muchacha menuda y una mesa: es Gaby, dice, nos ayudará en la Universidad Libre.

Es divertido observar cómo la gente de izquierda no puede pensar sin suspicacias. Unos creen que «detrás» está el PUM, otros, «los trotskos», y terminan de confundirse cuando invitamos a Jorge del Prado, máximo dirigente del PC, o a Cecilia Oviedo, la Secretaria General de la UDP, o en alguna mesa aparece un dirigente de Patria Roja.

Cuando decidimos hacer el primer curso, lo denominamos «experimental», porque no sabíamos lo que sucedería. Tito está realmente emocionado. Compartiré el curso de Historia con Nelson Manrique, me dice, para conversar con los obreros sobre la evolución del Estado en el Perú. Para el curso de economía tenemos problemas, pues en SUR no hay economistas. Debes conocer a Humberto Campodónico, me dice Tito, es trotsko como tú. Pero no lo conozco porque es de otro partido y de otra generación. Fui a buscarlo a su oficina, sin saber cuál sería el resultado. Claro que participaré, me dice, es lo menos que podemos hacer. ¿Qué te parece si el tema del curso es la evolución del capitalismo en el Perú?

Luego un taller sobre la clase obrera, un curso de Historia para maestros, otro sobre las Ideas Socialistas en el Perú. Con la orientación de Rodrigo Montoya un taller sobre cultura, donde nos sorprende la asistencia de decenas de jóvenes integrantes de conjuntos musicales y talleres literarios de barrios populares. Ya no sólo la Federación Gráfica, sino también la Federación Luz y Fuerza, o las aulas de un colegio. Varias decenas de intelectuales asisten a dar clases. Al final entregamos a los asistentes un cuestionario sobre los cursos y entregamos los resultados a los expositores. Una especie de evaluación al revés.

Es una pena que Eduardo Cáceres no tenga tiempo para compartir estas jornadas de la Universidad Libre. Traté de persuadirlo sin éxito, pero pidió licencia a SUR y ahora es Secretario General del PUM. Estoy segura de que en SUR podría hacer mucho más por el socialismo en el Perú. Aunque hace poco tiempo que lo conozco, y nunca hemos militado en el mismo partido, ya somos viejos amigos.

Por qué no invitas a Óscar Ugarteche, me dice Tito, es un buen economista. Cómo se te ocurre, Tito, respondo, los obreros tienen prejuicios y si notan que es homosexual, hasta se pueden burlar de él. Tito insiste. Y yo evado, porque realmente me molestan las personas así.

A los pocos meses conozco a Óscar. No sólo dicta cursos en la Universidad Libre: ingresa a SUR y nos ayuda –con algo más que ideas– para la edición de nuestra revista. Creo que mi destino es ver derrumbarse mis estereotipos. A través de su sentido del humor, su extrema sensibilidad, y su convicción socialista, Óscar me muestra que la discriminación tiene muchos más rostros de los que yo había conocido.

Cuando Tito regresa de España, conversamos muchísimo. Todos los días a las 8 de la mañana recibo una llamada suya con algunos temas importantes para conversar después en la oficina, a las dos de la tarde. Durante esos meses, estuve preparando una antología sobre los populistas, centrada en cuestiones de ética. Terminado el volumen, lo muestro a Tito. Lee los agradecimientos a quienes me ayudaron, entre ellos «los compañeros de la Sala de Humanidades de la Biblioteca Nacional». ¿Por qué no pones «amigos» en lugar de «compañeros»?; creo que «amigos» es mucho más significativo», observa. Le argumento el significado de este tratamiento que se da entre iguales, entre revolucionarios. Recibir el apelativo de compañero es un honor, le digo. Tres años después, cuando él partió, supe cuán equivocada estaba yo y cuánta razón tuvo Tito.

*Fines de 1989. Querida Maruja: No dejes de venir por SUR. No podré despedirme uno por uno. Tú despídeme de todos. Tengo el privilegio de saber cuándo –aproximadamente– me moriré. Siempre he querido las cosas por anticipado y dejar todo ordenado. Ojalá puedas ayudar a Cecilia en los trámites.*

*Muchas gracias por todo... Sigue con tu sano dogmatismo.*

*Que el entierro mío no sea un acto solemne y aburrido. Mediante Javier consigue que vengan los amigos de Yuyashkani y Tiempo Nuevo. ¡Que no sea triste y aburrido! Me gustaría que fueran mis hijos, si no los pone muy nerviosos.*

*En todo esto debe quedar claro que he sido de izquierda, he continuado en el marxismo cuando estaba pasando de moda, que sigo partidario de la revolución, que voto por un país nuevo...*

*Un abrazo,*

*Tito.*

*Abril de 1991.* Más de mil personas juntas en el auditorio de la Biblioteca Nacional me ayudan a pagar la deuda a Tito: cuando murió no hubo baile y la poca música estuvo bañada en lágrimas. Estás loca, me dicen, nadie vendrá al centro todos los días, aunque se trate del primer aniversario de su muerte. Sin embargo, centenares de jóvenes atiborraron el auditorio día tras día durante esa semana, escuchando a los amigos de Tito en mesas redondas sobre los temas que ocuparon su vida: Mariátegui, Túpac Amaru, la utopía andina, el socialismo. Una exposición de sus cartas y artículos. Su letra menuda en vitrinas. Fotografías y retratos. Las múltiples ediciones de sus libros.

En la vieja tradición de SUR, sin un centavo. El tiempo no fue suficiente para que se presentaran todos los artistas que vinieron voluntariamente a recordarlo, con música y alegría como él me lo había pedido.

Y creo que le hubiera gustado vernos salir tomados de la mano a la avenida Abancay, al ritmo de sicuris, interrumpiendo el tránsito: se armó tal embotellamiento que llegó la Guardia de Asalto. Los policías terminaron desconcertados pues no entendían qué hacían tantas personas bailando en medio de ómnibus y automóviles. Y quién era ese Alberto Flores Galindo que estaban celebrando.

## EL AMOR

*Para aligerar/ este duro peso de nuestros días/  
esta soledad/ que llevamos todos, islas perdidas.  
Para descartar/ esta sensación de perderlo todo/  
para analizar/ por dónde seguir y elegir el modo...*

*Sólo me hace falta que estés aquí/  
con tus ojos claros:  
fogata de amor/ y guía.  
Razón de vivir/  
y vida.*

Víctor Heredia: «Razón de vivir»

«Pareces un personaje de Modigliani». Te has puesto de pie frente a mí y contemplas mi cuerpo desnudo. Una vez más me haces sentir que éste, desproporcionado y sin gracia, puede ser amado.

Me gusta pasar mis dedos por tu pelo crecido y lacio; besar tu rostro limpio y moreno, sentir cómo la piel de tu fuerte torso sella la mía. Y hablar de cosas comunes y de cosas triviales, de las edades y las generaciones. Sobre todo del futuro que no es «nuestro», de dos. Es de todos los hombres, me dices. No de los jaujinos –sonrís–, ni de los peruanos: por lo menos de los latinoamericanos.

Después de anteriores experiencias, que no quiero ni recordar, tanto amor y tanta ternura me muestran que la vida tiene espacios infinitos, dimensiones que yo no conocía, ni tan siquiera sospechaba. Como la sensación de existir, de ser alguien, de poder ejercer la voluntad y el deseo de vivir la propia vida: todo ello atravesado por tu presencia.

*Te quiero tanto, me ha dicho hoy al percibir que otros ojos me miraban, que si en algún momento dejas de disfrutar la vida conmigo y ella te hastía, te disgusta, no te hace feliz, yo te dejaré ir. Moralista como eres –insiste– sentirás pena por mí y seguirás conmigo, pero siempre debes sentirte libre; no puedo ofrecerte muchas cosas, salvo respetar, cuidar tu libertad. Pero sólo quiero que seas feliz.*

*No sé qué responder. Nunca había escuchado su voz así, tan ronca y hasta temblorosa. Estoy conmovida. Cómo puede creer que yo puedo renunciar a la libertad de amarle, si con él aprendí también a ser libre. Y a respetar a otros, y a mí misma. No —respondo— por qué me dices eso. Por qué, si tú eres lo mejor que me ha sucedido en la vida, reitero, mientras mi mano acaricia su rostro, posándose sobre su cuello. Quédate allí, me dice emocionado. No retires tu mano, por favor. Quédate.*

Hoy nos hemos visto después de algunas semanas por el viaje que tuviste que hacer. Como siempre, el reencuentro contigo me ruboriza, hace latir mi corazón como el de una adolescente. Hay tanto de qué hablar. Tantas cosas que compartir. Y el tema siempre recurrente: la revolución, que comienza a hacerse una esperanza lejana, aunque cada vez más necesaria. Habrá que tener paciencia, me dices. Y te amo más también porque sigues terco creyendo que no hay para la humanidad otra salida que no sea la del socialismo.

Entre otras cosas, en estos años, hemos reencontrado al Che de nuestros tiempos juveniles. Sólo que entonces era un héroe guerrillero. Y ahora en cambio lo leemos con otros ojos. Y nuestro Che se hace más humano y más héroe a través de sus propuestas de un socialismo que tiene en su centro al hombre productor. No lograremos nada con los que rinden el culto a la guerra: dispuestos a destruir lo existente, mas incapaces de construir nada. Algo de esto sucedió en Nicaragua. Este heroísmo no dura.

Tampoco llegaremos a ningún lugar si se mantiene ese amor al poder que ha hecho que la izquierda en el Perú se convierta en una decena de pequeñas capillas absurdas disputándose no sé qué migajas. Siempre hablamos de estas cosas después de hacer el amor. Pareciera que la ansiedad calmada nos da cierta lucidez.

Sí, me has ayudado a descubrir mi propio cuerpo y a disfrutar de él. Aunque todavía me ruborizo frente a ti, cada vez. Pero siempre hay un gesto de ternura, una piel que respira cerca de la mía, un aliento cálido sobre mi rostro... No, ahora eres mucho más que el hombro fraterno que acoge mis incertidumbres, o la mano generosa que siempre está extendida para calmar mis soledades. Hombre, amigo, amante. Despertaste en mí no sólo la piel y la ternura, sino también la autoestima, el reconocimiento de mí misma y de que puedo existir sin subordinaciones, sin aprobaciones, sin culpas.

Las interrogantes de mi vida ya no son oscuras, inciertas, angustiosas, como antes de encontrarte. Ahora corresponden más bien a una búsqueda constante, viva, que me lleva a nuevos encuentros y nuevas búsquedas. No sé si esto es la felicidad; sólo sé que cada día que pasa es un motivo de alegría. Gracias, gracias por esto.

*Hace varios años que no lo veo. Y él tampoco sabía mucho de mí. Lo llamo por teléfono. No tiene el libro que busco, pero sí quiere hablar conmigo. La conversación duró más de seis horas. Nunca nos hemos tenido mucho cariño, que digamos. Más bien el recuerdo es el de permanentes rivalidades y acusaciones mutuas. Pero al enterarse de mi salida de la Liga, de las razones, los pormenores, etcétera, me dice que nunca creyó que tras de mi apariencia súper-militante podría haber tantos cuestionamientos y otros intereses, como la historia. Tito Flores tiene razón, me dice, tal vez esto es más importante para el socialismo que la pequeña secta donde has militado.*

*Comenzamos a vernos cada vez con mayor frecuencia. Los años pasados han hecho madurar nuestras respectivas visiones de la vida y del mundo. Y una de las noches en que me acompaña hasta mi casa, un beso suyo se posa sobre mis labios de una forma natural, lógica, esperada. Se rompen la distancia, las diferencias de cultura y edad, de experiencias e ideas. Amistad y amor como una sola y única realidad capaz de dar vida a la vida.*

*Las coincidencias se suceden. Las palabras se atropellan. Nunca el tiempo es suficiente. Y con alegría vamos descubriendo que nuestros gustos diversos no hacen sino*

*alimentar intereses comunes. Entiende mis preocupaciones por la ética, y compartimos juntos la utopía de un mundo mejor, sobre bases nuevas y diferentes.*

*El sexo, de ser un refugio desesperado para el sufrimiento, pasa a ser una sola cosa con el amor, la amistad y la ternura. El placer y la culpa se separan: ésta es reemplazada por el éxtasis...*

*La interrogante que había delante de mí comienza a desvanecerse no sólo por amigos nuevos e intereses diversos, sino también por la aparición de una nueva dimensión del amor. Encuentro que es diferente, pero es total. Va abarcándolo todo, y a la vez no es opresor ni dominante. No soy suya, ni él es mío. Esa sensación de posesión se parece mucho a la subordinación y la dependencia, que hemos ido rechazando consciente y serenamente.*

*Han pasado varios años, pero mi corazón sigue acelerando sus latidos cada vez que siente la cercanía del suyo. Amistad, sexo, afecto. Y una plenitud que nunca había siquiera sospechado que pudiera existir.*

No nos tuvimos que divorciar, felizmente. Nunca nos habíamos casado. Vinieron la caída del Muro de Berlín, la crisis de los paradigmas, los apremios económicos. Y las preguntas comunes fueron adquiriendo formulaciones diversas y búsquedas a veces contrapuestas. Nuestro país es complejo, y de pronto las diferencias de nuestras raíces y experiencias, que habían tenido ninguna o poca importancia, comenzaron a salir a la superficie. Y casi sin darme cuenta los latidos de mi corazón comenzaron a disminuir su ritmo. La vida cotidiana había empezado a mostrar su rutina: el desgaste inevitable. La mutua admiración fue siendo reemplazada por la oscuridad y el silencio. Era el inicio de la muerte del amor.

Tuvo que salir de Lima, lo que nos ahorró el lógico drama. La ternura se mantuvo aunque enjuagada en muchas lágrimas. Me despedí de él en silencio, intentando guardar en mi memoria cada centímetro de su piel, cada reflejo de su mirada, cada matiz de su voz. Guardando, sobre todo, los sueños comunes. Agradeciendo su amorosa serenidad incluso en el adiós. Sin encontrar las palabras para una despedida que muchas veces había imaginado. Incapaz de manchar ese amor con reproches vulgares, con violencia. Hallando el lado posible de la resignación.

Como él me lo había enseñado a lo largo de esos años, intenté impedir que una vez más el dolor dominara mi vida. Beethoven y no Chopin en esos momentos terribles: mirar hacia las posibilidades de grandeza de los seres humanos y de la vida, a pesar de las penas. Impedir que éstas amengüen la luminosidad del recuerdo de ese hombre tierno, de ese amor limpio y enorme. Intentar ser libre, como él quería. Y seguir adelante. Acompañada —abrumada más bien— por el afecto de los amigos.

Fue duro aceptar que tenía que vivir sin él. Sin esa inundación de luz y sosiego que sentí cada segundo que pasamos juntos. Aceptar que, a fin de cuentas, siempre estamos solos.

*Sí, esos años fueron los mejores de mi vida. Caminamos juntos una parte de la historia de nuestro país: la del sueño por un mundo mejor, por un mundo socialista. Si el amor alimentado por este sueño fue ficción o realidad, ya no lo sé. Pero vale la pena mantener su recuerdo aún*



*en medio de las miserias de la «modernidad»: el poder sin escrúpulos, la competencia, el sálvese quien pueda, la desesperanza.*

*Y, aunque sea sólo por el recuerdo de este sueño y de ese amor, vale la pena vivir la vida.*

\* \* \*

## ADENDA

### I. PRIMEROS ARTÍCULOS ACERCA DE *ENTRE EL AMOR Y LA FURIA* (1997)

José Carlos Ballón: «Románticos e idealistas» (Texto de la presentación del libro *Entre el amor y la furia*, de Maruja Martínez; SUR Casa de Estudios del Socialismo, Lima, 1997.)

José Luis Rénique: «El Perú de Maruja Martínez. Reflexiones en torno a un libro excepcional» (*Ciberayllu.org*, julio, 1997)

Óscar Ugarteche: «La generala en su laberinto» (Ensayo, *Ciberayllu.org*, Noviembre, 1997)

### II. RECORDANDO A MARUJA MARTÍNEZ (IN MEMORIAM, AGOSTO, 2000)

Eduardo Cáceres Valdivia: «In memoriam: Maruja Martínez: viva con su pueblo, con sus amigos» (*Ciberayllu.org*)

Rodrigo Montoya Rojas: «Ausencia y permanencia de Maruja Martínez» (*La República*, 13 de agosto del 2000)

Notas de recuerdo y amistad del poeta José Rosas Ribeyro, el filósofo Eduardo Cáceres, el historiador Nelson Manrique, el escritor Edgardo Rivera Martínez, y el sacerdote y teólogo Gustavo Gutiérrez. (Suplemento *Domingo*, *La República*, Lima, 13 de agosto del 2000)

# I

## PRIMEROS ARTÍCULOS ACERCA DE *ENTRE EL AMOR Y LA FURIA*

JOSÉ CARLOS BALLÓN: ROMÁNTICOS E IDEALISTAS

Texto de la presentación del libro *Entre el amor y la furia*, de Maruja Martínez; SUR Casa de Estudios del Socialismo, Lima, 1997. *Ciberayllu.org*.

ES SUMAMENTE DIFÍCIL para mí hablar sobre este libro. Si no fuera porque conozco a Maruja Martínez por casi treinta años, pensaría que fue por maldad que me pidió participar en su presentación. Está demasiado cerca a lo vivido y me es difícil saber por dónde empezar y, más aún, dónde concluir una evaluación al respecto. Simplemente todavía no he llegado a alguna reflexión concluyente. Sólo me queda pedir disculpas, si algo de lo que digo resulta incoherente o unilateral.

He escogido —casi forzadamente— uno entre centenares de párrafos que me han suscitado reflexiones innumerables, algunas de las cuales quisiera hoy compartir con ustedes. Se trata de un conmovedor diálogo entre dos personajes abrumados y confundidos, que Maruja coloca hacia el final de su libro, en un capítulo titulado «Recordando con ira», título que seguramente con alguna intención, nos remite a muchos a la ya vieja película de Karel Reiz:

«Tenía nuestra misma edad. Y había comenzado como nosotros, hace veinte años. Era otro sesentaiocho. Apostó su vida por un proyecto revolucionario de masas. Y perdió. Uno más de los centenares de desaparecidos... Iba a la sierra central como parte de su trabajo político. Su rastro se perdió en el camino. Sus amigos no tenemos fuerzas para llegar a la verdad. Lo cierto es que pasan los meses y ya no está. Y sus dos pequeñas hijas crecerán sin su ternura. La mayor tiene apenas siete años. Nos odiaba porque sentía que siempre la alejábamos de su padre; conmigo llegó hasta las patadas.

«Emiliano no quiso ir a su casa. Recordando a Javier, y viendo cómo está ahora el mundo, haber sobrevivido parece un castigo, me dice. ¿Te das cuenta de la magnitud de lo que quisimos hacer? Por eso fuimos tan amigos, porque los tres éramos idealistas y románticos incorregibles, como él... ¿Recuerdas que durante la huelga me insististe en que él debería ser nuestro principal objetivo de reclutamiento? Y finalmente él nos reclutó a nosotros... Pero eso tampoco funcionó...»

Tres términos significativos: «románticos», «idealistas» y «no funcionó». Podríamos entresacar dos lecturas de dicho texto. La primera, una lectura idílica y complaciente: se trató de héroes románticos e idealistas que quisieron cambiar el mundo para mejor y fueron derrotados en la batalla.

Pero cabe también otra lectura, sobre todo para un lector enterado del contexto del discurso político marxista en el cual se mueven los personajes: irracionalistas —en lugar de

románticos— y dogmáticos —en lugar de idealistas—, que desataron una inexorable lógica, autoritaria, excluyente y jerárquica, cuyas consecuencias necesarias fueron la barbarie senderista, el acomodo oportunista y finalmente, la hecatombe fujimorista. Ellos fueron, a la vez, instrumentos y víctimas de la misma racionalidad cultural de la sociedad oligárquica que querían combatir.

Trágica aporía que parece mostrar toda la obra. Con una agilidad de imágenes casi cinematográfica, muestra todas las facetas, complejidad y densidad subjetiva del problema: el dolor, las penas, las furias y frustraciones, el amor, e incluso el humor —me reí a carcajadas con el «El arresto»— de personajes que se desenvuelven sobre un trasfondo trágico.

No soy un crítico literario, y no pretendo por tanto ningún valor canónico o profesional para lo que voy a decir, pero juro que desde mi temprana y frecuente lectura de *El Quijote* no había sentido algo semejante.

Desde el mismo título de la obra, se muestra la contradicción que gobierna las posibles lecturas interpretativas que el texto nos sugiere. Por un lado, «*Entre el amor y la furia*», y por el otro, «*Crónicas y testimonio*». ¿Qué género es este?: ¿novela?; ¿testimonio sociológico-autobiográfico?

Opto personalmente por descartar la segunda lectura. Puede resultar engañosa y hacernos perder la real importancia de este libro. No interesa si los hechos y los personajes realmente hayan existido o no. Creo que esta falacia referencialista del lenguaje —como un *picture* de la realidad social o psicológica— nos haría perder el logro esencial de esta exploración imaginaria, en lo anecdótico.

No es que pretenda negar todo carácter referencial al lenguaje, pero sería como reducir *El Quijote* a una crónica social de cómo la caballería andante no funciona en cualquier forma de sociedad.

En realidad, el libro de Maruja apunta en el sentido contrario. Como surgió en una conversación con William Rowe —quien no sólo leyó el borrador sino que conoció mucho de lo que allí se narra— el libro es como voltear la cámara, algo así como «Ocho y medio» de Fellini. Lo realmente importante no son las anécdotas externas que describe. La linealidad del espacio y el tiempo en la vida de los personajes son rotos a cada momento u ocupan un mismo lugar en distintos tiempos. No hay, presentación, nudo y desenlace. No hay aquellas odiosas y evidentes conclusiones aleccionadoras que caracterizan las tradicionales novelas políticas. Porque la vida sigue.

Tampoco se trata de la subjetividad psicológica o empírica. No se trata de una autobiografía de Maruja Martínez, falacia romántica que busca la clave de un texto en el autor, lo que resulta más peligroso en un país machista como el nuestro, cuando el autor es una mujer. Puede devenir casi en un chantaje represivo como señala el excelente artículo de Carmen Ollé (ver *Márgenes* N° 12). Sería como leer *El Quijote* como si fuera la historia clínica de un paciente de consultorio que veía los molinos como *signos* de gigantes. ¿Es acaso más cuerdo ver en un molino el signo de «Molitalia»? En realidad, los signos son partes de un código social. Su verosimilitud es siempre contextual.

Y aquí está la esencia del asunto. Con el libro de Maruja ingresamos al mismo tejido del código cultural contradictorio con que se tejen las relaciones intersubjetivas de nuestra vida peruana.

Con una larga e intensa experiencia política acumulada, Maruja Martínez nos hace ingresar al interior del código social mismo que nos gobierna. No es el militante estereotipado y sin densidad que aparece en *Historia de Mayta*, por ejemplo, cuya linealidad nos anuncia un final cantado desde el comienzo. Tampoco la lógica de buenos y malos que oculta el código, como en la *Autobiografía de Federico Sánchez* de Jorge Semprún. Nada está predeterminado, no hay desenlace. Porque en realidad se trata de un código vigente, con el que todavía nos seguimos relacionando. No es por ello un texto de «memorias» acerca de un suceso pasado. No es un libro de recuerdos para añorantes, sino un metarrelato del guion de una obra teatral que, con diversos personajes y algunos cambios cosméticos en la retórica, sigue puesta en escena en nuestra historia política presente. Parafraseando a Borges, podríamos decir, al leer *Entre el amor y la furia* que «todo sucede por primera vez, aunque de un modo eterno»

*Idealistas y románticos*, son elementos tal vez encubridores de un código de intolerancia, autoritarismo, exclusión y sujeción. Originados en un mundo provinciano de «servidumbre y otras vergüenzas», del cual provenimos en primera o segunda generación casi todos los actores de la larga historia del radicalismo peruano.

La lógica real de este código, que muy tempranamente internalizaron en este medio casi feudal y luego proyectaron de manera invertida al país, en su futuro imaginado, no podía ser ciertamente la de una sociedad igualitaria moderna. Su lógica era «voltear la tortilla», como en «El sueño del pongo» de Arguedas. Aquel volante que culminaba con la consigna «¡Abajo los poderosos!», simplemente quería decir «¡arriba los de abajo!». Sólo se cuestiona el orden de los elementos, no la estructura jerárquica misma. Por ello sus personajes, no tienen dificultad en pasar de una retórica a otra con suma facilidad, pues comparten el mismo código social oligárquico: nunca vivieron otro. Éste no genera un discurso igualitario moderno —sea liberal o socialista— aunque use su retórica, sino el discurso de «guerreros y poetas» de un mundo arcaico, casi homérico.

Se trata de un código mesiánico que origina sentimientos de culpa y de misión sagrada. No convencimiento racional moderno, sino iluminación: «Abro los ojos», «Cambio de vida». Es el mismo código dominante, sólo que revestido con la nueva retórica del converso y con nuevos curacas: «El jefe», que exige subordinación absoluta, incluyendo «la sujeción física» — como rezaba un texto senderista— o como nos muestran dos deliciosos capítulos del libro que estamos comentando: «Ahora somos trotskistas» y «Los únicos marxistas del Perú».

Libros rojos, libros verdes, sustituyen en cada momento los viejos libros sagrados y las consecuentes excomuniones de la nueva religión. Los títulos de los capítulos nos eximen de mayores comentarios: «Hugo Blanco no es trotskista», «El aventurerismo sandinista», «¿Periódico para toda la izquierda?». Igualmente los calificativos de excomuniones recíprocas: «Traidores», «revisionistas», «reformistas»...

El código social dominante sólo permite un discurso sin interlocutor. La misma estructura narrativa del libro la transparenta, es casi monológica, o mejor dicho sólo admite una «conversación» vertical de subordinación e intolerancia creciente, porque el que no está conmigo está potencialmente contra mí. No hay individuos autónomos de carne y hueso, porque la sensualidad es pecaminosa; sólo emerge cuando se rompe con estas estructuras grupales, casi al final de la obra.

Este mundo sólo deja un muy pequeño espacio para la comunicación horizontal: el amor y la amistad. Pequeños circuitos de comunicación en los márgenes casi clandestinos del código

## ADENDA

social. Toda la gama de personajes, conforme se alejan de esta estructura grupal, delinear una sola escalera de sospechas crecientes que va desde los revisionistas hasta la policía. La consecuencia de esta dinámica conduce a una conclusión necesaria: eliminar al otro. Casi sin darnos cuenta nos encontramos de pronto con la guerra y la subsiguiente larga lista de desaparecidos. La intolerancia es la ley.

Sospecho que manipulamos un código cultural o gramática social invisible que imposibilitan cualquier entendimiento intersubjetivo, tanto para consolidar el sistema como para combatirlo. No podemos unirnos o siquiera tolerarnos. Pero tengo la sensación de que no estoy diciendo nada nuevo. Este código social parece muy antiguo. Vale la pena recordar aquí la vieja reflexión de Juan Pablo Vizcardo y Guzmán en 1781, luego de la derrota de la revolución tupacamarista:

«Las vejaciones hechas a aquellos pueblos no han hecho sino acelerar una revolución que indudablemente habría acaecido de inmediato, si por cualquier motivo se hubiera perdido el equilibrio entre las diferentes castas que componen la población del Perú, cuya recíproca desconfianza suspendía los efectos del descontento y del resentimiento que en cada uno existía contra el gobierno...»

Y como recientemente observó nuestro historiador de la república Jorge Basadre:

«... es difícil ser un sudamericano porque no hay, hasta hoy, código, gramática, decálogo, para orientarlo como tal... Cualquier corriente cultural que tenga vigencia puede ser sentida por nosotros... sabemos absorber con facilidad ideas ajenas, nos inspiramos en las fuentes más variadas, improvisamos admirablemente, y a todo eso solemos darle un aire de elegancia y, en cierto sentido, hasta de originalidad por la mezcla de elementos tan contradictorios... No somos un todo, sino un uno más uno, más uno, más uno...»

Fuente: [http://www.andes.missouri.edu/andes/Comentario/JCB\\_Romanticos.html](http://www.andes.missouri.edu/andes/Comentario/JCB_Romanticos.html)

\* \* \*

JOSÉ LUIS RÉNIQUE: EL PERÚ DE MARUJA MARTÍNEZ. REFLEXIONES EN TORNO A UN LIBRO EXCEPCIONAL

Artículo publicado en Ciberayllu, julio de 1997

FUE UN CAMBIO SÍSMICO. Para el 80 por ciento de la humanidad, la Edad Media terminó súbitamente en los años 50, aunque fue durante los 60 que la gente sintió que dicha transición tenía lugar; que todo un mundo terminaba, que comenzaba el largo camino para imaginar lo que vendría. En tales circunstancias, enfrentados a situaciones para las cuales nada en su pasado les había preparado, millones de jóvenes emprendieron la búsqueda de las palabras para denominar aquello que estaba más allá de su comprensión y de sus conceptos. En estos términos describió el gran historiador británico Eric Hobsbawn las transformaciones que afectaron a la mayor parte del globo en los años de la post-guerra.

Más allá de la influencia de las revoluciones china o cubana o los movimientos campesinos de los años 60, éste es, a mi manera de ver, el gran trasfondo histórico en que irrumpe en la escena política nacional la llamada «generación del 68», el marco referencial para comprender sus inquietudes y sus sueños, su vocación social y sus capacidad militante. Existen al respecto algunos trabajos iluminadores; ninguno, sin embargo, como el recientemente publicado texto de Maruja Martínez, *Entre el amor y la furia. Crónicas y Testimonio*, (Lima: SUR Casa de Estudios del Socialismo, 1997). Si Hobsbawn traza con singular maestría los grandes trazos del momento excepcional en que los jóvenes del 68 transitaron hacia la madurez, Maruja Martínez se ubica en el polo opuesto, al interior del tráfago, en el nivel aquel en que las grandes tempestades estructurales tocan tierra afectando el curso mismo de la vida de los individuos. De ello, de la lucha por comprender la naturaleza de tales transformaciones y vislumbrar alternativas en medio del colapso de lo viejo y la exasperante opacidad de lo nuevo, es que trata este libro excepcional. Un testimonio personal valiente y apasionado, notablemente escrito —por añadidura—, cuya publicación significa un aporte de valor incalculable a la comprensión no solo de los jóvenes del 68 sino de la cultura política del Perú de la crisis oligárquica.

La historia comienza en Jauja —una pequeña ciudad de la sierra central del Perú—, en el seno de una familia de clase media cuya vida transcurre entre el orgullo de los antepasados —con un ancestro prócer de la independencia y otro, un bisabuelo, militar de la guerra con Chile, cuya estatua decora una de las avenidas jaujinas—, las comodidades de cierto status privilegiado y las premuras económicas que señalan la gradual erosión del antiguo orden. La descripción de la Jauja de los 50 es idílica, por decir lo menos: los paseos al campo, los interminables juegos de carnaval, las fiestas en el club. Y recubriendo las desdichas y las incongruencias —las huidas del padre, el callado sufrimiento de la madre, la servidumbre, las diferencias sociales que tenuemente comienzan a aparecer creando incertidumbre—, la verdad del catecismo, impartida por las monjas del colegio y en el hogar; por personajes como la señorita Victoria: «uno de los más grandes pecados —dice— es dudar de Dios, de los sacramentos y de los misterios de la fe. Deben creer en todo lo que dice la Iglesia.» «No dudar, no dudar —se responde la niña que se prepara para la primera comunión—; ahora tengo miedo de preguntar cosas porque pueden parecer dudas, y por lo tanto tal vez sea pecado.»

En 1968, con el fin de la adolescencia y la etapa escolar, viene el viaje a Lima, la Universidad Católica, la Facultad de Ciencias Sociales: más que un entrenamiento profesional,

es un deslumbramiento que habrá de marcar su existencia. «Los libros de Ciro Alegría y López Albújar que leí comienzan a adquirir sentido. Ahora sí entiendo a Arguedas. La poesía de Vallejo aparece clara, iluminada,» dice nuestro personaje. El esclarecimiento se traduce en una severa interpelación del pasado. Al retornar a Jauja al cabo de un año de universidad, «el club» no es más el espacio idílico de los tiempos adolescentes:

No quiero volver a entrar al Club. No, nunca más. Aunque mi padre tenga allí sus comidas rotarias, aunque mi madre ha sido presidenta del comité de damas una y mil veces. Aunque allí pasé momentos felices de mi adolescencia, incluyendo el descubrimiento del amor. No, no volveré porque allí estaban los «señores», muchos de ellos parientes, tíos míos muy queridos, o amigos de mis padres. O mis propios padres, vistos así por «los otros.» Quién sabe si a mí también me verían así en el colegio.

En circunstancias tales, «sumergida en una mezcla de deslumbramiento e incertidumbre —afirma nuestro personaje—, me comienzo a preguntar qué hago en este mundo...y qué debo hacer.» No hay, en realidad, demasiado tiempo para pensar. En un mundo desconocido, el Centro Federado aparece como la alternativa más atrayente de socialización y compañía. Un ambiente de febril activismo es lo que en el pequeño local se respira. En 1968, más aún, es el lugar donde los jóvenes cristianos con sensibilidad social realizan —sin tener cómo calcular las implicaciones del fenómeno— su tránsito hacia visiones izquierdistas y, eventualmente, marxistas. Al deslumbramiento prosigue la revelación: «Siento que de mi cuerpo va desprendiéndose lenta, dolorosamente, una especie de moho, de segunda piel que me aprisionaba» escribe Maruja Martínez. En un aula de la Facultad de Letras, escuchando al Padre Gustavo Gutiérrez, los términos mismos del amor a Dios adquieren una dimensión nueva:

Una vez más, como varias veces desde que salí del colegio, siento que algo fundamental comienza a cambiar en mi cabeza. Que todo lo que creí antes estuvo equivocado. Nuevamente, una especie de conciencia de mi propia ingenuidad...y de mi crasa ignorancia.

Las urgencias del momento se imponen, nuevamente, a la revisión paciente de las nuevas opciones. Es 1968, el país está agitado. Surge de la agitación una convicción demasiado atractiva para quien no solo comienza a aspirar un país distinto sino que siente, dentro de sí, el impulso de «purificarse,» de encontrar un lugar en la construcción de una sociedad nueva.

El ingreso al Partido me ha dado muchas sorpresas. Me informan sobre los resultados de una encuesta que hace algunas semanas se hizo entre los militantes y simpatizantes. La pregunta central es cuándo creen que comenzará la revolución en el Perú. Los más pesimistas hablan de dos años. Muchos creen que será en algunos meses. Hay que prepararse para eso.

La vida, entonces, ha encontrado un nuevo eje, un sentido de urgencia. Todo, a partir de ahí —de los afectos familiares a las actividades cotidianas aparentemente más rutinarias—, se remitirá al demandante horizonte de la revolución inevitable. En un entrenamiento guerrillero en las afueras de la capital peruana algo de la adolescencia jaujina —el contacto inapreciable con la naturaleza, la mística emanada por aquel cura franciscano que parecía santo— parecen recuperarse:



Habíamos llegado avanzando en fila india por la carretera. Yo feliz mirando de frente al sol [...] Tal vez logre recuperar algo de color en mi rostro. Y siento que estoy más viva que en el lúgubre gris de Lima. Y me entusiasmo tanto que estoy adelantando demasiado hasta alejarme un poco del resto. Al alcanzarme, uno de los camaradas me hace sentir todavía mejor. Viéndote a lo lejos, con tu mochila, me dice, imaginé que no estábamos aquí en la carretera, sino en el monte, luchando, como el Che, como Tania. Sólo sonreí, pero para mis adentros recordé aquel verso de Javier Heraud y me reafirmé, nuevamente. No, no tendré miedo de morir entre pájaros y árboles....

Pronto, sin embargo, la lucha política mostrará sus lados menos amables. No sólo son los riesgos propios de la labor subversiva, sino las rupturas: la salida de Vanguardia Revolucionaria, primero, levantando una opción depuradamente trotskista; y la encarnizada disputa, más adelante, por determinar quién en el Perú expresa de manera más fiel el legado del «profeta desarmado» de la revolución bolchevique. Lo que golpea es, de un lado, la pena «por los camaradas que dejan de serlo para convertirse en adversarios»; y las crecientes dificultades, de otro lado, para comprender el sentido de tanta división. «Me parece mentira que la ruptura se haya producido —escribirá Maruja Martínez, a propósito de la disputa en el seno del Partido Obrero Marxista Revolucionario que da origen a la Liga Comunista— por un párrafo en una conferencia internacional juvenil, donde los franceses se negaron a incluir la lucha por el materialismo dialéctico como algo esencial». El incidente no hace sino anunciar un proceso perverso: a mayor auge del movimiento anti-dictatorial, mayor la obsesión por la pureza ideológica. Y así, aunque la vida se va en contactar obreros, en volantear y vender periódicos en las puertas de las fábricas y, prácticamente, convivir con dirigentes sindicales de vanguardia, la vida militante va adquiriendo un inexplicable tufo a ghetto. El principio de realidad, irónicamente, vendrá bajo la forma del puñetazo alevé de un agente policial.

En 1973, Maruja Martínez es arrestada por la Policía de Investigaciones del Perú. El relato del episodio es uno de los momentos culminantes del texto que comentamos. No es la crónica de la vileza humana que trasunta los testimonios de quienes sobrevivieron a las mazmorras chilenas o argentinas o del propio Perú quince años más tarde. Los acontecimientos oscilan entre lo trágico y lo patético: los esfuerzos del personaje por no dejarse avasallar, por mantener la lucidez con el objetivo fundamental, sobre todo, de proteger los sagrados intereses del partido; la delación atropellada de sus compañeros más jóvenes, estudiantes de la Universidad Católica introducidos a los avatares de la lucha política sin ningún tipo de preparación. En la soledad de una celda en Seguridad de Estado, sostenida por la idea de que el partido resiste con eficiencia y heroísmo los golpes arteros de la reacción, nuestro personaje recibe, finalmente, una carta de su responsable político:

Eso de entregarse por entero a las miserias de cada día que pasa es cosa para mí inconcebible e intolerable. Fíjate, por ejemplo, con que fría serenidad se remonta un Goethe por encima de las cosas. Y sin embargo no creas que no hubo de pasar por amargas experiencias... Yo no te pido que hagas poesía como Goethe, pero su modo de abrazar la vida —aquel universalismo de intereses, aquella armonía interior— está al alcance de cualquiera, aunque sólo sea en cuanto aspiración. Y si me dices, acaso, que Goethe podía hacerlo porque no era un luchador político, te replicaré que precisamente un luchador es quien más tiene que esforzarse en mirar las cosas desde arriba, si no quiere dar de bruces a cada paso contra todas las pequeñeces y miserias... siempre y cuando, naturalmente, se trate de un luchador de verdad.

Intercalando textos como este —extraídos, aparentemente, de su archivo personal—, con el relato mismo de los acontecimientos, Martínez compone un texto evocativo y a la vez realista cuyo mensaje sutil es al mismo tiempo poderoso: el contraste entre la humanidad de los presos y los familiares que la visitan y la frialdad de sus camaradas. La incapacidad de estos para digerir su miserable fracaso frente a la represión, para hacer frente a la insoportable realidad de su comportamiento delator agravado, más aún, por el terco silencio de la única compañera detenida. La impotencia frente a las derrotas de los movimientos revolucionarios en Chile y Bolivia, acrecienta la duda. Los paros nacionales de 1977 y 1978, el retorno a la constitucionalidad, con toda su contundencia, se supeditan en el relato al tema de las ocurrencias en el movimiento trotskista internacional que, aparentemente, concentran, por esos años, la atención de la agrupación a la que la autora pertenecía. En 1980, en el momento mismo en que se abre para la izquierda la escena política nacional, el énfasis en la «purificación» ideológica de los militantes alcanza en el seno de esa organización, sus cotas más elevadas. Por aquel entonces, ante cientos de estudiantes de la Universidad de San Marcos de Lima, Maruja Martínez se prepara para defender la posición de su partido en un debate con representantes de otras organizaciones de izquierda:

Mientras los organizadores anuncian sus próximas actividades, repaso lo que discutiremos. De hecho sacarán los conocidos argumentos. Los trotskistas desprecian al campesinado; respuesta: el Manifiesto Comunista y la revolución permanente. Trotsky estuvo en desacuerdo con Lenin sobre el partido, los sindicatos, sobre Brest Litovsk; respuesta: la tradición de los partidos revolucionarios desde Marx era el debate, la confrontación de ideas; sólo con Stalin se suprimieron las diferencias. Recordemos el entierro de Martov, fuerte adversario de Lenin en los tiempos del *¿Qué Hacer?*: Lenin dijo que ojalá el partido hubiera tenido muchos Martov. Finalmente, debemos llegar a Stalin, la segunda guerra, etc. Hablaré en segundo lugar, después del de Patria [Roja] y antes del pe-ka-erre [Partido Comunista Revolucionario]. Tengo en mis manos *El imperialismo, fase superior...* para defender el internacionalismo, y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* para sustentar la revolución permanente y responder a los electoreros.

Tras el puntual despliegue de citas, una maciza realidad es la que emerge: la fe inmovible de los inicios se adelgaza; el idealismo se desvanece; el personaje pletórico de energía y pasión militante cede paso a una mujer abatida, no sólo por la pérdida de convicción sino por el dolor físico y los síntomas de una salud quebrantada. El ambiente dentro del partido se hace, de otro lado, irrespirable.

Me he enterado que hay prohibiciones de hablar conmigo, Me han acusado de hacer trabajo de fracción. Hasta han dicho que delaté. Varias veces he pensado que no vale la pena seguir viviendo si no es por la revolución, y que hay que poner fin a esto.

A través de los 80, mientras la «guerra popular» senderista avanza y la «izquierda legal» se convierte en la segunda fuerza electoral nacional, la distancia entre el grupo trotskista en que la autora milita y el país real en que habita y se alimenta, cobra rasgos alarmantes. Caminando por las calles de Quito, Ecuador, adonde viaja representando a su partido a una conferencia internacional, Martínez piensa: «al parecer, cuando salimos de Lima nos volvemos menos militantes y más humanos.» Y es que dentro de la organización un infierno cotidiano es, más bien, lo que se vive. Denunciando su condición de «abanderada de la pequeña burguesía en el

seno del partido proletario», la someten a un sinnúmero de vejaciones que la pluma serena de Martínez registra con detalle.

Es hacia un reencuentro con ese pasado pequeño burgués simbolizado por Jauja, paradójicamente, que el alma desolada de Maruja clama por enrumbar. La nostalgia por Jauja, en efecto, irrumpe periódicamente en el relato como un rayo de luz que destierra, por momentos, la penumbra. En los pasajes más aciagos de su decepción, abatida por una de sus jaquecas crónicas, la autora habla de la manera siguiente consigo misma:

Pero ya no quiero pensar en el partido. Mejor me imagino que estoy en Ocopa, pisando las hojas secas del sendero que lleva a nuestra casa de Álayo, y que sigo el curso del agua que entra al molino, y sale de él luego de haber movido sus enormes ruedas de piedra, para terminar en el río, a cuya orilla podría sentarme a mirar los pequeños peces romper el agua clara.

Es más que una nostalgia ecológica, es la culpa la que late detrás de la evocación. La culpa insoportable de haber dilapidado un modo de vida, una filiación, inapreciables recursos familiares en una búsqueda que, hacia fines de los 80 parece estar condenada al fracaso.

Intercalando informes acerca de una nueva lucha interna que desgarrar a la sección de la IV Internacional a la cual su partido se vincula, Martínez narra las incidencias que llevan a su ruptura final con su partido. Veinte años después, con similar ingenuidad pero con mayor humildad, su mente experimenta un nuevo «despertar.» Es más que sus acusaciones a «el jefe», por corrupto e inmoral. Es el gradual reconocimiento de la realidad existente más allá del ghetto partidario lo que la conduce, a tientas, a huir de su destino. En medio de una nueva batalla «internacionalista», Martínez percibe que:

muchos camaradas regresan de las ventas de periódico argumentando que deberíamos considerar que entre el proletariado de las avenidas Argentina y Colonial, de Vitarte y Ñaña, nadie sabe quiénes son Hansen o Novack. Ni siquiera entienden qué quiere decir FBI y GPU

La responsabilidad recae, una vez más, en los «malos revolucionarios» incapaces de explicar a la clase obrera «la importancia que estos asuntos tienen para la construcción de una dirección revolucionaria». Y sin embargo, los periódicos siguen acumulándose «en nuestro pequeño local de la avenida Colonial, hasta que ya no sabemos qué hacer con ellos». Para cumplir con el pago de las cuotas por células, entonces, «algunos camaradas piden autorización para llevarse los sobrantes». «Yo no digo nada —continúa Martínez— pero sé perfectamente que los venden por kilos a los vendedores de un mercado.» La «palabra armada,» la verdad antiburocrática de la Cuarta Internacional, convertida en papel para envolver pescado. «Yo no digo nada —escribe Martínez desde el fondo del desconcierto— no puedo decir nada pues ya no sé si siquiera estoy de acuerdo conmigo misma....algo se ha roto dentro de mí.»

Diez años después de su última visita a Jauja, enfrente del colegio en que estudió, comienza, finalmente, el viaje de retorno: «Quisiera quedarme aquí parada, llorando, sin recordar a nada ni a nadie, sin pensar en reuniones, ni en ventas de periódicos, ni en comités centrales, ni en huelgas, ni en el amor recién perdido, ni en las culpas que siento por mi comprensiva familia.»

Pero es la lectura de un libro, *País de Jauja* de Edgardo Rivera Martínez, el que motiva, en 1993, el reencuentro final con el hilo perdido en 1968. Al leer su libro —escribe Martínez a

Rivera— «encuentro como una recuperación de mi adolescencia». «¿Por qué no pertenecí a la ciudad que usted retrata?» La pregunta lleva a un tema de profundidad sorprendente: «¿por qué son preferibles los antecesores directos de la oligarquía —los criollos— que los conquistadores españoles del siglo XVI? ¿Y por qué —como ellos afirman— la alianza de los xauxa-huancas con los españoles a principios de la conquista es considerada como ‘traición’?» «Viví —concluye Maruja Martínez— en el lado equivocado, en el lado de los que se resistían a aceptar el mestizaje». Por ahí está —asegura— «la propuesta de un Perú posible; ya no el de los 70, el de los sueños. Sino la posibilidad de que aceptemos nuestra diversidad.»

Entre la salida del partido y la carta a Rivera Martínez, ha habido una influencia crucial: Alberto Flores Galindo. Leyendo *Buscando un Inca* —la obra cumbre del prematuramente fallecido historiador—, relata Maruja Martínez, siento

un deseo imperioso de recuperar al Perú, de retornar sobre mis pasos. Con gran vergüenza, pues si pongo en un platillo de una balanza los eventos de la revolución rusa, y en la otra la historia del Perú, podría colmar en el primero todo tipo de detalles sobre Rusia entre 1905 y 1940; y tendría muy poco que poner en el otro platillo: apenas cuestiones elementales.

A fines de los 80, en el cálido ambiente de SUR Casa de Estudios del Socialismo, la convalecencia comienza a ceder el paso a una nueva vitalidad. Renace, más aún, un sentimiento de esperanza.

Un libro de memorias escrito por una mujer «a poco más de la mitad de su vida» — como afirma Gonzalo Portocarrero en la presentación de *Entre el amor y la furia*— es un hecho inusual. De una mujer cuya experiencia política se superpone, prácticamente, con el ciclo completo de la nueva izquierda. Que tiene la valentía más aún de someter al severo juicio de la pluma y el lector una historia cuya evocación es, de seguro, motivo de dolor e incertidumbre ¿Cómo explicarlo? «Primero pensé escribir los recuerdos. Y cuando me pregunté por qué hacerlo, no pude responder a mi propia pregunta. Como mi cultura provinciana no incluye psicoanalistas —revela la autora en el prefacio— tal vez esto no podía ser una especie de regreso a mí misma, una catarsis, o un intento de reconciliación con la propia vida».

Más allá de los recuerdos y del legítimo papel catártico del texto, sin embargo, *Entre el amor y la furia* constituye un singular testimonio sobre los patios interiores de la izquierda de los 70 y 80. Una lectura peculiar, no sólo por la particular sensibilidad y las dotes narrativas de la autora sino por la perspectiva que se asume: la de la pequeña burguesía rural. Asumida como tal, lo que al final se recaba es, en mi opinión, una apremiante sensación de pérdida. ¿Fue acaso necesario tanto sufrimiento para descubrir el Perú, su historia, su variedad? El tema nos remite a la educación recibida por jóvenes sensibles y talentosos como Maruja Martínez en los años 60. A la poderosa influencia del Catolicismo y el Marxismo, a la ausencia casi completa de opciones distintas, menos verticales, menos estrictas y eclesiales. Mariátegui permite entender a Arguedas o a Alegría; y Mao, a su vez, a Mariátegui. Un repertorio ideológico más bien monocorde. Con una derecha infértil o demasiado reaccionaria como para atraer a la juventud, las posibilidades de asimilar una versión cerrada e intransigente del marxismo se acrecentaban.

¿Y en que consiste, finalmente, la esperanza que la autora afirma haber entrevisto en sus años recientes? ¿Proviene acaso del descubrimiento de que, «esta angustia por mi identidad, no es sólo mía», o del hecho de sentirse parte de un pujante proyecto común que retoma los temas del radicalismo de los 70 cuando otros han preferido callar? ¿O significa encontrar un «espacio

## ADENDA

para la esperanza», poder seguir llamándose socialista después de la tantas veces decretada «muerte de las ideologías?» ¿Qué fue, a fin de cuentas, lo que falló? Ni Marx, ni Trotski, ni Luxemburgo, pareciera responder Martínez; «nuestros izquierdistas modernos,» más bien, quienes jamás pudieron asimilar la utopía «porque chocaba con los pequeños mundos canibalescos y absurdos que sus ansias de poder personal han creado.»

¿En qué medida el testimonio de Maruja Martínez es representativo de las experiencias políticas del conjunto de su generación? Habrá por cierto quienes pretendan confinarlo a la experiencia de los grupos trotskistas o quienes prefieran atribuir su carga crítica y pugnaz a las particularidades personales —o de género— de la autora. La reacción más beneficiosa posible, sin embargo, sería que este libro genere un debate en que con similar honestidad y valentía —si no con la misma calidad literaria y artística— los militantes de los 70 y 80 discutan las luces y las sombras de sus experiencias. De esa manera, tal vez, podría abrirse un fructífero espacio de intercambio con quienes, a la misma edad en que la autora de este excelente libro arribaba a Lima, muestran hoy —a través de su rechazo al autoritarismo— que ellos también tienen un sueño y una esperanza, un Perú por inventar y amar..

Fuente: [http://www.andes.missouri.edu/andes/Comentario/JLR\\_Maruja.html](http://www.andes.missouri.edu/andes/Comentario/JLR_Maruja.html)

\* \* \*

ÓSCAR UGARTECHE: LA GENERALA EN SU LABERINTO (NOVIEMBRE 1997)

Artículo publicado en *Ciberayllu*, noviembre de 1997

*Yo no quiero ser guerrillera  
sino ayudar a preparar la enorme insurrección*

Maruja Martínez

PRIMERA APROXIMACIÓN

MARUJA MARTÍNEZ NOS HACE ENTREGA de su primer libro a los casi cincuenta años. Ella salió del closet donde escondió sus sentimientos y, como los niños tiran el plato de avena, nos enrostra sus vivencias sobre el piso de nuestras culpas. La primera pregunta es por qué hace eso una mujer adulta, y la segunda, por qué nos interesa tanto este morboso ejercicio de entrar en la vida íntima ajena. La respuesta es: porque nos mueve el alma. El Perú está allí sentado siendo observado. La historia contada en estas crónicas es la historia del Perú contemporáneo para todos los que quisimos hacer algo distinto de esta porquería de orden social. Estas crónicas no se podrían llamar las aventuras de la generación del 68, porque no lo son. No es un texto con liberación sexual, feminismo, chispa de la vida, pelos largos, marihuana y que viva la pepa. No. Ésta es la crónica de una persona que desde su punto de vista entendió algunas cosas, renunció a la vida terrenal y, virgen, mártir y santa, se metió en un apostolado que a la postre, como cualquier apostolado, resultó que estaba contaminado de realidad.

Lo extraordinario es que Maruja Martínez nos espeta sus vivencias y todos la leemos buscando algo. ¿Las vidas ejemplares de los santos? Gente insospechada de leer un texto publicado por SUR —porque somos muy esto y muy así pero no lo suficiente, tú sabes, que se divierte entre la frivolidad intelectual y el coqueteo socialista, que siempre tuvo un toque, como decir, chic, para hablar como la China Tudela—, habla de este libro, sin entender lo que implica. Desde intelectuales de derecha, pasando por *El Comercio* y *Caretas*, hasta los ácratas de siempre, leen y comentan este libro que, al paso que va, será el más comentado del año. Incluso alguno que hizo ascenso social en esta apertura radical de los setenta ha escrito sobre el mismo. El libro le dio laureles a la autora, quien por su puesto no entiende el por qué los laureles. Los laureles no son porque habla de una generación. No lo hace. Yo no me identifico en lo absoluto con los desgarramientos de la narradora a lo largo del texto. Habla del Perú visto desde un ángulo muy especial y en un momento muy especial. La generación que nos siguió la tuvieron en bandeja. Habla de un momento fundante, habla de un punto de quiebre y las astillas de este quiebre se nos clavan y nos laceran, hacen sangrar y dejan amoratados. Tanto como los textos de hoy nos dejan con los dedos chancados por la violencia de la nueva generación. Tanto como otros hoy nos enrostran los errores del pasado con la violencia de su frustración.

Un pequeño repaso por la narradora nos da la clave del texto. Es una chica muy católica de Jauja, de familia de terratenientes, con madre maestra de labores en una escuela, con hermanas y un hermano que hace barbaridades tiernas poniendo de vuelta y media a toda su familia. Lo suficiente para que quede en el recuerdo de la narradora. Se esconde en el techo de

su casa, por ejemplo, durante un día, porque no quiere estar en el internado, y quizás hasta fumó cigarrillos, que era lo que se fumaba entonces. Es una chica acostumbrada a la relación con la servidumbre desde un plano vertical, tira globos en carnavales que son llenados por ellos que no tienen derecho a tirar nada, por ejemplo. Es una chica que «naturalmente» pertenece al Club Jauja, último bastión de la sociedad colonial que ya en los sesenta había decaído. El portero tenía el terno brillante. Pero eso sí, es exclusivo. Pobre pero digno. Es una chica que es identificada como «millonaria» por sus compañeras de clase que se sienten tan a menos que no van a su cumpleaños un cierto año, pero que en realidad ya crece en el recuerdo histórico de un ayer ensordecido: su madre es maestra de labores, no es Doña Bárbara.

Esta narradora, recontada así en las primeras páginas del texto, será quien venga a Lima a estudiar y evidentemente entrará a Letras de la Católica en el primer examen. Estamos hablando de las primeras generaciones de mujeres que entran a la Universidad a estudiar una profesión que no es trabajo social ni educación, ni arte y decoración. En ese momento la narradora engancha su forma de mirar, su lupa con la que mira, con el objeto mirado, el Perú de entonces. En la Católica es un provinciana, serrana, desgarbada y larga. Es una forastera quien debe mostrar sus bondades para entrar en el círculo interno de los limeños, cerrado hasta quemar el último cartucho. Hay los que nunca entraron en el círculo. En ese momento la narradora aprecia por primera vez algo que desde Jauja no pudo apreciar: que la sociedad es cerrada y rígida. «Hasta el local —la casa de Riva Agüero— es estirado, solemne, aristocrático, en medio del centro de Lima, donde pululan pobres y desempleados.» No entran los de afuera y no sube ni baja nadie en la escala social. Este será el primer choque con la realidad. «A veces me avergüenzo de mi infancia feliz.» Pobre pero digna, «Sin dinero, pero en el desayuno siempre hubo una taza de leche.» Hasta aquí podría ser una visión como la de Zolá o Balzac sobre el París del XIX, o Dickens del Londres de la misma época.

Por un breve momento la narradora se incorpora a la generación del 68 de manera positiva y se divierte como una cerda preñada. La cena del cardenal es realmente hilarante. «La consigna es jalar el mantel y terminar con la farsa.» El recuerdo de la época me alegró, la escenografía está bien puesta, con profesor holandés y todo metido en la danza. (¿Habría algo en la vida más revolucionario que hacer maldades desconcertantes y cuestionar el poder?) También hay mucha felicidad en las discusiones de «abajo la IPC» y cuando a Joselo lo agarran a patadas con el golpe militar (mi recuerdo es que fue Vito, pero no importa). El desconcierto ante la naturaleza del golpe militar está muy bien plasmado. VR se quedó sin banderas, sí pues. Pero igual, el chiste era joder para construir un mundo mejor, estábamos soñando y unos militares no nos iban a quitar el derecho a soñar. La narradora también sueña con el amor y lo tiene con Turcios, amor de su vida en el texto. Hasta allí el desde-donde-mira y lo-que-mira y su breve entronque con la generación.

Hay un quiebre en la narración alrededor de 1970. Posiblemente sea un quiebre más profundo. Más que un quiebre es un desgarramiento. La narradora deja la Universidad y a sus amigos para dedicarse a la política a tiempo completo, deja su objetivo intelectual, claramente marcado en la parte infantil, y se «proletariza». Para una chica de clase alta de provincia, proletarizarse es tan impostado como para mí ponerme faldas, pero igual eso es lo que hace. Plasma su fantasía igualitaria en un salto social dentro de una sociedad rígida. Naturalmente se estrella con la realidad y a partir de allí comienzan las desventuras.

A la postre, el marco desde donde pretende realizar actividades se desmorona por un problema de corrupción y deja a la narradora sin soga y sin cabra. Felizmente tiene a sus amigos y capacidad de amar. Es de lo único que puede agarrarse en esa trama.

## SEGUNDA APROXIMACIÓN (LA IDENTIDAD PERUANA VISTA POR MARUJA)

«CREO QUE EL RACISMO DE ALLÁ no se parece al de acá. A mí siempre me fastidió ser blanca, alta, y vestir de una forma diferente. En cambio a esta gente le gusta hacer notar la diferencia, o tal vez seré yo quien la está sintiendo ahora “desde abajo”». Siendo arriba en Jauja es abajo en Lima, porque en este nuestro Perú dolido lo que te coloca en un status en una parte no es necesariamente lo que te coloca en el mismo status en otro lado. Es casi como haber pasado una frontera nacional en el mundo sin fronteras. De familia antigua de Jauja, con tierras, eso no es suficiente para ingresarla al mundo de las chicas del Villa María en Lima y eso la resiente porque, graciosamente, serán sus amigas al futuro. Finalmente es blanca, alta y muy inteligente, pero no es «in». Esto pasa en el Perú todos los días, aunque felizmente hoy menos tanto por los desplazamientos hacia abajo de la clase media como por el agotamiento de la sociedad colonial donde los valores eran la historia y «la clase» antes que el dinero o el éxito como es ahora.

En un primer regreso a Jauja después de entrar a la Universidad tiene un diálogo con su padre que dice «Conforme vamos entrando en detalles, noto que se enfurece. Más aún cuando le digo que simple y llanamente todas las personas son iguales, inclusive los indios... Y ahora resulta que decir que las personas son iguales es cosa de comunistas.» En la sociedad colonial lo es, pues. La servidumbre no es igual al señorío jamás. Eso es Jauja. Para la serrana en Lima el reclamo de igualdad es evidente. «No sé en qué momento me comenzaron a decir serrana o chola, y me encanta.» Ese era un trato peyorativo como de lugar. No había indiferencia sino reconocimiento airado de la diferencia y su reacción es: «Yo también estoy aquí y soy igual». «Si yo soy igual acá, ¿por qué ellos no son iguales allá?» Y allí sale la culpa del primer relato «Sobre haciendas, servidumbres y otras vergüenzas» y que se mantendrá a lo largo de todo el texto.

Se cruza un texto tremendo sobre el regreso de Carmen María, preciosa, de clase alta, buena cantante, quien viene de París a contar sobre Mayo del 68. Y el Che ha muerto como un Cristo pobre, y en México masacran a los estudiantes en la Plaza de Tlatelolco y en Praga los tanques rusos masacran la revolución de las flores y Viet Nam nos duele y nosotros qué. Y tan linda, y París es tan bonito y los estudiantes somos santos como el Che y queremos llegar al cielo y vamos a hacer la revolución. El *racconto* es duro porque es un contraste de su identidad como serrana pobre pero digna con una limeña bonita, rica y cosmopolita y encima hablando de estas cosas. Es casi literario si no fuera porque la dureza de este desencuentro de identidades será lo que da pie a lo que transcurre luego. Finalmente estos cruces de identidades son la madre del problema peruano. Esa maravillosa expresión de los piuranos que dicen «no me hallo»: Maruja no se hallaba. Acto seguido, al tono dado por Carmen María, «estamos sentados en la plaza, gritando consignas, invadidos por ese espíritu que combina la lucha, la solidaridad y la alegría de ser muchos, de ser jóvenes, de estar juntos. Más aún si entre ellos puedo reencontrarme con mi pasado (jaujino, es decir ser yo misma) a través de Ojitos (una amiga de colegio)». Quiere hilar su identidad con su nueva acción y como en los varones, la identidad viene del reconocimiento de afuera.



Gran crisis de identidad, entra al partido y «nadie debe darse cuenta de que ahora soy otra persona». ¿Quién es que no fuera antes? Entra al Partido para dejar de ser quien era y convertirse en otra persona, pero a la postre somos lo que somos, con virtudes y defectos. ¿No es esto lo mismo que ocurre con la sociedad en su conjunto cuando uno de sus miembros entra a un Club, se tiñe el pelo, es el primero de la familia en entrar a la Universidad, etcétera? ¿Acaso no se vuelve otro? ¿Pero acaso podemos ser otros más que nosotros mismos? Entra en el club de las ideas correctas. Hoy en día entraría en el club de los precios correctos, que son las ideas correctas de estos tiempos, como si existieran ideas correctas o precios correctos. Correcto en este sentido viene como antípoda de errado y no de distinto o diferente para uno mismo o para un grupo que reconoce la corrección de las ideas (o de los precios). Sólo que siendo serrana de la sociedad señorial su conversión en otra persona consiste en sentirse orgullosa de haber nacido en Jauja, los llanques y la chuspa. Recobra su identidad identificándose con la servidumbre: «Queremos un país como el que soñó Arguedas: un país donde no haya sufrimiento y donde todos puedan danzar con alegría.» Arguedas se mató. El sueño dolido del sometido, en el alma de una advenediza desde arriba, de la esquina de la opresión. Este desencuentro es la médula del problema peruano.

La narradora luego pasa por una identificación propia y dice «somos de la pequeña burguesía serrana», pero también nos dice «La reforma agraria ha afectado Ichahuanca...No les bastó con Challhua...Dicen que porque tiene más de 3,000 hectáreas». Es extraño y una muestra del problema de identidad. Pero «Ahora nos sentimos más libres, más legítimos». Dejan de ser opresores y su identificación con los siervos se vuelve más posible. Dejan de ser siervos. Los cambios sociales fundamentales del Perú de los setenta pasan por la vida de la narradora, a pesar de ella misma y sin tener que ver con sus actividades conscientes.

Rubios y bonitos, Patricia se casa con Rafo y los padres de Patricia le regalan un departamento (¡qué envidia!) que va a conocer nuestra narradora con su enamorado, socio de partido. Patricia afirma, «aquí —en un bonito sillón— se sienta Rafo cuando llega, y me encanta alcanzarle el periódico, pantuflas y café. ¿Ves a lo que lleva el catolicismo? Me espeta Turcios...Y yo me siento traicionada: no entiendo cómo ellos siguen en el Partido.» La narradora observa una situación de dominación masculina y de sumisión de la mujer, en una familia del *establishment*. Si Turcios no hubiera hecho la equívoca relación de dominación masculina con catolicismo, ¿se hubiera sentido traicionada la narradora? ¿Qué la traiciona?, ¿el reconocimiento del *establishment* dentro del Partido? ¿o la dominación masculina cuando ella viene de un matriarcado? ¿O la asociación con catolicismo siendo ella una ultra-católica y el uso contra ella en una muestra de cómo funciona la dominación contra la mujer? Felizmente, Turcios hace una asociación equívoca vinculada a la religión —en claras ganas de fastidiar a la narradora— y no a Marx, un victoriano al fin y al cabo. Aparentemente Turcios, a su vez, asocia dominación con catolicismo en todas las esferas, casi identificando catolicismo con Opus Dei. La sensación al lector es: cómo es posible que una mujer se deje dominar así, en un acto feminista que la narradora en ningún momento del libro reconoce. La narradora misma no reconoce este fenómeno cuando le ocurre y son metidos a la cárcel por la delación de los varones jóvenes del Partido, tres dirigentes, dos varones y ella. Los varones tienen el abogado del Partido. Ella debe buscarse uno. En Inglaterra, la *Socialist Labour League* hace protestas por la liberación de Frank, el líder. ¿Y ella? «Me sorprende que hable de “nuestro” abogado como si yo no fuera parte de ellos.» No era pues. Era mujer. Cuando Betsy, de la Liga Comunista, viaja a Londres, va a parar a la cocina. Hay una visión política de la mujer sometida que Martínez no reconoce al colocarse en el masculino para estos fines. ¿Se reconoce como

mujer? Parecería más que entre los problemas de identidad está la necesidad de masculinizar el discurso para estar en el Partido y así Patricia aparece como una «tonta» y no como una mujer «oprimida por el macho» y por el discurso del macho y ella y Betsy también más adelante. «No entiendo cómo siguen en el Partido» es, por eso, «tontos no pueden estar en el Partido». Machos sí. Ella domina a los machos como Doña Bárbara y puede más que ellos, entrando en una fatal espiral donde no se va luchar contra la dominación sino se va a dominar. Era la única forma de ser una mujer en política en las década del 70 y 80. Eso o «La comisión femenina». (¿Club de Canasta *a gauche*?) La mujer en política tenía que sacar su macho dentro y no reconocer bajo ningún concepto, ningún tipo de subordinación real existente. «¿Estás por puta o por ladrona?... ¡Por comunista!» Se acabó. La tranquilidad de una identidad reconocible.

«Eres una estudiante pequeño burguesa... aunque yo no sea estudiante hace un año», a propósito de una discusión sobre *La Confesión* de Costa Gavras. «Martínez es con acento», le dice a un policía que la detiene, con superioridad de clase, («so pedazo de ignorante», falta en la línea); «El acento te lo van a poner a ti», contesta con liberación el opresor-policía. La narradora es ella misma nomás, a pesar de sí misma, en unas contradicciones de identidad dolorosas, tan dolorosas como la fragmentación social del país. «Por favor no me ofendas que no tengo nada que ver con los estudiantes.» Marca distancia con su pasado inmediato. Se (des) (re) identifica. Como con su origen de clase y su género. Lo hace con su oficio. Trabaja como secretaria pero «El comandante se ríe porque me niego a llevar táticas de café» («a mí me las sirven», falta en el texto) lo que no parece un trabajo de secretaria («ni yo soy una secretaria»). Es Doña Bárbara trabajando porque no tiene más remedio. Su habitus, en términos de Bourdieu, le sella el alma. Estas confusiones entre su ser y sus ideas solamente pueden resolverse aferrándose a doctrinas rígidas donde no haya espacios para dudar; de otro modo, la identidad fragmentada quedaría quebrada, como le pasó a Arguedas. Martínez, en este sentido, nos habla de nosotros los peruanos con todas nuestras disconformidades. Si la lectura no fuera una crónica, y por tanto desgarrada, sería una novela cómica porque es difícil para un personaje inventado verosímil tener tantísimos conflictos de identidad. Ése es el Perú real. Martínez está tan marcada por su historia que en 1997 no escribe pasto sino *grass*. Corresponde bastante bien al habitus indicado.

### TERCERA APROXIMACIÓN (LAS FRUSTRACIONES VIVIDAS POR MARUJA)

UNA CHICA CATÓLICA, de su casa, de Jauja viene a Lima y se incorpora al grupo de estudiantes de la Católica. Hace grandes migas que la hacen muy feliz en la Universidad y se muda a la Residencial san Felipe. Allí comienza a hacer las barbaridades que corresponden a la generación. Le hace la vida miserable al párroco porque éste va a construir una iglesia al medio. Abajo el altar flotante (!) y se arma la pampa. Hasta aquí, divertido. Un salto mortal y con la misma militancia entra en la doctrina primero de Vanguardia Revolucionaria, pero sale frustrada porque éstos no son lo suficientemente revolucionarios. En tres años pasa por tres partidos. De cada experiencia frustrada pasa a la rama siguiente, como Jane en la selva, generando un árbol genealógico de partidos políticos donde las diferencias se construyen sobre tonterías que tuvieran que ver con personas y no con ideas. Si se hubiera detenido a pensar, se habría dado cuenta que la sociedad estaba allí con sus demandas de equidad, derechos, justicia y liberación de la opresión y que todos estábamos en eso. Pero jamás. La verdad es una,

unívoca y omnímota. Los evangelistas llevados a la izquierda. Los libertarios (los del *Rational Choice*) de hoy. En esa medida hay un proceso de aislamiento creciente de la realidad.

En medio de este ímpetu, Torres en Bolivia y las asambleas populares que acaban en un golpe de Estado y muertes. La frustración de las esperanzas primeras. Luego nuevamente a la carga y el golpe contra Allende («era un reformista pues, tenemos razón; los centristas están equivocados»). Se salta a los sandinistas, salvo para hablar mal de lo mal que hablaban en Londres sobre ellos. Pero eso también fue un golpe, no obstante. Todo para ir a parar después de trece años en un charco de corrupción donde queda el objetivo político subsumido bajo el ansia de poder de una persona en Londres y otra en Lima. ¿Qué hice todos estos años? Es la pregunta flotante de la narradora. La verdad omnímota impedía ver lo más importante, el distanciamiento de las masas y la corrupción del aparato interno. Falta todavía ver a dónde van a morir los actores de esa época por sus ansias de poder que no tenían nada que ver con el sueño y la utopía. Se podría decir que la narradora es una «zanahoria» que no pudo darse cuenta de que no estaba soñando sino que en medio de una pesadilla trataba de trabajar por su causa. Esto no es el cauce de una generación de ningún modo. Es un cauce personal doloroso que nos lo relata para advertir(nos) y advertir(se) que si no tienes cuidado, te puedes dar un traspie. Su traspie le costó su carrera —no realizada aún— y su juventud. Le costó su amor, o en todo caso, nos dice que le costó su amor cuya trama era la política real.

La narradora hace un despliegue de frustraciones, jaquecas y lágrimas empatando lo difícil que fue tratar de unir las piezas de la identidad perdida dentro de un cajón (de)sastre de la identidad comunista-trotskista-healista. Allí no había sueño alguno. Había un agarre a una identidad fija para no desmoronarse. Presa de sus prejuicios contra todo lo que amenazara su identidad, excluía lo que la cuestionaba. Facilísimo. Hasta que la realidad llegó en forma de corrupción y esa identidad era falsa. ¿Pesadilla? Resultó que la verdad es múltiple. Hay verdades. Resultó que las doctrinas son lineamientos y no verdades absolutas. Resultó que ser socialista tiene que ver con coherencia y discurso real. Con prácticas de vida, con luchas contra nosotros mismos. Pero eso que la generación aprendió en los 70 Martínez lo aprende a las malas en los 80. Felizmente cuando sale a la orilla de la realidad del fango de las ideas oscuras y de las practicas retorcidas se encuentra con otros zanahorias que seguimos soñando y que no importa; que nuestros sueños, como nuestra dignidad, no nos los pueden quitar. Y mucho menos un aparato político, menos aún una persona. De allí el valor del amor y la amistad. El valor de lo compartido.

En suma, Martínez nos trae con sus crónicas y testimonio un *deshabillé* del alma. Abre el cinturón de castidad de sus ideas puras, se quita el sostén ideológico, y se desnuda frente a un espejo craquelado para ver los fragmentos del Perú que se reflejan en ella a pesar nuestra generación. Más diversión y menos sufrimiento le hubiera dicho a Maruja hace quince años. Pero yo hubiera sido un pequeño burgués, otra vez equivocándose en la identidad. Reírse no es malo, burlarse de uno mismo tampoco. La primera liberación está en uno mismo. De otro modo no tienes cómo ayudar a otros. Liberarse de los prejuicios es el primer paso de nuestra liberación y que como generación ha sido la más dura, herederos del viejo orden y constructores de este nuevo orden, nos guste o no. Pensábamos que estábamos en la lucha contra el capitalismo pero estábamos y ganamos el nuevo orden de los valores del capitalismo en el Perú. Hasta que lo perdimos y volvimos atrás, cortesía de nuestra incapacidad de entendernos, de reflejar lo que la sociedad pedía, de malinterpretar las demandas sociales, y finalmente de Sendero Luminoso, expresión última y extrema de todo lo dicho. La diversidad

## ADENDA

(de la identidad fragmentada que todos llevamos dentro por la historia de nuestro Perú), la riqueza cultural, el orgullo del pasado milenario y la vergüenza que nos trae el presente de ese pasado maravilloso (el racismo y la subordinación cultural) y la lucha por una sociedad más justa es lo que nos une a todos en la construcción real de un sueño: la sociedad entre iguales. Viejo anhelo en el que seguimos firmes y jóvenes. Laureles para Maruja.

Fuente: [http://www.andes.missouri.edu/andes/Comentario/OU\\_Generala.html](http://www.andes.missouri.edu/andes/Comentario/OU_Generala.html)

\* \* \*

III

RECORDANDO A MARUJA MARTÍNEZ

(IN MEMORIAM, AGOSTO, 2000)

EDUARDO CÁCERES VALDIVIA: IN MEMORIAM: MARUJA MARTÍNEZ:  
VIVA CON SU PUEBLO, CON SUS AMIGOS

(Publicado en *Ciberayllu*, 5 de agosto del 2000)

«En los Andes, en el pasado, la metáfora cristiana de los muertos  
volviendo a vivir al final de los tiempos sirvió de aliento a más de  
una esperanza: quizás todavía sirva»

Alberto Flores Galindo: *La utopía andina*

El día de ayer, 3 de agosto del 2000, una fulminante enfermedad acabó con la vida de Maruja Martínez. Jaujina, figura emblemática de la generación de «heroicos jóvenes» a quienes José María Arguedas entrega la posta en su testamento, intransigente e inquebrantable militante de la justicia, deja una gran obra y un vacío difícil de llenar.

Desde SUR, casa de estudios del Socialismo, animó no sólo numerosas actividades culturales vinculadas con el Perú y el pensamiento crítico, sino que impulsó una aventura editorial que mereció numerosos reconocimientos. No sólo editó los 17 números de la revista *Márgenes* —el último de los cuales acaba de entrar en circulación— y más de 20 libros, sino que emprendió con dedicación y cariño la tarea de recopilar y editar —conjuntamente con Cecilia Rivera— las *Obras Completas* de Alberto Flores Galindo, de las cuales llegó a publicar cuatro tomos. En sus últimas semanas culminó la revisión de dos libros que se incorporarán al catálogo de SUR en las próximas semanas.

Mención aparte merece su libro *Entre el amor y la furia, crónicas y testimonio* (Sur, Lima, 1997), en el que reconstruye el proceso vital que la lleva desde el país de Jauja a la militancia política, y desde ésta al redescubrimiento de sus propias raíces y el valor de los amigos, sin abandonar su terca apuesta por un socialismo que sea, por encima de todo, otra moral y otra cultura. Además, la escritura testimonial le permitió descubrir un talento literario que decidió cultivar iniciando estudios de Literatura en la universidad de San Marcos. En los días de su enfermedad su pudo comprobar el enorme cariño que despertó entre sus jóvenes compañeros por su sencillez y creatividad.

Recordando sus experiencias en la prisión que sufrió en la década del 70, escribió: «siento que el estar del lado de los pobres, de los humillados, me resguarda». En las últimas semanas de su vida estuvo resguardada por muchos de ellos, quienes junto con familiares, amigos, condiscípulos, velaron en torno a ella, recibiendo aliento para seguir adelante. Quizás una de

## ADENDA

sus últimas satisfacciones fue saber que los «heroicos jóvenes» no han desaparecido, simplemente han cambiado de rostro.

Los restos de Maruja serán cremados el día sábado 5 y sus cenizas regresarán a Jauja, desde donde seguirá acompañándonos en la lucha por la justicia, por el pan y la belleza.

Fuente: [www.andes.missouri.edu/andes/Cronicas/EC\\_MarujaMartinez.html](http://www.andes.missouri.edu/andes/Cronicas/EC_MarujaMartinez.html)

\* \* \*

## RODRIGO MONTOYA ROJAS: AUSENCIA Y PERMANENCIA DE MARUJA MARTÍNEZ

(Columna «Navegar río arriba», *La República*, Lima, 13 de agosto del 2000)

EN LA PLENITUD DE SU VIDA, de su capacidad intelectual, de su generosidad y de su trabajo ejemplar en SUR Casa de Estudios del Socialismo, Maruja Martínez no estará más con nosotros y nosotras. Un mal inesperado y violento se la llevó sin darle tiempo para cerrar por lo menos uno de los capítulos que escribía.

Nació, vivió y estudió en Jauja, su Jauja, tierra a la que quiso tanto y a la que vuelven sus cenizas para mezclarse con las aguas de su laguna de Paca. Después, como gran parte de los provincianos y provincianas, vino a Lima, la capital del reino, para entender este nuestro durísimo país y abrió los ojos en el mundo de la política en la década de los sesenta. Los jóvenes de los sesenta dimos los primeros pasos de nuestros sueños de cambiar el mundo con el ejemplo del Che, de la revolución cubana y el sueño de la revolución mundial rondando el futuro inmediato.

Era, sin duda, un privilegio de aquel momento. Maruja, muy joven, comenzó su militancia en la causa del Perú y de la izquierda. La abrazó a plenitud, a tiempo completo, sin concesiones ni medias tintas. Renunció a los privilegios de la clase media que en la época eran muchos más que los de ahora. A ella como a nosotros, los de su generación, nos tocó vivir los picos intensos de la ilusión en la revolución al alcance de nuestras manos, a la vuelta de la esquina, mañana o pasado mañana, y también las caídas hondas y profundas de esa ilusión cuando la muerte del Che y —más tarde— con el naufragio del socialismo llamado realmente existente. Fueron años intensos, difíciles, en los que iban preparándose las condiciones para que ahora empecemos a aproximarnos a una formación política madura en la que la horizontalidad democrática se impone, lenta pero seguramente, sobre el autoritarismo clásico de la derecha y de la izquierda, hijas al fin de la modernidad occidental de los primeros tiempos. En los sesentas y setentas no tuvimos maestros y maestras que nos enseñaran el democrático respeto por el punto de vista diferente. Ese respeto existió sin duda alguna en muy poca gente, entre los marginales, en las orillas de las grandes corrientes por ahí por donde solían y suelen caminar quienes no querían ni quieren ser figuras ni secretarios generales ni nada parecido. La verdad era una propiedad al alcance de muchos y muchas y en su nombre era fácil calificar de contrarrevolucionario al compañero o compañera que no pensaba como el secretario general, o como la mayoría del buró político, del comité central o del congreso de uno de los tantísimos partidos en los que la izquierda se multiplicó para ser fiel a su firme decisión de cambiar el mundo como sea y, por eso mismo, diluirse.

La guerra de Sendero Luminoso, el MRTA y las Fuerzas Armadas no estaban previstas en el libreto explícito abierto por la Constituyente de 1979 que desencadenó desconocidos y voraces apetitos electorales en las cúpulas de las diversas izquierdas. Alan García con su monumental ineptitud, la Izquierda Unida cómplice y el implacable totalitarismo fujimorista hicieron el resto. Los miles de muertos, perseguidos y desaparecidos dieron su propia cuota para que el sueño de la izquierda se debilitara aún más, aunque felizmente no llegara a desaparecer en ningún momento.

## ADENDA

Maruja tenía la pasta humana e intelectual para no retirarse a sus cuarteles de invierno. El sueño, la utopía, tienen aún sentido, y SUR, al lado de Alberto Flores Galindo y un grupo de los que no perdimos la fe ni la esperanza, fue el lugar para que ella en los últimos diez años desplegara todas sus energías, en la labor editorial, en el montaje de seminarios, conferencias, mesas redondas, en la revista *Márgenes* con el ánimo de tener siempre encendida la llama de la esperanza socialista. Lo hizo con una generosidad extraordinaria, ganando un salario prácticamente simbólico y viviendo con una austeridad que es un ejemplo, a secas. Pero ella escondía otra sorpresa: Su libro *Entre el amor y la furia. Crónicas y testimonio* (SUR, 1997) tiene la fuerza de una pluma literaria, de una sinceridad y una ternura muy grandes para hablar con soltura y sin rubor alguno de esos años difíciles en los que la izquierda apostó a ser dura, muy dura, porque había crecido entre los textos del llamado marxismo leninismo en los que no había lugar alguno para la sonrisa y menos para la ternura. El tono de confidencia en esas páginas, de complicidad tierna, es parte de su fuerza.

Después de esas páginas el horizonte para ella se llenó de luz y de tranquilidad. Del modo más natural volvió a sus primeros pasos, ingresó a San Marcos para estudiar literatura cuando era una mujer con la vida ya hecha, en su plenitud. Empezó a disfrutar del encuentro con los jóvenes para quienes la literatura es una poderosa ilusión.

Después, llegó el momento del dolor sorpresivo que hiere a fondo, como un cuchillo que corta todo lo que encuentra a su paso y no deja nada que pueda recomponerse o tejerse otra vez y deja una honda huella de dolor y nostalgia que no se borran ni se diluirán por más que nos digan que el tiempo, el bendito tiempo, se encargará de cicatrizar las heridas.

El paso de Maruja por SUR ha sido muy importante. Deja un vacío difícil de llenar, que sólo un gran esfuerzo colectivo podría reemplazar.

Maruja, que tus cenizas al volver a la laguna de Paca, como tú quisiste, se vuelvan agua, tierra, energía, luz, paisaje, canción, esperanza y utopía.

Fuente: [www.andes.missouri.edu/andes/Cronicas/EC\\_MarujaMartinez.html](http://www.andes.missouri.edu/andes/Cronicas/EC_MarujaMartinez.html)

\* \* \*



## MARUJA MARTÍNEZ EN LA VOZ DE SUS AMIGOS

EL SUPLEMENTO «DOMINGO» del diario *La República*, publicó dos páginas dedicadas a la memoria de Maruja Martínez, incluyendo un artículo de Toño Angulo Daneri («El largo adiós a una militante: Maruja Martínez, o la metáfora del sacrificio»), y las siguientes notas de recuerdo y amistad del poeta José Rosas Ribeyro, el filósofo Eduardo Cáceres, el historiador Nelson Manrique, el escritor Edgardo Rivera Martínez, y el sacerdote y teólogo Gustavo Gutiérrez

### ELOGIO DE LA AMISTAD

VIEJA AMIGA DE MILITANCIAS Y SUEÑOS, Maruja era para mí uno de los seres que más quería. Era, además, uno de mis puntos de referencia en el Perú, tal era su cálida acogida cuando iba para allá, y eso pese a que no siempre coincidían nuestros puntos de vista ni nuestras respectivas visiones de la existencia y de los seres humanos. Maruja era –¡cómo me duele utilizar el pasado imperfecto para referirme a ella!– el ser más honesto que he conocido en mi vida, el más entregado a lo que creía, la más amiga de sus amigos. Recuerdo en este instante nuestras largas conversaciones en su casa de Barranco la última vez que la visité, hace dos años. Discutíamos también –y a veces muy acaloradamente– a través del e-mail, pero nunca, a pesar de la distancia, el tiempo transcurrido y las diferencias ideológicas que teníamos, nunca, lo que es nunca, dejamos de ser amigos. No acostumbro escribir este tipo de textos ni decir de cada persona que se va que era alguien maravilloso. En el caso de Maruja no puedo impedírmelo.

*José Rosas Ribeyro, Poeta*

### ÉTICA PARA REBELDES

JAUJINA, FIGURA EMBLEMÁTICA de la generación de “heroicos jóvenes” a quienes José María Arguedas entrega la posta en su testamento, intransigente e inquebrantable militante de la justicia, Maruja Martínez deja una gran obra y un vacío difícil de llenar. Desde SUR, Casa de Estudios del Socialismo, animó numerosas actividades culturales vinculadas al Perú y al pensamiento crítico, e impulsó una aventura editorial que mereció numerosos reconocimientos. No sólo editó los 17 números de la revista *Márgenes* –el último de los cuales acaba de entrar en circulación– y más de 20 libros, sino que emprendió con dedicación y cariño la tarea de recopilar y editar –conjuntamente con Cecilia Rivera– las Obras Completas de Alberto Flores Galindo, de las cuales llegó a publicar cuatro tomos. Mención aparte merece su libro *Entre el amor y la furia: crónicas y testimonio* (Sur, Lima, 1997), en el que reconstruye el proceso vital que la lleva desde el país de Jauja a la militancia política, y desde ésta al redescubrimiento de sus propias raíces y el valor de los amigos, sin abandonar su terca apuesta por un socialismo que sea, por encima de todo, otra moral y otra cultura.

*Eduardo Cáceres, Filósofo*

## UNA EXISTENCIA PLENA

ESCRIBO AÚN BAJO EL IMPACTO de su muerte. Trato de que no me venza la tristeza, como ella hubiera querido (perdóname, Maruja). Bendijo nuestra existencia con su presencia y es difícil aceptar que ya no estará más. Cada quien tendrá sus motivos particulares para quererla. Yo no alcanzo a entender completamente los míos. Era uno de los seres más puros que he conocido. Su coherencia entre pensamiento y obra era un ejemplo para todos. Vivió una existencia plena, apasionada, de revolucionaria. Trabajó, luchó, amó y escribió un libro admirable. Tenía mil planes para el futuro y sus últimos días de vida los prodigó en prepararnos para la separación y consolar a los tristes. Todo admirable, pero para quererla bastaba que fuera ella.

*Nelson Manrique, Historiador*

## VOLVER A LA TIERRA

EN ESTAS LÍNEAS quiero recordar una de las virtudes que aprecié de manera especial en Maruja Martínez: el amor a su tierra. Mas no se trató nunca de un orgullo localista que aflorase, declarativa y solamente, en reuniones de paisanos o en festejos locales, sino de un vivo interés en la historia regional, en las costumbres, en la música, en el paisaje, en todo cuanto hace, en suma, la identidad de un pueblo. Y, al mismo tiempo, de una voluntad de colaborar activa y generosamente en proyectos como el de un Museo de la Ciudad, que recoja cuanto sea posible del legado arqueológico, arquitectónico y artístico de Jauja. Un amor a la tierra que se traducía, en fin, en el proyecto personal de volver a ella, para no alejarse más de su cielo, de su luz, de sus noches.

*Edgardo Rivera Martínez, Narrador*

## MENSAJE DE VIDA

ACABO DE RECIBIR LA PENOSA NOTICIA sobre nuestra querida Maruja. Junto a la tristeza que ella me produce se agolpan los recuerdos de las cosas vividas a lo largo de una vieja y siempre cercana amistad, de nuestras conversaciones –incluidas las últimas acerca de su enfermedad–, de tantos proyectos compartidos, de su libro que tanto me emocionó, de su fidelidad a la búsqueda de una auténtica justicia para los pobres de nuestro país, de su fuerza de carácter y su sencillez, del mensaje de vida que nos dio. Para mí, recordarla significa también tener presente a esta gran amiga en mis oraciones.

*Gustavo Gutiérrez, S.J., Sacerdote y teólogo*

Fuente: *La República*, Lima, 13 de agosto del 2000

(Página final en blanco)